

Morueña Estríngana

DESTINADOS
A ENCONTRARSE

AMANDO A LA BESTIA I

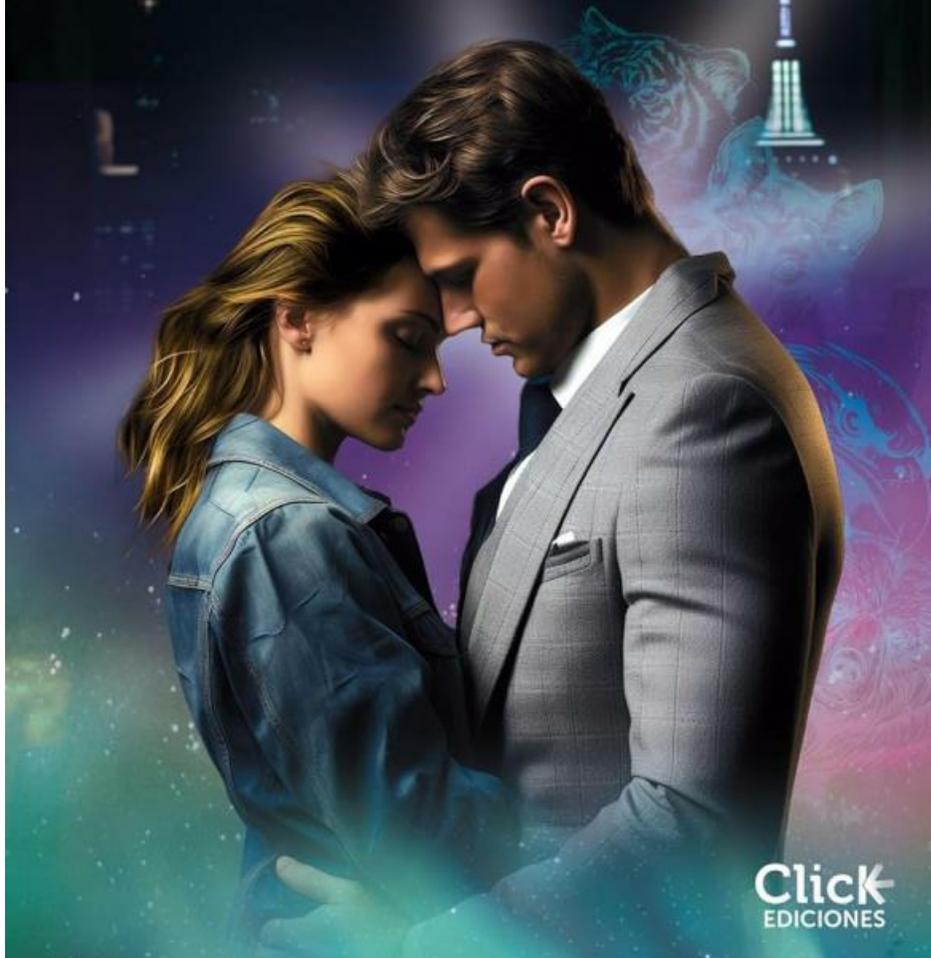


Click
EDICIONES

Morueña Estríngana

DESTINADOS
A ENCONTRARSE

AMANDO A LA BESTIA I



Moruená Estríngana

DESTINADOS
A ENCONTRARSE

AMANDO A LA BESTIA I



Índice

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Nota de la autora](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click Ediciones](#)

**Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura**

▪

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicaciones
Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:    

▪

Destinados a encontrarse

Amando a la bestia 1

Moruena Estríngana



La historia de cómo seducir a un berserker del siglo

XXI

y no morir en el intento.

Nota de la autora

Estás ante una novela con fantasía. No ocurre en un mundo mágico que tengas que imaginarte. Esta historia está en nuestro mundo.

Estás ante una novela de ficción. Tanto la historia como los comportamientos de los protagonistas, que pueden rozar lo tóxico, no son reales, y hay otros elementos reales que me he llevado a mi terreno. Abre tu mente para entender que estás ante algo nuevo, dentro de lo que ya existe, porque, al fin y al cabo, todo está inventado.

No olvides que esta es una obra fantástica y que me he inventado esta historia dentro de la realidad o el pasado que ya conocemos, y que nunca existieron.

Contiene escenas de sexo explícito, con mucho salseo.

Disfruta de este urban fantasy romántico y evádate de la realidad con esta novela.

Sé que, cuando se lee fantasy, se tiene miedo de no entrar en la historia o no poder comprender el mundo que el autor ha creado. Por eso, te cuento algunos spoilers por aquí, para situarte y que te introduzcas en la historia sabiendo más.

Si prefieres ir descubriendo cómo son los inmortales poco a poco, y por qué, no sigas leyendo, disfruta del libro y arde por nuestro sexi inmortal.

* * *

Si sigues aquí, conmigo, te contaré que hace más de mil años un hombre usó magia oscura, y otras cosas que ya descubrirás, para crear seres inmortales, invencibles, que en las batallas fueran letales, con el fin de ganar con ellos mucho dinero.

Estos hombres lucharon con los vikingos y en otras guerras, donde su sed de sangre era aplaudida. Se los conocía como berserkers.

Al final, esos seres se volvieron contra lo que eran cuando su alma ganó la batalla a la bestia con el correr de los años. Se rebelaron contra los descendientes de su creador para matarlos.

Pero alguien había previsto esto y liberó el poder en unos hombres y mujeres letales, aunque no inmortales, con espadas creadas para matarlos y así acabar con esa atrocidad. Se los llamaba los

oscuros o lidelse.

Ellos creaban caos, porque los berserkers, a pesar de todo, estaban dentro del orden, ya que luchaban por defender a su pueblo. Los lidelse, en cambio, usaban todos sus medios para destruirlos, tras elaborados y cruentos planes.

Desde entonces, generación tras generación, han ido pasando el legado de acabar con estos seres y la fórmula para terminar con los inmortales.

Solo quedan tres inmortales en nuestra era y, al estar separados, su esencia no es tan fuerte. Por eso, han hecho vidas normales, sin levantar sospechas entre los humanos, quienes desconocen que los berserkers viven entre ellos.

* * *

Teniendo esto claro, deja que tu mente disfrute y vea como esta historia de amor, a la par que ardiente, te hará temblar.

¿Listos para amar al inmortal?

Pues ¿quién iba a ser capaz de amar... a una bestia?

La bella y la bestia

Prólogo

—Tenemos que separarnos. —Esben miró a los tres inmortales dentro de la cueva en la que se encontraban, en los países nórdicos.

Desde hacía años, luchaban por salvar su vida y que los lidelse no acabaran con ellos. Ellos solo querían vivir en paz con su inmortalidad, pero los lidelse llevaban años matándolos de forma cruenta, usando a humanos inocentes para sus planes y fines.

—No creo que sea lo mejor —dijo su hermano Ragnar—, pero tú eres el puto líder y tú mandas.

Darren miró a su mejor amigo.

Esben esperaba que dijera algo, mientras Derick solo afilaba sus espadas sin comentar nada. Era el más callado de todos, pero siempre andaba tramando algo cuando estaba en silencio.

—No creo que la solución sea separarse —añadió Darren al fin.

—No podemos dejar que hagan daño a más gente. Si no estamos juntos..., tal vez no noten nuestra esencia y nos dejen vivir en paz.

Darren miró a Derick y este sonrió como diciendo que eso nunca pasaría.

—Como quieras. ¿Algo más? —preguntó Ragnar a su hermano.

Este negó con la cabeza. Se observaron por última vez y Ragnar se marchó de la cueva sin mirar atrás. Con seguridad, estaba cabreado por las órdenes de su hermano mayor. Algo que nunca reconocería, porque era demasiado cabezota.

—Yo me voy a echarme un largo sueño —añadió Derick—. Cuando queráis, podéis marcharos de mi cueva y dejarme en paz.

Darren conocía a Derick. Iba de duro porque tampoco le gustaba nada eso de tener que separarse. Hacía tiempo que se había cansado de vivir y solo lo de mantenerse con vida le daba una razón para no decaer; sin esa razón, usaría su magia para sucumbir a un sueño profundo sin tener previsto cuándo despertar.

Se despidieron de Derick y salieron de la cueva.

—¿Adónde irás? —preguntó Esben a su amigo.

—A Nueva York. Me atrae esa ciudad desde que escuché hablar de ella.

Esben asintió y miró el atardecer.

—Separarnos es lo mejor.

—No lo creo —indicó Darren.

—No te preocupes, volveremos a vernos en tu amada ciudad, así lo siento.

Esben tenía visiones, no muy claras, pero sí sentía que volverían a verse, es que un día lo harían.

—Eso espero.

Ambos amigos se miraron tras años de lucha incansable por la guerra y por salvar su vida.

Al final, solo un apretón de manos fue la despedida de dos amigos que habían vivido demasiadas cosas juntos.

Darren se marchó a su casa para organizarlo todo para el viaje. Era el único de todos los inmortales que tenía un sirviente a su cargo. Lo seguía adonde fuera y le era leal hasta que le llegaba la hora y pasaba su legado al primogénito de sus hijos.

—¿Listo para partir? —preguntó a Benjamin, quien llevaba a su mujer y a su hijo pequeño junto a él, al subir al barco que los transportaría lejos.

—Sí, nos espera una nueva vida. —Acarició la cabeza de su hijo mientras se alejaban del puerto.

Darren los miró odiando tener que ver cómo la vida pasaba por ellos y los perdía. Por eso le costaba entablar lazos con la gente, pero la ayuda de su fiel sirviente era importante para mantener su identidad a salvo.

El niño miró el mar emocionado; aún no sabía que un día sería él quien ocuparía el puesto de su padre, como muchos lo habían hecho antes.

Darren se apoyó en la barandilla y observó el inmenso mar. Sentía que algo no iba bien, que separarse de los que consideraba sus hermanos de alma no era lo mejor.

¿Y si esa separación la habían previsto los dioses y habían trazado un plan para acabar con ellos?

Pronto lo descubrirían. El nuevo mundo estaba cerca y su nueva vida también...

Capítulo 1

En la actualidad

Imogen

Si ya impone empezar en un nuevo trabajo, hacerlo como becaria en una gran empresa que es la más importante de Nueva York, con varias sedes en la ciudad, lo hace más.

Entro en el edificio. D&D es una empresa que se dedica a varios sectores importantes, como el comercio, la venta y distribución de productos... y un sinfín de cosas más que avalan sus éxitos. Desde pequeña he escuchado hablar de D&D y por eso sabía que entrar aquí como becaria era importante para mi currículum.

He vivido en Nueva York toda la vida, pero a las afueras de la ciudad, en un pequeño orfanato, y desde los dieciséis años me he centrado tanto en trabajar para pagarme los estudios que casi no he tenido vida.

Estar en este lugar, tras acabar por fin la carrera, es un sueño. Tengo la esperanza de que mi vida mejore a partir de ahora. Tengo veintitrés años, pero he vivido demasiadas cosas, que hacen que sienta que llevo toda la vida realizando una carrera de fondo.

Tomo aire y me centro en mi nueva meta: conseguir que no me despidan antes de acabar las prácticas.

Llego a la recepción; es un lugar que rezuma lujo por los cuatro costados. El mármol de las paredes y el suelo brillan como si los pulieran casi cada día.

Doy mi nombre cuando me lo pide la recepcionista:

—Imogen Edivane.

Teclea unas cosas, asiente varias veces para ella misma, le da a imprimir unos papeles y me los tiende.

—Todo recto por allí. —Me señala un pasillo a la derecha—. No tiene pérdida. No te pongas muy cómoda, que las becarias duran poco en este sitio.

Sonríe como si me acabara de dar un gran consejo, mientras pienso que es una zorra. En mi vida me he topado con muchas mujeres así. Es triste, pero, cuando me ven, siempre creen que soy una

amenaza para ellas. Es como si yo hubiera pedido tener este cuerpo y esta cara. Sé que soy atractiva y que más de una pagaría por tener mis ojos de color verde jade o mi boca jugosa. De hecho, muchas pagan por infiltrarse los labios, pero yo soy mucho más que un cuerpo deseable.

Aun así, la gente que se siente inferior siempre me trata así, porque es más fácil herir que aceptar que tienes un problema al no valorarte como debes.

Sus comentarios caen en saco roto. Me da igual lo que piense. No estoy aquí para hacer amigas.

—Gracias —respondo, y me marcho por donde me ha dicho.

Odio a la gente que, sin conocerte de nada, te trata con tanta familiaridad que hasta se atreven a darte horribles consejos. Es como si, con solo mirarme, ella se creyera superior.

Tengo veintitrés años y nadie en mi vida me ha regalado nada. Si este lugar es duro, más duro es no poseer nada y tener que sonreír cada día.

No sabe con quién está tratando.

* * *

Llego hasta donde me ha dicho y una joven pelirroja se me acerca. Me habla tras mirarme de arriba abajo y poner mala cara. Otra que odia la competencia... Bien empezamos...

—Debes de ser Imogen. —Asiento—. Soy Hester. Sígueme. Te enseñaré todo esto.

Habla muy rápido y piensa que no me entero de nada, pero memorizo cada cosa, sin necesidad de tomar notas, porque tengo la facilidad de recordar cada detalle. Por eso, cuando ve que ha acabado y no he apuntado nada, me mira dejando claro que pronto me despedirán.

—La directiva odia los puntos flojos. Quien no está a la altura, va a la calle. —Asiento—. Y, otra cosa, está totalmente prohibido mirar al jefe a los ojos. Si alguna vez te lo cruzas, cosa que dudo, porque no suele venir a este sitio, no se te ocurra mirarlo o serás despedida fulminantemente.

—¿Si lo miro me convertiré en estatua? —Alza una ceja—. Una broma.

—No me gustan las bromas.

«Me doy cuenta», pienso, pero no digo nada. Asiento a todo y me dice que si tengo alguna duda que hubiera tomado notas.

Voy hacia mi sitio y, cuando me quito el abrigo, me ordena traer varios cafés y hacer una infinidad de fotocopias.

Compruebo que le molesta que no falle ni una y, cuando acaba mi jornada, le digo:

—Nos vemos mañana. Gracias por todo.

Su sonrisa es fría. No le gusto. Genial.

Me pasa siempre. Hace tiempo que no me importa. Ya no soy esa niña pequeña desesperada por tener amigos y una familia. Acepté la soledad como compañera de viaje y no me va tan mal.

Salgo hacia las calles de Nueva York. Miro hacia el cielo y veo que va a llover, lo siento en cada poro de mi piel.

Desde niña, tengo un sexto sentido para lo que nos rodea que siempre ha puesto de los nervios a todos en las casas de acogida y por eso no he conseguido que ninguna familia se quedara mucho tiempo conmigo. Presiento cosas, siento emociones y cuándo algo va bien o no.

Lo peor es que no es siempre. Solo aparece cuando le da la gana, lo que no ha evitado que me meta en problemas más de una vez.

¿Para qué quieres un don si no te salva el culo cuando más lo necesitas? Para nada, la verdad. Además, esto me ha metido en muchos problemas. La gente no quiere ser amiga de la rarita.

—Eres una maldita —me increpó una vez una mujer en el parque, y se rio.

No le hice caso. La ignoré, pero la realidad es que no lo descarto, porque durante toda mi vida me ha tocado esquivar la oscuridad más de una vez.

Tomo aire y me pongo a andar hasta mi pequeño cuarto alquilado.

Vivo con una señora que tiene dos gatos. Me alquiló una habitación bastante barata a cambio de que, de vez en cuando, paseara a sus felinos por la calle. Dice que sus gatos tienen alma de perros.

No pienso contradecirla, si ella piensa eso.

Entro en la casa y la señora me indica que tengo los gatos listos para pasear.

Mientras me preparo, me cuenta que ha llamado su hijo y que sigue molesto porque me haya alquilado el cuarto.

—Dice que no le gusta que tenga a nadie aquí.

—Siento darle problemas.

Coge mi mano y la aprieta con cariño.

—Yo no, porque con el dinero que saco de arrendar la habitación me voy a comprar un collar precioso.

Se lleva la mano al pecho y la miro asustada.

—¿Ha ido al médico? —Siento que algo no va bien en su corazón porque desde que alquilé el cuarto, hace una semana, se queja mucho de un dolor en esa zona.

—A ese matasanos no voy ni loca. Si me pasa algo, ya me sacarán de aquí con los pies por delante. Tengo casi noventa años, niña. Deja de preocuparte por esta vieja y pasea a mis pequeños.

Salgo de la casa con los gatos, atados con sus correas. La gente me mira raro. Sobre todo, cuando llego al parque. Sé que lo normal no es pasear a los gatos, pero en esta vida he descubierto que lo normal es muy aburrido.

Disfruto del paseo con mis compañeros felinos y alzo la cabeza al cielo para ver cómo se forma la lluvia.

Regreso a la casa y preparo algo para cenar.

Ceno en mi habitación mirando por la ventana la lluvia caer.

La lluvia siempre purifica el ambiente y me tranquiliza, como si sintiera que, mientras llueve, todo se quedará en calma un segundo.

Capítulo 2

Imogen

Llego al trabajo y, al entrar, veo limpiadores, porque está lloviendo.

Me quitan el paraguas y me dan un número para recogerlo a la salida. Luego, me piden que me seque bien los zapatos.

Una vez lista, ando hasta mi zona de trabajo. Hester me está esperando con mala cara. Le da igual saber que he llegado tarde por el exceso de limpieza a la entrada.

—A ver si hoy haces mejor tu trabajo —me dice, dejando en mi cubículo una pila de papeles para que los revise e imprima antes de una hora.

—Perfecto. ¿Algo más?

Niega con la cabeza y se marcha para seguir dando órdenes a diestro y siniestro. Ya me he fijado que es lo que mejor se le da hacer: mandar y no hacer nada.

Reviso los papeles y me voy a imprimirlos.

De camino, escucho que el jefe vendrá en unos días, porque hace una visita al mes a este edificio.

—Me intriga mucho saber cómo es. Odio esa norma de no mirarlo a la cara —comenta una de las trabajadoras.

«La verdad es que la norma es estúpida», pienso mientras imprimo.

—Sí, pero recuerda que ha sido capaz de saber si alguien lo mira incluso de espaldas. Por tu bien, no dejes que la curiosidad te haga observarlo o te despedirá —le recuerda su compañera.

En serio, ¿alguien puede notar cuándo lo miran estando de espaldas? Al parecer, él sí. Esto no tiene sentido. Lo peor es que soy muy curiosa y saber que no mirarlo está prohibido alienta mi deseo de hacerlo, aunque sepa que perderé el trabajo.

Termino y voy hacia la mesa de Hester. Le entrego todo y mira su reloj.

—Te ha sobrado solo un minuto. Otra vez, sé más rápida o haré que te despidan. —Asiento—.

Ahora, trae cafés para todos. El mío con un chorrito de leche, y pregunta al resto cómo lo quieren.

Me hace señas con la mano para que me marche y veo como saca el esmalte para pintarse las uñas. De verdad, estas cosas me parecen superinjustas y hablan de la poca profesionalidad de este sitio. Aunque ya esperaba que se me tratara así.

Preparo todos los cafés tras preguntar cómo quiere cada uno el suyo.

Los llevo y, cómo no, Hester me manda más trabajo, hasta que, al terminar mi jornada, sé que he hecho el suyo y el mío.

Al acabar, me mira enfadada.

—Hoy no has hecho bien tu trabajo. A ver si mañana no me das razones para despedirte.

Le sonrío y me callo todos los improperios que se mueren por ser expulsados por mi boca. No es la primera encargada que tengo así.

Salgo del trabajo y voy hasta el metro.

Entro en él y me cojo a la barandilla mientras miro el móvil.

Por curiosidad, busco cosas de mi jefe, pero no hay nada. Ni una sola foto en redes. Es algo raro, ahora que todo está en internet, y más siendo un gran empresario.

Salen cosas de la directiva, de los jefes de sección, pero nada del dueño de todo esto.

Nada de nada.

Qué raro...

* * *

Salgo de la casa con los gatos y vamos al parque.

Estoy con ellos un rato, con los cascos puestos, escuchando una novela. Me gusta más leer, tener el libro entre mis manos, pero es cierto que, en momentos como estos, uso el audiolibro para seguir con la novela mientras no puedo leer de la forma tradicional.

Regreso a la casa y encuentro al hijo de la dueña.

Al escucharme, se me acerca.

Su mirada va derecha a mi pecho en cuanto me quito la chaqueta.

—Veo que has paseado a esos inútiles gatos. —Se me acerca más de lo estipulado y me voy hacia atrás—. No me gustas —dice, al tiempo que su mirada lasciva indica otra cosa—. La gente como tú solo trae problemas y, como traigas a alguien a casa..., estás fuera.

—No tengo por costumbre tener sexo en casas ajenas —le suelto borde y me aparto.

—No me gustas —repite—.

Me giro y lo veo mirando mi culo de una forma que me da escalofríos.

Por eso, me voy a mi habitación y echo el pestillo. Este no sería el primer hombre que trataría de meterse entre mis piernas sin invitación. Por suerte, a una edad temprana aprendí a defenderme, intuyendo que debía protegerme sola.

Si me toca, le rompo la mano, y no sería la primera vez.

* * *

—Llegas tarde. —Miro el reloj y compruebo que no es así. A Hester le da igual. Hoy está decidida a hacer de mi vida un infierno—. Me marchó a una reunión. Cuando regrese, quiero todos los papeles de mi mesa ordenados.

Se marcha y voy hacia su mesa, que es un caos. No tiene orden.

Busco mis cascos y sigo con la novela mientras me pongo a ordenar esto.

Por un momento, el mundo desaparece y dejo de estar sola. Me siento ella, la protagonista: una chica valiente, con una familia que la adora.

Los libros me han enseñado muchas emociones. Son mi hogar. Son ese sitio donde me gusta perderme en un día de tormenta y ver como el sol luce en cada parte de mi alma por ellos.

Estoy a punto de acabar cuando mi hombro palpita sin razón aparente. Nunca me había pasado esto.

Termino sintiendo esa punzada de dolor molesta y, al acabar, voy al aseo y trato de comprobar si tengo algo.

En esa zona tengo una extraña runa. Un tatuaje negro muy finito, que llevo en mi cuerpo como una marca de nacimiento.

En realidad, no sé lo que representa.

Fue una mujer del orfanato la que me dijo que se parecía a una runa, pero yo no lo tengo tan claro, porque he tratado de hallar algo parecido y solo he encontrado algo similar en las runas

nórdicas. Aunque la mía sigue siendo diferente.

Mi marca es parecida a una i griega, pero le falta un palito en medio, o quizás es que iba a ser una equis.

Creo que más bien es algo que mis padres me hicieron por aburrimiento, antes de abandonarme. Aun así, esto no evitó que buscara información sobre runas y acabara investigando sobre el mundo nórdico, atraída por todo lo que encontraba del tema.

Me miro la zona y veo como me arde la piel, pero no está hinchada ni nada. Solo levemente roja.

No entiendo qué está pasando.

Siento como si mi marca me alertara de algo.

Pero eso no tiene sentido.

Los avisos que siento no son así. Nunca han sido así.

Toco los trazos negros del tatuaje. Es lo único que tengo de un pasado que nunca recordaré.

El escozor se marcha y luego se calma.

Regreso al trabajo y Hester me grita, al verme.

—¿¿Dónde estabas?! ¡No es tu tiempo de descanso!

—Lo siento...

—¡El jefe está aquí! ¡No podemos permitirnos un solo error! Y, como te cruces con él, ni lo mires. A ver si eres capaz de cumplir esa orden... O, mejor, míralo y así me libro de tu presencia.

Al ver que he terminado lo que me mandó, me pide otras cosas mientras ella habla con otras compañeras.

Me parece increíble que una mujer tan déspota tenga amigas, pero así es la vida. No todo es lo que parece y la gente falsa se une para hacer el club de los idiotas.

Mientras hago más fotocopias, pienso en el jefe y en que está en este edificio.

Siento curiosidad por verlo.

No sé si seré capaz de hacer caso a la regla de no mirarlo a la cara. No sé si podré aguantar la tentación de posar mis ojos en él.

Al fin y al cabo, soy de esa clase de chicas que han mirado tantas veces a la muerte de frente que poco les asusta.

* * *

Llego a la casa agotada tras un día horrible con Hester.

Esta primera semana todos lo han sido.

He dado todo de mí. Me he esforzado, pero para ella nunca es suficiente.

Giro la llave, entro y siento que algo no va bien.

Me pongo alerta, notando como los pelos de los brazos se me erizan.

Tomo aire y analizo la escena con rapidez.

No escucho la televisión. No hay ruido de cacharros y los gatos no han salido a saludarme.

Voy hacia la cama de la casera.

No está.

La busco por toda la casa.

Esta mujer no sale de casa, por lo que es raro que no esté.

La puerta se abre y aparece su hijo.

Me observa de arriba abajo con esa cara de asco y esos ojos de deseo que no intenta ocultar. Sé que si pone cara de asco es porque está casado y si pasa algo hará creer que yo lo seduje. No porque él quisiera ser infiel a su mujer.

Esto me ha pasado miles de veces.

Por eso, pocos hombres me han atraído y a pocas mujeres he llamado amigas. No he tenido ganas de perder el tiempo.

—Mi madre ha sufrido un infarto —me informa sin dejar de mirarme con deseo. Se muerde los labios y siento asco—. Está estable, pero la vamos a internar en un asilo. Lo siento, pero debes abandonar la habitación, a menos que quieras convencerme de lo contrario.

Se toca el cinturón y sé lo que busca.

Me repugna que crea que perdería mi tiempo con él solo por una habitación.

—Gracias por avisarme, voy a recoger mis cosas. —Voy hasta mi cuarto y me corta el paso—. Disculpa, quiero pasar.

—Eres muy bonita —me dice, y siento asco cuando se me acerca y posa su mano en mi mejilla.

—Lo sé.

Trato de entrar, pero intenta tocarme.

Cojo su mano con fuerza y aprieto. Noto como la furia que había en mí quiere partirlo en dos. No lo hago. Solo le retuerzo los dedos y le digo:

—Ni se te ocurra tocarme o te rompo la mano.

Asiente rojo de rabia.

Suelto su mano y recojo mis cosas con rapidez.

No me dice nada cuando me marchó, y yo tampoco.

Odio la violencia y por eso no entiendo por qué a veces siento esa sed de sangre. Ese deseo de luchar contra el mundo, contra la oscuridad... Contra los cabrones, dicho sea de paso.

Una vez la dueña del orfanato me dijo que nadie me querría, porque estaba maldita; repitiendo las mismas palabras de la mujer del parque. Además, como veía que me molestaba, lo decía más de una vez, porque le gustaba aprovecharse de su posición e intimidar a los niños.

No estoy maldita, pero algo no anda bien en mí, y siempre lo he sabido.

* * *

Me dirijo a un hostel y pago por una semana mientras busco otra cosa.

Entro en el cuarto y compruebo que deja mucho que desear, pero es mejor que la calle, la verdad.

Me cambio y salgo por la ventana a la escalera de incendios. Por suerte, no está muy alto, porque las alturas me intimidan. Hace frío, pero tras un día frenético, siento bien no hacer nada salvo contemplar la luna.

Toca sonreír y seguir adelante.

Tal vez un día todo cambie y deje de estar sola...

Aún no he perdido las ganas de seguir soñando un poco más.

A veces sueño que en este mundo hay alguien esperando a que nuestros caminos al fin se encuentren.

Capítulo 3

Darren

Tras más de mil años viviendo esta inmortalidad, sé que, si no fuera por el sexo, ya me habría enfrentado a los desgraciados que crearon para matarnos y dejaría que acabaran con mi mísera vida. Odio a los lidelse, pero no soy un asesino a sangre fría.

Pero aquí sigo, aferrado a la vida por un instante de placer, sabiendo que, cuando un día no pueda escapar de ellos, acabaré en el infierno por todo lo que hice, y dudo que allí encuentre un cuerpo caliente en el que perderme.

Hace tiempo que, a pesar de tener sangre vikinga, dejé de creer en el Valhalla. Al final, acabamos adoptando otras culturas.

Observo el pub donde los bailarines, hombres y mujeres, danzan con poca ropa. Lo hago al lado de una mujer que se contonea para mí. He invitado a otra a la fiesta, porque nunca me sacio. Me encanta follar, pero a veces me cuesta disfrutar de ello, y eso que es la única cosa por la que sigo vivo.

Esa, y el reto de ser cada vez más rico. Me divierte tener tanto control en la ciudad de Nueva York, a la que hui hace años, cuando nos dimos cuenta de que, para sobrevivir, los inmortales debíamos separarnos.

Fuimos doce, pero cuando llegué a Nueva York en mil ochocientos, ya solo quedábamos cuatro.

Me costó dejar atrás a mi mejor amigo.

Cuando nos despedimos, me dijo que un día la vida nos haría reencontrarnos.

Pocas veces se equivocaba en sus predicciones, pero esta vez erró.

Lo mataron y nuestros caminos no se volverán a cruzar jamás.

Estamos ligados y sentimos la muerte de uno de los nuestros.

Nos destroza.

Nos hace agonizar por unos instantes.

Por eso, sé que solo quedamos tres.

Solo sé dónde está uno de ellos; perdido en una montaña de Noruega, invernando, dejando que la vida pase sin ser parte de ella. Odia a la gente y, cuando empezaron a acabar con nosotros, se instaló allí. Sé que si un día tengo que ir a buscarlo será para una causa de vida o muerte.

Dejo de pensar en los que consideré mis hermanos y me centro en lo que tengo entre manos mientras doy un trago al fuerte whisky que vendemos aquí. Es el mejor de toda la ciudad. No me conformo con menos.

Llega la otra mujer y se besan entre ellas para que yo disfrute del espectáculo en el reservado.

Doy un nuevo trago a mi copa, totalmente vestido, mientras ellas se van hacia la zona más oscura y se empiezan a dar placer la una a la otra tras una espesa cortina, donde la gente del pub no pueda verlas ni oírlas, en la planta de arriba de la zona vip.

Disfruto de las vistas hasta que me termino la copa y me uno a ellas, sacando la bestia que llevo dentro, porque el sexo me gusta duro y sin tonterías dulces.

Ahora usamos condones, aunque yo no los necesito. No puedo contraer enfermedades y, por lo tanto, no puedo transmitirlos. Tampoco puedo tener hijos.

El ser que nos manipuló hasta crearnos, usando magia negra y artes oscuras, nos quitó esa posibilidad y doy fe de ello. En mil años no he dejado a nadie embarazada, porque, si tuviera un hijo, estaría ligado a mí y sabría de su existencia.

Aun así, me adapto a los tiempos y hago lo que hacen los demás, porque si destacas es cuando la gente se hace preguntas.

* * *

Salgo del local para irme a mi casa.

Será mejor que descanse algo. Mañana tengo un día horrible de reuniones. Soy un inmortal que necesita dormir; una mierda, vamos. Muchas veces aparecen pesadillas de cada atrocidad que cometí hasta que pude controlar a la bestia y dejar de ser un títere en manos de nuestro creador. Claro que, cuando eso pasó, tenía un as en la manga y aparecieron los primeros lidelse, que trataron de acabar con nosotros usando a humanos para sus fines.

Si no le éramos fieles al cien por cien, nos mandaba matar.

Otra cosa es que lo consiguieran, porque yo sigo vivo, para su desgracia y de los que heredaron su legado.

Mi creador vivió más años de lo normal gracias a unas hierbas mágicas, pero al final la muerte se

hizo con él, o lo mató uno de los míos. Esto no lo tengo claro. Lo que sí sé es que antes de morir dejó su legado enterrado y escondido para que nadie supiera cómo nos creó.

De él solo quedaron los lidelse.

No tenemos claro si fueron creados por él o no, pero sí sabemos que, desde que nos rebelamos, han traído el caos para acabar con nosotros.

Esben y Ragnar sabían más de todo esto, pero uno está muerto y el otro se guarda todo lo que ha vivido para él, sin soltar prenda, a pesar de que ahora es nuestro líder, tras la muerte de su hermano.

Lo conozco lo suficiente para saber que le importamos todos una mierda y por eso no ha cogido el bastón de mando. A Ragnar solo le importa él mismo.

O eso nos ha hecho creer siempre.

* * *

Camino por las calles de Nueva York. Cualquier otro tal vez tendría miedo de ir andando solo en la oscuridad de la noche por una de las peores zonas, pero yo no. Si alguien se me acerca, puedo matarlo con solo apretar su cuello, o sin hacerlo, ya que puedo usar la mente para acabar con su vida, aunque me gusta darle una oportunidad de defenderse..., aunque sea pequeña. Por eso, ando entre las sombras sintiendo como me acarician y me llaman. Me retan a que saque al monstruo de mi interior y disfrute de la lucha.

No lo hago porque ese monstruo hace años que quedó atrás. Ese monstruo que habita en mí lleva años dormido y quiero que siga siendo así.

Me gusta pensar que lo tengo controlado.

Eso me gusta creer...

El problema es que siento que se avecina un cambio y eso nunca trae nada bueno.

Llego a mi casa y observo la ciudad desde mi ático. Desde aquí me siento un puto rey. Tal vez porque media ciudad es mía. Salvo que casi nadie lo sabe, porque a todos y cada uno de ellos les tengo prohibido que me miren.

Solo así un inmortal puede sobrevivir tanto tiempo: nadie puede ver que no envejezco. Si alguien se atreve a mirarme..., si es necesario le borro mi recuerdo o fundo su móvil. Algo que últimamente he tenido que hacer a menudo. Odio la llegada de esos dichosos trastos, que han puesto mi tranquila vida patas arriba.

Antes era más fácil ser invisible en este mundo, pero ahora todo lo que destaca acaba en redes,

con el fin de conseguir ser vistos con un vídeo diferente, sin que importen las consecuencias. Nunca he debido tener tanto cuidado con mis poderes como ahora.

Poderes que me proporcionó el desgraciado que nos manipuló desde niños, con magia negra, para hacernos invencibles, pero nunca le daré las gracias por convertirme en una bestia.

* * *

Llego a primera hora al trabajo y, como ayer, siento algo extraño en el ambiente, pero no sé muy bien qué puede ser. Es como si este lugar tuviera una luz diferente.

«Ya lo descubriré», pienso de camino a los ascensores.

Según avanzo, salen a mi paso trabajadores que sienten curiosidad por mí y por el aura de poder que desprendo. Ni uno solo me mira, porque saben que siento si alguien posa sus ojos en mi cara, pero observan mi cuerpo y todo lo que llevo puesto.

He despedido a gente solo por mirarme de espaldas, en dirección a mi cabeza. Nadie se atreve a perder su puesto, porque, como media ciudad es mía, si los despido les costará mucho encontrar otro empleo en el que cobren tan bien.

Por eso, nadie se atreve a pasar de la suela de mis zapatos.

—Tiene una reunión a las diez, otra a las doce y otra a la una.

—Comer está sobrevalorado, por lo que veo —ironizo y la secretaria no responde.

La gente me tiene miedo. Ni uno solo se atreve a decir una palabra más alta que otra y al final me aburren.

Ando hasta los ascensores y de pronto siento que alguien me mira.

Lo peor es que su mirada me calienta como no lo había hecho ninguna hasta ahora.

Cuando alguien me observa, siento como un escozor o como un aviso, pero nunca va precedido de algo tan intenso, algo más ardiente.

Escucho que le dicen que no me mire mientras me doy cuenta de que siento lo mismo que percibí ayer y que me dejó intranquilo.

—No le tengo miedo —dice una joven con una voz preciosa y muy dulce.

—Eres tonta. De todos modos, pronto estarás en la calle.

Curioso, me giro por lo que estoy sintiendo y noto una puñetera descarga al ver a la joven que

tengo ante mí. Es como si, al encontrarnos, el tiempo se detuviera unos instantes antes de seguir su curso normal.

En toda mi vida, nunca me había pasado esto.

Claro que nunca había tenido ante mí a una mujer desafiante y preciosa que me mirase como una guerrera en plena batalla, luchando por defender a su pueblo.

Tiene el pelo dorado y unos grandes ojos verdes que brillan con fuerza. Es condenadamente preciosa. No muy alta, pero su cuerpo es como un canto de sirena para un hombre.

Me sostiene la mirada sin un ápice de miedo.

Hace tiempo que no me permito el lujo de verme reflejado en los ojos de otra persona.

Endurezco la mirada y veo como ella da un respingo, pero no se achanta. Al contrario, me mira con más desafío en sus ojos verde jade.

Solo alguien que no tiene nada que perder es capaz de mirarte de esa forma.

—Buenos días, señor Douglas —me dice retadora—. Espero que tenga un buen día.

El silencio se hace en este lugar por esta descarada que me está desafiando delante de todos.

—Y que usted sepa que está despedida.

—Entonces, es cierto. Es tan capullo que se cree que puede ordenar a todos agachar la mirada como si fuera un dios. —Sonríe y sus palabras me calan hondo.

Había olvidado lo que se sentía hablando con alguien que no fuera de la familia de Benjamin de algo más que de negocios.

Me acerco a ella y las personas que tenemos cerca contienen el aliento.

Ella solo se altera, pero no da un solo paso atrás. Su cabeza se alza más, hasta poder mirarme a los ojos cuando estoy cerca. Mido casi un metro noventa, mi cuerpo es todo músculos y la gente se siente intimidada al verme.

Ella no.

Por mis venas corre sangre vikinga. Si me enfado, sigo dando miedo.

Nos miramos desafiantes y, una vez más, siento esa descarga que ayer noté cuando llegué, pero que a su lado es más intensa.

Algo que no me gusta.

Esta joven solo es una más que he tenido la suerte de conocer en mi larga vida.

No es diferente al resto. Solo más estúpida, por no tener miedo a mis represalias.

—¿Una loca o una insensata?

—Alguien a quien no le gusta que le den órdenes estúpidas. —Sus palabras contrastan con toda esa dulzura que desprende.

Veo en ella a un ser fiero. Sus ojos verdes relucen y sé que no puedo despedirla. No puedo porque me gusta el reto que supone tenerla aquí.

Esto no tiene sentido, pero ha alegrado mi día de mierda.

La miro de nuevo a los ojos y siento que la he visto antes. Sus ojos me suenan mucho. Hay algo en ella que me es familiar, pero no logro ubicarla...

—A ver cuánto dura alguien como tú en este sitio —le susurro para que solo ella lo escuche y entonces sí la recorre un escalofrío que no parece de miedo.

Me encuentra atractivo... Interesante. Es una lástima que no me gusten las vírgenes, y sé que ella lo es.

Las vírgenes huelen de forma distinta y mi bestia interior lo nota.

Son demasiado aburridas en la cama.

En todo el tiempo que llevo vivo, ni una sola me ha dado lo que me gusta y, al final, tomé la decisión de buscar placer en mujeres experimentadas que sacian más el hambre voraz de mi interior.

—¡Volved al trabajo! —grito al resto, cuando me separo de la ninfa de ojos verdes y cuerpo creado para encandilar a los hombres.

—Entendido, señor —dice su compañera y se la lleva.

La joven me sigue mirando y me dice adiós con la mano de forma descarada.

—Deberías despedirla o el resto harán lo mismo —me aconseja Benjamin, ya en el ascensor, los dos a solas.

Nadie se atreve a subir conmigo salvo él.

Su familia lleva a mi servicio desde hace muchos siglos y saben quién soy, porque se pasan el secreto de padres a hijos. A cambio de guardarlo, les doy mucho dinero y buenos trabajos para todos.

—Si no lo haces, puede ser como una puñetera gota en un lago tranquilo.

Tiene razón y lo sé, pero siento que no puedo dejarla ir. Tiene que estar cerca de mí. ¿Por qué? Ni puta idea. Tal vez porque me ha desafiado o porque, al mirarla, he sentido que la conozco. O

quizás porque siento algo diferente al observarla...

Ni puta idea, la verdad.

—Despídela, pero haz que trabaje para mí en mi planta.

—Has perdido la cabeza. Admito que la joven es preciosa, pero, como ella, tienes cientos cada noche...

—No me atrae para tener sexo. Es demasiado dulce y virgen.

—Nunca entenderé cómo lo sabes, pero nunca fallas. Entonces, quieres meter a alguien dulce y virgen en tu mazmorra del terror —bromea.

—Solo es una planta de trabajo. La mazmorra la tengo en el club —le rebato—. ¿Quieres que te la preste para ir con tu mujer?

—No, gracias. Me gusta el misionero.

Me río sin poder evitarlo y me mira como si estuviera loco.

Lo he visto nacer, crecer, y sé que un día lo veré morir... Lo que odio. Odio cuando alguien que es un amigo se muere. Lo he visto con su familia cada siglo, muchas veces.

Por eso no me encariño con la gente, pero Benjamin es diferente. Me reta, me rebate y me dice lo que piensa sin que se lo pida.

Ahora tiene la edad que yo aparento, treinta años, pero un día su pelo se teñirá de canas y me hará odiar ver el paso del tiempo en su piel. Su hijo nació hace un año. Estoy cansado de esta inmortalidad tan solitaria.

—Descubre todo de ella y la despides. Luego le dices que venga a verme a mi otro despacho... El de la fábrica nueva.

—¿Ese lugar que se cae a pedazos?

—Ese lugar un día será un gran negocio. Si tiene la fuerza que he visto en sus ojos para el trabajo, la quiero allí.

—Como quieras. ¿A qué hora la reúno contigo?

—A las cuatro de la tarde. Cuando cae el sol doy mucho más miedo.

—Eres un cabrón. Quieres asustarla, como a todos.

—Quiero ver hasta dónde aguanta la mirada.

—Eso, tú en plan cabrón...

—¿Alguna idea mejor?

—Que la cites mañana a primera hora. Así no saldrá corriendo.

—Haz lo que quieras, ya me informarás.

Asiente ya en mi planta y sé lo que tengo que decir para restaurar el control de todo.

—Despídela sin contemplaciones, ahora que se cree que, por mirarme, se ha salvado.

Uso un tono duro y el resto asienten, porque se ha corrido la voz y quieren que todo siga como siempre. Que una persona me desafíe puede iniciar algo mayor.

He visto lo fácil que es empezar una guerra durante todos estos siglos y no se necesita más para una revuelta en el trabajo.

Benjamin tiene razón: una sola gota es capaz de crear ondas que desestabilicen la tranquilidad del agua.

Capítulo 4

Imogen

Salgo de la empresa con el finiquito, sabiendo que estoy a punto de romperme en cientos de pedazos. No lo haré porque he salido adelante en peores situaciones. Desde que me fui de la casa de acogida, he tenido que sobrevivir de un lado a otro sin destino fijo. Me saqué los estudios trabajando duro y a veces sin dormir.

No pienso derrumbarme ahora solo porque he cometido la osadía de mirar a ese hombre... Me gustaría explicarme por qué lo hice, por qué sentí esa imperiosa necesidad de contradecirlo, pero, cuando lo sentí cerca, mi cuerpo vibró de una forma que me hizo olvidarme de todas y cada una de las advertencias.

Lo primero que pensé al mirarlo fue que era peligroso. Parecía un fiero guerrero, pero eso es algo que no tiene sentido. No sé por qué, al verlo, pensé eso.

Luego me vi atrapada por sus ojos bicolors. Son entre azul y verde y, cuando se acercó, encontré motas doradas.

Nunca he visto unos ojos más fascinantes en mi vida.

Y su atractivo cortaba el aliento, casi tanto como su altura y su complexión física.

El pelo negro le caía sobre la frente y la barba corta de varios días hacía que sus facciones se vieran más marcadas y sexis.

Lo miré sintiendo que nunca podría borrar de mi mente su imagen.

Nunca en toda mi vida había contemplado a alguien así, con un cuerpo tan escultural y que rezume peligro por los cuatro costados.

Aun así, le aguanté la mirada y una parte de mí vibró ante el reto de la confrontación.

Lo desafié mientras temblaba por lo que me hacía sentir su cercanía.

Por culpa de eso, aquí estoy, en la calle. Algo que ha alegrado mucho a Hester.

Odio a las mujeres que se creen que hacer daño a otros por envidia está bien.

Ando por la calle hasta el hostel donde he pasado la noche y donde tengo mis cosas.

—Señorita —me giro y veo a un hombre rubio acercarse a mí—, en este sitio hay trabajo. —Me tiende una tarjeta—. Si le interesa, puede ir allí mañana a primera hora y hablar con el jefe. Ya le aviso que es una fábrica un poco..., bastante destartada. Pero si no le asusta el trabajo, puede pasarse.

Cojo la tarjeta y asiento, ignorando qué haré ahora mismo.

Luego me marchó, sin saber dónde estará mi destino en este mundo que parece odiarme.

Darren

—Señor, tiene lista la sala para cuando quiera ir.

Le indico que vale al camarero y me deja solo, observando a la gente que disfruta de los bailes, ligeros de ropa, bajo mis pies.

En el lugar predominan los colores oscuros y el dorado. Hay sábanas entre los diferentes grupos y uno puede creer que tiene cierta intimidad en los reservados, pero yo puedo sentirlo todo si quiero.

El placer, la lujuria, el engaño...

Muchas de las personas que se dejan acariciar esta noche tienen a alguien en casa esperándolos. Es triste saber que, por un instante de placer, condenan la vida de una persona que daría su vida por ellos.

Pero así es la humanidad: siempre quiere y desea más.

Como yo, claro, pero hace tiempo que dejé de considerarme un humano. Me veo más como un monstruo; alguien creado para un fin. Era solo un niño cuando experimentaron conmigo para crear lo que soy...

Alejo esos pensamientos de mi mente y ando hasta la sala donde me espera sexo y olvido durante unas horas.

El problema llega cuando voy a entrar y se cruza una imagen en mi mente.

Imogen...

Así se llama la joven de cabellos dorados. Sus ojos verdes desafiantes se han grabado a fuego en mi mente y lo peor es la sensación que me ha acompañado tras verla, porque siento que esos ojos ya los he visto antes. Son de un color verde jade que parece irreal. Tengo en la punta de la lengua dónde he visto ese color, pero el problema es que en más de mil años he contemplado

demasiadas caras y tal vez nunca sepa de qué me suena esa joven.

Entro en la sala con luz roja y paredes oscuras y veo en la cama a dos mujeres, dejándose querer por un hombre. Sus gemidos resuenan en las paredes y espero que mi deseo se encienda y me haga olvidarme de todo.

Cuando eso no sucede, a pesar de la escena que tengo delante, me empiezo a enfadar.

—¡Pero ¿qué cojones pasa?!

Me miran sin atreverse a observar mi cara. También está prohibido aquí.

Una de las mujeres me invita y se toca los pechos para que vaya hacia ella.

No siento nada. No hay deseo.

Salgo de la sala enfadado y entro en mi despacho, donde doy varias vueltas antes de sentarme. Una vez más, la mirada de Imogen acude a mi cabeza y la odio por arrebatarme un momento de olvido y placer.

¿Acaso esa joven ha nacido para joderme la vida? Lo descubriremos.

Vaya sí lo haré, y, como sea uno de los suyos..., de esos seres horribles que crearon para aniquilarnos... Como sea una enviada de los lidelse, acabaré con ella con mis propias manos.

Capítulo 5

Imogen

Llego a la fábrica tras coger el metro.

Veo que son unas antiguas instalaciones de coches, algo destartaladas.

Entro y veo carrocerías viejas, de coches de los años veinte.

Hay algunas personas trabajando, tratando de organizar esto, junto a jornaleros que trabajan en la obra.

El hombre que me dio la tarjeta se me acerca.

—Son las once, ya pensé que no vendría —me dice—. Tiene bastante enfadado al jefe.

—Nunca dije que fuera a venir.

—Cierto, pero el jefe es bastante complicado.

—¿Y por qué está usted aquí si trabaja para el señor Douglas?

—Esta fábrica es del señor Douglas —me recorre un escalofrío—, pero poca gente lo sabe. Acaba de decidir restaurarla... A saber por qué —comenta al mirar los coches viejos y destartalados—. Sígame por aquí. La espera en su despacho.

—¿Y va a volver a mandarme a casa si lo miro a los ojos? —le pregunto altiva.

—Solo si cuando lo mira está en público. Si quiere desafiarlo, me parece bien, pero que nadie la vea. —Me guiña un ojo tras su consejo.

A saber por qué narices el señor Douglas no quiere que nadie lo mire.

«Yo lo hice y no me convertí en piedra», bromeo mentalmente mientras ando hacia su despacho.

El sitio me parece cada vez peor. Hay ventanas rotas. No sé como puede ver negocio en algo así. Se debe de haber vuelto loco. Solo eso explica lo excéntrico que es, al no soportar que alguien lo mire a los ojos.

Tan joven, tan sexi, e ido de la cabeza. Algo malo debía tener.

Mi acompañante toca a una puerta y dice que estoy aquí.

Una voz dura, y sexi a rabiar, dice que espere en la puerta y ya me avisará de cuándo puedo pasar.

Miro a mi acompañante y me informa de todo, como si yo no lo hubiera escuchado.

Luego busca una silla, la desempolva, haciendo que los dos tosamos, y me la coloca cerca de la puerta.

—Puede esperar aquí.

—Este lugar es un nido de ratas. No sé si me merece la pena trabajar en este sitio.

—Lo es, sin duda, pero el hombre que está ahí dentro es capaz de transformar cualquier negocio que toca en oro. Puede irse o ver como este sitio cobra vida, aunque estoy con usted en que ahora parece un nido de ratas. —Sonríe—. Soy Benjamin, por cierto. Si necesita algo, estaré abajo organizando el trabajo de los obreros.

—Gracias.

Se marcha y me quito el abrigo para dejarlo cerca, sobre una caja, tras meter la bufanda y los guantes en los bolsillos.

Espero un rato hasta que, aburrida, saco el móvil y miro algunos vídeos.

Me asomo a la barandilla, al cabo de un rato, para mirar las obras. La gente va de un lado a otro, tratando de dar vida a este sitio.

Estoy pensando que esto es una pérdida de tiempo cuando siento que alguien me observa.

Giro mi cabeza y veo a Douglas observarme desde un resquicio de la ventana. Sus ojos parecen fieros cuando se encuentran con los míos. Como está hablando por teléfono, no sé si es por mí o por lo que sea que esté conversando.

Nos aguantamos la mirada unos segundos, que parecen eternos, antes de que deje caer la cortina del todo y desaparezca.

Una parte de mí me avisa de que salga corriendo, que me aleje de todo esto, pero otra piensa que en mi vida he vivido cosas peores como para achantarme ahora por un hombre extraño, que me pone los pelos de punta.

Sigo esperando hasta que la puerta se abre un poco y sé que es una invitación a que entre.

Dejo mis cosas donde están y me interno en el despacho.

Me sorprende lo rápido que ha regresado a su mesa, porque no está cerca de la puerta.

Siento su mirada puesta en mí.

Evito mirarlo a los ojos, porque quiero este trabajo, lo necesito para mis prácticas y también para poder pagar el hostel hasta que encuentre algo mejor.

—Siéntate. —Lo hago y miro mis manos—. Así me gusta, que hagas caso a la única cosa que se te pide.

—¿La única cosa? He pasado poco tiempo en su empresa, pero a los becarios se los trata como si fueran poco más que una mierda.

—No tengo constancia de eso —lo dice tranquilo y no puedo aguantar más: alzo la cara para mirarlo a los ojos.

Nuestras miradas se encuentran y me veo una vez más asaltada por la belleza de este hombre, que parece sacado de otro mundo. Es una belleza oscura, tenebrosa, de esas que sabes que son peligrosas, pero precisamente ese es su atractivo.

Lleva un traje de chaqueta de color gris. Le sienta como un guante. De hecho, nunca he visto a nadie a quien le quede tan bien como a él. Todo él rezuma atractivo. No es la primera vez que me topo con alguien de semejante belleza, pero sí con alguien que corta el aliento cuando lo miras.

—No lo sabe porque está demasiado ocupado jugando a ese estúpido juego en que nadie puede mirarlo a los ojos.

—Si le parece estúpido, puede trabajar para otro. Cada uno tiene sus manías, déjeme con las mías.

—La suya es ridícula.

—Solo para personas que no saben hacer caso.

—Sé hacer caso y soy muy buena en mi trabajo, pero las normas estúpidas no las soporto.

—Pues según su currículum ha trabajado en muchos sitios... —Mira unos papeles, entre los que supongo que está mi currículum—. ¿La despidieron por no hacer caso a las normas estúpidas o por bocazas?

—Me despidieron por romper algunas manos cuando alguien osaba tocarme el culo —prefiero decirle esto a que siempre sucede algo malo allá donde voy, como si atrajera las desgracias—. No se me da bien lidiar con la gente que piensa que tiene derecho sobre mi cuerpo. ¿Acaso ve mal que me defendiera?

Por sus ojos pasa algo oscuro y tenebroso. Algo que me deja sin aliento.

—Me alegra que les diera su merecido. —Su voz es dura, oscura, y siento como se erizan los pelos de mi piel—. En este sitio nadie la acosará. Si lo hacen, seré implacable con ellos. No me gusta que nadie se aproveche de las mujeres.

—Es bueno saberlo.

Una vez más, nuestras miradas se encuentran en lo que parece una eternidad y siento como mi respiración se agita, conforme pasan los segundos, perdida en sus ojos bicolores.

—Este sitio no está en funcionamiento, pero hay que hacer muchos papeleos. Si quiere el puesto de becaria, es suyo.

—A cambio de que no lo mire a los ojos... Lo pillo.

—Creo que es usted lo suficientemente lista para saber cuándo puede cometer la osadía de saltarse mis normas sin que nadie lo sepa.

Asiento, porque me está dando el mismo consejo que su empleado.

—Sigo sin entender por qué le molesta que lo miren. Confiéselo, ¿la gente se convierte en piedra si lo hace?

Su boca se eleva un tanto, emitiendo una pequeña y atractiva sonrisa ladeada.

—De ser así, hace tiempo que no sería más que una mera estatua, señorita Edivane. —Noto en su voz un deje de humor que me altera los sentidos.

Joder, este hombre es puro fuego, haga lo que haga.

—Una cosa más —le digo—, si acepto el puesto, necesito cobrar al acabar la semana.

—¿Problemas de dinero?

—Voy al día. Si no cobro, no puedo dormir bajo un techo.

Mira el currículum.

—¿Algún vicio que no le haya dejado ahorrar tras tantos trabajos?

—No, pero pagarse una carrera es caro y si he podido sacármela, ha sido por las becas. Aun así, no ha sido fácil, y a usted no le importa si tengo algún vicio.

—La gente que tiene vicios es débil. No me gusta la debilidad.

—Le gustan pocas cosas, por lo que veo. —Alza una ceja y luego abre un cajón, de donde saca un talonario de cheques, y escribe algo. Luego me lo tiende. Miro la suma y es mucho—. No puedo aceptar algo así.

—Es un adelanto. Vaya a ese banco a cobrarlo y abra una cuenta. Es de confianza.

—Si acepto esto..., ¿trabajaré duro para devolvérselo?

—No, es un adelanto que le descontaré de cada paga semanal, hasta saldar la deuda. ¿Mejor así?

—No debería importarle si me muero de hambre.

Tensa la mandíbula.

—No me importa. Solo lo hago para que, si acepta el puesto, pueda realizar bien su trabajo.

—Si acepto este cheque, está claro que acepto el puesto. —Asiente.

Me tiende el contrato, lo leo y veo que el sueldo está bien y las condiciones no son malas.

Al final, firmo y cojo el cheque.

—Vaya al banco, señorita Edivane. No queda lejos y cierran a las dos.

—Gracias.

—No me las dé. Pienso ser muy duro con usted.

—Nunca me ha asustado el trabajo duro, solo los capullos que se creen que pueden invadir mi espacio personal.

—Conmigo no tiene que preocuparse. No pienso invadir su espacio personal.

No deberían molestarme sus palabras, pero lo hacen. El problema es que no sé bien por qué.

—Perfecto.

Salgo del despacho tras decirle adiós y recojo mis cosas.

Al irme de la fábrica, necesito un momento para tomar aire. Es como si el encuentro con el señor Douglas me hubiera quitado el aliento.

Una vez más, escucho las advertencias en mi cabeza que me dicen que me aleje de él, pero también siento la imperiosa necesidad de no hacerlo... nunca.

Capítulo 6

Darren

El perfume a flores de Imogen se queda anclado en el aire. Así como su descaro. No la asusto ni un poco. Algo que me sorprende, ya que he visto a gente mearse de miedo solo por mirarme.

Imogen me sostiene la mirada sin inmutarse.

Incluso cuando la furia asomó a mis ojos, no hizo nada. No había miedo en sus pupilas verde jade y, mientras la observaba, sentía de nuevo que ya había visto esos ojos antes.

El problema es que no consigo ubicar dónde.

Lo mismo la vi de pequeña en esta ciudad. Lleva toda la vida viviendo aquí, por lo que han podido comprobar mis hombres.

No se sabe quiénes son sus padres. Ha vivido en una casa de acogida desde que nació y ha tenido cuatro familias que la adoptaron, para devolverla poco después.

Al parecer, por desgracias en su entorno.

Ha estudiado una carrera y ha tenido infinidad de trabajos. Saber que los ha tenido que dejar por cabrones que trataron de abusar de ella me da ganas de ir hacia ellos y hacer mucho más que romperles los dedos.

Entiendo que se vieran atraídos por ella, ya que es una mujer hermosa, de una belleza clásica, que te invita a mirarla una y otra vez. He conocido mujeres hermosas en mi larga vida, pero como ella, pocas.

Su atractivo destaca sobre el resto. La hace parecer una diosa de cabellos dorados y grandes ojos verdes.

Entiendo que esto la haya metido en problemas, pero lo que no comprendo es como ha llegado virgen a los veintitrés años. Alguien con su belleza ha debido de tener a los hombres a sus pies toda la vida.

Hay muchas cosas en ella que me inquietan. Demasiadas. No debería querer perder mi tiempo por una simple mortal. Ni necesitar cuidar de ella. No soy de los que regalan dinero. Odio hacerlo, la verdad, y sin embargo, cuando supe que no tenía nada, no pude evitar querer

ayudarla.

Hay algo en ella que me invita a cuidarla, a protegerla, y no me gusta.

No me gusta nada de lo que siento.

Por eso, cuando Benjamin entra, estoy recogiendo mis cosas.

—Hazte cargo de todo aquí desde ahora.

—¿Me quieres lejos de ti?

—Siempre —bromeo—. La señorita Edivane ha aceptado el puesto. Evita que se meta en problemas.

—Me da a mí que puede cuidarse sola.

—Sí, es descarada y temeraria, pero si alguien trata de abusar de ella, quiero que lo despidas y ordenes darle una paliza.

—¿No crees que es demasiado, Darren?

—No, hazlo y deja de darles vueltas a mis órdenes.

—Siento que esta joven nos va a traer muchos problemas. —Me recorre un escalofrío, porque yo también lo siento.

—Solo es una joven más. Nadie importante.

—Ya, y por eso con ella has bajado la guardia como no lo has hecho con nadie en siglos. No le has borrado tu imagen de su mente.

Lo miro a los ojos y no digo nada. Es cierto. No he borrado mi imagen de su mente. Tengo ese poder. El poder de hacer que la gente no me recuerde; un don que me ha mantenido con vida, pero que con ella no he querido usar.

—Lo tengo todo controlado.

—Permíteme que lo dude.

—Soy inmortal. Solo una cosa puede matarme y no es ella. Deja de preocuparte tanto.

O eso quiero creer.

Ella me pone alerta, pero no de forma negativa. Es otra cosa que no sé descifrar. El problema es que tampoco puedo bajar la guardia. Los lidelse pueden llevar años trazando este plan para llevarme adonde ellos quieran y matarme. Son así de retorcidos. No luchan sin más. Evalúan todo y leen las señales de los visionarios que tienen con ellos, para matarnos sin piedad.

Lo peor es que usan para esto toda clase de medios y personas, a sangre fría.

Puede que todo sea parte de un plan bien elaborado... o no.

De momento, solo sé que el deseo de protegerla es mayor que el de dejarla ir, por si formara parte de algo mayor contra mí.

—Si no me preocupo —miente Benjamin—. Si te matan, heredaré gran parte de tu fortuna y podré hacer con mi vida lo que quiera... Visto así, mira, que te maten. Un inmortal menos al que cuidar —bromea conmigo, porque sé que en realidad me quiere y no desea mi muerte.

—Lo mismo te despidió por tu osadía. —Se ríe.

—Me necesitas más tú a mí, que yo a ti, y lo sabes.

Lo sé, y por eso lo tengo a mi lado, cuido a su familia y aprecio el sacrificio que hacen desde que, hace años, le conté la verdad a su antepasado.

Estaba herido y me acogió en su casa.

Le confesé que era peligroso, pero me dijo que no le daba miedo.

Vi como protegía su casa con hierbas y amuletos mágicos, como si supiera que necesitaba alejar la oscuridad de su hogar, y funcionó. Pudo curarme sin que los lidelse me atraparan.

Me salvó la vida y yo le conté mi historia.

Este hombre usaba magia blanca, pero el resto de su familia no quiso pasar ese poder a sus descendientes. Decían que era magia peligrosa y que podía corromper a un hombre.

Por eso, sus descendientes no han usado artes mágicas. Ni yo les he dicho que uno de sus antepasados tenía ese poder.

Me hizo prometer que dejaría todo como estaba.

Los lidelse no me mataron en ese momento, porque ellos tienen espadas que no pueden matar a no ser que el corte sea cerca del corazón. El veneno llega a este a través del metal y nos mata antes de que podamos curarnos.

Si el corte es en otro sitio, tenemos alguna posibilidad de vivir, pero para ello necesitamos descansar y dejar que el veneno sea expulsado poco a poco de nuestro cuerpo.

Ese hombre me dio ese tiempo.

Hizo que pudiera sanar gracias a sus cuidados, por lo que le debo mi vida a la familia de Benjamin.

Desde entonces, su familia está a mi servicio y los he protegido y cuidado.

He sufrido con cada despedida y he odiado mi inmortalidad cada vez que he tenido que llorar por un viejo amigo.

Por eso no me permito el lujo del amor, o de quererlos demasiado, aunque a veces es inevitable.

—No vayas de listo —bromeo con él.

Hablamos de trabajo y de lo que espero de él aquí.

Aunque intento no pensar en Imogen, una parte de mí se pregunta si estará bien o se habrá metido en algún lío.

«¡Para ya!», me digo. Odio preocuparme por nadie; odio pensar en una mujer más de dos segundos... Es mejor que deje a Benjamin a cargo de todo aquí, y no pisar este sitio en la medida de lo posible.

Capítulo 7

Imogen

Parece mentira que lleve todo un mes trabajando en este lugar tan peculiar. Las obras van bien. Las instalaciones cada vez tienen mejor cara, pero hay mucho trabajo; la fábrica se está cayendo a pedazos en muchas partes. He descubierto que es una fábrica de mil ochocientos veinte. En ella, antes, había carruajes de paseo y, cuando los coches empezaron a ganar poder, hacían algunas piezas para automóviles.

El señor Douglas quiere crear una fábrica de diseños personalizados de automóviles, para personas con mucho dinero, claro.

He visto los diseños y quedará bien, pero hasta ese momento me muevo entre obras para llegar a mi pequeño despacho, situado al lado del de mi jefe, pero que casi siempre ocupa el señor Benjamin.

No he visto al señor Douglas desde que tuvimos nuestro último encuentro.

Una parte de mí se siente liberada, pero otra alberga un ápice de desilusión, como si hubiera esperado verlo una vez más.

No tiene sentido esto que noto, pero ahí está, anidando en mi pecho la desilusión de no tenerlo delante y retarlo con mis miradas furtivas y mis palabras.

Entro en mi despacho, tras llevar unos papeles, y compruebo en mi agenda qué me toca hacer hoy.

Tomo mi móvil para cambiarlo de sitio y veo que tengo un par de llamadas. Es algo raro, porque no soy de las que tienen miles de amigos.

Una es del casero de donde vivo ahora, un piso pequeño cerca de aquí.

Le devuelvo la llamada.

—¡La casa se ha quemado por tu culpa! —me grita nervioso.

—Yo no estoy en casa. Es imposible que se haya quemado algo por mi culpa.

—Algo que te has dejado encendido, niña.

Pienso en lo que dejé y sé que no hay nada. De hecho, el cargador del móvil y la tableta los tengo en mi bolso. No me he dejado nada encendido. Nunca lo hago por miedo a que se incendie.

Algo no me cuadra y de este hombre no me fío. Vive en el mismo edificio que yo y, cada vez que me ve, se me insinúa, pero siempre lo ignoro y voy a mi casa para encerrarme en ella.

No me gusta, pero no he encontrado nada mejor.

—¡Ven aquí inmediatamente!

Tomo aire y cuelgo el móvil.

Voy hacia el despacho de Benjamin y llamo a la puerta.

Me dice que pase.

—Tengo que ausentarme un momento por algo urgente.

—¿Qué ha pasado?

—Donde vivía está ardiendo y creen que es por mi culpa. Supongo que voy a hablar con la policía o algo... No lo sé. —Noto que me tiembla la voz—. ¿Puedo irme un momento?

—Voy contigo. Tengo amigos en la policía y te ayudaré.

Le digo que vale y recojo mis cosas para irnos.

Salimos de la fábrica, tras dar Benjamin unas indicaciones, y caminamos por las calles de Brooklyn hasta donde estaba mi piso.

Lo importante que tengo siempre lo llevo conmigo, pero había ropa y comida que se han echado a perder.

Al llegar, el casero se me acerca gritando. Lo hace hasta que mira a Benjamin y se queda quieto.

—¿Qué problema ha habido? —lo interroga Benjamin tranquilo.

—El fuego ha empezado en la casa que le tenía arrendada. Por suerte, ningún otro apartamento del edificio ha sufrido daños.

Benjamin asiente mientras miro como sale humo de la casa, a punto de romperme. Siempre pasa algo que desestabiliza mi paz.

Tomo aire y respondo a la policía las preguntas que me hacen.

Benjamin se hace cargo de todo mientras yo me quedo quieta, sin saber qué hacer con mi vida ahora; si no sería más seguro para el resto de las personas que viviera sola en un lugar alejado del mundo.

Al final, voy a tener que creerme que estoy maldita.

Entonces, noto que se me erizan los pelos de la nuca, como si notara una presencia acercarse. Me tensó hasta que escucho la voz del señor Douglas:

—¿Qué ha pasado aquí?

—Se ha quemado mi casa —respondo sin mirarlo, observando el asfalto lleno de agua.

—Eso lo sé. Me ha llamado Benjamin. Quiero saber si ha dejado algo en su apartamento que pudiera ocasionar esto.

—No, los cargadores y mis cosas de valor los llevo siempre en el bolso, por si... Bueno, digamos que no es la primera vez que me pasa esto.

No dice nada. Anda hacia donde está el dueño, que se queda lívido al escucharlo. No lo mira a los ojos. Nadie lo hace. Nadie se atreve.

El señor Douglas habla con los policías y todos asienten. Es como si él los controlara a ellos.

A saber el poder que tiene este hombre en la ciudad.

Veó que han dejado de echar agua y la puerta del edificio está abierta.

Me cuelo dentro, para ver si puedo recuperar algo de mis cosas. Si solo están mojadas, puedo arreglarlo. Mejor eso que comprarme un armario entero de ropa.

Entro en mi casa y veo que solo se ha quemado mi dormitorio y que el resto está oscurecido por el humo.

Me llevo la manga a la boca para poder respirar y voy hacia el libro que dejé ayer en el sofá para acabarlo hoy.

Lo cojo con el corazón encogido y lo guardo, a pesar de estar mojado.

Me recorre una vez más un escalofrío que me alerta de algo y, al poco, siento los pasos de Douglas.

No sé por qué mi cuerpo reacciona a él de esta manera, pero ahora mismo tengo cosas peores de las que ocuparme.

—No debería estar aquí. Es peligroso —la voz de Douglas se cuela en mis oídos.

—Quería ver si podía recoger mis cosas.

—Tan insensata como siempre. —El señor Douglas entra en el dormitorio y lo sigo. Me mira desafiante, pero no me achanto—. La policía dice que debió de dejarse algún cargador encendido por aquí. Por suerte, parece que llegaron pronto. Incluso demasiado... Es como si alguien los hubiera avisado antes del incendio.

Habla para sí mismo, pero tiene sentido, porque la habitación está quemada, pero no demasiado. Aun así, el armario con mis cosas sí, y una parte de la cómoda. ¿Quién haría algo así?

—Yo solo tengo un cargador —lo saco del bolso que llevo colgado— y está aquí.

—¿No usa nada más que vaya con carga?

Niego con la cabeza.

Miramos el cuarto y se ve claramente dónde ha empezado el fuego.

Va hacia el enchufe donde se ha prendido el fuego, levanta un cable medio quemado y me mira. Es un cargador muy raro.

—No tengo más cargadores, lo juro...

—Esto es para cargar... Bueno, un vibrador de esos que succionan.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo.

—Eh... No... Yo, no... Es decir... ¡Que no tengo de eso!

—Pues entonces, alguien se coló en su piso para quemar este sitio e incriminarla, y eso explicaría que avisaran a los bomberos antes del incendio.

Va hacia la cajonera medio quemada y veo mi ropa interior destrozada por el agua y el fuego. Rebusca entre las cosas y veo un vibrador de esos que ha mencionado.

—Le juro que eso no es mío. —Lo miro alterada—. Se lo juro...

—Te creo —me tutea para volver a las formalidades de inmediato—: Salga de aquí, señorita Edivane. Benjamin la llevará a una de mis casas arrendadas. No hable con nadie y no responda preguntas. Yo me encargo de todo. Quien hizo esto, lo pagará.

Me pierdo en sus ojos bicolors y asiento. Su mirada es mortífera, como si estuviera listo para la batalla.

Salgo del edificio y voy hacia donde está Benjamin, que ya me espera.

La policía me hace preguntas, pero no respondo a nada.

Benjamin me lleva hasta un coche negro, que antes no estaba aquí, y me hace subir.

No digo nada en todo el trayecto. Está claro que alguien quería culparme del incendio. Con seguridad, el casero, pero no sé la razón.

No es la primera vez que me pasa. Cuando estás sola, cuando en el mundo nadie te respalda, la gente te acusa de cosas horribles, porque eres tú sola contra ellos. Es posible que quisiera cobrar el seguro y me haya usado para que parezca un accidente. Y de paso, joderme por no aceptar sus

invitaciones a su cama.

Está claro que es un desgraciado.

Me repugna saber que entró en mi casa, hurgó entre mis cosas y dejó eso ahí para que ataran cabos. Da miedo pensar cuántas veces habrá invadido mi apartamento y rebuscado entre mis cosas. Siento el asco recorrerme.

—Ya hemos llegado.

Miro dónde estamos y compruebo que es cerca del puente de Brooklyn, del siglo

XIX

, que lleva a Manhattan.

Salgo del vehículo y nos dirigimos a un edificio de ladrillo rojo.

Entramos y subimos por las escaleras hasta el segundo piso.

Abre la puerta y veo un apartamento reformado con mucho estilo.

—Dudo que pueda permitirme un lugar así...

—Este edificio es del señor Douglas y tiene alarmas contra incendios y puertas reforzadas, para que nadie pueda pasar por ellas sin llave...

—Acabo de venir de un sitio donde un casero loco ha puesto pruebas incriminatorias para, probablemente, cobrar el seguro... ¿Esperas que viva aquí sabiendo que este lugar es del excéntrico señor Douglas que no deja que nadie lo mire?

—Bueno, has atado cabos tú sola muy bien. Creo que sabrás que no tienes más opciones, pero tú misma. Puedes buscarte otro lugar o aceptar este por el mismo precio que pagabas en el otro sitio.

—¿Y siempre trata así a todos sus empleados?

—No, a mí me compró una mansión —bromea, o no, porque, por su mirada, no sé si es verdad—. Piensa en las opciones que tienes y elige.

Miro este sitio y, la verdad, me gusta. Sobre todo, eso de que tenga control antiincendios y la puerta blindada.

Ando por la casa y voy al cuarto principal. Es enorme y la cama de matrimonio debe de medir más de dos metros.

La otra habitación que tiene es un despacho con sitio para libros.

—Puedes dejar tus cosas aquí cuando salgas de casa. —Abre el armario del despacho y veo una

caja fuerte—. El código lo metes tú misma, si no te fías del señor Douglas, pero ya te digo que este lugar es seguro.

—Nunca nadie ha cuidado de mí... ¿Por qué debería creer que ahora él quiere hacerlo? No tiene sentido.

—No, no lo tiene, pero así es la vida. A veces una persona que no conoces hace más por ti que cientos de personas que se hacían llamar amigos.

Tiene razón.

Salimos del piso y me pide que decida.

—Me lo quedo.

—Perfecto. Puedes quedarte ya aquí. Ha sido un día intenso. Mañana te espero en el trabajo a primera hora y recuperas las horas perdidas.

—Perfecto.

Se marcha tras decirme que ha pedido algo para comer y que me llegará en pocos minutos.

Ha debido de hacerlo mientras yo inspeccionaba el piso.

Dejo mis cosas en la caja fuerte y meto mi fecha de nacimiento... O, mejor dicho, el día que me llevaron al orfanato. Me dijeron que era pequeña. De unos tres meses, pero que no había nada que pudiera identificarme con mis padres, salvo el tatuaje del hombro. Me contaron que mis ropas estaban quemadas y que yo estaba desnuda en la calle, sin nadie cerca, en medio de un círculo de fuego.

A saber qué padres siniestros tuve, capaces de hacerme algo así.

Dejo de pensar en mi pasado, ya que dudo que un día sepa la verdad.

Suena el telefonillo y voy a abrir.

Tiene una cámara y puedo ver que es un repartidor de comida.

Abro y cuando sube me informa de que la comida ya está pagada.

Le doy las gracias.

Preparo todo y como mirando hacia el puente.

Una vez más, mi vida ha dado un nuevo giro. Me aterra hacia dónde girará la próxima vez.

Trato de no romperme, porque temo que, si lo hago, no pueda encontrar las fuerzas para seguir adelante sin derrumbarme.

Capítulo 8

Darren

—¿Vamos a hacer lo mismo con cada empleado que sufra una desgracia? Es por estar preparados, ya que tienes miles de empleados en toda la ciudad...

—*No tiene gracia. —Degusto mi whisky en el despacho de uno de mis rascacielos.*

—No, no la tiene. No sé por qué narices esta joven de golpe es diferente para ti, pero no me gusta. Hay algo oscuro en ella. Algo que me pone los pelos de punta.

—Tú asustado de algo... ¡Qué raro! —Benjamin se asusta por todo desde que era un niño, a pesar de que trata de ocultarlo.

—Tú también has notado su oscuridad, lo sé.

—Si esperas que su oscuridad me asuste, vas listo. He visto cosas peores, por si no lo recuerdas.

—Tú, si te miras a un espejo, por ejemplo —me pica—. Esa joven tiene algo que no me gusta, y mira que es buena en su trabajo, y dulce..., pero hay algo... No sé cómo explicarlo. Es algo que me pone los pelos de punta cuando la tengo cerca.

Yo no siento esa oscuridad cuando la miro, pero Benjamin es muy supersticioso. Por eso hemos investigado el pasado de la joven y tiene sobre sus espaldas varios incendios y accidentes. El casero lo sabía y quiso cargarle el muerto del incendio para cobrar el seguro, pero, al saber que era mi protegida, ha pasado un cheque por los daños, que mañana le daré a Imogen.

Dudo que ella sepa la fama que la persigue. La llaman la maldita y todo empezó en su orfanato.

La dueña de este, en el informe, dijo que nadie la quería por estar maldita.

Las personas no están malditas. Si algo sucede es por algo oscuro que quiere apagar tu luz. La magia oscura se enriquece de las desgracias y la gente con tanta luz a veces atrae las desgracias, por eso mismo. Apagar a un ser de luz da mucha energía.

Hay personas con un nivel de negatividad tan alto que necesitan recargar su mísera vida haciendo esto.

El casero era uno de ellos, y un cerdo pervertido. Había cámaras en el apartamento de Imogen.

Esto no se lo dije a ella, pero sí a la policía.

No tardarán en apresarlos por mirón.

Saber que la ha estado observando mientras dormía, cuando se duchaba..., me da ganas de matarlo. Algo que hace años dejé de hacer. Ya no estoy en guerra y no quiero despertar al monstruo que habita en mí, pero me está costando tenerlo a raya. Ese desgraciado merece la muerte por abusar así de la confianza de una persona.

—Tienes más amuletos en mi casa. Ve a por uno.

—Llevo siempre uno puesto, ya lo sabes. —Saca el que le di, con runas nórdicas.

No necesita más, pero es un miedoso y por eso lleva varios más en los bolsillos.

—Nunca están de más, ¿no? —Miro su bolsillo y se sonroja.

—Sabes que no soy adivino ni nada, pero presiento que esa joven va a joderte la vida. No me gusta cómo la miras. Nunca has mirado a nadie así.

De lo cenizo que es, normalmente me hace gracia, pero ahora me pone alerta.

No, nunca he mirado a nadie como la miro a ella ni he sentido este deseo tan fuerte e irracional de protegerla contra todo y todos.

Tal vez sea una trampa, pero, por eso mismo, quiero ver hasta dónde llega, porque nada de lo que está sucediendo desde que ella apareció en mi vida es normal.

—Eso no lo sabes, porque no existías hace unos años.

Alza una ceja.

—Mira, haz lo que quieras. Es tu vida.

Se marcha antes de que le diga que esa joven ya me está jodiendo la vida, porque, desde que la vi, no soy capaz de tener sexo con nadie, y estar sin sexo me está matando.

Soy incapaz de dejar de pensar en ella cuando quiero tener sexo con otra mujer.

La deseo a ella en mi cama... y no pienso ceder.

No pienso arruinar la vida de una virgen sin experiencia solo porque mi polla haya decidido joderme la vida y no desear a nadie más.

* * *

Llego a la fábrica de coches a primera hora.

El sitio está cada vez mejor.

Benjamin sigue insistiendo en que este negocio no irá bien, y tal vez no, pero quiero devolver la vida a este lugar.

Camino hasta mi despacho y veo luz en el de Imogen. Sé que está ahí, porque la siento cerca. Puedo sentir a las personas, saber si alguien me mira o anda cerca, pero con ella es diferente.

No debería estar aquí, porque no le toca entrar tan pronto.

Llamo a la puerta y me dice que pase.

Cuando lo hago, veo que está rodeada de papeles en el suelo y en la mesa. Va ordenándolos.

—La máquina de imprimir se ha vuelto loca y me ha dado todo por separado, pero lo tendré listo pronto.

Lleva la misma ropa de ayer. El pelo lo lleva recogido y parece cansada, aunque no puedo verla. Sé lo que es no dormir en toda la noche preocupado por algo.

Me apoyo en la puerta y la observo trabajar, hasta que se da cuenta de que la miro sin decir nada y se pone alerta. Algo cambia en ella cuando siente que estoy cerca y la miro. Es como si, antes de mirarme, supiera que no soy Benjamin.

Se gira despacio y nuestros ojos se encuentran. Ayer no me miró, cuando había más gente delante, pero luego, a solas, sí. Sus ojos verdes me observan desafiantes y alerta.

—¿Qué hace usted aquí?

—Es mi negocio.

—Ya..., pero es el señor Benjamin quien se hace cargo de todo.

—¿Acaso te pone nerviosa que sea yo? —Abandono los formalismos.

—A mí nada me pone nerviosa —miente, y alzo una ceja—. ¿Qué quieres?

Avanzo por la sala sin destruir su desastre ordenado y dejo sobre la mesa el cheque.

—Puedes ir a cobrarlo y, de paso, de compras.

—Iré cuando acabe mi trabajo, pero no necesito más cheques. Ya me resulta suficientemente malo aceptar vivir en una casa que cuesta más de lo que pago de alquiler.

—Tengo casas por media ciudad. No me supone una pérdida tenerte allí, si es lo que te preocupa.

—Mira el cheque y lo coge—. No es mío. Es de tu anterior casero. Reconoció que era culpa suya... y lo obligué a pagarte por tus cosas y por las molestias.

—Espero que eso de obligar no incluya partirle la cara...

—Por desgracia, no. Pero se lo merecía.

—Sí. —Mira tensa el cheque y lo guarda.

—El banco cierra por las tardes, no seas tonta y ve ahora. Puedes trabajar cuando regreses de comprar todo. Hoy estaré aquí por la tarde.

Asiente y dice que luego irá.

Sigue con los papeles y regreso a mi despacho, sin querer pensar mucho en el hecho de que quise prolongar nuestro encuentro y ayudarla con todo el lío que tenía.

Yo no soy así. Debe de haber algo mal en mí.

Estar sin sexo me está cambiando, debe de ser eso.

* * *

A media mañana, Imogen llama a la puerta de mi despacho.

Le digo que pase y cuelgo la llamada que tenía.

Entra y me mira desafiante. Alerta y cansada. Muy cansada. La necesidad de cuidar de ella se hace mucho más intensa. Por eso, me quedo quieto, apretando los puños, odiando preocuparme tanto por ella.

—Voy a marcharme al banco ahora.

—Me parece bien. Aprovecha para ir de compras y ven después de comer.

Asiente y se va.

Me quedo mirando la puerta donde ha estado, sintiendo una opresión en el pecho que no debería de estar ahí, por el miedo a que se meta en líos en el tiempo que no la tenga cerca.

Nada de esto tiene sentido; tampoco la sensación de que la he visto antes.

Tal vez debería hacer caso a Benjamin y despedirla, alejarla de mí... Tal vez sería lo mejor.

Capítulo 9

Imogen

Entro al despacho con la comida en una bolsa y la ropa que me he comprado en otra. Necesitaba lo básico, porque lo perdí todo, pero, por suerte, no me ha supuesto un gasto extra, por el cheque de mi excasero.

Dejo las cosas a un lado y luego saco la comida y la dejo en la mesa.

Escucho al señor Douglas hablar y, viendo la hora que es, me pregunto si ha comido algo.

Debería darme igual si come o se muere de hambre, pero acabo llamando a su puerta con la bolsa de comida, por si quiere algo.

—¿No deberías estar comiendo, señorita Edivane?

Su mirada se centra en mí y siento un fuerte escalofrío. No es de miedo, sino que es algo más primitivo. Más ardiente. Este hombre es una delicia para la vista y cuanto más lo miro, más atractivo me parece. El peligro que rezuma no me hace temblar de miedo. Al contrario, esa aura de misterio me atrae como la luz a una polilla.

—Debería, sí, y me muero de hambre, pero quería saber si has comido algo. He pedido mucho. Cuando tengo hambre, bueno, digamos que como con los ojos. —Sonrío y me siento tonta por estar aquí, ante un hombre que me intimida, con una bolsa de comida.

—Te preocupa que me muera de hambre.

Dicho por él, suena ridículo, pero así era.

—Creo que no debería estar aquí... Olvida lo patética que debo de parecer ahora mismo.

Tomo aire y me siento tonta por creer que alguien que solo tiene que mover un dedo para tener todo lo que quiera necesitaba que me preocupara por su bienestar. Ojalá pudiera escapar de lo que siento, cuando lo tengo cerca, con tanta facilidad como cuando huyo de su despacho.

Tiene que ser gratitud.

Me ha dado un puesto de trabajo, a pesar de mirarlo, y luego me ha arrendado una de sus casas para que no me quedara en la calle. Solo eso explica que piense en él más de lo que debería.

La puerta de mi despacho se abre y aparece el señor Douglas sin chaqueta. Solo lleva la camisa y el chaleco. Se ha quitado la corbata y su imagen me seca la boca. Noto como mi cuerpo tiembla. Este hombre es puro fuego y, cuando se me acerca, noto que se me humedecen las palmas de las manos, por el deseo de tocarlo.

—No me mires así —me dice acercándose a la mesa.

—No te miro de ninguna forma. —Alza una ceja oscura, sabiendo que me ha pillado—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo hambre —lo dice con una voz seductora que me hace temblar. Es como si no hablara de la comida y su hambre fuera más primitiva.

Trago con dificultad, sintiendo como se me ha acelerado la respiración.

—Sírrete —le indico, mirando la mesa donde he dejado todo—. Hay de todo.

—Dudo que en esta mesa esté lo que deseo..., pero servirá por ahora.

Mira lo que tengo y lo veo coger un poco de todo y degustarlo.

Centro mi mirada en su boca. Sus ojos se fijan en los míos.

Pillada.

Aparto la mirada y como ante su atenta mirada.

Ahora es él el que me observa mientras como. Lamo mi boca al acabar y sigo con otra cosa. Se me acelera la respiración y no puedo evitar morder mis labios ante el deseo de que me bese. Noto como late el centro de mi ser. Nunca he sentido por nadie un deseo tan palpable.

Entonces, toma mi mano y me detiene, antes de que pueda pinchar un poco de carne. Su contacto me quema y noto que la piel me tiembla allí donde noto su contacto.

—Eres tan frágil —dice, moviendo su dedo por mi muñeca, lo que dispara los latidos de mi corazón—. ¿Sabes que podría partirte la muñeca con solo usar mis dedos?

Lo miro a los ojos y siento que sí, que podría. Su cuerpo es todo músculo y él rezuma oscuridad. Peligro.

No debería sentirme atraída por su oscuridad, pero me atrae, y mucho...

Pasa los dedos por el interior de mi muñeca y ejerce presión con ellos allí donde laten las venas.

Eso me excita y noto como los pezones se me endurecen bajo la camiseta.

—Inténtalo —lo reto, y se pierde en mis ojos, buscando algo. No sé el qué, hasta que habla.

—No hay miedo en tu mirada. No me extraña que te metas en tantos problemas, señorita

Edivane. Del peligro se huye.

Siento que quiere que huya de él, pero no lo hago. Al contrario, cuanto más presión ejerce con sus dedos, más me gusta.

—El peligro siempre me acaba encontrando y por eso me cansé de huir. Aprendí a vivir caminando entre las llamas.

Su mirada se hace más oscura, más intensa... Acaricia mi muñeca, tras dejar de presionarla, y luego la rodea con sus dedos. Mis manos se quedan pequeñas entre las de él, fuertes y callosas, y aprieta lo justo para asustarme.

No me asusto, pero me cuesta contener el jadeo que se escapa de mi boca, porque su posesividad primitiva y salvaje me atrae.

Una parte de mí siente que nunca me haría daño, o que no cruzaría los límites que no le deje sobrepasar.

Se me agita la respiración mientras lo siento tan cerca, tan grande, tan salvaje...

—Eres una insensata —dice, y me suelta antes de marcharse con uno de los túperes de comida.

Miro lo que queda en la mesa, sabiendo que me va a costar comer.

No entiendo muy bien qué acaba de pasar ni por qué su fuerza me ha hecho arder, en vez de desear salir corriendo. Con sinceridad, a estas alturas de mi vida ya no me sorprende nada, porque siempre supe que hay algo mal en mí.

El misterio es saber el qué.

Darren

Entro al pub y pido que me preparen mi sala privada y que inviten a más gente. Cuanta más, mejor.

Luego, me sirvo una copa. Necesito sexo, olvidarme de Imogen y del deseo de arrancarle la ropa para follarla con fuerza mientras se corre conmigo dentro.

Cuando le apreté la muñeca, una parte de mí quería asustarla para que se alejara de mí, ya que parece que yo no puedo, pero en vez de asustarse, le excitó mi agarre. Lo vi claramente en sus ojos y eso casi me hizo perder el poco control que tengo cuando está cerca.

No jadeó, pero casi, y saber que mi fuerza le gusta fue peor que haberme quedado quieto, observando como la comida se perdía entre sus labios rojos y gruesos.

Ya me sorprendió cuando vino con toda su dulzura a ver si había comido, preocupada por mí.

Hace años que nadie se preocupa por mí, más allá de la familia de Benjamin.

Fue algo que me descolocó, porque no buscaba nada de mí, salvo compartir su comida.

Sabía que no debía aceptar ese ofrecimiento, pero fui a su despacho a comer con ella, sabiendo lo que me produce tenerla cerca. Quería saber si veía algo en ella que me hiciera desconfiar. Nadie es tan bueno solo porque sí.

—La sala está lista, señor. —Termino mi copa y lo sigo.

Entro a la sala y veo la fiesta que se han montado. Hay sexo en cada parte de la habitación. Puedo unirme a cualquier escena o solo mirar. Puedo dejarme llevar y puedo tener un puto instante de olvido.

Observo cada rincón mientras los gemidos de placer se cuelan en mis oídos y no siento nada...

¡No siento una puta mierda!

Tras un rato, me marcho enfadado. Asqueado y odiando mi puta vida ahora mismo.

Ando por las calles de Brooklyn hasta la casa donde está Imogen.

Veo luz en su cuarto. Es tarde, pero sigue despierta. La imagino leyendo y me imagino a su lado, mirando como lee mientras me pierdo en sus curvas, antes de atraerla hacia mí y besarla despacio...

No...

Desear tanto a alguien solo me traerá problemas, y más a una simple mortal que mañana puede estar muerta.

Ando hasta el puente y salgo de su estructura. Donde el viento me azota y mueve mi pelo.

Es peligroso, puedo caer al agua...

Miro al frente y luego salto.

Me dejo caer en este salto al vacío sintiendo como el peligro activa mi lado salvaje para que no muera.

Caigo al agua y respiro bajo ella.

Abro los ojos y miro la oscuridad, odiando al ser que me hizo tan jodidamente perfecto que solo una cosa puede matarme, y no está a mi alcance.

Gruño, desatando a la bestia, y noto como las aguas tiemblan.

Hacía muchos años que no dejaba que ese lado de mí saliera a la luz.

¿Se puede llamar vida a vivir siendo un monstruo?

Capítulo 10

Imogen

Llego al trabajo y veo a una joven muy bonita cerca de mi puerta. Al verme, sonrío y se me acerca.

—Hola, soy Becky, la hermana pequeña de Benjamin. Voy a hacer prácticas de becaria contigo.

Sonríe con calidez. Tiene el pelo castaño y los ojos dorados. Es muy bonita. Tiene una belleza dulce y elegante.

—Te he dicho que no —suelta Benjamin, saliendo enfadado del despacho.

—Y yo que lo que me digas me da igual. Darren dice que puedo trabajar donde quiera, y quiero aquí.

Su hermano bufa enfadado.

—Este lugar no está listo para trabajar...

—¿Y para ella, sí? Porque, más o menos, debe de tener mi edad. ¿Cuántos años tienes?

—Veintitrés.

—Pues como yo, y dudo que sea inmortal, y eso... Y que este lugar no la afecte, si se cae a pedazos.

Su hermano se pone tenso y se revuelve el pelo nervioso.

—Hay otros sitios mejores para tu currículum.

—Pues quiero aquí. Me fascinan los coches y quiero estar aquí. —Pasa su brazo por el mío y entramos en mi despacho—. ¿Te importa si lo compartimos?

—No, para nada. —Asiente feliz y deja sus cosas—. Por cierto, ¿quién es Darren?

—El dueño de todo esto. Tú lo conocerás por el señor Douglas, pero, para mí, es como un hermano más. Pasa más tiempo en mi casa que en la suya.

Darren... Saboreo el nombre más de lo que debería. Me gusta mucho, la verdad.

Becky se hace con un lado de la mesa y nos repartimos el trabajo. Cada vez hay más y me alegra tenerla.

Se marcha para mandar unas cartas y su hermano entra para ver qué tal todo.

—Tu hermana me cae bien.

—Sí, tiene el don de hacerse enseguida con todo el mundo. —Parece cansado—. Este sitio no es para ella.

—Pues parece feliz.

—Ya, bueno, le dije que este lugar se caía a trozos y siente la necesidad de estar donde algo está roto o torcido. Te puedes imaginar en la cantidad de líos que se ha metido desde pequeña.

—¿Es tu única hermana? —Asiente—. A mí me hubiera gustado tener hermanos. Tienes suerte. Así que deja de gruñir y acepta que ella tiene que vivir su vida.

Benjamin me mira serio, pero no dice nada. Es un gruñón, pero siempre está ahí cuando lo necesito y, en este tiempo que llevo aquí, me gusta tenerlo cerca.

Llevo dos meses aquí. Del señor Douglas... o, mejor dicho, de Darren no he sabido nada desde hace más de un mes. No ha venido para ver cómo van las obras o cómo este lugar cobra vida. Benjamin se ocupa de todo y yo lo he ayudado en lo que ha necesitado. En un mes se me acaban las prácticas y no sé si me contratarán. Espero que sí. La idea de empezar de cero en otro lugar me inquieta.

Es como si aquí, de alguna forma, me sintiera segura.

Sigo con mi trabajo y voy hacia la parte donde están las obras.

Me pongo uno de los cascos de seguridad, porque si no, el jefe de obra no me dejará entrar. Paso por las obras y veo lo bonito que está quedando este sitio. En él reina el lujo, entremezclado con el lado antiguo de este edificio.

Ando hacia el jefe y lo veo mirando hacia el techo, señalando algo.

Sigo su mirada y veo una runa de protección nórdica.

El jefe de obra se queja de esta.

—¡Estoy harto de borrar esas puñeteras cosas! ¡Como pille al que está dibujando esas runas, irá a la puta calle! ¿Entendido? —Sus trabajadores asienten y luego la cubren con pintura.

Cuando lo hacen, siento como si me faltara el aire.

—No deberías borrar las runas de protección —le digo.

—Es mi trabajo y haré lo que quiera. Hoy ya he borrado cinco. La próxima que encuentre, todos a la calle.

Miro el techo. Era tan pequeña, que no sé cómo narices la ha visto.

Siempre me ha fascinado el mundo nórdico y por eso sé de ellas. Nada tiene que ver con que Thor esté muy bueno..., o un poco sí. ¿A quién no le pone un dios del trueno? Aunque, sobre todo, es por la marca de mi piel, que, de hecho, es parecida a la que acaban de borrar.

Olvido la runa y pregunto al jefe de obra por lo que necesito.

—Está por allí. En mi mesa. Ve a por ello y me lo traes.

Miro la zona que me indica. Es la más oscura y aún está sin arreglar.

Asiento y atravieso un plástico.

Un hombre aparece y me pide el casco, porque el suyo se ha manchado.

Se lo tiendo y se marcha.

De golpe, siento el miedo latir en mí.

Miro al hombre que se aleja y pienso que no lo he visto nunca por aquí, por lo que debe de ser nuevo.

Inquieta, entro al lugar.

Ando por la zona, que está mal organizada. No hay duda de que les está quedando todo muy bien, pero son un poco desastres.

Llego a la mesa y reviso los papeles, hasta que siento un olor a quemado.

Miro hacia todos lados y veo una máquina encendida, que está echando chispas, sobre una pila de cartón.

«Mierda, mierda...»

Busco el extintor para apagar esto antes de que cause daños mayores.

Lo veo tras unas cajas, en lo alto de una estantería.

«¿A quién se le ocurre ponerlo ahí?»

Miro el fuego cada vez mayor y, sin pensarlo mucho, escalo por las cajas hasta llegar a la estantería.

Estoy llegando al extintor cuando la caja cede por mi peso y me caigo contra la estantería. Golpeo mi cabeza con ella.

La estantería se mueve y el extintor me golpea, dejándome atontada, mientras caigo al suelo.

Me muevo, no queriendo dormirme, y abro la boca para pedir ayuda, pero no soy capaz de emitir sonido alguno.

La oscuridad me atrapa antes.

Me estoy muriendo. Nadie puede sobrevivir a un golpe en la cabeza de un extintor...

No..., por favor...

Darren

—¿Cómo es eso de que están borrando todas las runas de protección?

—Me lo dijo mi hermana antes de irse. El jefe de obra está rabiando al verlas. Cree que son los suyos quienes las hacen, para que quede mal el trabajo —me informa Benjamin.

—Atajo de idiotas.

Me paso la mano por el pelo, cansado de estas tonterías. La gente no cree en las runas, en la protección. No cree en la magia, pero yo sí, porque fui creado por la puta magia negra.

—Tienes que ponerlas de nuevo, pero esta vez que no se vean —me dice.

—Lo sé.

—Y, por cierto, odio que mi hermana esté aquí. Ya tengo que hacer de niñera de una joven, como para tener que hacerlo de dos.

Sonrío de medio lado.

—Becky hará lo que le dé la gana...

—Como siempre, para joderme la vida.

Voy a responder, cuando siento que algo va mal.

Me quedo sin aire en el pecho y me invade una sensación horrible de pérdida.

Es tan fuerte, que me voy hacia atrás, como si me acabaran de golpear. Solo he sentido algo parecido cuando han matado a uno de los míos. Por eso, sé cuántos quedan.

Pero esto es diferente. Es nuevo...

—Algo va mal —indico y miro hacia el despacho de Imogen.

Voy hacia él, pero no está.

Miro a Benjamin, al tiempo que alguien grita:

—¡Fuego! ¡Fuego!

—Imogen está en peligro —le digo, seguro de ello. Con una certeza que me asusta—. Llama a una ambulancia.

Voy hacia las escaleras.

La gente corre hacia la salida. El fuego se está expandiendo rápido. Muy rápido.

Busco a Imogen entre la gente, pero no la veo.

Miro el sitio donde reina el caos y entro sin pensarlo.

Paso por la cortina de fuego, que me acaricia sin quemarme. Sin lastimarme. Solo siento su calor. Solo soy testigo de cómo esta fuerza de la naturaleza trata de destruirme sin éxito.

Busco a Imogen y pienso que, si está aquí, seguro que estará muerta.

Saberlo me cierra la garganta.

Dejo salir a mi lado salvaje para que me guíe por este lugar.

Tomo aire y su perfume me llega. También el olor a sangre. Mierda.

Ando hacia el sitio donde está y veo su cuerpo, a punto de ser devorado por las llamas.

Voy hacia ella y la cojo en brazos, sintiendo como su corazón late, débil, pero sigue viva.

La felicidad que siento me golpea mientras cargo con ella y voy hacia una de las paredes del fondo.

Me giro y uso mi fuerza para romper los ladrillos.

La protejo, para que nada más la lastime, y salimos de este lugar en llamas.

Imogen se retuerce y abre los ojos.

No he vuelto a mi ser y mis ojos brillan, porque sigo en mi estado salvaje.

Alza la mano y me acaricia la mejilla sin asustarse del monstruo, algo que me sorprende. La gente, cuando me mira, solo ve dolor, tristeza y muerte.

Fuimos creados para ser invencibles, para matar..., y, cuando los humanos nos miran en nuestro

lado fiero, tiemblan. Aunque la transformación no es completa, y este lado salvaje sí puedo controlarlo, he visto gente morir de miedo al verme.

No porque cambie de apariencia, sino porque mis ojos se hacen más inhumanos, más brillantes, los colmillos se me afilan y las uñas se hacen más desgarradoras. Lo que más los acojona es como las sombras oscilan tras de mí, en forma de cientos de animales. Las sombras cambian de color según me da la luz. Ahora son de un color gris oscuro, que brilla por la magia.

He visto a gente gritar de pánico, pero ella... solo sonrío.

Es una puta kamikaze. No sé cómo sigue viva.

—Gracias por encontrarme —me dice, acariciando mi mejilla.

Su contacto me quema, más de lo que el fuego podrá hacer nunca.

Entonces, pierde el conocimiento de nuevo.

Cierro los ojos y me concentro en volver a ser solo Darren, sin que la bestia se note, sin que las sombras se vean sobre mí.

Ando con ella, cuando lo consigo, hasta donde están las ambulancias, y veo a Becky al lado de Benjamin, preocupados.

Cuando me ven, respiran tranquilos y Benjamin se acerca para coger a Imogen.

No me mira a la cara, lo que quiere decir que sigo mostrando síntomas de guerrero. Aunque no he dejado que salga a la luz el berserker, que es cuando pierdo el control de mi cuerpo y él se hace cargo de todo, sé que se nota que no soy un humano normal y corriente.

—Vete. Yo me encargo de todo.

Me marchó, pero sobre todo para que nadie me vea preocupado por Imogen más de lo que debería. No quiero sentir nada por los humanos. No quiero pasarme una eternidad añorando a personas que nunca más volveré a ver.

La eternidad es muy larga cuando echas de menos a alguien.

Capítulo 11

Imogen

Fue mi culpa.

Fue mi culpa lo que pasó. Lo siento así. Siempre que pasa algo malo a mi alrededor, me siento culpable, y sé que debería recordar algo más de ese momento, pero tengo las imágenes confusas. Solo puedo recordar la culpa y la certeza de que iba a morir por el golpe, pero aquí sigo...

Escucho los pitidos de las máquinas del hospital y dejo que el sueño me atrape de nuevo, mientras la culpa me hace desear estar muerta.

A veces pesa mucho vivir... Sobre todo, cuando me siento tan débil que no recuerdo por qué merece la pena seguir viva.

Es entonces cuando en mi mente aparece Darren; lo que siento cuando lo tengo cerca y me agarro a él. Como si, en medio de toda esta oscuridad, él fuera la luz que necesito para seguir aferrada a la vida.

Darren

Llego al hospital tras darme una ducha y tener controlado al monstruo que habita en mí.

Mi lado oscuro disfruta con la destrucción. Por eso, lo mantengo a raya la mayor parte del tiempo y solo dejo que salga una parte de este. No dejo que tome el control. Aprendimos hace años a controlar esto. A usar la fuerza que habita en nosotros sin perder el control. Aun así, no suelo recurrir a él. No me gusta la oscuridad que siento cuando aparece y, en poco tiempo, lo he dejado salir ya dos veces.

Llego adonde está Benjamin. Sé por él que Imogen está fuera de peligro. El golpe en la cabeza no fue letal y solo ha necesitado unos puntos. Debió de golpearse la cabeza con algo no muy pesado. Está en observación por haber respirado humo y quieren comprobar cómo responden sus pulmones.

Benjamin, al verme, pone mala cara.

—Te dije que esa joven nos metería en problemas.

—Y como atrae los problemas, mejor la dejamos sola para que se muera...

—No digo eso, pero está maldita.

—Y yo, pero como yo pago tus facturas, te haces el tonto, ¿no?

Mira hacia otro lado.

—Mi hermana está con ella en la habitación. Becky ha decidido hacer de Imogen su nueva causa perdida. Si le pasa algo, será por culpa...

—No le pasará nada —lo corto—. Haz que Becky le regale uno de mis amuletos a Imogen, para que la proteja. Es más fácil eso que llenar el sitio de runas.

—Hay algo que no sabes —me dice serio y espero a que hable—. La fábrica se ha quemado por completo. Solo ha quedado en pie la fachada... Lo siento. Sé que ese lugar era importante para ti. Ya te dije que ella...

—Vete a la mierda, Ben. Deja de decir eso —le indico más enfadado que nunca con sus tonterías.

—¡Es que me asusta!

—Pues eres amigo de un monstruo.

—Por obligación —señala, pero sé que no me dejaría tirado nunca.

—Pues, como es así, a partir de ahora tu hermana será quien se quede con mi legado...

—Y una mierda. El primer hijo es quien se hace cargo de todo. Ella solo es una entrometida que va a acabar muerta por su necesidad de hacerse cargo de todo lo que no tiene remedio.

Benjamin adora a su hermana. Esta nació cuando él tenía nueve años y desde el principio la protegió.

Algo complicado, porque Becky es una temeraria.

Por suerte, me tenía a mí para entrenarla y ayudarla a ser quien quisiera ser, sin hacer caso a todos los consejos de su hermano, excesivamente protector.

La puerta se abre y aparece Becky.

Al verme, sonrío con cariño.

—Imogen está bien. Se está haciendo la dormida, lo sé porque está llorando. Cree que no me doy cuenta. Siento que se culpa de todo.

Becky es muy empática. Desde pequeña siente cosas que el resto de los humanos ignoran. Siento que, si quisiera, podría usar magia blanca. Tiene instinto para la magia, pero no quiero que se meta en esto. Prefiero que siga creyendo que no es capaz de hacer tales cosas, porque, conociéndola, se metería de cabeza, como su antepasado, el que me rescató y me curó con sus pociones. Si esto pasara, a Benjamin le daría un chungo y lo mismo hasta se muere del susto.

No sé cómo alguien tan asustadizo puede ser mi amigo, pero aquí está, a mi lado, y sé que no solo es por deber.

—Eso es porque está maldita.

Becky le da un manotazo a su hermano.

—Eres idiota. —Me mira—. Necesito uno de tus amuletos. Le he puesto el mío a Imogen en la cama. Le he dicho que es un regalo, para que la proteja.

—¿Y vas por ahí sin protección?! —Benjamin saca el suyo y se lo tiende.

—No lo necesito. Ahora me iré con Darren y me dará otro. Deja de agobiarte.

—¡Vas a conseguir que te maten!

Becky lo ignora y me mira divertida.

—¿Cómo lo soportas?

—Eso me pregunto cada día.

Benjamin gruñe y dice que se va a por cafés.

—No creo que ella tuviera la culpa —me indica Becky—, pero, por una vez, daré la razón a mi hermano. Hay algo oscuro cerca de Imogen, pero no es ella... ¿No te parece raro?

—Bueno, la oscuridad siempre se ceba en las personas que más luz tienen. No me sorprende, Becky —le digo para tranquilizarla, pero, si ella ha notado eso, es para estar alerta. Ese algo oscuro pueden ser los lidelse.

—Ya, no voy a alejarme de ella. No tiene a nadie. Benjamin es un insensato.

—Solo es un miedica que no quiere que le pase nada para ver crecer a su hijo.

—Lo entiendo, pero a veces se pasa.

—Un poco, sí.

—¿Todos los Benjamin que te han servido eran igual de caguetas?

Sí, todos tienen el mismo nombre, porque odiaba tener que aprenderme un nombre tras otro. Pienso en ellos y en como el paso del tiempo te hace olvidar recuerdos que creías imborrables.

—No, tu hermano es el peor de todos. —Se ríe.

Voy a decir algo cuando escuchamos un pitido acelerado.

Miro hacia donde está Imogen y entro en la habitación. Los latidos de su corazón están disparados. Se remueve en la cama, inquieta. Tira de las sábanas y grita.

La sujeto mientras Becky va a llamar a la enfermera.

—Es mi culpa... Todo es mi culpa —grita, presa de un sueño horrible. Se ha debido de quedar dormida.

La veo sufrir y me duele verla en este estado.

La enfermera llega cuando me debato entre meterme en su mente o no, para que su sueño sea más calmado. Al final, le pone un tranquilizante y nos explica que es normal tras un accidente.

Pide que la dejemos sola y lo hacemos.

Tengo que regresar al trabajo y Becky dice que se quedará aquí.

Su hermano protesta, pero me lo llevo conmigo, porque sé que Becky cuidará de Imogen. Le dejo uno de mis amuletos, porque sé que, si no, Benjamin no se irá.

—Como le pase algo a mi hermana, haré de tu vida un infierno —me dice Benjamin en el coche—. El amuleto que le has dejado es una mierda...

—Ve a mi casa y coge un amuleto para ella. Se lo entregas y regresas para trabajar conmigo.

—Has visto morir a miles de humanos, algunos a tus manos... —Aprieto la mandíbula—. No quise recordarte eso, pero lo que quiero decir es que esa joven morirá tarde o temprano. No puedes cambiar eso. A menos que quieras encariñarte con ella...

—No, eso no es discutible. No quiero lazos con nadie.

—Pues entonces, deja que viva su vida y, si muere, será una pérdida horrible, pero para ti solo será alguien más, a quien no verás más en tu vida.

Su frialdad me cogería por sorpresa si no supiera que dice esto por mi bien. No quiere que sufra, y también está acojonado por la oscuridad que siente rodeando a la joven.

Benjamin no entiende qué le pasa, porque no sabe que tiene un alma propensa a la magia. Puede que sienta premoniciones y por eso no quiero ignorar sus comentarios. A pesar de que tal vez solo estén justificados por su miedo irracional a casi todo en la vida.

Mientras Becky mira el miedo de frente, Benjamin se queda rezagado. Le asusta la oscuridad, los golpes nocturnos y todo...

Becky, desde que nació, nos trae de cabeza. He perdido la cuenta de las heridas que le he curado.

Ella solo sonreía y decía: otra herida de guerra de esta vikinga.

Saber que sus antepasados eran vikingos le hizo interesarse más por esa cultura y verse todas las series de vikingos junto a un Benjamin tapado con un cojín y gruñendo.

Tan diferentes entre sí como leales.

Las palabras de Benjamin se repiten en mi mente al llegar a mis oficinas.

Mientras subo a mi despacho, me pregunto si mi amigo no tendrá razón y lo mejor sería acabar con esto cuanto antes.

El problema es esta necesidad que siento de cuidar de Imogen, de protegerla, de no dejar que nada malo le pase.

Es algo nuevo para mí.

Algo que no debería estar ahí, porque carece de lógica.

Capítulo 12

Imogen

Me despierto sintiéndome observada. Cuando abro del todo los ojos y me acostumbro a la oscuridad, veo los ojos de Darren, que, por la escasa luz, parecen más oscuros.

Me observa fijamente.

No parece feliz. No parece contento de estar aquí, entre las sombras, viendo como mi cuerpo sigue con vida.

—Lo siento.

Sorprendido, alza una ceja, como si no esperara que lo primero que dijera al despertar fuera eso.

—¿Por casi matarte?

—No... Eso fue una estupidez, desde luego. —Muerdo mi labio y sigue con la mirada el movimiento. Se tensa—. Lo siento por quemar tu negocio.

—Tengo cámaras de seguridad en todas mis empresas. La culpa fue de uno de los obreros por dejar la máquina encendida. Fue tu culpa caerte cuando tratabas de apagarlo, eso sí que no lo discuto. Y fue tu culpa quitarte el casco, porque el del obrero se había llenado de pintura. Su irresponsabilidad ha hecho que esté despedido.

Ahora que lo dice, recuerdo como me pidió el casco aquel hombre, y como entré y vi el desastre. Luego, algo me golpeó... ¿Fue el extintor? Imposible. Si me hubiera golpeado el extintor, estaría muerta.

Lo miro angustiada por lo sucedido, porque, a pesar de todo, la culpa no se me va del pecho.

—No lo entiendes. —Trato de incorporarme en la cama, pero me duele la cabeza. Sé que, de no estar tan afectada por el golpe, no hablaría—. Estoy maldita. En el internado me llamaban la maldita y siempre me han pasado estas cosas. Atraigo la mala suerte...

—La mala suerte está en todos lados, Imogen. —Se acerca y desata algo que hay en la parte de arriba de la cama—. Usa este amuleto que te ha regalado Becky.

—Lo sé, pero eso no me protegerá. —Aparto la tela de mi camisa y le muestro mi hombro. En él

se puede ver el burdo tatuaje, que es la misma runa de protección nórdica del colgante—. Cuando me encontraron, tenía este tatuaje inscrito en la piel y eso no me ha protegido, aunque creo que está inacabado, la verdad. Pero algo haría, ¿no?

Darren mira tenso la marca.

—No está bien hecho, no —dice, y acerca su mano a mi piel. El contacto me quema y eriza—. Falta una línea. No sé cuál quisieron hacerte, la verdad. Quien te protegió de niña, lo hizo con prisas y no cerró bien el dibujo de la runa.

Pasa los dedos por la tinta negra del tatuaje y noto como esto eriza mi piel y a la vez me calma.

Su mirada es intensa, ardiente, y no parece feliz de estar aquí conmigo.

—Mis edificios están protegidos y antes del incendio, el jefe de obra borró las runas. No tendría por qué contarte esto, pero es para que veas la utilidad de estos amuletos, cuando se usan bien.

—Y dime, ¿cómo un hombre de Nueva York sabe tanto de runas nórdicas?

—Mi padre era de allí, y mi madre de las Highlands. Soy un vikingo inmortal, por culpa de un loco que experimentó con niños de su poblado, para crear los guerreros perfectos, usando la magia. —Agrandando los ojos y pone su mano en mi frente. Noto un cosquilleo en mi piel y los latidos de mi corazón se disparan. Esto no puede ser cierto. Está loco por creer algo así—. Ahora, olvida todo esto, salvo que debes usar este collar.

—¿Vas a borrar mi mente?

—Es lo mejor, para que no pienses que estoy loco y así protegerme.

Acaricia mi frente y el cosquilleo me hace cerrar los ojos, mientras asimilo sus palabras. Carecen de sentido y no tiene ni pies ni cabeza. Debe de estar loco para creer eso. Estoy pensando que lo está, cuando lo recuerdo conmigo en brazos. Sus ojos... Sus ojos no eran de este mundo; brillaban con fuerza y su aspecto era fiero. Había algo oscuro y tenebroso a su alrededor, pero, cuando lo miré a los ojos, solo lo vi a él.

No puede ser. No puede ser cierto..., pero siento el cosquilleo de su magia entrar en mi mente y correr por mi cuerpo. Su magia me hace sentir como si estuviera en un lugar seguro y calentito.

Espero olvidarme de todo, mientras su magia me da paz, pero no pasa nada, salvo eso.

—Duerme, Imogen, yo cuidaré de ti.

No abro los ojos, porque no quiero que vea que no ha funcionado y que lo recuerdo todo.

Se marcha y solo entonces asimilo todo, mientras escucho como se disparan los latidos de mi corazón.

La enfermera entra asustada y me da un tranquilizante.

Noto como el sueño me atrapa y deseo olvidarlo todo, porque no sé cómo voy a vivir con esta información, que parece sacada de un cuento o de una pesadilla de terror, más bien...

Darren

Voy hasta mi pub pensando en Imogen y en esta sensación de que, aunque quiera, no puedo desentenderme de ella. La idea de dejarla a su suerte y que acabe muerta no me gusta. Tampoco la idea de tenerla cerca y verla morir.

No sé por qué cojones le dije todo eso. Por suerte, pude borrar sus recuerdos más recientes y que lo olvidara todo. Una parte de mí quería ver su miedo en sus ojos verdes, pero no vi nada de eso.

Esta chica es muy rara.

Y luego está su runa de protección.

No está bien hecha, pero quien hizo eso a un bebé fue por algo. Esa runa no está acabada, pero siento que era nórdica y, en un tiempo en que la gente no cree en nada, es raro que alguien la protegiera con unos amuletos tan antiguos.

Imogen es un enigma para mí en muchos sentidos.

Quiero protegerla, pero no quiero lazos con ella. Ni desearla, joder. No quiero desearla, pero es mirarla y querer perderme en su cuerpo, y en su piel, como un ser primitivo.

La bestia que llevo dentro quiere devorarla, quiere follar con ella de forma salvaje...

¡Joder!

Empiezo a pensar que Benjamin tiene razón, pero el problema es que siento que, desde que nuestros caminos se encontraron, no tenía otra opción más que cuidarla.

Capítulo 13

Imogen

Entro en mi casa con Becky, que no se ha querido separar mucho de mí estos días.

Eso ha hecho que habláramos mucho de infinidad de temas y que la conozca más de lo que he conocido nunca a nadie.

Es cabezota... Muy cabezota.

Le dije que no hacía falta que se quedara conmigo e hizo como si no hubiera oído nada. Al final, lo di por imposible.

Su hermano también se ha pasado a ver cómo estoy, y Darren, bueno, de él no sé nada, salvo que Becky y yo trabajaremos ahora en otra de sus empresas, en la zona de despachos.

Vamos a mi dormitorio para dejar mis cosas y, de camino, me fijo en los techos, buscando runas. Sé que este lugar debe de estar protegido por ellas. Desde que estoy aquí, me siento segura, y sé que es por eso. También me siento más segura con el collar con la runa que llevo siempre sobre la camiseta, como si deseara que el mundo lo viera, pero, aun así, a veces siento un escalofrío cuando miro entre las sombras.

Más desde que sé lo de Darren.

Ahora me pregunto qué más personas mágicas hay por este mundo.

He analizado sus palabras y, cuando dijo que era inmortal, noté su dolor y el cansancio en la voz. No es feliz por serlo. Siento que para él es una desgracia. Tal vez, por la cantidad de gente que ha tenido que ver partir a la otra vida.

Estaría aterrada si no recordara como me sacó del incendio y como me protegió. Cuando lo vi transformado, era fiero, pero no sentí miedo. No tiene ni pies ni cabeza que reaccionara así, pero fue entre sus brazos cuando me sentí protegida.

Becky me ha contado que conoce a Darren desde que nació. Eso me hace pensar que sabe que es inmortal, porque, si lo conoce desde niña y no lo ha visto envejecer, tiene que conocer perfectamente su historia.

Y Benjamin también la conoce.

Por cómo habla de Darren, sé que Becky lo aprecia mucho.

—Todo listo —dice Becky tras dejar mis cosas. Luego se tira sobre mi cama, haciendo que los cojines se caigan—. Por cierto, Darren ha mandado que te hagan la compra y tienes la nevera llena.

—Dudo que haga eso por todos sus empleados.

—No, la verdad es que la mayoría se la sudan, pero tú eres especial. —Nos miramos a los ojos—. No le des vueltas a todo. Solo disfruta de no estar sola. Ahora me tienes a mí en tu vida para siempre. Al final, te cansarás de mí.

—Lo dudo. —Miro al techo, porque quiero ver alguna runa de protección. Algo que me haga sentir segura en este lugar. Sé que las hay, pero necesito verlas.

—¿Qué buscas?

—Ah..., nada. Solo miraba lo bonito que es el techo. —Becky alza una ceja, porque no hay nada de especial.

Suena su móvil. Es su hermano, que la espera abajo para llevarla a su casa.

—Me marcho. Nos vemos el lunes en el trabajo, compañera becaria.

—Nos vemos.

La acompaño hasta la puerta y, antes de salir, me da un espontáneo abrazo.

—Todo irá bien.

Quiero creerla y por eso le digo que seguro, mientras la veo irse.

Cierro la puerta con llave y busco las runas, usando el móvil para enfocar cada rincón. Cada pared. Me cuesta verlas, pero, una vez lo hago, me es fácil identificarlas. Están hechas con un tono parecido al color de la pared y por eso casi no se ven.

Doy vueltas por la casa y veo que están hasta por las ventanas, siguiendo un patrón. Ahora entiendo que tal vez, al eliminar las de la fábrica, el patrón se rompió y entró la mala suerte.

Necesito saber más del mundo nórdico. Siempre he sentido curiosidad, pero ahora quiero saber más cosas.

Busco con el móvil, que por suerte llevaba encima y no se calcinó, una librería de temas místicos, y encuentro varias.

Una no queda muy lejos.

Cojo mis cosas y me abrigo bien para irme.

Al salir del edificio, siento un escalofrío casi imperceptible. Estoy más alerta a los cambios desde lo de Darren; desde que su mirada llena de algo oscuro me persigue en sueños.

No lo temo. Lo que siento, cuando lo miro, es la soledad de la bestia.

Ando hacia el metro y me meto en él para ir hasta la librería.

El lugar está lleno de libros por todos lados. En el suelo, sobre las sillas... Tienen polvo en los lomos y todo parece un poco dejado.

Ando por el local buscando lo que deseo hasta que doblo una esquina y una mujer mayor me sale al paso.

—Sabía que vendrías —me dice, y sus palabras me hacen temblar—. Tengo lo que buscas en el mostrador.

Su mirada me da escalofríos y la cosa empeora cuando veo sobre el mostrador un libro de runas nórdicas.

—No te asustes, joven. Yo fui la que te encontré hace veintitrés años.

Trago con dificultad y la miro impactada.

—Es imposible que eso sea real.

—Bueno, una no pide los dones que tiene. Solo los acepta. Te encontré, te dejé en el orfanato y supe que un día volverías a mí. He guardado este libro desde entonces, para ti. En él no encontrarás las respuestas que buscas, o sí...

La miro agitada. Todo esto me da mala espina.

Miro a mi alrededor y el lugar parece abandonado. Aunque sigue saliendo en Google, parece que aquí hace mucho tiempo que nadie viene. Las capas de polvo son espesas y huele a humedad.

—Has cambiado mucho, pero siento tu fuerza.

La miro y, si no llega a ser por lo de Darren, con seguridad no la creería, pero soy empleada de un vikingo inmortal. Esto es menos raro y, por eso, le pregunto algo:

—¿No vio a mis padres?

Tal vez no debería seguirle el juego. Sobre todo, porque algo en mi interior me grita que salga corriendo, como si me alertara de este lugar.

—No, estabas sola y llorando. A tu alrededor había un círculo de protección.

Es lo que estaba escrito en los informes del orfanato.

—De verdad, ¿no vio nada?

—No, joven, pero quien te dejó ahí quiso protegerte. Le importabas, ¿no?

Eso es cierto y tal vez hace unos meses no habría pensado así, pero ahora me pregunto muchas más cosas que antes.

Pago el libro y me dice que no vuelva, porque este lugar no será seguro una vez que me vaya.

No lo discuto. Esta mujer dice que ve cosas y yo no quiero tentar a la suerte.

Demasiado asustada estoy ya con todo esto.

Me ha dicho el sitio donde me encontró y voy hacia él.

No hay nada. Solo tierra.

Alzo la vista y contemplo un árbol abrazado a otro. Parecen dos fresnos. Es algo raro.

Camino hacia ellos, curiosa por cómo dos árboles pueden estar entrelazados, y pongo mi mano sobre ellos.

Al hacerlo, siento una descarga recorrerme el cuerpo y luego cientos de lágrimas se escapan de mis cuencas. Entonces, los pelos se me ponen de punta y una voz, que parece salida de ultratumba, me grita:

—¡Huye!

Salgo corriendo y, cuando paso cerca de la librería, escucho una explosión, junto al sonido de las alarmas de los coches.

Miro la librería y está ardiendo.

No lo pienso y entro para buscar a la mujer.

No la veo por ninguna parte y el fuego cada vez es mayor.

Grito y la busco. Al no encontrarla, salgo y los bomberos ya se hacen cargo de todo.

—Señorita —me dice un joven policía—, ¿qué hacía ahí dentro?

—Iba a ver si la mujer de este lugar seguía dentro.

—Esa librería lleva abandonada un año... —Me mira, como si sospechara de mí.

No es la primera vez que la policía ha abusado de su poder contra mí, por vivir en la calle o ir de un lado a otro. Por eso, no lo pienso mucho y echo a correr, con la mala suerte de que uno de sus compañeros me atrapa y me carga hasta uno de los coches.

Grito que soy inocente, pero no me hacen caso. Veo desde el coche de policía como la tienda desaparece bajo las llamas. El libro que me llevé está en mi pequeña mochila.

El policía regresa y entra en el coche para llevarme a la comisaría, mientras me recuerda que tengo derecho a una llamada.

* * *

—Eres libre —me informa el policía, tras abrir la celda donde estaba con otras mujeres arrestadas.

Salgo esperando encontrarme a Becky, aunque siento que es otra persona quien me espera, y no a quien he llamado.

Así es: con quien me encuentro es con Darren, que parece muy enfadado.

Me mira con frialdad y siento un escalofrío.

El resto de la gente lo evita. No lo miran, porque le tienen miedo. Me pregunto si es porque sienten a la bestia que lleva dentro.

Quiero mirarlo con miedo, tras lo que me confesó, pero yo solo veo al hombre. No veo una fiera bestia. Lo veo a él, como si su alma me hablara y me contara una historia diferente a la que tengo ante mis ojos.

Como siempre, va impecable y su sola presencia se nota en el ambiente.

Nadie dice nada. Nadie habla ni nadie lo mira. Le tienen miedo o respeto.

En cambio, yo lo miro desafiante, porque este ser antinatural no me asusta.

A mí me atrae como nada en este mundo.

—Sus cosas. —Recojo mis objetos personales y voy hacia Darren.

—Supongo que esto también ha sido culpa tuya —murmura de camino a la salida.

—Si la pregunta es si prendí fuego a la tienda, la respuesta es no, pero seguro que atraje la mala suerte.

—Lo dudo. Llevas un amuleto. —Lo saco y los dos vemos que se ha partido por la mitad—. Imposible —dice Darren agobiado.

Luego mira su coche.

—Solo es un amuleto. Cuando entré en el local, se debió de romper por el fuego.

—Empiezo a pensar que las cosas que te pasan son por ser insensata.

—Bueno, míralo por el lado positivo: si muero, nadie llorará mi muerte.

Su mirada es fría cuando abre la puerta del coche negro.

—Eres idiota.

—Como si tú no lo fueras la mayor parte del tiempo.

Nos observamos desafiantes y al final entro en el coche, porque cuando me pierdo en sus ojos siento que deseo descubrir cada rincón de su alma; cada historia que haya contemplado mientras la vida pasaba lentamente para él.

Cuando algo es eterno, el tiempo pasa de forma diferente para uno.

Darren entra en el automóvil y lo miro conducir. Está tenso. Parece enfadado.

—Desconozco por qué estás tan molesto.

—¿Te parece poco tener que dejar una reunión importante a medias para venir a sacar tu culo de la cárcel?

—No tenías por qué hacerlo, llamé a Becky.

—Y ella a mí, porque no podía venir.

—No soy tu responsabilidad. No tienes que venir como si te importara.

—No me importas —sus palabras me duelen, aunque no deberían—, pero a Becky sí, y es bastante insistente cuando quiere algo.

Habla de ella con ternura. Se nota que le importa y me pregunto si en su larga vida ha visto partir a demasiados amigos y por eso es tan frío.

—Gracias de todos modos.

Gira la cabeza un segundo y, cuando nos miramos, la electricidad pasa de uno a otro. No puedo ignorar la atracción que hay entre nosotros. Es mucho más fuerte que mis deseos. Me pregunto si es porque es inmortal.

Aparta la mirada y conduce por las atestadas calles de Nueva York hasta mi casa.

Al llegar, aparca y se desabrocha algunos botones de su camisa blanca. Se me seca la boca al ver esa porción morena de su piel.

Saca un amuleto y se lo quita. Duda con él entre los dedos.

—Ponte esto hasta que pueda darte otro.

—Es tuyo.

—Solo es un préstamo.

—Crees mucho en estas cosas, ¿no?

—Bueno, me han protegido siempre de alguna forma. Aunque, si el mal te quiere, nada podrá impedirles que te alcancen. Esto solo lo retrasa. —Me recorre un escalofrío.

—Por suerte, no estamos en guerra.

—Tú pareces instalada en una guerra para sobrevivir.

—Ya, bueno, pero sigo viva...

—Tal vez tienes más suerte de la que crees, entonces —me dice y pasa el collar por mi cabeza.

La pieza cae sobre mi camiseta. Es preciosa. Es un amuleto con piedras. La meto bajo mi chaqueta, bajo mi jersey, noto como toca mi piel y entonces siento calor. Mucho calor...

—¡Me quema!

Tiro de él, pero no sale.

Grito por el dolor que siento y Darren se acerca. Abre el abrigo como si fuera mantequilla y luego tira del jersey, hasta rajarlo con sus manos.

Creo que no es consciente de que una persona normal no podría hacer algo así. Es imposible rasgar la ropa de esa forma. No se da cuenta porque está alterado por mis gritos de dolor.

Tira del amuleto, pero no sale.

El dolor es cada vez mayor; tanto, que no me preocupo de que esté viendo mi sujetador de encaje, de color negro.

Entonces, siento que me falta el aire. Es como si el amuleto me estuviera consumiendo.

—Darren..., no puedo respirar.

Tira del amuleto, pero no se despegas de mi piel.

Entonces, duda, pero cierra los ojos y noto como el coche vibra y el aire se vuelve más denso. Cuando Darren abre los ojos, veo la bestia lucir en ellos.

Sus ojos brillan como piedras preciosas y a su alrededor las sombras cambian de forma. Puedo ver animales... Pero ¿qué narices?

Darren tira del collar y sale con facilidad.

Entonces, tomo aire para llenar mis pulmones.

Darren mira el amuleto en su mano y luego trata de no mirarme a los ojos.

Llevo mi mano a su mejilla y lo obligo a mirarme.

—Gracias.

Su mirada es un poema. Me está mirando desde su lado de bestia y se sorprende porque no grite, porque no salga corriendo y no me vuelva loca.

Claro que llevo días sabiendo esto, por lo que he tenido tiempo para asimilarlo.

Darren parece agitado mientras me observa. Entonces, una de sus sombras se acerca a mi mano y me acaricia; parece una mariposa.

Abro la mano y la mariposa se posa en mi palma mientras aletea.

—¿Cómo es posible que no me temas?

—Si vas a borrarle la mente, te aviso que no funciona conmigo. —Miro entre las sombras y me parece ver un león rugir—. Es maravilloso...

—Son monstruos...

—Lo que te convierte en un monstruo es lo que haces con tanto poder. No el poder en sí.

—Estás loca por no salir corriendo. Y... ¿cómo es eso de que no puedo borrarle la mente?

—Lo recuerdo todo, Darren. —Me acomodo la ropa, cuando su mirada baja por mis pechos semidesnudos y se posa en mis erectos pezones.

Siento que ruge la bestia y eso hace que me excite más.

—Sal del coche, Imogen... ¡Sal, ahora! —me ordena, como si no pudiera controlar la bestia.

Salgo, al mismo tiempo que una sombra en forma de lobo me toca.

Siento calor, pero también una fuerza que me hace arder, y no de miedo.

Es algo más primitivo; algo que me deja anhelante de más.

Corro hasta mi casa y lo veo irse con el coche a toda velocidad, alejándose de mí.

Entro al piso y saco el libro de runas.

Me doy una ducha y hago varias runas sobre mi piel. Todas se borran o se deforman.

Mis padres no me hicieron mal la runa... Soy yo quien destruye estas runas de protección. Miro mi piel, donde me ha quemado el amuleto de Darren, y no hay nada, pero yo sentí el calor.

De golpe, hay demasiados interrogantes a mi alrededor.

Capítulo 14

Darren

Llamo a la puerta de la casa de Imogen. Podría abrirla con la mente o usando mi llave, pero no quiero asustarla. Aunque, a estas alturas, dudo que algo asuste a esta insensata. ¡Si hasta mi lado fiero la puso cachonda! Aún recuerdo sus pezones erizarse bajo su ropa interior. La bestia que llevo dentro ansiaba su cuerpo, tocarla, excitarla... y, joder, yo también.

Y eso no le dio miedo.

Luego se preguntará por qué le pasa todo lo que le pasa. Viendo cómo me ha mirado, no me extraña que, desde niña, se haya metido en tantos problemas.

Imogen abre la puerta y me deja pasar.

En sus ojos no hay miedo, solo curiosidad por saberlo todo de mí.

Esto solo me ha pasado dos veces: una con el primer Benjamin, y ahora con ella.

Es raro que, de golpe, personas que deberían odiarte y salir corriendo se queden ahí contemplando la belleza de tu bestia. Es como si fueran capaces de ver luz dentro de la oscuridad.

Imogen anda hacia uno de los sofás y se sienta sin dejar de mirarme, como si lo que acabara de ver fuera lo más normal del mundo.

Esta mujer está mal de la cabeza.

—Me alegra que hayas vuelto, porque quiero saberlo todo.

—No pienso contarte una mierda.

Alza las cejas.

—O lo haces, o cuento tus secretos...

—Si lo haces, te mato. ¿Algo más? —Espero que mi amenaza la asuste, pero no. Solo sonrío, dejando claro que no me cree.

—Puedes intentarlo. No soy tan indefensa como parece creer.

—Puedo matarte sin siquiera acercarme.

—¿Esperas que me lo crea?

—¿Acaso no has visto en qué me convierto?

Duda de que pueda hacerlo y, por eso, uso mi mente para levantar su jersey y ver una gran porción de su piel.

Grita y se lo baja.

Luego, se levanta y da vueltas alrededor del sofá.

Bien, al final está mostrando algo de sensatez.

—Eso ha sido... increíble.

¡No jodas! Se supone que eso tendría que asustarla. Sin duda, esta joven está loca.

—No voy a contarte nada.

—De momento, no, y tampoco pensaba delatarte. Empiezo a entender que lo de que no te miren a los ojos, y que no haya fotos de ti, es para proteger tu inmortalidad en Nueva York, sin tener que irte y empezar de cero en otro lugar. —No respondo, porque me gusta mucho cómo ata cabos—. Y la vez que fui a la fábrica por primera vez, me abriste la puerta con la mente... Eso explica cómo llegaste hasta tu mesa tan rápido.

Sus ojos verdes relucen. Se me hace raro estar hablando de esto con ella.

—Muy bien. ¿Algo más? —le pregunto borde, porque no quiero que todo esto me haga feliz.

No quiero tenerla en mi vida. No quiero... verla morir.

—No..., de ti no, porque intuyo que no me contarás nada, pero quiero saber si sabes por qué las runas en mi piel desaparecen.

—Algunas personas solo pueden llevar símbolos de protección destinados a ellos. Una runa específica que los proteja de todo mal.

—Ah, entiendo, pero esta casa está protegida con runas, y me protegen. La fábrica también, hasta que las borraron. Lo cual quiere decir que puedo llevar o tener símbolos de protección cerca, si no me tocan la piel.

—Seguramente.

Su inteligencia me deja asombrado y me da una idea de cómo protegerla.

—Siempre he sentido curiosidad por las runas nórdicas, porque mis padres quisieron protegerme con una de ellas... ¿Crees que huían de algo?

—Puede que tuvieran miedo y por eso te protegieron, pero hoy en día casi nadie cree en esas cosas. Ni en la magia. Con el paso de los años, hacerlo es casi un desafío.

—Sí, yo de pequeña leía libros sobre runas y me llamaban la rarita. Aparte de la maldita.

—Los niños pueden ser muy crueles. Es por supervivencia. Muchos, desde pequeños, se sienten desprotegidos y su forma de protegerse es destruyendo a otros.

—Has visto mucho... ¿Cuántos años llevas en Nueva York?

—Casi doscientos.

—Y no nos hemos visto en todo este tiempo.

—Nueva York es muy grande.

—Sí, y yo me he pasado media vida metida en los libros o en el trabajo. —Nos miramos a los ojos—. No te envidio.

—Es normal. Nadie quiere ser una bestia...

—Eso no me importa. Me da miedo la inmortalidad. La soledad... Solo llevo veintitrés años sola y es horrible. No imagino toda una eternidad teniendo que ver pasar el tiempo, y saber que tu mejor compañera de viaje es la soledad.

Se me hace un nudo en el pecho porque esta joven sepa ver tanto en mí. Me quedo noqueado y odio esto. Odio sentir que, con ella, podría abrirme, porque me entendería... Lo odio.

—Cierra la puerta con llave, nos vemos en el trabajo y no llegues tarde.

Salgo de su casa agobiado y agitado.

Imogen no es como el resto. No es como nadie que haya conocido en toda mi vida, porque, cuando estoy a su lado, quiero quedarme cerca de ella para siempre y esa sensación es acojonante.

No quiero eso. No quiero desearla y, sobre todo, no quiero llegar a quererla.

Ahora toca ver si puedo mantener las distancias con ella y ser solo su jefe... el inmortal.

Imogen

Darren se ha marchado agobiado, lo he sentido. Parece que cada vez siento más a su lado y puedo leer sus emociones con facilidad; que, cuanto más tiempo pasamos juntos, más sensible soy a él, y es algo que carece de lógica o de sentido.

Me preparo un vaso de leche tratando de asimilar todo esto. Sabiendo que no es normal reaccionar así: aceptar sin más toda su historia, sin desear salir corriendo.

Pero lo hago. Lo creo y lo entiendo.

Siempre supe que no era una humana normal.

Cojo mi leche y voy hacia la ventana para ver la gente pasar por la calle.

Mientras me la tomo, no paro de preguntarme qué más existe en el mundo que nadie sabe.

Miro hacia las sombras y siento un escalofrío.

Siempre lo he sentido, desde que era pequeña, pero era algo normal, porque la gente tiene miedo a la oscuridad.

Ahora, ya no estoy segura de que sea algo normal.

¿Y si hay algo entre ellas que me hace ponerme alerta?

Dudo que, tras este descubrimiento, pueda llevar una vida normal. Esto lo cambia todo.

Capítulo 15

Imogen

A primera hora del lunes llama un mensajero a mi puerta.

Me entrega unas cajas, poco antes de ir al trabajo.

Hay una nota que dice: «Abrir urgente».

Abro y veo un uniforme de falda y chaqueta en color azul marino.

Lo saco de la caja, veo el símbolo de la empresa y, al mirarlo de cerca, observo que bajo el símbolo hay cosida una runa del mismo color de la chaqueta.

Vale, Darren sí sabía cómo protegerme en el trabajo, y de camino a este.

Me cambio y la runa no me quema. Mientras no toque mi piel, todo está controlado.

Voy hacia el trabajo pensando en cómo puede ser que mi piel reaccione a una runa mágica. Los demonios reaccionan al agua bendita..., o eso dicen, porque ya me lo creo todo. ¿Y si hay algo malo en mí?

No paro de dar vueltas a este hecho y es algo que hago desde que sé la verdad de Darren. Desde que sé que existe mucho más de lo que sabemos o vemos, pero antes estaba en el hospital y me sentía como dentro de una burbuja. Al salir y ver a Darren he sentido que muchas más preguntas se formulan en mi cabeza.

Una de ellas es si soñé lo de que me golpeó el extintor o fue algo menos pesado. Creo que esa parte de lo que pasó la tengo borrosa. Es imposible que la herida que tengo fuera por un extintor tan pesado.

He debido de imaginarlo...

Llego al trabajo y Becky me espera en la puerta.

Al verme, me da un abrazo.

—¿Qué tal tu herida? —Mira el apósito que me pusieron en la frente.

—Bien, luego iré a que me quiten los puntos y me curen.

—Iré contigo. No tengo nada mejor que hacer.

Y si lo tuviera, siento que lo dejaría de lado. Me he convertido en el caso perdido de Becky. Tampoco me voy a quejar, porque me gusta tenerla en mi vida.

Entramos en el edificio, que es mucho más impresionante que el primero donde trabajé para Darren, y nos dirigimos a los ascensores.

Es un rascacielos e impone mucho.

El ascensor sube hasta la última planta.

Al llegar, estoy temblando, asustada por tanta altura y agitada.

Salimos y Becky me guía hasta un cuarto para los trabajadores.

Dejo mis cosas y andamos por los fríos suelos de mármol hasta el despacho de Darren.

Becky no se da cuenta de como tiemblo, de como me impone estar trabajando casi sobre las nubes.

Llamamos a la puerta y Darren nos abre; tal vez usando su mente.

Pasamos y vemos a Darren hablando por teléfono, mirando por el gran ventanal. Las vistas son impresionantes, pero cada vez me tiemblan más las piernas. ¿Y si el edificio se rompe? ¿Y si hay un terremoto? ¿Y si se prende fuego? Dudo que pueda salir corriendo...

—¡Cógela!

Becky me agarra antes de que me fallen las piernas.

Cierro los ojos y trato de estabilizarme.

Darren se acerca con agua y me acomoda en el suelo con los pies en alto. Moja mi frente y mi cuello.

—Estaba bien hace un rato —le indica Becky preocupada—. ¿Crees que es por el golpe en la cabeza?

—Tiene vértigo —dice Darren sin ninguna duda.

—Joder, pues estamos en la planta ciento veinte.

—Una vez conocí a alguien que odiaba las alturas. Al final, para que lo superara, nos tiramos desde un saliente de la montaña.

—¿Con paracaídas?

—No, era inmortal. Derick odiaba las alturas hasta que nos tiramos desde un acantilado. Sobrevivió a la caída y yo también.

—Pues ella no es inmortal...

—Pero yo sí.

—¿Te vas a tirar con ella desde aquí?

—Tal vez funcione...

—¡Eres un bruto, Darren! Si no funciona, Imogen muere.

—Mira, así un problema menos.

Abro los ojos y lo miro enfadada porque hablen de mí como si no estuviera delante.

—No pienso hacer eso y ya se me pasará.

Me aparto de ellos sintiendo la frialdad de Darren como algo horrible, pero que habla de lo que significamos para él los simples humanos: no somos importantes. Él está en una liga diferente.

Salgo del despacho y voy al servicio.

Superaré esto... sin saltar. ¡Joder! ¡Es un puto psicópata!

Darren

—Eres un idiota —me dice Becky cuando Imogen se marcha.

—Dime algo que no sepa.

—¿Así vas a estar con ella siempre? Ahora sabe tu secreto y puede ser tu amiga...

—¿Tengo cara de querer jugar a los amigos con alguien? No está aquí para ser mi nada. Hará su trabajo y punto. Y cuanto menos cerca la tenga, mejor.

—¿Porque te da miedo sentir algo por ella? Es muy bonita. —Me da en el brazo.

—No hagas que me arrepienta de tenerte aquí.

Llaman a la puerta y entra Benjamin, que deja la tableta en la mesa

—¿Alguien me puede explicar por qué Imogen bajaba por el ascensor más pálida que un papel?

—¿Se ha ido? —pregunto, y él asiente.

Voy hacia mi ordenador y busco las cámaras de seguridad.

Al poco, la veo salir por la puerta, sin chaqueta ni nada. Se tambalea y se apoya en la pared. Toma aire y sigue andando.

—¿Pero acaso esta mujer está loca?!

—¿Voy a buscarla? —pregunta Becky.

—Se ha dejado sus cosas aquí, volverá... si no la matan antes. Mira, que la maten. Así una puta preocupación menos.

Ambos hermanos me observan, dejando claro que no les gusta mi insensibilidad.

Los mando a los dos a trabajar y yo me quedo solo, tratando de seguir con mi trabajo, como si me importara una mierda Imogen. Solo es una humana más.

* * *

Cuando pasa una hora y no sé nada de ella, salgo a buscarla.

La idea de encontrarla muerta en una calle oscura no me atrae tanto como debería.

Ando por las calles cercanas a mi edificio y trato de concentrarme en ella. En su alma.

El problema es que, sin despertar a la bestia, es complicado.

Todas las personas huelen de una forma diferente. Imogen huele a flores. Su alma huele a un campo lleno de flores.

Camino por las calles atestadas de gente y, al no encontrarla, subo a una de las azoteas del edificio y dejo salir a la bestia; a la parte que controlo.

Me concentro, usando mi lado más agudo. Somos como animales cuando liberamos la bestia. Tenemos partes de animales, por eso las sombras van cambiando.

Me giro y veo a mi lado un elefante africano, todo gris, porque estamos de día. Solo por la noche las sombras son un poco más oscuras. Sus ojos son la nada, dos cuencas sin sombra. Es el animal con mejor olfato del mundo.

Me concentro y la siento no muy lejos de aquí.

Entonces, corro por la azotea y salto de una a otra hasta llegar a ella.

Cuando la localizo, está entre las sombras, con los ojos cerrados. Trata de hacerse la fuerte.

Salto y caigo cerca de ella.

Da un grito hasta que me reconoce.

Mira tras ella, temiendo que alguien me vea. No debería preocuparse por mí, pero lo hace, y me entenece.

—No deberías estar aquí, y menos así... —Andamos por las sombras y trato de ocultar a la bestia, pero el problema es que a mi lado bestia le gusta ella, y mucho.

Noto como ruge cuando la tengo cerca y como se muere por cubrirla de sombras, porque la acaricien.

—Y tú deberías estar trabajando. —Mi voz es más dura, más siniestra.

¿Se asusta? Ni un poco.

Tomo aire y dejo que la bestia se oculte, poco a poco.

—He ido al médico a por unas pastillas para poder superar mi miedo a las alturas, que no sabía que tenía. Claro que es la primera vez que subo tan alto. Siempre me han dado respeto los edificios altos, pero no sabía que me pondría así.

—¿Y lo de avisar a tu jefe?

—No podía hablar... Lo siento. De paso, me han curado la herida... Ah, no, que no tengo herida. ¡No tengo nada, Darren! ¡Ni siquiera una cicatriz!

Miro su frente, sin importarme una mierda que mi lado salvaje se siga viendo, y palpo su frente.

No hay nada. Ni marca ni cicatriz. Nada.

—¿A qué médico has ido? —Me lo dice—. No te muevas de aquí. Tengo que borrarle la mente o lo que ha visto le hará querer buscar respuestas.

—¿No me digas? Me dijo que no me moviera... y salí por patas, por lo que vi en sus ojos.

Subo por la escalera y uso los tejados para dejarme caer en la callejuela más cercana a la consulta del médico.

Lo veo hablando con alguien de lo que acaba de pasar.

Entro en su mente, borro todo... y le hago olvidarse de Imogen.

Cuando su interlocutor le pregunta que qué le pasa, le dice que no está bien, que ha tenido una mala noche y que solo era un sueño... Se va a casa a dormir.

Se marcha y entro en su consulta.

Borro todo rastro de Imogen en el ordenador y en los archivadores.

Mientras lo hago, no dejo de pensar en cómo ha podido borrar una simple humana su marca.

Yo no tengo cicatrices. Solo las que me hicieron con las putas espadas mágicas para destruirme. El resto de las heridas se borran de mi piel, pero ella no es inmortal. Todos éramos hombres... Es mortal. Los mortales huelen de una forma diferente. No tengo dudas de eso, pero no sé quién cojones es.

Regreso donde está y le digo que regrese a la oficina tras comprar las pastillas.

Le tiendo una receta que he sacado del médico, manipulando los datos, antes de borrarlo todo.

—Vale. ¿Y tú?

—Yo necesito alejar a la bestia del todo. Intenta no matarte por el camino de vuelta.

—Lo mismo me mato y revivo... ¿Qué soy?

—Ni puta idea, pero, oye, si tienes alguna idea, compártela conmigo, porque nunca he visto nada igual en un humano.

—Eso no me deja más tranquila.

Se marcha agitada.

La dejo ir.

Subo a la azotea y busco una zona tranquila donde poder relajarme. Algo complicado, porque no paro de pensar en qué narices es Imogen. Si es humana, sus heridas no deberían curarse así...

¡¿Acaso ha sido creada para volverme loco?! Empiezo a pensar que sí.

Capítulo 16

Imogen

Con las pastillas, el mareo remite un poco.

Becky se me acercó asustada cuando regresé. Odio preocuparla, pero necesitaba salir de este lugar y, de paso, encontrar la forma de poder estar aquí sin dar más problemas.

Fui a mi médico para intentar que me viera y me dijo que tenía un hueso.

Le expliqué mi problema con las alturas, mientras me quitaba el apósito, y de pronto se quedó petrificado.

—¿Dónde está tu herida?

Me miré en un espejo que tenía cerca y no vi nada. Estaba asustada y el médico trató de sujetarme para descubrir por qué no había ninguna marca.

Salí corriendo, porque me sentí diseccionada en una camilla mientras investigaban la razón de la rapidez de mi cura.

Por suerte, Darren se hizo cargo de todo.

El problema es que no recuerdo haberme hecho heridas graves en mi vida. Era la primera vez que me daban puntos. No tengo marcas de cicatrices en la piel, porque siempre he salido ilesa de todo, si el golpe era pequeño.

¿Qué soy?

* * *

Darren me llama a su despacho a última hora. Son casi las cinco de la tarde. Se ha ido casi todo el mundo, menos Becky y yo, que nos hemos puesto al día con unos cursos.

En esta planta no hay mucha gente y, la verdad, es mejor.

Toco a la puerta de Darren y esta se abre.

Entro y lo veo cerca de la cristalera.

Tomo aire y ando hacia él. La altura me sigue aterrando, pero la pastilla me calma.

—He estado pensando en qué puedes ser. Puedes ser un fallo de la naturaleza, una evolución del ser humano..., o alguien enviada para matarme, creada por los sucesores del ser que nos creó. Eso explicaría por qué no recuerdas tu pasado y que estés en Nueva York, donde yo vivo.

—Eso que dices no tiene sentido.

—¿No? Yo le encuentro todo el puto sentido del mundo a eso. —Puedo atisbar su lado bestia—. La sangre de mis enemigos es letal para nosotros. Por eso, rocían sus espadas con ella para destruirnos... Quiero tu sangre.

—¡Me socorriste con una herida en la cabeza! ¡Mi sangre ya te tocó!

—¡No tocó mi piel! ¡Quiero tu sangre o te largas de este lugar! —Su voz es dura, salvaje, y sé que, en parte, se comporta así para protegerse, pero duele que sea así conmigo.

Aunque, en su lugar, no sé cómo reaccionaría, la verdad.

—Pues mejor me largo...

—Eso es porque estoy en lo cierto. —Sonríe de medio lado de forma siniestra.

Voy hacia su mesa y busco el abrecartas. Lo cojo y, sin dudar, lo paso por mi mano. Me trago un grito de dolor y le muestro mi mano.

—¿La quieres? ¡Aquí la tienes!

Duda un instante, pero al final viene hacia mí.

Acerca su mano a la mía y la aparto cuando está cerca.

—¿Por qué la apartas?

Me pierdo en sus ojos.

—No quiero matarte y, si mi sangre te puede hacer daño... Es mejor que la analices y hagas pruebas con la tuya. Es lo más sensato, Darren.

Algo en su mirada cambia. Se suaviza. Se pierde en mis ojos verdes y me parece ver algo parecido a la ternura.

—Ellos nunca perderían la oportunidad de matarme.

—Yo no tengo instinto asesino, pero entiendo que dudes. Llevo dudando de mí misma toda la

vida.

Darren me mira y coge mi mano muy rápido, sin que pueda protestar, y la estrecha contra él.

Trato de retirarla, por miedo a que lo lastime, pero no puedo. Tiene mucha fuerza y solo puedo mirar nuestras manos, mientras rezo para que no lo mate.

No quiero matarlo...

Miro las manos con lágrimas en los ojos, temerosa y asustada.

Darren limpia una de las lágrimas que caen por mis mejillas.

Cuando lo observo, parece triste, aunque pronto su mirada es fría y no muestra sentimientos.

—No pasa nada. —Abre la mano y vemos que mi sangre no ha destrozado su piel o causado un mal mayor—. Vamos a curarte.

Tira de mí y no me da opción de rechazarlo.

Entramos en su servicio, que es enorme.

Me dice que me vaya lavando la mano con agua y jabón mientras busca el botiquín.

Cuando acabo, me seca con cuidado la mano con gasas y luego evalúa la herida.

—Por suerte, el corte no es muy profundo... o ya se empieza a cerrar. Quién sabe. Lo mismo el golpe en la cabeza del otro día fue mortal, pero para ti no...

Que diga eso me hace pensar que sí me golpeé con el extintor y, por ser un espécimen raro, no me mató.

Me recorre un escalofrío por la incertidumbre de todo esto.

—¿Puedes dejar de pensar en voz alta? Me estás poniendo nerviosa.

Sonríe de medio lado y sigue con la cura.

No debería, pero disfruto de su contacto, a pesar de que la tarea no sea agradable. Su mano me quema y sus dedos me acarician mientras me cura. Se me acelera la respiración mientras pienso que lo que siento por este hombre no es normal.

Tensa la mandíbula y me cura muy rápido.

—Todo en orden, puedes irte a casa. A ver si con suerte mañana la herida no te molesta para trabajar.

—Aunque me moleste, no dejaré de hacer bien mi trabajo. —Asiente y mira distraído lejos de mí —. Darren..., yo no sé nada de mi pasado, pero no quiero hacerte daño.

—Lo sé —dice con certeza.

Tomo aire y me marcho del despacho, sabiendo que quería seguir cerca de él.

Lo que no entiendo es por qué. A su lado siento que dejo de correr, que he llegado adonde encuentro paz.

Darren

Miro por la ventana las luces de Nueva York, pensando en todo lo que acaba de pasar con Imogen. Está claro que su sangre no me lastima... Me la jugué, porque vi en sus ojos el miedo a que me pasara algo y los seres, o humanos, creados o mejorados para acabar con nosotros solo piensan en terminar con nuestra vida.

El problema es que, aunque tengo claro que Imogen no desea mi muerte, hay algo en ella que me asusta mucho más que la muerte: como la deseo.

Cuando la tengo delante no soy capaz de pensar con claridad. Solo quiero perderme en su boca y quitar lentamente sus piezas de ropa, hasta tenerla desnuda y mojada por mí. Solo pienso en las mil formas de darle placer...

Me asusta la ferocidad con que la deseo. La desea mi parte humana y mi lado bestia. Mi lado bestia nunca ha deseado nada en toda su vida que no sea matar, pero a ella la desea...

No me gusta ni un pelo esto que siento, porque si ella muere, y viendo lo fácil que se mete en problemas es probable que pase pronto, ¿qué será de mí?

Hace tiempo que supe que para sobrevivir debía aprender a disfrutar de la vida en soledad. Amar a un humano efímero es un precio muy alto que pagar por una vida eterna.

Capítulo 17

Imogen

Llego al trabajo casi sin haber dormido. No dejo de pensar en por qué soy así y en que la herida de mi mano casi está cerrada. No he tenido heridas graves a lo largo de mi vida como para saber que me sucedía esto.

De golpe, se abren demasiados interrogantes.

El problema es que siento que no voy a poder responder a mis preguntas. Al menos, no ahora. Es como si algo me avisara de que debo seguir con mi vida y que un día tendré todas y cada una de las respuestas.

Me aferro a esa esperanza queriendo creer que mi instinto no me va a fallar y que, de verdad, un día sabré por qué soy así y qué hay diferente en mí.

—Vaya cara traes —me dice Becky al verme—. ¿Café doble?

—Casi mejor que sea triple.

—Marchando —responde cerca de la máquina de los cafés—. ¿Cómo llevas las alturas?

—Con la pastilla, bien... —Miro a Becky y me acerco al gran ventanal.

Observo los edificios y una pequeña nube bajo nosotros. No hay miedo, ni vértigo u otra cosa.

—¿Todo bien? —Mi amiga se me acerca y me tiende el café.

—Sí, pero hoy no he tomado nada y no hay vértigo. Fue tomarme una pastilla y desapareció.

Becky asiente y va hacia su bolso.

Saca una libreta con un candado ridículo y lo abre. Luego anota algo.

Leo lo que pone:

Ya no tiene vértigo.

—¿Qué narices haces?

—Es mi investigación para ver qué eres —susurra, dejando claro que sabe todo—. Tranquila, este candado es... mágico. Solo lo puedo abrir yo. No va con números, aunque lo parezca. Es solo para que nadie lo sepa.

—¿Lo hizo Darren?

—No, es cosa mía. Desde pequeña me he sentido muy intrigada por el mundo nórdico y su magia. No he contado nada a nadie porque sé que a mi familia le daría un ataque, y a Darren, igual. No quieren que me involucre demasiado con todo este mundo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Y el tuyo conmigo. Descubriremos el porqué. No lo dudes. —Sonríe y sé que lo hará.

—Gracias.

—¿Por estar tan loca para no salir corriendo?

Me río.

—Por eso justamente.

—Para eso están las amigas.

Llaman a la puerta y es Benjamin, que nos necesita a las dos para un trabajo.

Hoy Darren no vendrá en todo el día. Va a visitar sus otras empresas. Saber que no lo veré instala la desilusión en mi pecho. Me gusta sentirlo cerca, sentir que al menos lo podré ver un segundo...

No, mejor así.

* * *

Benjamin es un gruñón, pero de esos adorables que quieres para siempre en tu vida. Se nota que quiere mucho a su hermana y que por eso le preocupa que venga conmigo, que se involucre tanto en algo que pueda lastimarla.

Hoy es viernes y Becky no podía venir, porque tenía que hacer un cursillo. Me contó el otro día que Benjamin, desde que nació, supo que su futuro era servir a Darren, porque no tenía otra opción que seguir su legado. Tiene que ser duro saber que tu vida ya está escrita mucho antes de

que tú nacieras; igual que la del hijo que acaba de nacer.

Tampoco sé cómo podría vivir sabiendo que iré dejando atrás a tantas personas que he visto nacer, como le pasa a Darren.

La inmortalidad solo se me antoja maravillosa si la vives junto a las personas que más quieres. Si no, siento que la muerte es lo único que puede dar paz a un alma que ha sufrido tantas pérdidas.

* * *

Hago mi trabajo lo mejor que sé y me quedo un poco tras mi hora de finalización de jornada para ordenar unos archivadores.

La verdad es que en este lugar donde siempre hay alguien, ya sea el de seguridad u otras personas que se quedan adelantando trabajo, me siento bien.

Y porque sé que está protegido por Darren.

Mi idea es no irme muy tarde, pero se me echa el tiempo encima sin que me dé cuenta.

Salgo de la sala de archivos y voy a recoger mis cosas para irme.

Al salir, escucho el ascensor abrirse y, cuando miro hacia él, Darren sale con paso firme, hasta que nota que lo estoy mirando.

Va todo de negro y, cuando se gira, veo su mirada agitada y sus ojos fieros.

—¿Todo bien?

—No te importa. —Sonríe y mira tras él—. ¿Qué haces trabajando a estas horas? No hay nadie aquí ya.

—Bueno, está el de seguridad.

—Estaba en la planta uno. Estás sola. ¿Algo que deba saber? —Se me acerca como si fuera un depredador.

No me voy hacia atrás y le aguanto la mirada, desafiante.

—No, nada. Solo estaba ordenando el archivo. Algo superemocionante...

—Bueno, tu vida es un caos. Al menos aquí tienes cosas aburridas que hacer. —Se queda a unos centímetros de mí.

Noto como la respiración se me acelera y las ganas de tocarlo son muy grandes. Quiero perderme

en él con tanta desesperación que duele.

—Sí, pero aquí no tengo tiempo de aburrirme. Hay mucho trabajo.

—Lo sé. Soy el jefe de todo esto...

—Es lo bueno de ser inmortal, ¿no? —Alza una ceja.

Nos miramos a los ojos y siento una fuerte descarga por cómo me contempla. La respiración se me agita y siento el deseo de acortar la distancia que nos separa. El deseo me arrolla con fuerza y me hace arder.

Tensa la mandíbula.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras que te follara con fuerza contra este suelo frío de mármol. —Sus palabras, más que hacerme temblar de miedo, me hacen temblar de anhelo.

—No te miro de ninguna forma.

—Te olvidas de que soy medio bestia... Puedo oler el deseo en ti, Imogen. —Muerdo mi boca y me fijo en la suya—. También que eres apistosamente virgen.

Esto no me sorprende. He visto su lado oscuro y sé que es posible. Otra persona saldría corriendo, pero a mí, cada cosa que dice o que descubro de él me excita todavía más.

Bueno, hace tiempo que supe que yo no era normal.

—¿Ahora ser virgen es malo? —Lo miro divertida.

—Para otros, no, pero a mí me parecen aburridas y sosas. Odio tener que estar enseñando nada a nadie. No tengo paciencia...

—Claro, porque para tres minutos que durarás, no puedes perder el tiempo dando clases —lo pico.

—Si piensas que el buen sexo con un inmortal dura tres minutos, es que eres más tonta de lo que creía.

—Ni lo sé ni lo quiero saber. A ti no te gustan las vírgenes y a mí no me gustan los inmortales.

—¿No te gusto? —Se queda quieto y luego noto como mi camisa se desabrocha lo justo para mostrar un poco de mi piel.

Los latidos de mi corazón se aceleran y noto como esto me excita.

—Nada de nada. No me gustan las momias con patas.

Alza las cejas y luego se ríe. Se ríe de verdad y su risa es ronca, sensual y atractiva.

—Muy bueno, Imogen. Ahora, si no te importa, tengo que trabajar.

—Yo me iba a casa.

—A ver si es posible que no te maten... O, mira, sí, mátate. Así estaré más tranquilo. Buen viaje de camino al más allá.

Lo miro irse, pensando que es un borde sin sentimientos. El problema es que entiendo por qué no quiere tener sentimientos por nadie.

—¡No me pienso matar! Nos vemos el lunes.

—No, por favor.

Se aleja de todo y antes de entrar a su despacho se gira y su forma de mirarme preocupado contradice sus palabras.

Le digo adiós con la mano y me marcho a casa, andando por las oscuras calles de la ciudad.

Capítulo 18

Darren

—¿No necesitas ayuda? —me pregunta un detective de la policía.

Cuando eres inmortal y tienes dinero, te puedes convertir en lo que quieras. Para saciar mi deseo de lucha, me hice detective de policía cuando llegué a la ciudad. Perseguir a los cabrones me daba la vida.

Con los años, he ido adaptando mi currículum para que nadie note nada.

Se me da bien la piratería informática. Tuve que aprender para sobrevivir. Mi carné de identidad y todo lo que tiene que ver conmigo lo tengo que falsificar.

Para poder ocultar mi inmortalidad debo tener acceso a estos medios y también por eso me metí en la policía.

Ahora estoy retirado, pero de vez en cuando les echo una mano con las redadas contra traficantes de drogas, como esta noche.

Llamé para ver si necesitaban ayuda y me comentaron lo de esta redada en unos viejos almacenes. Estoy deseando entrar y cargarme a unos cuantos cabrones... Algo que no haré, porque hace muchos años que no mato a nadie. Solo los dejo un poco, bastante, lastimados.

Necesito hacer eso o acabaré por cometer una gran estupidez, como sería besar a Imogen. Esa mujer me tienta de una forma que no es normal.

Lo de que ojalá se muriera no era cierto.

Lo peor es que sé que eso pasará. Por eso quiero que se aleje de mí, que se vaya lejos, para no ver como la vida se le va de las manos.

Odio ver a la gente envejecer.

Me recuerda el paso del tiempo, el saber que viven en un cuerpo que cada año muere un poco más. Cuerpos con almas jóvenes consumidas por la vejez.

He visto a muchas personas viejas con almas jóvenes atrapadas en cuerpos que no los dejaban vivir libres. Por eso, la vejez me recuerda el paso del tiempo y el nacimiento que el tiempo

cambia y evoluciona, queramos o no.

Benjamin siempre dice: solo tenemos el ahora; lo demás, solo son planes.

Y para ellos es cierto.

—Lo tengo todo controlado. Que no entre nadie, que nadie me siga. Yo os traeré a esos cabrones.

—Te doy treinta minutos —me dice el policía.

—Me sobran veinte, pero gracias por creer que necesito tanto tiempo.

No me mira, pero noto como le molesta mi prepotencia. Aun así, aquí estoy, porque así no pone en peligro a ninguno de sus hombres. Para él yo solo soy un rico más de esta ciudad.

Lo entiendo, porque yo por mis hermanos también haría lo que fuera y por eso nos dijimos adiós.

Entro al almacén y evalúo la situación.

Dejo salir a la bestia un poco, pero no al berserker por completo, aunque noto como se muere por tomar el control de mi cuerpo, pero lo mantengo a raya. Camino entre las sombras mientras me topo con personas que me miran aterradas antes de que los deje KO. Luego, les borro la mente para que no recuerden nada.

Llego al lugar donde están haciendo la venta y dejo que la bestia se haga cargo de todo.

Sin muertes...

Voy de uno a otro luchando y peleando. Uso mi magia para no dejar que nadie se escape.

Disparan, pero las balas ni me penetran la piel. Es entonces cuando gritan al ver que están acabados.

El miedo en sus ojos me recuerda un tiempo de guerra donde yo era la mejor baza en una batalla, donde solo era una bestia.

—Los tienes a todos noqueados. Ahora sí puedes mandar a tus hombres —le indico por el walkie-talkie al jefe de policía.

Cuando salgo de la nave, tras haber borrado la mente a los narcotraficantes, me han sobrado veintiún minutos y, como todavía está mi lado bestia visible, me toca borrar la mente a todos los presentes. Les hago creer que mi imagen es la misma de cuando entré. No recordarán mi lado bestia ni los agujeros de bala en mi ropa sin sangre.

Entro en mi coche y me marchó sabiendo que esto no ha mitigado lo que siento. Estar sin sexo me está matando y tal vez, si así muero, no sea algo tan malo.

¿En qué momento tuve que cruzarme con ella en mi vida?! Ahora mismo solo puedo odiar a

Imogen por hacer de mi existencia un infierno.

Puede que no haya sido creada para matarme, pero si esto sigue así, la culpa de mi muerte será de ella. Solo de ella.

* * *

—De verdad, ¿era necesario ir a esa redada? —Benjamin entra en mi casa a primera hora.

Becky lo sigue divertida.

Viven en el mismo edificio que yo. Ella en la casa familiar y él con su mujer y su hijo.

Todo el edificio es mío. Consta de cinco plantas y un sótano. Benjamin lo llama la mansión con vistas, ya que da a Central Park.

Mandé construir este edificio al poco de venirme a vivir aquí y ha sufrido algunos cambios y remodelaciones con el paso de los años.

—¿Ahora te pago por ser mi niñera?

—Pues casi. ¿Acaso no es eso lo que soy? Llámalo niñera o mono de compañía...

—¿A este que le pasa ahora? —le pregunto a Becky, que se sienta en la mesa donde he preparado el desayuno y me quita parte de este.

—Su mujer no quiere que su hijo siga sus pasos. Quiere algo más para su pequeño que estar al servicio de los Douglas.

Nunca me he fiado del todo de la mujer de Benjamin y por eso no sabe la verdad.

La madre de Becky y su padre sí eran de mi confianza. Esa es la razón por la que Becky lo sabe todo desde que nació.

Ahora sus padres están viajando por medio mundo, disfrutando de la vida tras tantos años a mi servicio.

—Bueno, puedes tener otro hijo y entonces le tocará a uno o a otro.

—Ella no quiere que sea ninguno.

—Pues a ver dónde vas a encontrar un trabajo que te permita un sueldazo y vivir en una mansión como esta.

Benjamin aparta la mirada.

—Solo quiere que tenga la oportunidad de elegir...

—Odio este puto siglo... —Froto el puente de mi nariz—. Hace años, la gente se mataba por un trabajo así, y ahora parece que os pido demasiado.

—Los tiempos están cambiando, pero me tienes a mí. —Becky pone su mano sobre la mía—. Si tengo un hijo, le daré la opción de estar contigo.

—¿Y que sea como tú y me vuelva loco?

Becky se ríe, pero sabe que la quiero mucho. Más de lo que debería. Cada año que pasa y cumple uno más me invade la tristeza. Ella no debería ser parte de esta ecuación, pero lo es, y me hizo saber lo que era tener algo parecido a una amiga.

—Bueno, como sea, para eso queda tiempo —indica Becky—. No os agobiéis ahora.

—No, mejor dime cómo sabes lo que he estado haciendo.

Benjamin saca la tableta y busca las noticias, donde podemos leer:

Desarticulada una red de tráfico de drogas, sin bajas ni heridos.

—¿Sin bajas ni heridos, cuando era la peor red de traficantes de la ciudad? Venga ya. No soy tonto para saber que has vuelto a las andadas.

—Me divierte.

—Harás que te maten...

—No puedo morir, pero si me matan, así termina tu problema con tu mujer. Tu hijo será rico y hará lo que le dé la gana. ¿Algo más?

Benjamin me mira y al final se sienta a desayunar.

—Esa joven te está volviendo loco.

—Y a ti tu mujer. Así que mejor da consejos a otro.

Becky se ríe y le guiño un ojo.

—La mía no atrae la mala suerte...

—No, solo es una mala suerte tenerla en tu vida. —Benjamin fulmina a su hermana—. Por favor, Darren, si alguna vez me enamoro y es un capullo, dame una paliza para que lo olvide.

—Trato hecho.

—Ah..., no, aquí nadie va a pegar a nadie. Te haremos olvidarlo de forma civilizada...

—Eres un aburrido, Ben.

Benjamin pone mala cara y Becky se ríe.

Los miro a los dos mientras comen y me gusta ser parte de este momento con ellos.

—Este siglo no es como los anteriores —comenta Benjamin—. Si no tienes cuidado, algo de ti puede colarse en uno de los móviles. La gente siempre anda grabando todo.

—Siento si alguien me mira, hasta con uno de esos trastos... Los puedo fundir.

—Ten cuidado y no vayas de listo. Hacía tiempo que no dejabas salir a pasear a tu amiguito y últimamente ya van varias veces.

—Antes estaba entretenido follando.

—¿Y ahora no? —Benjamin me mira—. Tienes un puto pub donde la gente paga por tener el mejor sexo de la ciudad. ¿Y no hay nadie que te satisfaga allí? Permíteme que lo dude.

—Eso es porque desea a Imogen y no sabe meter la polla en otro sitio sin pensar en ella.

Benjamin se atraganta por las palabras de su hermana Becky, que sonrío con esa mirada de sabelotodo.

—No es cierto —le digo y me mira desafiante.

—Sí, lo es, y te jode.

—Mejor que no lo sea. Esa chica pronto acabará las prácticas y le daremos una buena carta de recomendación para que sea problema de otro, ¿verdad?

Asiento, no muy convencido. La idea de dejar que Imogen vague por este mundo sola, sin protección, no me gusta tanto como debería.

Terminamos de comer y Becky se marcha, porque ha quedado con Imogen para dar una vuelta y pasar el día por las calles de Nueva York.

Su hermano pone mala cara y se va con ella, diciéndole que debe tener cuidado, porque al final la acabarán matando por ir con alguien que atrae las desgracias.

De todos los Benjamines que he tenido en mi vida, este último es el más hipocondriaco, pero, a pesar de eso, siento un cariño especial por él que nunca he sentido por otro. Tal vez porque, desde pequeño, nunca me ha mirado como si fuera su señor, el que da de comer a su familia; él siempre me buscó como si fuera un amigo, su igual. Pasa lo mismo con Becky.

Este par de hermanos son especiales.

Capítulo 19

Imogen

Espero a Darren a la salida de mi trabajo, cerca de su despacho.

Becky me dijo que vendría a última hora. Ella ha salido a comprar unas cosas y quedaremos luego para irnos de fiesta. Dice que conoce un lugar que está muy bien y donde tiene bebidas gratis, por una oferta.

Queda poco para que se me acabe el contrato de becaria y quiero saber si Darren piensa contratarme o no. Necesito saber qué será de mí, porque vivo en su casa y trabajo para él. Si hay un cambio en mi vida, quiero saberlo ya.

Siento su presencia antes de que gire la esquina.

Por cómo busca mi mirada, tenso, siento que él también era consciente de que estaba aquí.

—¿Quieres algo?

—Hablar con mi jefe. ¿Tienes un momento para mí?

Su mirada se tensa, aprieta la mandíbula y, aunque no está muy convencido, asiente.

Abre la puerta de su despacho y me la sujeta para que pase.

Paso por su lado y noto como mi piel se eriza por su cercanía. Lo miro de reajo y parece tenso, molesto y cabreado. Intuyo que la conversación no irá muy bien.

Anda hasta la mesa de su despacho y se sienta tras ella mientras espera que yo haga lo mismo frente a él.

—Tú dirás —me dice frío.

—Quiero saber si me vas a contratar o no, por ir buscando casa. Si no voy a seguir trabajando para ti, prefiero vivir en otro lugar que no me ate a ti para nada.

—¿Es lo que quieres?

—No estamos hablando de lo que quiero yo o no, sino de si me harás un contrato cuando se me

acaben las prácticas.

—Dudo que, si no te contrato, te cueste encontrar trabajo.

—Supongo que no, pero Becky dice que media ciudad es tuya y, por la edad que tienes, no me extraña. Por eso quiero saber dónde puedo ir a buscar trabajo si no me contratas.

Me mira desafiante y le devuelvo la mirada sin achantarme.

Luego, siento como una caricia en mi cuello.

Pego un respingo, hasta que siento que es él.

Su caricia no me aterra. No me hace desear salir corriendo. Tampoco cuando oprime mi cuello levemente, sin dejar de mirarme.

—Odio a los mortales. Son demasiado frágiles. —Baja su caricia por mi cuello y mi respiración se acelera—. Y tú eres peor que el resto. Dudo que llegues a los treinta, teniendo en cuenta cuánto te gusta meterte en problemas.

—No me gusta meterme en problemas.

—Por eso sigues sentada, mientras sientes mi caricia, sin salir corriendo.

—No te tengo miedo. —Aprieta más el agarre.

—Eres una insensata. Dudo que vivas más de veinticinco años.

—Quién sabe. Ni siquiera tú puedes saber cuándo llegará tu final, por muy poderoso que te creas.

Su mirada es desafiante, ardiente, y su caricia me quema la piel.

No debería excitarme su contacto mental, pero lo hace.

Noto como los pezones se me erizan bajo la camisa y como la mirada de Darren va hacia ellos. Tensa la mandíbula, enfadado, y aparta el contacto.

—De momento, te quiero lejos... Ya veremos cuando acabes las prácticas, y ahora déjame solo, pequeña insensata.

No discuto, porque necesito poner distancia. Recuperar la cordura, que mi cuerpo deje de arder así por su fuerza, por su contacto mental y por ese deseo de que llevara su caricia siniestra a mis pezones.

Es mi jefe y desearlo así no está bien. Ni es profesional.

Lo mejor, sin duda, es que no me contrate, porque solo así podré recuperar la cordura y vivir una vida normal sin inmortales de por medio.

* * *

—¿Esta es tu idea de salir de fiesta? —Veo a un hombre medio desnudo bailar sobre una mujer.

—A nadie le amarga un dulce y las copas aquí me salen gratis. Ponte en esa mesa —señala un reservado cerca del escenario—, que yo voy a por algo de beber. Lo vamos a pasar bien.

Intento abrir mi mente y no ser la aguafiestas, pero mi idea de pasarlo bien era ella y yo en una discoteca bailando, sin nadie medio en pelotas, y mujeres y hombres cachondos... Vale, en las discotecas también hay mucho de eso, pero disimulan más.

Voy hacia el reservado y observo el escenario. Una mujer y un hombre salen con poca ropa y bailan en sendas barras. Sus movimientos son rítmicos y muy sexuales. Salí del despacho de Darren agitada, nerviosa y altamente excitada. Ese hombre me pone mucho más de lo que nadie ha conseguido hacerme arder en mi vida.

Es cierto que he llevado una vida de trabajo duro, sin casi poder parar para disfrutar, pero, al contrario que otras personas, no he sentido hacia nadie una atracción tan fuerte que me hiciera perder la cabeza o desear algo más.

Aparto a Darren de mi mente y trato de gozar de este lugar.

Está decorado muy bonito y el ambiente te invita a entrar en los bailes y disfrutarlos.

—Ya estoy aquí. —Becky me tiende una copa—. Esta es mi favorita, a ver qué te parece.

Doy un trago. Es dulce y entra muy bien.

—Me gusta.

—Perfecto, este lugar es muy bonito y, si quieres sexo, hay habitaciones arriba. —Escupo lo que estaba bebiendo—. Seguro que te consigo una gratis.

—Yo no... No estoy aquí para buscar un polvo rápido de tres minutos.

Se ríe.

—La verdad es que es triste, pero cierto. El calentón te dura más que el acto en sí. Aun así, si quieres algo, yo me encargo de todo. Tengo muchos contactos en este lugar. Conozco al jefe —por cómo lo dice, me recorre un escalofrío.

—¿Darren?

—El mismo. Así que disfruta, que este lugar está protegido.

—¿No se te ocurrió avisarme antes?

—¿Y hacer que te plantearas venir? Es el mejor sitio de la zona. Hemos venido a pasarlo bien y tenemos unas vistas increíbles.

Becky mira al bailarín, que no deja de observarnos.

Camina hacia nosotras y Becky le hace señas para que baile sobre mí.

Yo le digo que no, pero el tío no me hace caso y apoya su mano en el respaldo de mi sofá mientras abre mis piernas y se mueve de forma seductora.

Yo no sé dónde cojones meterme.

Intento bajar mi falda mientras el hombre baila y tienta mi cuerpo.

Tomo aire y entonces noto su mirada.

Darren está cerca.

Alzo la cabeza y lo veo en la parte de arriba, entre las sombras. Observa enfadado la escena, parece molesto, pero esta tarde me miró igual. No hay cambio alguno.

A partir de este momento, cambio el chip y decido demostrarle que disfruto, que me lo paso bien y que mi vida es muy emocionante.

Miro al bailarín y me contoneo con él. Sus ojos relucen. Sé que le gusta lo que ve y que lo atraigo. Su mirada es ardiente y, cuando me tienta, sé que quiere hacerlo en privado.

Lleva su cabeza a mi cuello y se acerca... De pronto, se separa agitado y tose como si se hubiera atragantado. O como si alguien le hubiera oprimido la garganta.

Miro a Darren y observo que su lado salvaje es muy visible. Su mirada reluce en la oscuridad.

Se marcha.

¿Qué acaba de pasar?

Darren

Entro en mi despacho cabreado.

Hace tiempo juré que no haría daño a nadie, a menos que fuera en defensa propia o por algo bueno... ¡Y acabo de apretar el cuello de uno de mis empleados solo porque la quería en su cama!

Claro que él lo ha olvidado todo. Solo recuerda que se atragantó con su saliva.

No le apreté tanto como para dejarle marcas, pero quería hacerlo. Quería ahogarlo, solo por mirarla de esa forma. Por acariciar sus curvas de forma sugerente, porque ella se dejara seducir, con el vestido recogido hasta sus muslos.

Joder... Solo de pensarlo, siento deseos de reducir a cenizas este puto lugar.

Trato de calmarme y de sacarme la imagen de Imogen de la cabeza.

Algo que me cuesta mucho.

Estaba preciosa esta noche, con ese vestido de tirantes sin sujetador y esas piernas semidesnudas, mostrándome sus cremosos muslos...

¡¡Joder!!

Noto como la bestia ruge, la desea, pero es un deseo salvaje... No puedo ni quiero tenerla.

Lo mejor es que la despida.

Un problema menos en mi vida.

Capítulo 20

Imogen

Llamo a la puerta de Darren. Es mi último día y ya me he despedido de mis compañeros. Ahora me iré con Becky a comer.

Esperaba de verdad que Darren me diera una oportunidad, pero está claro que me quiere lejos. Por eso, he sacado mis cosas de su casa y he buscado un hostel, no muy lejos, hasta que encuentre algo mejor. También he repartido mi currículum por media ciudad y espero que alguno de esos negocios no sea de Darren ni tenga nada que ver con él.

—Adelante. —Su voz dura me llega desde dentro.

Paso y lo veo tras su mesa, sin chaqueta y con la cabeza apoyada sobre una mano. Me mira, sin perder detalle de mis movimientos.

Yo hago lo mismo con él.

Dejo sobre la mesa las llaves de su casa.

—Gracias por la casa.

—No tienes que irte de allí.

—No quiero tener nada que ver contigo, ahora que ha quedado claro que me quieres lejos.

Tensa la mandíbula.

—Tú no lo entiendes...

—No, pero tampoco me importa. No me quieres cerca, pues perfecto. Dame el finiquito y me marcho.

Le sostengo la mirada.

Se aparta y abre un cajón. Saca un sobre y lo deja sobre la mesa.

—Dentro tienes mi número personal, por si te metieras en problemas y...

—¿Esperas que entre todas las personas del mundo te llame a ti? Si tengo un problema, lo arreglaré sola. Y, si me muero..., ya te enterarás por Becky. —Cojo el sobre, pero algo me impide levantar la mano.

Se levanta, mientras me sujeta la mano a la mesa con la mente.

—Para, Darren. —Se pone tras de mí.

—¿Vas a seguir en contacto con Becky? —Su aliento me acaricia el oído.

—¿Creías que dejaría de hablar con ella porque tú no me quieras aquí? —Tensa la mandíbula—. Vale, lo esperabas. Eso no cambia nada. Puedo irme y morirme cuando me dé la gana. Para ti solo seré un efímero recuerdo en tu aburrida y larga vida. Y ahora, suéltame.

Darren me suelta y me vuelvo. Sigue muy cerca de mí.

—Odio el momento en que me miraste. Odio el día en que te conocí y me encantaría borrarte de mi puta mente cada segundo del día.

Sus palabras me hacen daño. Mucho daño. Me trago el dolor y le sonrío.

—Pues hazte un puto conjurito de magia y bórrame de tu mente.

Algo en su mirada cambia. Es como si existiera esa posibilidad y me duele que quiera borrarle de su mente. Hacer como si mi paso por su vida nunca hubiera existido.

—Eres una bestia poderosa, puedes hacerlo...

—Soy poderoso, pero solo en mi lado berserker tengo el control de todo el poder y, a la vez, pierdo el control de mi alma.

—No lo entiendo. —Coge aire—. ¿Acaso no merezco saberlo antes de que me digas adiós?

No dice nada y creo que no lo hará.

—Cuando nos crearon, llegó un momento en el que perdimos el control de todo. Éramos solo berserkers, hombres listos para la guerra. Letales y temibles. —Noto un escalofrío—. Cuando conseguimos dominarlos, aprendimos a convertirnos en bestias sin despertar al berserker. Sin que este tome el control de nuestro cuerpo. Lo que tú has visto, cuando me transformo, es mi lado bestia, pero no el berserker. Puede que el berserker pueda borrarle la mente y hacer que me olvide de ti, pero prefiero usar otros métodos antes que dejar que tome el control.

—¿Y uno de esos métodos es olvidarme para siempre y abandonarme a mi suerte?

—Sí, así, si mueres, no serás problema mío.

Su frialdad me hace daño.

—Adiós, Darren. —Camino para irme, pero una pared invisible me impide moverme—. ¡Para no

gustarte mi presencia lo disimulas muy bien, pedazo de idiota!

Golpeo la pared invisible y siento su mano subir por mi costado.

—Si voy a borrarle de mi mente... quiero averiguar a qué sabe tu boca.

Siento su contacto mágico en mi cuello y luego en mi boca. Entreabro los labios y me gira hacia él.

—¿Y qué gano yo con todo esto? Porque yo no puedo olvidarte.

—De los dos, eres a la que menos le jode haberme conocido.

—No te soporto. —Su mano acaricia mi labio—. Ese día no debí mirarte. El suelo era mucho mejor que un impresentable como tú.

—Mientes..., pero tranquila, guardaré tu secreto.

—¿Qué secreto?

Su boca se queda cerca de la mía y me quedo sin aliento un segundo.

—El de que me desees como nunca has deseado a nadie.

—Eso es mentira...

—Eso quisieras...

Me pierdo en sus ojos mientras veo como se acerca. El corazón me late demasiado rápido. Tanto, que me fallan las piernas.

Como si lo notara, me sujeta por la cintura con su fuerte brazo mientras, con su otra mano, sujeta mi cabeza.

Su primer roce es leve. Suficiente para que mi cuerpo vibre y el mundo desaparezca. Solo soy consciente de él, de su boca, de su respiración agitada y de la mía...

Gruñe y no sé si es él o la bestia.

No temo a ninguno de los dos.

Por eso, cuando profundiza el beso, me dejo llevar, sintiendo, no solo sus manos en mi piel, sino a las sombras acariciarme desde la cabeza a los pies.

He liberado a la bestia y, en vez de estar asustada, introduzco mi lengua en su boca.

Siento como Darren y la bestia rugen.

El placer estalla en mí y deseo más. Quiero que me consuma y me haga arder; que toque cada

parte de mi cuerpo.

Su lengua se enreda con la mía y me devora la boca como si bebiera de mí.

Gimo, al tiempo que pongo mis manos en su duro y firme torso y lo acerco a mí.

La mano en mi espalda sube por mi costado, hasta el bajo de mis pechos.

Siento los pezones duros como piedras. Los deseo en su boca... Quiero que me lama.

La bestia ruga y siento sus dedos subir hasta mis pechos.

Entonces, Darren se aparta y me mira con los ojos iluminados por su lado salvaje.

—Largo de aquí. —No me muevo—. ¡Fuera! —me grita con una voz que parece sacada del más allá.

Corro, pero no sé bien la razón, porque no lo temo. Mi instinto no me indica que corra lejos de sus brazos. Al contrario, me dice que solo a su lado estaré protegida en este mundo.

Sentir eso me deja noqueada.

Por eso me marchó, deseando olvidarlo... Como si eso fuera posible.

Su contacto está marcado a fuego en mi alma para siempre.

Darren

Nunca, en toda mi existencia, mi lado bestia había salido de mi cuerpo sin yo convocarlo, en un encuentro sexual. Nunca ha salido sin que yo me diera cuenta, como si el que formara parte del beso con Imogen fuera lo más natural del mundo.

Ella nos estaba besando a los dos, a mis dos mitades.

Cuando sentí que mi lado oscuro estaba fuera, me aterró, porque eso no es normal.

Está descontrolado. Al lado de Imogen está descontrolado y lo peor es que por primera vez no tenía sed de sangre. Sentí deseo, el deseo por ella. Siento que a su lado dejaré de controlar a la bestia y me convertiré en el berserker, perdiendo el control de todo.

Tengo que olvidarla y solo hay una forma.

* * *

—¿Estás seguro de que quieres molestar a tu hermano? —Asiento mientras Benjamin me da la maleta antes de entrar en mi avión privado—. Voy contigo...

—No, te necesito aquí.

—Me dijiste que tenía muy mal genio.

—Es un desgraciado antisocial, pero es el único que puede borrarla de mi mente.

—No tardes en volver.

—No lo haré... He borrado a Becky el recuerdo de Imogen y ahora te lo borraré a ti.

—¡Juraste que nunca harías algo así con nosotros!

—Lo siento, amigo... Solo así podré recuperar la cordura. —Lo miro y le borro de la mente todo rastro de Imogen.

Al acabar, Benjamin me recuerda que tenga cuidado y se marcha.

He faltado a mi palabra. Lo he hecho porque estoy asustado. Si no domino a la bestia... puedo despertar al berserker que fui y arrasarlo este puto mundo.

Ella ha despertado algo en mí. Tengo que olvidarla para siempre y que nada ni nadie me la recuerde.

Capítulo 21

Darren

Escalo hasta la cueva donde Derick hiberna.

Cuando Esben nos ordenó separarnos, Derick nos indicó que él no saldría de esta cueva, porque solo quería entrar en trance y dormir. Sabía cómo hacerlo sin perecer; que su cuerpo pudiera sobrevivir sin comer ni beber. Es muy poderoso. Fue uno de los primeros con los que experimentaron.

Yo también, pero no tengo tantos poderes como él. Conmigo ya tenían miedo de darnos demasiada magia.

De los primeros, solo quedan dos.

El último murió hace veintitrés años. Hasta ese momento, creí que nadie podría matarlo, hasta que cayó y el dolor de su muerte me atravesó, porque estábamos conectados en las desgracias.

Termino de escalar esta cueva en los fiordos de Noruega y entro.

Llevo una linterna, que uso para ver en la oscuridad. Paso de dejar que mi bestia tome el control y me guíe.

Me he tomado demasiadas molestias para tenerla a raya.

Entro hasta el final de la cueva y noto el aire más caliente.

Veo unas lámparas de aceite y las enciendo una a una.

Mi compañero está dormido en el centro de la cueva, rodeado de cristales para que nada perturbe su sueño.

Aparto uno de los cristales, lo que rompe su hechizo.

Espero a que se despierte sabiendo que no lo hará de buenas maneras.

Lo miro dormir, a la espera. Es tan alto como yo y sigue musculoso. El conjuro de los cristales mantiene su cuerpo como si estuviera congelado en el tiempo.

—Dime por qué cojones has perturbado mi sueño.

No ha abierto los ojos y su voz ronca haría temblar a más de uno.

—Te necesito.

—Espero que sea así, porque si no te mataré con mis propias manos.

Abre los ojos y los clava en mí. Se levanta y me mira de frente.

—Yo también me alegro de verte, Derick.

—Y una mierda te alegras. Solo estás aquí para joderme la vida con tus movidas.

Toma aire y noto como le cambia la cara.

Necesita comida y agua.

Voy hacia donde guarda sus reservas. Está todo protegido por la magia y por eso no se ha podrido nada.

Derick es muy previsor. Tanto, que me pone de los nervios la mayoría de las veces.

Le doy comida y agua y come como un puto animal.

Le dejo espacio y me voy hacia la puerta de la cueva, para ver como la nieve cae sobre las montañas.

Pasa mucho rato hasta que vuelve.

Por suerte, como inmortal, aprendes a tener paciencia, porque sabes que tienes toda la eternidad por delante.

—Quedamos tres... Esben ha caído... Joder, eso no lo esperaba —me dice cuando llega a mi lado.

Esben era como un padre para todos nosotros. Cuando hicieron pruebas con nosotros, él tenía ya diez años y llevaban años probando con su cuerpo y con su hermano pequeño, Ragnar.

Dieron con la clave y ellos dos nos cuidaron al resto.

Nuestras familias nos dieron a cambio de comida y de que protegieran al poblado.

Yo solo tenía tres años y Esben me acogió bajo su ala mientras trataba de cuidar de nosotros. Lo que les permitían. Su hermano, igual, aunque Ragnar era más frío, porque le habían borrado los recuerdos de su lado humano en uno de los experimentos.

Algo que salió mal, porque casi los mató a todos.

Por eso le dejaban estar con nosotros y con su hermano, para que no se rebelara contra ellos.

La última vez que lo vi me dijo que su meta era acabar con el legado de ese puto cabrón y, si lo juró, lo cumplirá.

—Sí, yo tampoco lo esperaba.

—No estamos haciendo daño a nadie... ¿Acaso no pueden dejarnos vivir en paz?

—¿Llamas vida a estar dormido toda la eternidad?

—No subestimes mis sueños. Son una puta gozada.

—Si quieres sexo del bueno, tengo un pub que te acogerá con los brazos abiertos.

—Tal vez lo haga. Y ahora, dime qué quieres y vete.

—Quiero que me borres el recuerdo de alguien.

—¿Por qué esa persona es tan importante para que quieras olvidarla?

—Porque despierta mi lado bestia sin que yo lo convoque. —Derick se pone alerta—. Esto solo pasó con una persona... y destruimos medio mundo. No quiero eso. No quiero ser solo una bestia y temo que ella despierte al berserker, que hace años enterramos para siempre.

Hace años aprendimos, con mucho esfuerzo, a dominar nuestro lado salvaje, pero sin dejarlo salir del todo.

—Joder, Darren... ¿Es una mujer?

—¿Y cuándo no me ha metido en problemas una mujer?

Se ríe.

—Vale, te ayudaré, pero esto no me gusta. ¿Y si esa persona la han enviado ellos para seducirte? Si es así, lo hará aunque la olvides.

—No lo creo. No tiene instintos asesinos hacia mí.

—Puede ser todo mentira. Dime qué sabes de su pasado. —Anda hacia dentro de la cueva mientras le cuento lo que sé—. No me jodas, Darren. Tienes que matarla. No borrarla de tu mente.

—No voy a matarla —dice mi lado bestia y Derick me mira frío.

—Joder, Darren, esto es grave. Tu lado bestia la desea...

—¡No me digas! ¡Casi la follo con mi lado bestia! ¡Y nuestro berserker fue creado para destruir y no para follar! Si mi lado bestia la desea..., liberará al berserker y no podré controlarlo. La

última vez nos costó años poder tomar el control y, cuando lo hicimos, solo había destrucción a su paso. Por suerte, no recordamos nada, porque no sé si podría perdonarme de saber toda la destrucción que han propiciado mis manos.

—Antes estábamos en guerra y era diferente. Nosotros seguíamos órdenes para proteger a nuestro pueblo.

—Lo sé, pero cuesta perdonarse cuando vives tantas vidas en una. En este siglo el mundo no está preparado para despertar al berserker. Si eso pasara y fuera grabado, el caos reinaría y, lo que es peor, el berserker puede volverse loco al encontrarse acorralado y destrozar todo a su paso.

—Vale... Te borraré la mente y luego esperemos que el destino no os cruce de nuevo, porque, si lo hace, dudo que puedas olvidar quién es.

—No te entiendo.

—Puedo borrarte la mente a ti, pero no a él... —Mira a las sombras—. Si la ves, tu lado bestia te hará recordarla, porque la desea, pero solo si la miras a los ojos siendo tú mismo.

—¿Y eso debería tranquilizarme?

—¡Pues no lo sé! ¡Nunca he visto nada parecido! ¡Nuestro lado oscuro solo desea la muerte, Darren, pero el tuyo la desea a ella! ¿Qué quieres que te diga? —Se pasa la mano por el pelo rubio—. Me voy a dormir y mañana lo arreglaré todo.

—¿A dormir?! ¿Acaso no has tenido suficiente?

—A dormir sin magia, y tú deberías hacer lo mismo. Tienes mala cara.

—Vete a la mierda. —Se ríe.

Preparamos todo para dormir y pienso en lo agitado que está Derick y en sus palabras. Recapito sobre lo que me ha dicho y, puesto que he pasado veintitrés años sin ver a Imogen, las probabilidades de que nos encontremos de nuevo son de una entre un millón.

Si la olvido, seré solo un hombre...

* * *

Me despierto con el olor a café recién hecho.

Salgo del incómodo catre y voy hacia donde está Derick.

Me tiende la bebida caliente y doy un trago.

—Este café es una mierda.

—*Joder, se nos ha vuelto señorito el highlander —me dice, usando el mote que utilizaban en mi poblado para dirigirse a mí.*

—Mucho, y esta cueva da pena, y tu cama es una mierda.

—Por suerte, hoy acabaremos con esto. —Asiento—. Quiero verla, a la joven, antes de borrar tu mente. Siento curiosidad por saber cómo es alguien capaz de atraer a la bestia.

Dudo, pero asiento.

Derick clava sus ojos plateados en mí y noto como entra en mi mente. Pienso en Imogen, algo que no me cuesta nada, y dejo que la vea. Recuerdo su sonrisa, sus ojos verdes y cómo me mira como si no existiera nada más... Duele saber que no la recordaré, pero estoy aterrado como nunca ante la posibilidad de perder el control. De dejar de ser humano. De ceder mi alma al berserker de nuevo.

—Esos ojos verdes como esmeraldas siento que los he visto antes...

—Yo también tengo esa sensación. —Sale de mi mente—. No esperaba que te pasara lo mismo. Llevas años aquí dormido y ella solo tiene veintitrés años.

—Está claro que conocimos a algún familiar suyo en el pasado, porque tiene sangre nórdica.

Si Derick lo dice, es que es cierto, y eso hace que se reduzcan las posibilidades.

Tuvimos que conocer a sus antepasados.

—Es muy bonita. No lo puedo negar..., pero hay oscuridad a su alrededor y soledad.

Me siento mal por esto, por ser tan egoísta, pero tengo miedo de arrasar con todo si no la olvido. Aun así, noto como el pecho me duele por lo que voy a hacer. No soporto la idea de dejarla sola, pero nunca, en toda mi existencia, he sentido algo así por nadie.

—No tiene a nadie y los amuletos no funcionan con ella. Si su piel los toca, se rompen o se destrozan.

—¿Y la quieres olvidar? Hay algo misterioso en ella...

—No es la primera vez que esto pasa. A nosotros solo nos protegen los amuletos hechos específicamente para nosotros.

—Ya, pero ella no es inmortal, Darren.

—Entra en mi mente. Quiero que veas algo.

Lo hace y le muestro el beso. Ve como la bestia nos rodeó y la acarició con ternura; como se liberó sola, hasta que me di cuenta.

—Ella tiene el poder de dominar a tu bestia...

—No sé si puede solo ella o Imogen despierta al berserker. Cuando pienso que alguien le hace daño, quiero reducir el mundo a cenizas. —Mi voz es siniestra—. Solo pensar que otro estará con ella me hace desear matarlo...

Derick mira las sombras y mis ojos brillantes.

—A su lado, temo no ser mejor que los lidelse, que solo quieren caos con tal de matarnos. A su lado, temo no ser más que un monstruo. ¿Cómo puede ella querer quedarse a mi lado si no hay nada humano en mí? ¿Y si la acabo matando?

Esa idea me ronda en la cabeza, porque, si no controlo al berserker, no puedo evitar que la mate. Y si la mato..., sé que acabara con todo el rastro de humanidad que hay en mí. Nunca podría perdonarme su muerte.

Derick siente mi dolor, mis miedos y mis dudas. Es empático y nota cosas que lo rodean con facilidad.

—Vale, acabemos con esto.

La bestia ruge y se lanza contra Derick.

No puedo hacer nada, salvo ser un mero espectador mientras la bestia lucha contra mi amigo para no olvidarla. Para que no la olvidemos.

Le grito que pare, pero no tengo control sobre mi cuerpo.

Derick no se achanta y luchamos. Siento como entra mi mente, como me busca entre la oscuridad. Quiere borrarle el recuerdo de Imogen mientras mi lado salvaje está distraído.

Lo dejo hacer mientras nuestras bestias se enfrentan en esta cueva y luchamos a muerte, sabiendo que esta batalla será eterna como uno de los dos no la detenga. Si alguno libera al berserker estaremos perdidos. Tiene que borrarle el recuerdo de Imogen antes de que este tome el control, o no podrá hacerlo.

Llega a mis recuerdos de Imogen y veo como desaparecen uno a uno.

Cada uno que pierdo lo siento como una pequeña muerte.

Me doblo de dolor.

El último recuerdo es el de nuestro beso. Lo que sentí con ella entre mis brazos.

El berserker siente deseos de quemar el mundo antes que perderla. Su deseo de ella es tan fuerte, que está a punto de hacerse con el control y reducir todo a cenizas, antes que perderla.

Veo como se va desdibujando, hasta que no queda nada, y entonces siento como si me acabaran de matar.

La bestia ruge, pero se calma al segundo, porque ya no recuerda la razón por la que luchamos...

Siento que mi alma llora de dolor.

—Me has destrozado la cueva, pero gracias por esta buena pelea.

Lo miro desconcertado. No recuerdo qué hago aquí. Solo sé que vine por algo importante y que no debo recordar el qué.

—Regreso a mi casa. Deberías venirte conmigo a Nueva York.

—¿Y montar en avión? Ni loco, los odio.

—Algo que te da miedo en este mundo... Eso es nuevo.

—Ya ves, odio la era moderna.

—Y eso que casi no la has visto.

—He ido viendo el cambio en mis sueños.

—¿Cómo es eso?

—Cuando hiberno, mi cabeza va de una mente a otra. He vivido en los recuerdos de otras personas y he visto la transformación de este mundo.

—¿Y se puede llamar vida a ser un mero espectador de la vida de otros?

—Sí, y ahora vete. Tu vida de niño rico te espera en Nueva York.

Por cómo lo dice, sé que ha visto lo suficiente en mi mente para saber de mi vida.

—Gracias.

—No me las des. Siento que te has equivocado, pero era tu decisión.

No le digo nada, porque yo también siento que algo no va bien.

Hablamos un poco y lo acompaño al pueblo más cercano para recoger provisiones.

Cuando Derick llega, mira a toda la gente como si fuera un jodido rey. De hecho, era lo que iba a ser, ya que su padre era rey de un grupo de vikingos que patrocinaba al mago que experimentó con nosotros.

Su padre sacrificó a su heredero para dar ejemplo, porque creía que todo saldría bien y Derick sería un rey fuerte gracias a su magia.

No fuimos elegidos al azar. Solo los niños con el don de manipular la magia podían ser los destinados a convertirse en grandes guerreros para su pueblo.

Al final, el berserker desatado imposibilitó poder hacerse con el liderazgo, pero, aun así, siempre lo hemos apodado como el rey vikingo. Para meternos con él...

Cuando llega la hora de despedirnos, nos miramos como si temiéramos que la vida no nos juntara de nuevo por muchas vueltas que demos.

—Cuídate, Darren.

—Lo mismo digo y, si un día decides vivir la vida, búscame.

—Para que esos cabrones nos encuentren antes... Paso.

—Bueno, deben de ser menos, y juntos siempre hemos sido más fuertes.

Aparta la mirada. La idea de separarnos fue de Esben, pero él la secundó.

—De momento, estoy mejor aquí.

Aun así, le dejo una tarjeta donde está la dirección de mi casa y la de una de mis empresas. No le dejo el teléfono, porque no tiene de eso y dudo que lo use. Si quiere algo, vendrá a buscarme.

Me despido para regresar a mi casa sintiendo que la bestia me odia y, por primera vez en mi vida, no sé por qué me odia tanto como yo a él.

Capítulo 22

Darren

Llego a Nueva York en mi avión privado y Benjamin me espera. Me informa de todo y me dice que su hermana se ha ido a Europa para hacer las prácticas.

—¿Y eso?

—No lo sé. Dice que este sitio la angustiaba y aceptó acabar allí como becaria. Todo ha sido muy repentino.

Sé que les borré a los dos algo de la mente y esto es lo que pasa cuando juegas con la gente. Cualquier recuerdo, por malo que sea, te marca quién eres ahora.

Becky ya dijo varias veces que se iría a Europa a hacer las prácticas, pero lo que le debí de borrar la mantenía aquí.

—Lo siento.

—Sí, mi esposa está encantada, porque ahora es la única mujer en la casa.

No digo nada, porque su mujer no me gusta. No debería estar feliz por algo así, que sabe que le hace daño a su marido.

Andamos hasta mi coche y me pone al tanto de todo lo relacionado con mis negocios.

Decido ir a trabajar, a pesar del cansancio.

Entro al despacho y siento que me falta el aire. Me giro buscando algo, pero no sé el qué. Es lo malo de borrarte la mente, que tu alma recuerda cosas que tú no eres capaz de ver.

Voy hacia mi silla. Me siento tras la mesa e intento trabajar, sintiendo que me cuesta la vida hacerlo y lo peor es que no sé la razón.

* * *

Entro en el pub decidido a tener sexo guarro y duro. Necesito desfogarme. Necesito follar durante horas con unas y con otras.

Llego sintiendo que mi lado bestia está nervioso, agitado y altamente enfadado conmigo.

Nunca he sentido esto y su furia me pilla por sorpresa, porque siempre ha odiado al mundo, pero no a mí.

Este lado de mi ser está a punto de perder el control. Lo siento, pero creo que con una noche de sexo la cosa cambiará.

Pido que lo preparen todo para tener una fiesta sexual y me bebo una botella entera de whisky.

—Todo está listo, señor.

Asiento y voy hacia donde me indican.

Entonces, pasa algo que no esperaba: la bestia toma el control y apaga una a una las luces de todo el local. La gente grita, y más cuando esta ruge.

No puedo controlarla.

No puedo hacer más que borrar la mente de todos los que salen despavoridos, para que no cuenten nada raro, mientras mi lado bestia ruge, dejando claro que no quiere estar aquí. Ni ser parte de esto.

¿Qué me está pasando?

Capítulo 23

Imogen

Darren borró la mente a Becky y Benjamin.

Fui a verlos y no me recordaban.

Ella me miró sin esa dulzura en los ojos.

La traición de Darren me dolió sobremanera. Esperaba que se alejara, pero no que me dejara tan sola en este mundo, solo para que él no supiera de mí. Ni de mi vida ni de mi muerte.

Sé que él tampoco me recuerda, porque si ha llegado tan lejos es porque ha borrado su mente hasta aniquilarme de sus recuerdos.

Su decisión me hizo odiarlo. Al fin y al cabo, no era más que una bestia y con esto que ha hecho lo deja claro.

* * *

Llego a mi nuevo trabajo, una empresa familiar de viajes, donde me encargo de todo el papeleo.

Tuve mucha suerte de encontrarlos.

Además, son nórdicos y, cuando vieron las runas cosidas en mi ropa, me dijeron que ellos también creían en todo eso y usaban runas protectoras. De hecho, lo que más venden son paquetes para viajar a los países nórdicos. Hay muchos fans de la serie Vikingos que vienen buscando este paquete de viaje y el hijo de la dueña siempre los encandila para que se lleven el más caro.

—Buenos días. —Ull me tiende una taza de café recién hecho—. Espero que hayas tenido una buena noche.

—He dormido bien, gracias.

Ull sonrío; tiene unos grandes ojos verdes y es muy guapo, aunque, cuando lo miro, solo veo al chico que me encantaría amar, pero no del que siento que un día podría enamorarme.

Llevo tres meses aquí y soy muy feliz en este trabajo. Aun así, hay algo dentro de mí que no me deja avanzar, que no me deja ser feliz. Tal vez por eso me empeño tanto en serlo, en aceptar quedar con Ull para ir al cine, a cenar o a cualquier cosa que me proponga. Quiero olvidarme de Darren, como él hizo conmigo. No quiero acordarme de él ni añorar verlo una vez más, aunque solo sea para decirle cuánto lo odio.

Voy hacia mi despacho, al lado del de la jefa y de su hija.

Miro mi agenda para ver qué tengo que hacer hoy y siento que Ull me observa fijamente.

Le sonrío.

Sus ojos verdes relucen. Tiene unos treinta años, aunque no le he preguntado la edad exacta, y eso que hemos hablado de muchas cosas en este tiempo.

Me preguntó por qué me aferraba a las runas y le conté las desgracias de mi vida. Eso hizo que pusiera más amuletos en este lugar, para que yo me sintiera más a gusto.

Ese detalle me encantó y me obligué a sentir algo más que agradecimiento por este gesto.

—Tienes que ir al centro... —Bente, la jefa, entra y deja unos papeles sobre la mesa—. Iría yo, pero no puedo. Tómate el resto del día libre.

—No hace falta. Si me sobra tiempo, regreso.

—Vale, pero no corras, que ya sabemos que cuando hay que hacer papeleos se va casi toda la mañana.

Asiento y recojo mis cosas para irme.

—Hoy mi madre me priva de las bonitas vistas —me dice Ull y me sonrojo—. ¿Te recojo esta noche para cenar? Sé un sitio que te gustará.

—Lo pensaré —lo pico, aunque sé que le diré que sí.

Salgo hacia el metro y, por suerte, estamos a finales de mayo y hace buen tiempo. Lo que me permite no tener que ir con el abrigo.

El metro está lleno de gente, como siempre.

Saco mi móvil y me pongo un audiolibro.

El libro es romántico y, cuando narran la escena erótica, creo que me voy a morir de la vergüenza. Sobre todo cuando imagino quién querría que tocara cada parte de mi cuerpo.

«¡No! Basta de pensar en ese ser odioso.»

Salgo hacia el centro y voy por las calles atestadas de gente y turistas hasta mi destino. Doblo una esquina y entonces lo siento. Siento a Darren cerca.

Cada poro de mi piel me alerta de que está próximo a mí; que tal vez, si alzo la mirada, lo veré caminar entre la gente.

Aprieto más las manos y miro el suelo. No quiero caer en la tentación de mirarlo. No quiero mirarlo...

Cierro los ojos, porque la tentación de verlo, aunque con odio, es grande.

Entonces, algo explota y reina el caos. La gente grita y corre de un lado a otro. Se han roto varias bocas de incendios y el agua sale a borbotones.

Corro para no mojarme y siento como me alejo de Darren.

Doblo la esquina y escucho el rugido de una bestia.

La gente grita y luego se calman.

Darren ha debido de borrarles la mente, pero está claro que su lado salvaje está descontrolado.

Me marchó a mi destino, no queriendo pensar en lo que acaba de suceder. Solo quiero seguir con mi vida, como si él nunca hubiera sido parte de ella.

Darren

—¿Qué narices ha pasado?

—¡Se ha descontrolado! —Entro en mi casa con Benjamin, que me sigue asustado—. De golpe, me pareció sentir algo cálido en mi pecho y mi lado salvaje tomó el control de manera desatada.

—Esto no te ha pasado nunca...

—Ocurrió hace años, cuando pasé de humano a bestia, tras años de pruebas, y perdí el control.

—¿Qué crees que hace que pierdas el control ahora?

—No tengo ni idea. —Me paso la mano por el pelo, cansado, y voy hasta el armario de las bebidas para tomarme un trago, directamente de la botella—. Pude borrarles la mente a todos, pero no sé si volverá a pasar.

—¿Crees que la bestia puede matar de nuevo a alguien? —Veo y siento su preocupación por su familia.

—No lo sé. Hasta que esté todo controlado, puedes mandar a tu familia a mi mansión de las afueras y dejarme solo.

—No voy a dejarte solo. —Pone su mano en mi hombro—. Eres mi amigo y estaré contigo, pero a ellos los mandaré fuera. —Aprieta la mano—. Todo se resolverá.

Asiento y decido trabajar desde el despacho de mi casa. Cuanto menos salga a la calle, hasta que sepa lo que me pasa, mejor.

Capítulo 24

Imogen

Ha pasado una semana desde que casi me encontré con Darren. Desde que se desató el caos.

Dijeron en las noticias que fue un fallo en la presión del agua.

Nadie recuerda nada. Las cámaras y los móviles se fundieron y añadieron que se trató de un fallo en la red.

Yo sé la verdad, sé lo que pasó y no paro de dar vueltas a qué fue lo que desató así a la bestia.

Aunque sé que no debería pensar en Darren.

Por eso, hoy he aceptado venir a cenar a un bonito restaurante con Ull.

Sé que es una cita. Sé que se muere por besarme... y sé que le dejaré, porque quiero vivir. Quiero algo mío; alguien a quien llamar mejor amigo.

El amor está sobrevalorado cuando en este mundo llevas demasiados años sola.

—Ya verás, en este lugar se come de maravilla.

Entramos siguiendo al metre y nos sienta al final del todo.

Nos da las cartas y se marcha.

—Todo tiene muy buena pinta. —Miro las fotos de la comida—. Debería ser ilegal poner las fotos, porque me apetece todo.

Se ríe.

—Pide todo, si es lo que quieres.

—Y mañana no habrá quien me levante para ir a trabajar.

Se carcajea de nuevo.

—Bueno, le diré a la jefa que no sea muy dura contigo.

Su madre es un amor y su hermana igual, aunque tiene cuarenta años y no he entablado amistad con ella. Sé que no es por la edad, sino porque entre nosotras no se ha dado una unión como la que tuve con Becky.

Su padre... Bueno, es un poco impresentable. Es el dueño del negocio, aunque pasa poco tiempo en él y deja que su exmujer se haga cargo de todo. Aun así, no me da buena espina. De vez en cuando viene a quejarse de los pocos beneficios y siempre amenaza con venderlo.

Odio que se porte tan mal con sus hijos y con su exmujer solo porque es un borracho que se gasta en los bares todo el dinero que le da el negocio.

—Mira, creo que si pedimos este —señala uno de los platos— y este, y otros que tú quieras, podemos compartir.

—Lo veo bien. Yo quiero probar estos dos. Ojalá sean como en la foto.

—Si no, pondré una reclamación.

—No espero menos de ti. —Se ríe.

Nos toman nota y miramos a la gente de nuestro alrededor.

—Nunca he estado aquí —admite—, pero mi madre dice que antes era muy bueno. Venía con mi padre.

—A ver si sigue siendo así. Lo descubriremos.

Tardan mucho en traernos la comida y el ambiente es un poco raro. Hay gente haciendo mucho ruido.

Siento que coge mi mano y la acaricia.

—Prometo que el siguiente sitio será... menos escandaloso.

Miro nuestras manos juntas y quiero sentir ese cosquilleo que notaba solo con tener a Darren cerca. Quiero sentir ese fuego que me consumía, esas ganas de ser de él, de todas las formas posibles.

Pero nada. La nada absoluta.

—Tal vez en mi casa pueda hacerte la cena.

Su mirada reluce y asiente algo sonrojado. Es muy tierno.

Nos traen la cena y me llega el olor a las especias. Los platos no se parecen en nada a las fotos. Llevan muchos condimentos, pero no están muy buenos de sabor.

Mi estómago protesta y dejo de comer.

Ull, no. Dice que no está tan malo y sigue comiendo, aunque le comento que tal vez deberíamos reclamar.

—No, mejor pagamos y nos vamos —indica cuando él tampoco puede seguir comiendo esta basura.

Ull odia el conflicto. Odia las discusiones y, cuando ha habido un problema en la empresa, es su hermana la que sale a ponerlos a todos firmes.

Salimos a la calle y veo que Ull está pálido.

—¿Estás bien?

—Yo..., la verdad es que no...

Alzo la mano y paro un taxi que pasa cerca.

—Ve a casa. Nos vemos mañana en el trabajo.

—No quiero dejarte sola...

—Estaré bien. De verdad. —Le abro la puerta y pasa—. Estaré bien —le repito cuando duda.

Cierro la puerta y lo veo irse.

Me recoloco el bolso y veo que la runa que me cosí se ha caído.

«Mierda. No va a pasar nada...»

Ando de vuelta a mi casa, que solo está a unas calles de aquí.

No hay mucha gente por la calle.

Escucho un ruido y me giro para ver como una rata se mete bajo un coche.

Odio las ratas.

«No va a pasar nada...», me repito cerca de mi casa.

Paso por un callejón oscuro y la farola explota. Reina la oscuridad en la calle.

Grito y escucho unas risas.

—Mira qué tenemos aquí —dice un hombre acercándose a mí.

—Carne fresca...

—Un bolso lleno de dinero...

Rebusco en mi bolso mi spray de pimienta, pero no me da tiempo a encontrarlo, porque me lo quitan antes.

Sacan el spray para rociarme con él.

Grito por el impacto. Los ojos me queman y me pican.

Lucho aun sin ver.

Grito cuando me cogen y me llevan a lo más oscuro.

Cierran mi boca con una mano, que muerdo mientras les doy patadas.

No veo nada. No veo quién me ataca.

Tengo miedo... Miedo de que me violen, joder...

Muerdo la mano que me cubre la boca y el hombre se aparta.

Grito pidiendo ayuda y me dan una bofetada.

—¡Cállate, zorra!

Me golpea la cara y en ese momento siento un rugido.

«Darren.»

Mis asaltantes no ven nada, pero algo tira de ellos. Gritan despavoridos mientras yo me voy hacia la pared.

—¡No me mates! —grita uno aterrado.

Darren ruge, como la bestia que es, y noto como las sombras oscilan a mi alrededor. No puedo ver las formas de los animales, pero sé que ahora mismo me rodean.

—¡No! —grita uno de los hombres, y escucho como se le va la voz.

—¡No los mates! —indico, porque siento que, si lo hace, no se lo perdonaría.

Los atacantes gritan y luego la nada, pero sé que no están muertos. Solo se han desmayado.

Darren se me acerca y ruge. Siento sus sombras palparme para ver si estoy bien. No dice nada y, cuando lo miro a los ojos, con los míos medio abiertos, observo que están lejos de aquí. Son los de la bestia..., pero parece más inmortal que nunca.

Estoy viendo al berserker. Darren está lejos de esto. Por eso no habla. Por eso, solo siente.

Siento su preocupación, su miedo a que me haya pasado algo, aunque no puedo abrir bien los ojos ni verlo con nitidez. Esta bestia no es tan insensible como creía.

—Estoy bien, pero necesito lavarme la cara...

Siento su mano en la mía. La cojo y tira de mí con fuerza, hasta su pecho. Las sombras me abrazan, me acarician... Me dan seguridad.

Carga conmigo en brazos, hasta la azotea, y luego saltamos de una a otra.

—¡Para! Vivo aquí.

Se detiene y me deja en el suelo.

Noto su furia, su miedo y algo más que no sé cómo descifrar.

Acaricia mi mejilla con una ternura que no esperaba de alguien creado para matar y se marcha.

Miro a mi alrededor buscando las escaleras de incendio y las veo un poco borrosas.

Camino hasta ellas y bajo hasta mi casa. Por suerte, mi piso es el último y puedo entrar por la ventana, tras abrir el candado que le puse.

Voy al aseo y me lavo la cara.

Cuando me miro al espejo, me veo los ojos enrojecidos. No sé qué hubiera sido de mí si Darren no hubiera venido... O, mejor dicho, el berserker.

Darren puede que quisiera olvidarme, pero su lado oscuro ha salido a buscarme. No sé como lo siento con tanta seguridad, pero así es.

Darren

Me despierto tirado en el suelo de una azotea, bajo el sol. Miro mis manos y las tengo llenas de sangre. No recuerdo qué ha pasado. No recuerdo nada... ¿Maté a alguien? ¡Joder! ¿Qué me está pasando?

Al levantarme del suelo, siento un leve perfume de flores. Cierro los ojos y aspiro. Mi ropa huele a mujer. ¿Maté a una mujer? No puede ser...

Aterrado, me marché de vuelta a casa y en la lista de sucesos solo hay tres borrachos que aparecieron en un callejón medio muertos. No se teme por su vida, aunque pasarán una temporada en la cárcel por su largo historial delictivo.

No tengo dudas de que fui yo. Lo que no sé es por qué, y qué mujer tuve cerca...

Capítulo 25

Darren

Regreso a mi casa y veo la puerta blindada destrozada. Él salió usando la fuerza. Solo recuerdo irme a dormir, porque estaba agotado, tras días sin descansar bien, y luego la nada.

—Esto no puede seguir así —me dice Benjamin.

—Lo sé.

Voy a mi cuarto y me doy una larga ducha para quitarme el rastro de sangre de las manos.

Pasan horas antes de que se me pase esta sensación de ser un ser horrible.

Cuando lo tengo todo controlado, me visto y salgo hacia la zona donde sucedió todo.

Necesito respuestas. Necesito saber qué pasó, qué hice y por qué.

* * *

Evalúo la zona buscando respuestas.

Hay sangre en las paredes.

Tuvieron suerte de no morir. Lo que no entiendo es como mi lado salvaje pudo parar, una vez estuvo fuera de control.

Camino buscando algo, una pista... Lo que sea que me haga comprender qué pasa, aunque en el fondo sé que la respuesta está en lo que olvidé.

Doblo la esquina y me choco con alguien. Por inercia, la cojo para que no se caiga y siento una explosión en mi pecho, al mismo tiempo que ruge la bestia.

Curioso, y noqueado por lo que siento, miro a quien tengo entre mis brazos. Se ha quedado quieta, petrificada, y cuando la miro alza la cabeza poco a poco.

Nuestras miradas se encuentran, sus ojos verdes penetran en los míos y me quedo sin aire. No solo por su belleza, sino por algo más primitivo. Es algo más profundo.

Entonces, mi lado bestia toma el control y la rodea con sus sombras, que, por la luz del sol, hoy son más grises y más brillantes.

—¡Aquí, no! —grito, pero no me hace caso.

La joven tira de mí y me dejo llevar.

Entramos en un callejón y me voy hacia atrás, por la ráfaga de imágenes que mi lado oscuro me revela. Todas las que pedí que me borrarán, pero que él sentía y que yo no podía ver con claridad. Solo sabía que tenía que protegerla, que quería protegerla... Por ella asalté anoche a los tres individuos de las noticias.

Rujo por lo que me muestra, por cómo la tocaron...

—Imogen..., te olvidé...

—Veo que hoy no eres el berserker. Lástima. Con él sí se puede tener una conversación.

Noto su odio, su rencor... Su dolor, y sé que tiene razones para sentirlo.

—Él es un monstruo...

—No lo es. Solo un monstruo me olvidaría y borraría la mente a la única amiga que he tenido en mi vida, para no sentirse mal por mi muerte.

—¿Crees que fue por eso?! —Asiente—. Fue porque contigo mi lado berserker sale sin que yo lo pueda controlar...

—Pues déjalo salir. Fúndete con él.

—Es un monstruo...

—No, no lo es. Yo solo veo aquí a uno, y ese eres tú.

Su dolor me golpea y me hace sentir como el monstruo que dice que soy. Más, cuando quien ha velado por ella ha sido mi lado berserker. Ese lado que creía inhumano e incapaz de sentir emoción alguna. Ese lado que hasta ahora creía que solo pensaba en matar, pero la salvó y dejó a gente con vida, a pesar de sus deseos de matarlos por tratar de violarla.

—Me marchó —me anuncia, pasando por mi lado.

Trato de cogerla, pero se zafa.

—Esto no acaba aquí.

—Esto acaba aquí. No quiero saber nada de ti. De él... —dice, refiriéndose a mi lado berserker

—, tal vez sí. Al menos él me ha protegido, en vez de desear que me muriera sin sufrir por ello.

Que sepa tanto de eso no me sorprende. Imogen ve más allá de lo que hay. Tiene instinto para ver las emociones. Para ver más allá de lo que tienes ante ti.

La veo irse y entrar en la que parece su casa.

Esta zona no me gusta. No es mala, pero hay muchos vagabundos por la noche. La preocupación que siento por ella hace que me dé cuenta de que he estado nadando a contracorriente todo este tiempo.

Siento que, hiciera lo que hiciera, estoy destinado a encontrarme con ella, una y otra vez.

Regreso a mi casa, sintiéndome más tranquilo, tras contratar a personal de seguridad para que vigilen la zona e Imogen pueda estar segura.

No pienso dejar ya nada al azar.

Ahora sé que todo lo que sentía era porque me faltaba ella.

No tiene ni puto sentido. Nada. No hay por dónde coger esta teoría, pero, cuando la vi y la recordé, sentí que todo estaba bien de nuevo.

Estoy ligado a ella, quiera o no. Así lo siento y sé que ella también.

—Bueno, tienes mejor cara. ¿Has descubierto algo? —Miro a Benjamin y pongo mi mano en su frente.

—Sí, y sé que esto te va a doler... mucho.

Borrar la mente es fácil, pero recordar lo borrado te produce un dolor de cabeza horrible. Yo lo siento, pero, al ser un ser inmortal, puedo con él.

Devuelvo los recuerdos a Benjamin y grita de dolor.

Luego se marcha a su casa, tras mirarme enfadado y gritar:

—¡Te dije que esa mujer te metería en problemas! ¡Todo es por su culpa!

No es culpa de Imogen, sino mía, por creer que se puede escapar de tu destino.

Capítulo 26

Imogen

No he podido dormir en toda la noche, pensando en lo que pasó ayer con Darren.

Me olvidó para no activar al berserker. Puedo entender que le asustara, pero he estado a solas con ese lado suyo y, con sinceridad, ahora mismo me asusta más Darren.

No puede manipular la vida de las personas a su antojo y luego esperar que eso no tenga consecuencias.

Una cosa es que entienda que lo hizo porque su lado bestia lo asustaba. Lo vi en sus ojos cuando nos besamos y se dio cuenta de que eso había activado las sombras. Vi su miedo..., pero comprenderlo no me hace perdonarlo.

Él tuvo sus motivos y yo tengo los míos para no querer saber nada de él. Para querer una vida normal que ningún inmortal me arrebatase de nuevo, solo porque las cosas se ponen feas para él.

El problema es que cuando nos miramos, cuando lo tuve ante mí y me recordó, sentí algo cálido en el pecho que no debería estar ahí.

Estoy cansada de sufrir. No quiero que me hagan más daño.

Por eso, al llegar al trabajo, acepto ir luego al cine con Ull y trato de hacer mi tarea lo mejor que pueda, como si por dentro no me sintiera nerviosa y expectante de los movimientos de Darren.

Sé que no ha dicho su última palabra.

—Me alegra que estés mejor —le digo a Ull, a la hora de la comida, en el cuarto de trabajadores, mientras comemos lo que hemos traído de casa.

—Bueno, ya sabemos que debemos leer los comentarios de internet antes de ir a un sitio.

—Sí, luego vi que tenían mala puntuación.

—Lo siento. No era así como esperaba acabar.

Me río por cómo lo dice.

—Fue original. —Sonríe de medio lado.

Me pierdo en él, aunque no paro de compararlo con Darren y con todo lo que siento al lado de este último. Es como si mi cuerpo vibrara con su presencia con solo una mirada.

No siento eso cuando miro a Ull, pero sí noto que esa tranquilidad de vida que me muestra la quiero para mí.

Solo quiero un hogar. Solo quiero una familia.

¿Tan malo es desear algo que no has tenido en tu vida?

Terminamos de comer y vamos a trabajar.

Al acabar, recojo mis cosas y Ull me espera en la puerta de la calle para irnos juntos al cine.

Salgo de la agencia cuando siento a Darren cerca.

La puerta del coche que está parado en la puerta se abre y aparece este, con uno de sus trajes de diseño y su cara de pocos amigos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto molesta.

Ull lo mira tenso, pero no le aguanta la mirada.

—Te dije que seguiríamos hablando.

—No tengo nada más que decir y tengo una cita. Así que, si no te importa, regresa tu culo viejuno al coche de diseño y lárgate.

—Te aseguro que mi culo no tiene nada de viejo —dice con picardía—. ¿Lo quieres ver?

—En mis peores pesadillas.

Sonríe de medio lado y eso acelera mis traicioneros latidos, que tienen vida propia, porque se derriten por este hombre.

—La película empieza en nada. Si queremos llegar a tiempo, tenemos que irnos ya —me informa Ull con miedo. Es normal, porque siente ese lado inmortal de Darren y Ull no es muy valiente que digamos.

—Sí, vamos. Adiós, Darren.

Empezamos a andar, pero nos chocamos con una pared invisible.

Ull la toca asustado.

Yo me giro hacia Darren, enfadada.

—¿Se puede saber qué haces?!

—Vas lista si piensas que voy a dejarte ir al cine con ese.

—Siento informarte que en este tiempo sin ti he hecho muchas cosas...

—Sigues siendo virgen, así que supongo que este no te pone tanto como te gustaría.

Lo miro enfadada y Ull me observa. Luego se queda quieto.

—¿Qué le has hecho?

—Solo le estoy borrando la mente. —Darren se me acerca y noto como usa sus poderes para tocarme la cara—. Vamos a hablar o hago que él lo lamente. Puedo borrarle toda su vida...

—No serás capaz...

—Te puedo jurar que sí y, por una vez, mi lado bestia y yo estamos de acuerdo en algo.

Nos miramos a los ojos, desafiantes.

Al final asiento y le borra a Ull lo que acaba de pasar y que teníamos una cita.

Cuando este vuelve en sí, sonrío.

—Nos vemos mañana en el trabajo. Pasa buena noche.

—Claro. Hasta mañana.

Ull mira a Darren, que pasa una mano por mi cintura de forma posesiva, y no hace nada. No dice nada. Solo se marcha.

—Es un puto cobarde. ¿No había otro peor en todo Nueva York? A ti te va la caña...

—Suéltame. —Me zafo de él y voy hacia el lado del copiloto de su coche.

Subo.

Entra y se pone el cinturón.

Tomo aire y es un gran error, porque mis pulmones se llenan de su perfume y recuerdo lo que sentí cuando nos besamos. Mi cuerpo ardió por él y sé que nadie me hará sentir eso salvo él.

Aparto la mirada y me centro en las calles de Nueva York, enfadada con Darren.

No digo nada en todo el viaje. Tampoco cuando entra en un garaje cerca del parque de Manhattan.

Estaciona en un parquin lleno de coches de diseño. Algunos son muy antiguos, lo que me hace

pensar que este garaje es suyo.

Salgo del vehículo y observo un coche de caballos. Es un carruaje precioso, del siglo

XIX

.

—La fábrica que se quemó diseñaba antes estos carruajes. Trabajé en ella cuando llegué a Nueva York, hasta que conseguí dinero y la compré.

No quiero mirarlo. Tampoco sentir que me gusta saber más cosas de él.

—Pues ahora solo es un montón de escombros.

—No, no lo es. Las obras han avanzado mucho. Un día te llevaré para que lo veas.

—En tus sueños —respondo con una sonrisa.

Sonríe de medio lado y no dice nada. Solo me indica que lo siga hasta un ascensor.

Entro con él y subimos al último piso.

La puerta se abre y Benjamin pone mala cara al verme.

—¿Tenías que traerla aquí?!

—Yo también me alegro de verte.

—Yo no. Por tu culpa tengo un dolor de cabeza horrible. —Miro a Darren sin comprender nada.

—Le borré la mente y el precio por recuperar los recuerdos es un fuerte...

—Horrible —puntualiza Benjamin— dolor de cabeza.

—Lo siento.

—No es tu culpa... O sí, porque, desde que has aparecido, todo se ha vuelto un caos.

—Deja el drama, Benjamin. Ella está ligada a mí y, aunque no sé la razón, es así.

—Yo no estoy ligada a nadie —le indico fría—. Y ahora, dime qué quieres, para que me vaya a mi casa.

—Vamos a cenar.

—¿Os subo comida de mi casa? —pregunta Benjamin.

—No, puedes irte a tu apartamento. Cocinaré yo.

Benjamin asiente y pasa por mi lado.

—¿Está bien Becky?

—Sí, pero que esté lejos de mí es por tu culpa. Si no te hubieras cruzado en nuestro camino, la vida seguiría siendo tranquila... Bueno, todo lo tranquila que puede ser la vida de alguien que sirve a un ser inmortal con poderes.

Benjamin se marcha.

En parte lo entiendo y me siento culpable, aunque yo no pedí nada de esto.

—Hay ropa cómoda en el segundo cuarto a la derecha.

—Estoy bien. Gracias.

—También zapatillas de estar por casa.

—¿De tus antiguos ligues?

—No, tengo un pub donde puedo follar sin tener que ensuciar mi casa. ¿Lo has olvidado? —Me sonrojo—. Son de Becky. Se quedaba aquí a dormir algunas veces y usaba esa habitación.

Se marcha y, aunque dudo, al final me quito los horribles tacones. No son muy altos, pero tantas horas con ellos puestos me cansan.

Entro al cuarto que usaba mi amiga y veo su toque peculiar.

Busco entre sus cosas con un nudo en la garganta, sabiendo que la echo de menos.

Cuando salgo, escucho ruido en la cocina y voy hacia allí.

Darren se ha puesto ropa cómoda. Unos vaqueros y un jersey oscuro. Lo hacen parecer más humano. O no, porque sus músculos definidos y su cuerpo, que parece de un dios, no son de este mundo.

Se gira y me tiende una copa de vino.

Nuestros dedos se tocan y aparto la mano con la copa, molesta.

Ando hasta la mesa de la cocina y me siento para ver como trabaja.

—Cuando Becky regrese, le devolveré sus recuerdos.

—Y querrá matarte.

—Seguramente, y, aunque la he entrenado desde pequeña, no lo conseguirá. Pero es muy fuerte.

Se nota que la quiere mucho. Puedo sentir su cariño en su voz, al hablar de ella.

No comento nada, porque no quiero perdonarlo. Ni estar a buenas con él. No quiero ser parte de su mundo, aunque antes no era así.

—Siento tu enfado.

—Genial, así no tengo que explicarte cuánto te odio.

—También como te mueres por que te folle —dice tranquilo, y me dan ganas de tirarle un jarrón a la cabeza.

—Eso no pasará nunca...

—Hace meses hubiera sucedido.

—Hace meses no sabía que eras tan insensible...

—Puedo arrasar la ciudad de Nueva York si la bestia se desata. ¿Eres consciente de que también puedo matarte con facilidad? ¿Tú que hubieras hecho en mi lugar? —Deja de cocinar y se gira tranquilo. Se apoya en la encimera y me mira fijamente.

—Creo que no. Creo que te da miedo perder el control, pero que no lo perderías. He visto al berserker y eres tú mismo. No me haría daño, ni a nadie.

—Ya, claro, porque a esa parte horrible de mí le caes bien... Fue creado para matar sin piedad.

—Noto el dolor en sus ojos—. No quiero volver a ser ese monstruo y no quiero arriesgarme a que dejes de atraerlo y se deshaga de ti.

Veo su miedo en sus ojos. Sé que, si me matara, no podría soportarlo. Entiendo que tomara medidas, aterrado por todo lo que el berserker puede hacer.

—Creo que puedes controlar al berserker, pero tienes miedo de dejarte llevar. Por lo poco que sé, él es parte de ti y tú de él. Tal vez deberías usar tu poder para salvar a la gente.

—¿Como ponerme unas putas mallas e ir salvando a inocentes? Paso de ir marcando paquete. —Evito que se me escape una carcajada—. Solo quiero vivir en paz y, a ser posible, follando cada día... Cosa que, por tu culpa, no puedo hacer desde que te conozco.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? Por mí, como si te tiras a medio planeta. —Noto un pescozón parecido a los celos y sé que él también lo ve en mi mirada, porque sonrío de medio lado—. Me da igual, Darren.

—Ya, claro, pero no sé la razón. Te deseo, aunque no te recuerde.

Saber eso hace aletear algo en mi pecho. Luego, recuerdo su frialdad al atajar el problema, es decir, yo, y me centro en la cena.

—Se te va a quemar y tengo hambre.

Se gira y se centra en la comida.

Disfruto del vino siendo muy consciente de cada uno de sus movimientos; de cómo se mueve por la cocina con soltura, de cómo los músculos de su espalda se tensan y de su increíble trasero.

Me encantaría no desearlo, no sentir que, cuando lo tengo cerca, todo está bien, y no sentirme protegida a su lado.

Me gustaría no sentir nada cuando lo miro, pero a su lado encuentro algo que siempre he añorado: un hogar.

Y me asusta.

Me asusta mucho, porque es poco más que un extraño para mí.

Por eso, quiero mantenerme firme. Quiero sobrevivir a él cuando otra vez se canse de todo y me deje sola.

Darren termina y sirve la mesa.

Se sienta frente a mí y espera a que pruebe la carne en salsa.

Lo hago y está muy rica. Es de lo mejor que he comido en mi vida.

—Eres un capullo, pero sabes cocinar.

—Llevo una eternidad practicando —bromea.

—¿Y por qué no abres un restaurante?

—Tengo. Media ciudad es mía... Si quieres te llevo a uno de ellos un día. Mis chefs son los mejores. Les he enseñado lo que sé.

—No, gracias. Esto no se va a repetir.

—Sí, lo haré. Es mejor que lo aceptes cuanto antes.

—O mejor hago como tú: me frío el cerebro y te olvido para siempre. —Le sonrío y sigo comiendo como si nada.

—Empiezo a pensar que alguien protegió tu mente para que nadie pudiera borrarte nada.

Siento como me recorre un escalofrío, como si sintiera que está en lo cierto.

—Con seguridad, tu padre o tu madre. —Se me cierra la garganta, porque, si mis padres me protegieron, es que sabían algo de este mundo—. Tu mirada me suena. Tal vez me cruzara con tus padres hace años.

Noto como los pelos se me ponen de punta.

—¿Y no sabes dónde?

—No, solo sé que tienes ojos verdes, poco comunes. Parecen mágicos y siento que los he visto antes.

—Pues vaya memoria más mala tienes...

—Tengo miles de recuerdos —añade, y da un trago a su vino—. Pregúntame lo que quieras. Te lo contaré.

—No quiero saber nada de ti, Darren. Solo quiero mi vida tranquila...

—¿Con ese gilipollas? Porque vas lista si crees que voy a dejar que te toque. Antes lo asfixio —indica frío, y no sé si habla él o la bestia.

—Lo dice alguien que para no reducir esta ciudad a cenizas se borró la mente. —Doy un trago al vino—. No cuela. No le harías daño aunque pudieras, porque no eres un monstruo. Ya no.

—Rétame, que disfrutaré con gusto de partirle la cara.

—No lo harás, y pienso follar con él un día de estos. Asume que, aunque te deseo, no te quiero en mi cama, ni hoy ni nunca.

—Asume tú que, o follas en mi cama, o te morirás virgen.

—¿Es una amenaza?

—Es una advertencia.

Nos miramos retadores. No pienso ceder y él tampoco. Tampoco creo que me obligue a hacer nada que no quiera. O eso quiero creer, porque de golpe me da miedo que me pueda forzar.

—Nunca te forzaría —dice, leyendo mi miedo—. Nunca lo he hecho..., que yo recuerde.

Veo el dolor en sus ojos, por no recordar qué hace cuando es solo un berserker.

—¿La otra noche no sabías qué hacía el berserker? —Niega con la cabeza—. Lo sentí así cuando lo miré... No eras tú, pero, a la vez, sí. Es cierto, ¿no? Has dicho que te pregunte lo que quiera.

—Come y luego te lo contaré.

Asiento y sigo comiendo, sabiendo que, a pesar de todo, me muero por conocer cada parte de la vida de Darren. Lo cual es un fastidio, porque debería desear justo lo contrario.

Capítulo 27

Darren

Camino con Imogen hasta la planta baja, donde tengo todos mis recuerdos, como si fuera un museo.

Fue idea de uno de los antepasados de Benjamin. Solo su familia y yo hemos disfrutado de esto. Nunca creí que un día trajera a alguien que fuera ajena a ellos.

Llegamos y abro la gran puerta. Las luces se encienden solas y una gran sala se muestra ante nosotros.

Imogen agranda la mirada, y más cuando alza la vista y ve los retratos y fotos que hablan de como el paso del tiempo no me ha afectado.

Andamos por las diferentes épocas.

—Nací en el año ochocientos cincuenta —le digo, y nos paramos ante el primer retrato. Debajo pone la fecha.

—Este retrato es de mil doscientos.

—Tengo recuerdos de mi infancia antes de que mis padres me entregaran para un bien mayor. Luego, los recuerdos aparecen y desaparecen... Hasta el año mil doscientos no sentí que podía hacerme con mi cuerpo y dejar de ser solo una bestia.

—¿Qué cambió para que eso pasara?

—Esben, uno de los primeros de nosotros, se rebeló contra la familia de su creador y acabó con casi todos ellos... Esto debilitó el conjuro al que nos sometían y pudimos ser más fuertes para dominar a la bestia. Aprendimos a usarla, pero sin dejarla salir del todo, como ya te dije.

—Y desde entonces, ¿siempre dominas al berserker?

—No... A veces lo dejo salir para mi propio beneficio, si no queda más remedio. Pero saber que fui letal me hizo odiar la muerte y solo así siento que mi alma puede descansar.

—Vienes de una época de guerras y destrucción, Darren.

—Lo sé, pero eso no hace que duela menos ni que odie menos lo que soy.

Asiento y seguimos andando.

Hay cascos, ropa, enseres... Toda una vida de recuerdos y riquezas.

—A la familia de Benjamin le gustaba esto. Le gustaba guardar mi historia. Yo... lo habría destruido todo.

Llegamos a las fotos de Nueva York, de cómo se construyó este edificio.

—¿Por qué vivir tan lejos de casa?

—Porque esta ciudad tiene mucha diversidad y sentí que a un monstruo como yo le encantaría.

—Eso es cierto.

Sonríe de medio lado y se para delante de una foto en la que abrazo al abuelo de Benjamin. Aparto la mirada, porque odio recordar su muerte.

—Te duele verlo...

La miro sin saber cómo esta joven puede leer tan bien mis emociones.

A mí me pasa lo mismo con ella y es algo nuevo en alguien que creía que ya lo había visto y experimentado todo.

—Sí.

—Un día verás envejecer y morir a Benjamin y a Becky...

—Y a ti —cuando lo digo, se me forma un nudo en la garganta y la bestia ruge de rabia.

Solo imaginarla muerta me hace arder de miedo. De furia y de dolor, y a él también.

Intento controlarlo, pero no puedo.

—Vete, Imogen...

—No me da miedo.

—¡He dicho que te vayas! —rujo, perdiendo el poco control que me queda.

Si le hago daño, me muero, y sé que él tampoco podría perdonárselo. No sé de qué sería capaz.

Imogen se marcha y cierra la puerta. La bestia toma el control y yo... desaparezco.

* * *

—Vaya, veo que la bestia ha salido a pasear —dice Benjamin a primera hora, entrando en la sala de los recuerdos mientras yo ordeno.

—Eso parece.

Ayer no salió de aquí, o eso quiero creer. No sé cómo controlarla. No sé cómo hacer para que me escuche. Odio esto, perder el control, temer que, al despertar, haya matado a alguien por mi sed de sangre.

—¿Qué pasó?

—La imaginé muerta y la bestia se volvió loca.

—Un día debes dejar de hablar de ese ser como si no fueras tú...

—Si hiciera eso tendría que aceptar que todo el mal que hizo fue por mi culpa.

—Estabas controlado por otro. Ahora puedes controlarlo tú.

—Ya lo veo...

—Mi padre creía que, si lo aceptabas, podrías ser solo uno.

—¿Y ser un monstruo a tiempo completo? No, gracias.

Benjamin bufa.

—Vete a cambiarte. Yo me encargo de esto.

Dudo, pero me marcho a darme una ducha.

Tras cambiarme de ropa, necesito comprobar que Imogen está bien. Una vez que he aceptado lo que quiero, ella es parte de mi vida y no puedo evitar preocuparme.

Detengo el coche cerca y voy andando a su trabajo.

Cuando entro, está hablando con el panoli de ayer, hasta que nota que estoy cerca y se tensa.

Se gira para mirarme y lo hace altiva, aunque veo en sus ojos verdes que se alegra de ver que estoy bien.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor? —me pregunta el sin sangre, sin mirarme, claro. Me tiene miedo.

—No, pero gracias. —Miro mi reloj—. Vamos a almorzar. Supongo que puedes tomarte un

descanso —le indico a Imogen.

—Puedo, pero no iré contigo. Tengo mucho trabajo.

—Sí, ya te he visto perder el tiempo con este. Si puedes hacer eso, puedes perder tu tiempo conmigo.

—No quiero, y ahora adiós, Darren.

Me mira desafiante y, como no quiero perder el control, asiento.

—Esto no acaba aquí.

Salgo de la agencia y pido a Benjamin que averigüe todo sobre este lugar.

Antes de la noche soy dueño de la agencia de viajes en la que trabaja Imogen. A ver si ahora puede seguir ignorándome.

Imogen

Acepto ir a casa de Ull para ver una película.

Lo acepto porque Darren ha entrado en mi vida de nuevo como si esta le perteneciera. Va listo si piensa que, porque me atrae, y mucho, voy a cederle el control de mis decisiones.

Vamos andando hasta su casa y, a punto de entrar, siento a Darren cerca.

—¿Adónde crees que vas?

Me giro y lo miro. Está enfadado y veo las sombras acariciar su cuerpo.

Ull grita y se queda quieto. Intuyo que le está borrando la mente.

—¿No crees que estás llevando esto un poco lejos, Darren?

—No, eres tú la que quieres subir a su casa para acostarte con él, solo para hacerme daño. Eso a quien más dañará es a ti. Por eso detengo este absurdo.

—Habló el que lleva toda la vida follando con unas y con otras. El sexo solo es sexo.

—No para ti. Si así fuera, no seguirías siendo virgen.

—No he tenido tiempo...

—No has tenido ganas. Deja de fingir que eres como yo y que nunca te ha importado quién

hubiera en tu cama hasta ahora.

—Tengo derecho a vivir mi vida. A equivocarme... Tengo derecho a ser feliz.

—Yo te daré todo lo que quieras. Puedo comprarte cualquier cosa.

—Si en todo este tiempo crees que lo que de verdad merece la pena de este mundo tiene precio, es que eres más idiota de lo que pensaba.

—No me subestimes, pero, aunque en más de mil años he querido a mucha gente, nunca he sentido amor. Si quieres amor, yo no puedo dártelo. Pero todo lo demás... es tuyo.

—Entonces, déjame ser libre... Déjame cometer mis propios errores. Sin ti. —Abre la boca para hablar, pero lo corto—. Has dicho cualquier cosa y deseo eso. Tengo derecho a no querer lo que me ofrece un monstruo como tú.

En cuanto lo digo, me arrepiento, porque noto su dolor y el de la bestia. Noto como mis palabras lo dejan herido.

—Entiendo...

Abro la boca para hablar, pero desaparece con tanta rapidez que no puedo pronunciar palabra alguna.

Entonces, todo vuelve a la normalidad y Ull me propone pedir pizzas para cenar, como si nada hubiera pasado. Es como si no acabara de destrozar el corazón de un hombre inmortal y el de su bestia.

Capítulo 28

Darren

Tomo una copa en mi casa, sin querer pensar, pero sintiendo que me estoy muriendo... de dolor. ¡Joder! ¡Esto no tiene sentido!

No debería molestarme que ella me vea como un monstruo. Si pudiera, le borraría la mente, para que no recordara a un ser como yo.

«Tengo derecho a no querer lo que me ofrece un monstruo como tú...»

Noto como el dolor se expande.

Solo Benjamin y su familia han convivido con lo que soy, pero, en toda mi existencia, nadie que conociera mi lado oscuro ha deseado pasar tiempo conmigo.

Imogen era la primera persona con la que podía ser yo mismo, que no tuviera miedo al berserker.

Benjamin le tiene miedo, pero aquí sigue. Becky no, pero es que ella es una insensata.

Me sentía bien al lado de alguien que no tenía miedo.

Pero Imogen tiene razón: puede elegir no querer nada con un inmortal oscuro como yo.

«Tengo derecho a no querer lo que me ofrece un monstruo como tú...»

Sus palabras me matan, me destrozan, hacen que me sienta como ese monstruo que, hace años, descubrí que era. Sé que nací en un tiempo de guerra, pero nunca luché con honor y eso me pesa.

Aunque nosotros estamos dentro del control, y no del caos, eso no hace que duela menos.

Yo solo era un arma perfecta para matar y nada más.

¿Y por qué esperaba que ella viera algo más?

Estrello el vaso contra el suelo, odiando esta puta vida que me hace conocer a alguien a quien no puedo borrarle la mente, para que sus palabras me maten. Puede que no haya sido enviada para acabar conmigo, pero sus palabras han sido más letales que cualquiera de los inventos para matarnos de quien nos creó.

Imogen

Ull no para de hablar, ajeno a mi dolor. No dejo de ver la cara de Darren, dolida por mis palabras.

Estamos viendo una película, pero no estoy a gusto aquí. Desde que Darren se fue, sentí que, haciendo esto, lo traicionaba y, lo que es peor, que lo había herido, diciendo algo que no sentía.

Ull coge mi mano y la aparto. Me mira sin entender nada.

—Tengo que irme.

—Si te ha molestado...

—No es eso. He recordado algo y tengo que irme ahora.

Ull solo asiente. No insiste. Acepta sin más y no pelea por tenerme un segundo más. Sé que a Ull le atraigo, pero no con pasión y fuego.

Lo nuestro siempre sería una historia de cama del eterno misionero una vez al mes.

Salgo a la calle y miro al cielo. No sé qué camino tengo que seguir ahora, pero sé que no puedo dejar a Darren creer que pienso esas palabras. Sobre todo, porque en el fondo entiendo todo lo que hizo. Solo me daba miedo perdonarlo, por si de pronto decidía dejarme sola de nuevo. Quería aprender a vivir sin la seguridad que siento a su lado.

Aunque a veces me den ganas de estrangularlo.

Voy a su casa usando el metro nocturno. Tal vez no esté allí, tal vez esté destrozando algo. Tal vez el berserker haya salido para reducir a cenizas Nueva York..., aunque lo dudo. Lo he tenido cerca y he visto bondad en él. Creo que, cuando Darren cambió, también lo hizo su lado oscuro.

Llego a su casa y busco un timbre. No hay nada. ¿Y cómo se supone que debo avisarlo de que estoy aquí?

¿Qué persona vive sin un timbre? Un ser inmortal que tiene media ciudad y seguro que no quiere que nadie lo moleste aquí.

Miro a mi alrededor sintiendo que he venido hasta aquí para nada. Tal vez debí esperar a mañana.

Darren

Estoy a punto de servirme otra copa cuando siento a Imogen cerca. Es algo extraño, porque está con don idiota probando si ese ser la haría feliz... Ni en mil años ese soso podría hacer feliz a una mujer como ella.

Busco la tableta y miro las cámaras de seguridad que tengo alrededor del edificio.

La veo en la puerta, mirando hacia arriba. ¿Qué hace aquí?

Tal vez ha venido a rematarme o a decirme con otras palabras lo horrible que soy.

Dudo, pero al final le abro la puerta para que pase.

En el fondo, no puedo huir de ella, aunque esté aquí para darme el golpe final.

Imogen

Camino hasta el lujoso ascensor.

Darren ha debido de sentirme.

Yo también lo siento cerca, cuanto más me aproximo a él. Cada poro de mi piel es consciente de su cercanía y cuanto más tiempo paso a su lado, más fuerte es nuestra unión.

Subo por el ascensor hasta el último piso, sin saber qué le voy a decir o cómo voy a explicarle todo.

A veces siento que lo que notamos al mirarnos es inexplicable y que llevamos, desde el momento en que nos encontramos, tratando de comprender cómo es posible sentir esta conexión tan fuerte por otra persona.

Da miedo, pero mi vida no ha sido fácil. Tal vez, sin saberlo, esta me preparó para este momento.

Lo averiguaremos.

El ascensor acaba de llegar a su planta.

Tomo aire y salgo. No hay marcha atrás.

Capítulo 29

Darren

Observo a Imogen con el corazón encogido, a la espera de que hable y me remate con sus palabras.

No tiene buena cara y apesta a él. Odio oler el perfume de ese hombre en su piel y noto como a mi bestia tampoco le gusta. Ruge en mi pecho y puedo ver su sombra acariciar el cuerpo de Imogen.

—Yo..., no sé por dónde empezar.

—Di lo que tengas que decir y lárgate. —Mi voz es dura. Habla mi lado bestia.

Me da igual. Estoy enfadado con ella y odio que su piel tenga ese perfume. Odio lo que haya podido pasar entre ellos, aunque ha tenido que ser poco, porque no huele a sexo. Sigue siendo virgen. No espero menos de un ser tan soso, la verdad.

—No estoy aquí para discutir contigo.

—Me da igual. Te estoy liberando de mi presencia. No tendrás que soportarme más. Mañana venderé el negocio donde trabajas y serás problema de otro...

—Darren..., lo siento.

La miro, perdido en sus ojos verdes, tratando de ver qué siente.

Anda hacia mí y las sombras la acarician, se enredan con ella. Por su sonrisa, sé que a ella le gusta. Por la luz de la sala, compruebo que son de un color gris que emite destellos dorados. Solo en tiempos de guerra son de color negro, como la noche.

—Lo siento, Darren. No debí decir eso. No siento que seas un monstruo. —En su palma se posa una mariposa, hecha de sombra, y hago que su cuerpo se llene de estas, para que le hagan cosquillas—. Esto es... maravilloso.

—Eso es porque mi lado salvaje no tiene ganas de matarte, a pesar de todo.

Llega hasta mí y pone su mano en mi pecho. Su contacto me quema. Me hace arder.

—Te odio porque no quiero necesitarte, porque temo que un día te desprendas de mí... No confío en ti, Darren. Me estaba protegiendo de ti.

Pongo mi mano sobre la de ella y la acaricio, mientras nos rodean cientos de sombras de animales pequeños. Entre ellos, multitud de mariposas que dan vueltas a nuestro alrededor.

—No voy a alejarme si tú no quieres... Hasta tu último aliento estaré a tu lado.

Mis palabras me rompen por dentro. El día que eso pase, siento que algo morirá en mi interior. Odiaré cada signo de vejez en su piel, odiaré ver como la vida me la arrebatara. Odiaré no tener la suerte de tener solo una vida a su lado, porque una inmortalidad sin ella se me antoja horrible.

—No pensemos en eso ahora. Solo tengo veinticuatro años. —Sonríe, siendo consciente de golpe de que ha cumplido un año más en este tiempo—. Darren..., quiero volar contigo.

—Yo preferiría follar durante días.

Se sonroja y se aparta.

—No quiero que eso pase —me indica, pero su cuerpo tiembla por mí—. Quiero que seamos amigos...

—Yo no soy amigo de nadie.

—Bueno, pues es lo que te ofrezco. Eso o nada.

—Tú me quieres matar a pajas —le digo, llevando mi mano al puente de la nariz.

La miro, y la jodida sonrío de medio lado.

—Vale, pero ante tu petición, te recuerdo que odias las alturas —añado.

—Desde que tomé la primera pastilla, no. Es raro, ¿verdad?

—Sí, no sé si eso te hará vivir más que nadie o morir en cualquier instante.

—Qué simpático eres.

Voy hacia ella y le tiendo mi mano, momento en el que recuerdo cuando lo hizo la bestia.

Eso no me había pasado nunca.

Los recuerdos de cuando soy berserker no son míos, pero hoy, sí. En este instante, recuerdo que le tendí la mano y que ella la cogió sin miedo.

—¿Todo bien, Darren?

—No lo sé. Desde que has llegado a mi vida, el aburrimiento no entra en mis planes. —Se ríe y toma mi mano—. Vamos a las alturas, a ver si con suerte la brisa de la noche te quita ese

apestoso olor del idiota.

—Se llama Ull y no es idiota.

Andamos hasta la azotea de mi casa.

—Es un soso. Seguro que forma parte del club de fans del misionero. Por si no lo sabes, es una postura sexual...

—Soy virgen, pero no idiota. Sé mucho de sexo. —Mi cuerpo ruge por esto—. Soy curiosa.

—Y te vas a conformar con el rey del misionero... Eres tonta. Lo eres y punto.

Aprieta mi mano y trata de soltarse.

No le dejo.

Subimos hasta la azotea y dejo que la oscuridad me atraiga.

La miro viendo cómo me observa fascinada. Sin miedo. Sin sentir asco por lo que soy, aun sabiendo lo manchadas que están mis manos de sangre.

Pongo mis manos en su cintura para que me abrace y salto con ella hasta la otra azotea.

Grita y se abraza a mí con fuerza.

La cojo en brazos y la protejo con mis sombras. Si alguien mira al cielo, solo verá oscuridad. Nadie nos verá saltando de un lado a otro.

Bajo la cabeza y la veo disfrutar de esto. Sus ojos brillan más verdes que nunca. Sentirla pegada a mi pecho es una de las mejores sensaciones que he vivido en mi vida. Nunca creí que lo que soy pudiera hacer feliz a alguien.

Llegamos a uno de los puentes que unen Brooklyn con Manhattan y voy hasta el saliente más alto.

—¿Confías en mí? —Mi voz no parece de este mundo y, aunque ha hecho temblar a personas enormes, ella solo sonrío.

—Sí.

Que me entregue su confianza es un subidón de adrenalina que no he experimentado nunca en toda mi vida. Ella me está haciendo vivir cosas nuevas que nunca creí posibles.

La cojo con fuerza entre mis brazos.

Enreda sus brazos en mi cuello y la miro un segundo antes de dejarme caer. Siento su miedo, pero también la adrenalina que corre por sus venas.

Su grito penetra en mis oídos mientras caemos hacia el agua.

Me agarra con fuerza y noto como su miedo aumenta. Su corazón late como un loco y el miedo la domina hasta que la sombra crea en mi espalda un par de alas negras, con motas brillantes, y volamos cerca del agua.

—¡Dios, es increíble! —Toca las alas, que se deshacen entre sus dedos para volver a formarse de nuevo.

Grita de la emoción mientras volamos cerca del agua.

Su emoción me traspasa. Hace que sienta que ser así no es algo tan malo, si ella es feliz.

Es la primera vez que no veo mi don como un castigo, sino como un regalo, y todo por su sonrisa.

Imogen

Estamos sentados en lo alto del puente de Brooklyn. Los coches pasan por debajo, ajenos a nosotros. Yo sigo impactada por lo que acabamos de hacer. Ha sido increíble, único, maravilloso.

La emoción vibra entre mis manos.

No puedo dejar de mirar a Darren ni de sonreír.

—¿Por qué unas alas? ¿Les das forma tú?

—Sí y no. La sombra tiene vida propia. Si necesitas algo, te lo da, pero es mi subconsciente el que lo crea. Quien experimentó con nosotros había vivido por medio mundo y tenía muestras de muchos animales. Lo usó para darnos la fuerza de todos ellos. Por eso se decía que los berserkers eran animales. Aparte de porque usábamos pieles.

—Y todo eso con magia negra.

—Negra y blanca. Somos una mezcla de ambas.

—Quiero ver tu lado berserker...

—No...

—No pasará nada.

—He dicho que no.

—Darren, sé que no es malo. Él solo hacía lo que le mandaban y siento que, cuando lo perdones y aceptes que no puedes cambiar el pasado, seréis uno.

—¿Y eso lo sientes por todo lo que te he contado?

—No, porque en ti veo una parte de él y en él una parte de ti.

—No, no quiero ser esa cosa que tiene las manos manchadas de sangre. No soy él...

—¿Sabes? Yo creo en la reencarnación y eso quiere decir que nuestras almas, un día, tal vez fueron horribles guerreros, pero al morir se purifican y tienen una segunda oportunidad, al revivir, para hacer mejor las cosas. En tu caso, no has tenido esa suerte. Recuerdas cada una de tus vidas, pero en este mundo todos renacemos de nuestros errores hacia el futuro, menos tú. Creo que es tiempo de perdonarse por algo que no pudiste cambiar, porque era ajeno a ti.

—Eso no pasará, y ahora te llevo a casa.

No digo nada, porque siento que este tema lo altera mucho y hoy ha sido una noche increíble. No quiero empañarla con esto, pero no pienso desistir. Los amigos están para esto: para no decirte solo las cosas buenas.

Me alza en brazos y, cuando me toca, me siento arder.

Enredo mi mirada con la de él y siento como tiemblo por su contacto.

Amigos... A un amigo no se lo desea de esta forma tan visceral.

Acerca su nariz a mi cuello y su aliento me hace temblar. Quiero que me bese, que me muerda y me marque como suya.

—Ser amigos es una mierda, pero si es lo que quieres...

Se aparta, dejándome tremendamente insatisfecha.

—Es lo que quiero.

No dice nada. Solo nos lleva a mi casa, usando las alturas y su rapidez para ir de un lado a otro.

Al llegar, me deja en la azotea.

—No me gusta este sitio. Está poco protegido.

—Desde hace unos días, está bastante tranquilo. Desde que... Darren, ¿qué has hecho?

—A los amigos se los protege, ¿no? —Lo miro molesta y observa la zona desde la azotea—. Aun así, hay algo oscuro en el aire.

—¿Cómo que oscuro?

—Como si este sitio estuviera lleno de personas con un alma negra y destructiva. Donde vivías antes era más seguro, Imogen.

—Ya, pero está más lejos de mi trabajo.

—Ese trabajo no te aporta nada...

—No voy a cambiar de trabajo. Ni de casa. Buenas noches, Darren.

No dice nada. Está molesto porque no le haga caso.

Sé que tiene razón, porque he sentido esa misma oscuridad muchas veces, pero no quiero que controle toda mi vida. Saber que ha hecho algo para protegerme ya es suficiente.

—Nos vemos pronto —le digo antes de bajar por la escalera de emergencia a mi casa.

Asiente, no muy convencido, mientras una de sus sombras me acompaña en forma de pequeña mariposa hasta que entro en el piso, y se marcha.

Esta casa no es de mis preferidas, pero necesito distancia con Darren o acabaré suplicando que haga conmigo lo que sea que tenga en mente.

Me da miedo que, cuando acabe conmigo, no quede nada de mí.

Capítulo 30

Imogen

Entro al trabajo y no me siento tan cómoda como otras veces.

Ull sale a saludarme y parece algo cortado, porque ayer me fui de su casa de una forma un tanto brusca.

—Buenos días, siento lo de ayer... No me encontraba bien.

Su gesto cambia cuando se cree mi mentira.

—No pasa nada. Podemos quedar otro día.

No debería, lo sé, pero asiento, porque al lado de Ull no siento nada y eso me da paz. No tiene sentido, lo sé, pero me asusta todo lo que siento por Darren. Es como si me arrollara, como si me dejara sin aire.

Su madre me llama al despacho y me dice lo que tengo que hacer.

Hay mucho papeleo fuera de aquí.

Preparo todo para irme y, al salir a la calle, un hombre me llama desde un coche, al mismo tiempo que me suena el móvil.

Lo saco y veo que es Darren. Guardé su número cuando me dio su tarjeta.

—Hola, Imogen. Buenos días. Hoy tienes mucho papeleo y he mandado uno de los coches de la empresa, con un chófer, para que te lleve adonde necesites.

—No hacía falta...

—Soy tu jefe y se me da bien ordenar y mandar —por cómo lo dice, me recorre un escalofrío.

—Lo sé y, si tanto te preocupa mi seguridad, haberme dejado trabajando en mi despacho...

—¿Al lado de ese idiota? Prefiero que recorras media ciudad sola. Nos vemos.

Me cuelga mientras soy consciente de que esto es obra suya y que no me gusta su forma de

tomarse lo de ser amigos. Si piensa que puede dominarme, va listo.

—Iré sola. Gracias —le digo al chófer, que insiste en que tiene orden de llevarme hasta donde necesite—. Dile a tu jefe que, mientras hago mi trabajo, yo elijo cómo me desplazo hasta él.

Voy hacia el metro, enfadada, y Darren me llama.

Le cuelgo todas las veces, hasta que dejo el móvil en modo avión y me pongo un audiolibro que estoy escuchando.

Voy al primer sitio y hago cola para entregar lo que necesito.

Al salir, veo al chófer en la puerta. Me pide que por favor entre en el automóvil, porque el señor Douglas está muy enfadado.

Sonrío y me marcho hasta el metro.

El hombre me llama y, aunque me da pena por él, Darren no puede controlarme así.

Bajo las escaleras del metro y espero que llegue.

Hay mucha gente y prefiero no entrar en el primer convoy que pasa.

Estoy esperando el siguiente cuando siento a Darren cerca.

Al poco, está a mi lado.

—Eres una insensata.

—Y tú un idiota por mandarme este trabajo solo para que no esté cerca de Ull. Los amigos respetan los gustos de los otros.

Se acerca a mi oído.

—Si ese tipo te pusiera la mitad de lo que te pongo yo, te juro que me haría a un lado, pero no lo deseas...

—A lo mejor es que para mi primera vez quiero algo así. —Se queda quieto y no dice nada—. Tienes que dejarme tomar mis decisiones.

—Vale, como quieras. Iré contigo a todo lo que tienes que hacer... —El metro llega y lo mira con mala cara—. Odio el metro.

—Ya somos dos.

—Vamos en el coche..., por favor.

—No, dudo que este lugar sea para ti peor que la guerra. —Sonrío y entro.

Me sigue.

Por un segundo, siento que no cabrá en el vagón. Su sola presencia y su altura hacen que la gente se aparte cuando pasa. Es como si sintieran su fuerza y lo temieran.

Vamos hasta el fondo y Darren mira a nuestro alrededor agitado.

El metro se mueve y pone su mano en mi cintura para estabilizarme.

Su contacto me hace arder y sé que lo sabe.

Entra más gente y me atrae hacia él para que no me toquen.

Su forma de protegerme me gusta, aunque, si me preguntara, le diría lo contrario.

—No está tan mal esto del metro si voy contigo —me susurra en el oído—. Me gusta como la gente hace que te pegues a mí.

—Eres un descarado.

—Sé que te gusta, pero me estoy haciendo el tonto, porque los amigos no hablan de cómo te gustaría que te diera placer con mis manos, ¿verdad? —Un escalofrío me recorre el cuerpo hasta morir en mi sexo.

—No, no hablan de eso.

—¡Qué lástima! Porque podría tocarte sin que nadie lo supiera... o sin que vieran mis manos moverse entre tus piernas.

Solo de imaginar sentir su contacto mental entre mis piernas me excito. Por eso, las aprieto.

—Darren, para.

Siento su contacto mental entre mis piernas. Las separa ligeramente.

—Vamos, imagina cómo sería correrte en este lugar sin que nadie lo sepa. Es excitante...

—Darren... —Siento como sube hasta casi tocarme el sexo, que sé que está húmedo solo de imaginar tener sexo así—. No quiero...

—Sí quieres, pero prefieres negarnos este placer. —Se aparta y, por suerte, ni dice ni hace nada más en todo lo que queda de trayecto.

Salimos del metro cerca de Times Square. Hay muchos turistas haciéndose fotos con los carteles luminosos.

Darren no aparta su mano de mi cintura y evita que me golpeen varios de estos turistas.

Ni uno se atreve a decirle nada. Su cara es de mala leche.

Los que son de aquí saben que no deben mirarlo y los que no, sienten que no pueden hacerlo.

Entramos donde necesito unos papeles y hablo con una chica.

Le dejo unos, que he traído en mi bandolera, dentro de una carpeta y salimos del edificio.

Veo un puesto de perritos y voy hacia él.

—¿Quieres uno?

—No, y tú tampoco... No me fío de los puestos callejeros.

El hombre lo mira enfadado.

—No le haga caso. Es idiota.

—Ya lo veo. ¿Qué le pongo, señorita?

—Uno con todo. Me muero de hambre.

—Morir, seguro que te acabas muriendo si comes esa cosa.

—Hace tiempo que no tiene sexo... y eso le está amargando el carácter.

El hombre sonrío.

—¿Te recuerdo de quién es la culpa?

—Mi mujer me tuvo un año entero durmiendo en el sofá. Tenga piedad, señorita.

—Ya me cae usted mejor —le dice Darren.

—¿Le pongo un perrito?

—No tanto como para comerme eso.

El hombre se ríe, a pesar de todo.

Me tiende mi perrito y lo pruebo.

Está muy bueno y se lo digo al señor.

Darren me ve comer sin decir nada, pero con una cara de que me voy a morir y será por mi culpa.

—¿No te gusta la comida callejera?

—No. Cuando has tenido que alimentarte de comidas horribles en épocas donde la salubridad brillaba por su ausencia, evitas lugares que te recuerden a eso.

—Es un puesto callejero muy bueno y con mucha limpieza.

—No lo dudo, pero prefiero un restaurante de cinco estrellas.

Pongo los ojos en blanco.

—Vamos, dale un bocado. No puedes morirte. —Pone mala cara cuando se lo acerco—. Hazlo por mí y tal vez me piense lo de que me toques de vuelta, en el metro.

Duda, pero al final le da un mordisco. No le disgusta, lo sé. Lo veo en sus ojos, pero dice que es horrible. Miente.

—Entonces, ¿quieres el mejor orgasmo de tu vida?

—Lo he pensado y no, pero gracias por el ofrecimiento.

—Cabrona. —Me río.

Me sigue hasta el metro y, una vez más, al entrar me protege de todos.

Lo miro mientras observa a todos como si les quisiera arrancar la cabeza.

Se da cuenta de que lo estoy haciendo y baja su cabeza. Sus ojos bicolors me observan con calma. Lo que siento cuando me mira, no es normal. Es como si flotara con los pies en el suelo. Es como si todo lo que siempre he deseado estuviera aquí. Entre sus brazos.

Estoy asustada, pero aquí sigo..., aunque no de la forma que ambos deseamos.

—Tendré paciencia —me susurra.

—¿Para qué?

—Para que un día asumas que solo me deseas a mí. —Pongo los ojos en blanco—. Yo ya he aceptado que no se puede huir del destino... Ahora te toca a ti.

No digo nada, porque yo también siento que estaba destinada a encontrarlo; como si una fuerza superior me hiciera buscarlo, una y otra vez, por muchas vueltas que dé al tema.

Es una fuerza tan intensa que asusta y, por primera vez en mi vida, no me siento tan valiente.

Salimos del metro y vamos al último encargo.

Tras el papeleo, el coche de Darren nos espera y no discuto cuando me abre la puerta trasera y me invita a que pase.

Entro y me pongo el cinturón mientras Darren da la vuelta para ocupar su lugar.

Cuando lo hace, saca el móvil y hace varias llamadas.

No entiendo en qué idioma habla, pero, por sus gestos, parece que es importante la conversación.

—Tengo que hacer un viaje exprés —me anuncia al colgar—. ¿Qué posibilidades hay de que en dos días no te mates?

Miro hacia donde está el chófer. En medio del vehículo hay una mampara negra e intuyo que no puede escuchar nada o, en caso contrario, Darren le borraría la mente.

—Muchas —respondo, aunque saber que se marcha me crea ansiedad.

—Te vienes conmigo —ordena.

—No me voy a ir contigo. Estaré bien. Debes confiar en mí.

—En ti confío. Pero no en esa puta diana que parece llevar en la espalda.

Me recorre un escalofrío.

—Darren, he llegado hasta aquí sin ti...

—Te recuerdo que te he salvado el culo hace poco.

—Vale, tendré más cuidado. ¿De acuerdo?

Duda, pero asiente, no muy convencido.

Su móvil vuelve a sonar y se pasa el resto del trayecto hablando.

Al llegar a la agencia, le doy las gracias al chófer cuando salgo.

Darren sale del coche conmigo.

—Cuídate, ¿vale? —Asiento.

Alza la mano, pero la deja a medio camino. Aun así, siento su caricia en mis mejillas y en los labios.

Recuerdo la explosión que sentí al besarlo y tiemblo de deseo.

Se aparta, pero sus ojos no ocultan el deseo que siente por mí.

Entra en el coche sin decir nada más y me quedo viendo como se va, sabiendo que, hasta que no regrese, no podré estar tranquila. Es como si sintiera que solo a su lado estoy a salvo.

Capítulo 31

Imogen

—¿Qué lío te traes con el señor Douglas? —me pregunta mi jefa al llegar al trabajo.

Su hijo no está.

Pienso qué decirle.

—Es como un hermano para una de mis mejores amigas. —Es una mentira pequeña—. Ella está fuera y él queda conmigo por mi amiga.

—Ah, entiendo.

No dice nada. Solo me mira y luego sonrío como si nada.

Tras eso, me dice que nos podemos poner con el trabajo.

Ull llega a media mañana y entra en mi despacho con una caja de donuts como me gustan.

Le doy las gracias por el amable detalle y degusto uno de ellos delante de él.

—Delicioso —digo tras probarlo.

Su mirada va a mi boca, a cómo relamo el azúcar de mis labios.

Luego, la aparta, pero sé que me desea. ¿Y yo? Yo solo quiero ser feliz sin que me reduzcan a cenizas.

—Esta noche podemos seguir viendo la película donde la dejamos el otro día. Estaba muy interesante. —Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

Sé que no quiere ver la película; que solo es una excusa para lanzarse de una vez y besarme, o algo más.

Asiento, no muy convencida, en mi intento de una vida sin inmortales como Darren fundiendo mis circuitos.

Sigo con el trabajo hasta que me tomo un descanso y miro el móvil. Hay dos mensajes de

Darren.

Darren:

¿Sigues viva?

Me han informado de que sí.

Imogen:

No deberías hacer eso.

Pareces un acosador.

Darren:

No lo soy.

Además, estoy con Becky.

Le he devuelto la memoria y ha querido matarme.

Algo normal en ella.

Te llamará cuando se despierte y se le pase el dolor de cabeza.

Saber que Becky me recuerda me hace feliz. Echo de menos hablar con ella.

Entonces, caigo en algo: Darren está en Europa.

Imogen:

¿Un viaje largo?

Darren:

Demasiado largo.

No he dormido casi nada.

Tengo que dejarte...

Espero que tu atractivo culo no sufra daño alguno en estos días.

Pongo los ojos en blanco y dejo el móvil en el cajón.

Ull me propone salir a comer donde siempre y acepto.

La dueña del restaurante siempre nos llama parejita. Para ella somos novios y nunca le hemos dicho lo contrario.

Esto no debería hacerme sentir tan incómoda, pero lo hace ahora.

Ull aparta mi silla de forma caballerosa y tras sentarse coge la carta que hay sobre la mesa.

Mira indeciso todos los platos.

Yo sé lo que quiero, pero él tarda un poco en decidirse.

Al final, pide lo mismo que yo, porque no es capaz de tomar una decisión.

—Te noto distraída últimamente —me comenta.

—El cambio de dueño... Bueno, supongo que me tiene un poco alterada.

—Mi madre dice que el señor Douglas es amigo de una amiga tuya.

—Sí, algo así, pero supongo que el que haya comprado la empresa implicará cambios. No me gustan los cambios, pero llevo toda la vida adaptándome a ellos.

Sonríe con tristeza.

—Sí, habrá cambios. Muchos de los paquetes que ofrecemos los considera poco adecuados. Dice que estamos engañando a los viajeros al ofrecer rutas para conocer dónde vivieron los berserkers, por ejemplo.

Lo miro conteniendo la respiración.

—¿Ofrecéis esas rutas?

—Mi padre inventó varias de ellas y la gente se traga todo. —Sonríe tímido—. Al señor Douglas no le gusta que engañemos... Habrá cambios. Ese hombre no me gusta. Va de que lo sabe todo.

—Sí, es un poco prepotente.

Y, por alguna razón, su seguridad y su prepotencia me gustan y me atraen. Es como si a su lado no tuviera que tomar tantas decisiones y pudiera confiar en que él sabrá lo que quiero y lo que necesito en cada momento.

Cuando llevas toda la vida sola, que alguien cuide de ti, aunque solo sea un instante, es un respiro.

Sigue hablando de Darren, de que se cree dueño de todo y que su padre le vendió el negocio porque es un descerebrado.

Nos traen la comida y pone mala cara.

—¿No te gusta?

—No es lo que suelo comer.

Mira el plato agobiado.

—Pide que te lo cambien.

—No, da igual.

No entiendo como pide algo que no le gusta, solo porque no sabe decidirse.

Lo miro y siento que cada vez estoy más lejos de él, aunque me gustaría sentir lo contrario.

Por eso, lo escucho y me obligo a que todo sea como antes. Como cuando creía que podía conformarme con esta tranquilidad y aburrimiento... No, no es aburrido. Es la voz de Darren en mi cabeza la que me hace pensar eso. Es como si estuviera aquí, a mi lado, y no está. Ni tiene poderes para hacer algo así desde tan lejos, pero sé qué pensaría de este momento.

Al acabar la comida, vamos al trabajo y veo el lío que Darren ha ocasionado, porque están revisando todos los paquetes turísticos que ofrecen. Entiendo que, para Darren, es importante que no engañen a la gente con algo que él ha vivido tan de cerca.

* * *

—¿Dónde estás? —me pregunta Darren cuando descuelgo el móvil.

—En casa de Ull... Estoy en el aseo.

Noto como ruge al otro lado del teléfono.

—No sé por qué cojones nos haces esto. —Su voz es dura y fiera—. Regreso mañana. Te invito a mi pub, por la noche, para tomar una copa.

—No creo que eso sea lo mejor...

—¿Los amigos no salen de copas?

—Tu pub es peculiar.

—Es un lugar de copas. El resto es un añadido extra. —Pongo los ojos en blanco—. A las nueve en la puerta de tu casa. No tardes y ven sola. Si veo a tu lado a ese soso, no sé si podré resistir mis ganas de arrancarle la cabeza por atreverse a tocarte...

—Darren, eso pasará tarde o temprano. Hazte a la idea o déjame en paz.

—Puedo matarlo mentalmente todas las veces que quiera. No me jodas con eso.

Lo noto tenso y agitado.

—Estaré a las nueve en la puerta de mi casa.

—Genial... Ten cuidado con tus decisiones, porque, una vez las tomas, no hay vuelta atrás.

Cuelga y sé que respetará que haga algo con Ull, aunque no lo comparta, pero debería entenderme. Lleva toda una eternidad con decisiones de mierda y yo tengo derecho a equivocarme.

Salgo del servicio y miro a Ull, que está en el sofá.

No siento nada cuando me acomodo a su lado y coge mi mano para hacer dibujos en la palma.

No siento nada cuando me da un beso en la frente y, por eso, evito mirarlo. Evito darle pie a que crea que quiero más.

«¿Qué narices hago aquí?»

Ojalá existiera un botón en mi cabeza que me hiciera olvidar a Darren por un segundo.

Es ese chico malo que sabes que te joderá la vida y, sin embargo, no puedes evitar tirarte de cabeza, porque a su lado la vida parece más emocionante.

Ull, en cambio, es ese chico dulce que te mereces, pero por el que no sientes nada. Solo el deseo de sentirlo todo.

Regreso a mi casa sabiendo que Ull no me esperará eternamente y que tal vez es tiempo de tomar decisiones que están entre lo que deseo y lo que ansío desear.

Capítulo 32

Darren

Becky entra en mi habitación y me tira un jarrón a la cabeza.

Lo aparto de un manotazo, pero me tira otra cosa, hasta que llega a mi lado y me golpea.

—¡Te odio!

—Lo sé, pero tenía que hacerlo.

Su dolor de cabeza ha remitido y está lista para el ataque.

—¡Estoy aquí por culpa de eso!

—Pues vente conmigo.

—No, hasta terminar este maldito máster. —Me golpea de nuevo—. ¡Era mi mejor amiga! La única en toda mi vida con quien he podido ser yo misma y que entendiera mi mundo... Es decir, a ti. —Aparto la mirada, arrepentido—. Sabes lo complicado que ha sido para mí tener amigos, porque no podía contarles mi secreto. Ni traerlos a casa. Era siempre la rarita del grupo.

—Lo siento, Becky. En ese momento fue lo único que se me ocurrió para que el berserker no me destruyera ni la matara a ella. Algo que dudo que pase, porque la protege. Ahora lo sé.

—Cuando pasan esas cosas, se habla con los amigos, para ver si no estás cometiendo un error. No estás solo...

—Lo estaré en unos años. ¿Acaso crees que para mí es fácil esta mierda?

—Vale, no, pero como me vuelvas a quitar los recuerdos, juro que me alío con tus enemigos para usar su sangre y matarte.

Sonrío de medio lado.

—Me encantaría ver como lo intentas.

Me golpea y luego sale del cuarto.

—Tengo hambre. Pide que nos traigan mucha comida.

—Hazlo tú, que yo me marcho. —Pone mala cara—. Nos vemos pronto. Tu hermano se queda unos días.

—¿Y podrás sobrevivir sin él?

—¿Sin ese gruñón a tiempo completo? —Se ríe—. Tened cuidado.

Becky asiente y recojo mi pequeña maleta para irme al aeropuerto.

No he dormido casi, pero necesito estar en Nueva York, cerca de Imogen. No puedo confiar en que no se meta en problemas y dudo que pueda perdonarme si corre peligro y no estoy para protegerla.

Es como si cuidarla fuera ahora mismo mi meta en la vida.

¿Por qué? Ni puta idea, pero así es.

* * *

Espero a Imogen en la puerta de su casa. No me gusta que esté aquí, porque no siento que esta zona sea segura, a pesar de la vigilancia que he puesto.

Hay algo raro en este sitio que me pone los pelos de punta.

La puerta se abre e Imogen sale con un vestido rojo muy corto y ajustado, junto con una cazadora de cuero en el brazo.

La miro desde los pies a la cabeza mientras llega a mi lado. El vestido se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y no lleva sujetador.

Cuando nuestros ojos se encuentran, estoy enfadado porque haya elegido este puto vestido que me dan ganas de arrancar con mi mente para dejarla desnuda.

—¿Todo bien?

—No, con ese vestido nada puede ir bien.

—Solo es un vestido...

—No eres tonta. Te has mirado al espejo, has visto cómo te marcaba las curvas y has pensado: vamos a joder más a Darren, que, total, solo se muere por follar conmigo y yo no le dejo. —Sonríe y sé que es cierto—. Eres mala.

—Quiero probar si puedes tener las manos quietas. —Le toco con la mente la mejilla—. No te hagas el tonto...

—Puedo hacer que te corras sin tener que usar las manos.

—¡Darren! ¡Compórtate!

—¡Eres tú la que se ha puesto un vestido que dice «fóllame»!

—La ropa no tiene mensajes subliminales. A veces olvido que vienes de otra época.

—Sé que la ropa no tiene un puto mensaje, pero ese vestido... Joder, Imogen, me mata verte tan deseable y tener que ser bueno.

—¿A que me voy a mi casa?

—Vale, me comportaré. Entra al coche.

Le sujeto la puerta y entra en el vehículo haciendo que ese vestido tan corto se suba todavía más. Joder, esta va a ser una noche muy larga.

Cierro la puerta sintiendo como mi bestia interior ruge.

Al menos mi lado salvaje está tan jodido como yo, por no poder tenerla como deseo. Empiezo a pensar que ser amigo de alguien es una mierda.

Capítulo 33

Darren

Llegamos al club y vamos a mi reservado. Pido que nos traigan algo de beber mientras veo a Imogen apoyarse en la barandilla para observar el espectáculo que tenemos bajo nuestros pies.

La miro, porque no puedo hacer más que eso.

Su trasero con forma de melocotón me tienta demasiado. Imagino que le levanto la falda con mi mente para ver como se queda desnuda ante mis ojos.

Aprieto los puños para no hacerlo. Para no estropear lo que tenemos. Esta mierda para todos los públicos, que me pone de los nervios la mayor parte del tiempo.

Ando hacia ella y me pongo a su lado para ver a los bailarines.

—¿Es un club de sexo?

—No, la gente no cobra por tener sexo. La gente que quiere follar sabe a quién tiene que dirigirse para unirse a las orgías o eventos de esta planta.

—Ah... ¿Orgías? —Asiento.

—El sexo es lo único que merece la pena en esta vida.

—Cuando lo pruebe, te lo diré...

—No sé cómo no lo has probado todavía. —Nos traen la bebida y le tiendo la suya. Espero que la pruebe y, por el brillo de sus ojos, sé que le encanta.

—No me atrae el sexo —dice con simpleza—. Al menos, antes... —Me mira de reojo y acaricio sus brazos.

—Te atrae desde que me conoces y quieres arrancarme la ropa a bocados.

—No pienso admitir eso. —Me río y me mira—. Digamos que sentí deseos de algo más que trabajar y sobrevivir.

—Vamos, que, como soy tu puta niñera, puedes follar con otros mientras yo me mato a pajas.

Se ríe.

—Dudo que te mates a pajas, Darren. No sé por qué me da que odias el sexo manual contigo mismo.

La miro asombrado porque sepa eso de mí.

No digo nada y degusto mi copa mientras me pierdo en ella. Sigue siendo virgen, lo que quiere decir que el capullo no ha conseguido llegar a ella para tener tres minutos de sexo mediocre.

—¿Te afecta el alcohol?

—Sí, de hecho, he llegado a pasar muchos años borracho por aburrimiento.

—Cualquiera diría que no hubieras tenido que luchar por tu vida —susurra.

—Son un poco torpes, hasta que nos encuentran. Luego... Bueno, su objetivo es matarnos, pero tienen paciencia y eso es algo que me pone de los nervios, porque su vida es mortal y, sin embargo, buscan la mejor forma de acabar con cada uno de nosotros con tranquilidad. Hacen planes, algunos macabros, y lo hilan todo. Hace tiempo que se dieron cuenta de que nunca serían tan fuertes como nosotros y por eso trazan un plan para matarnos uno a uno.

—El mejor ataque es el que no te esperas. —Asiento—. ¿Y no temes que estén preparando matarte?

—Lo dudo. Llevo casi doscientos años en Nueva York y no ha habido nada memorable por su parte. Dudo que sepan dónde están los tres que quedamos.

—Tal vez, en vez de estar separados, deberíais estar juntos, pensando un buen ataque para terminar con ellos y ser más fuertes.

—Ragnar, uno de los tres, pensaba así, pero su hermano Esben no quería. Decía que podríamos llevar una inmortalidad tranquila si nos separábamos.

—Tranquila y solitaria —añade dando un trago—. Yo sé lo que es eso... y no es vida, Darren.

—Tal vez no, pero Esben era para nosotros como un líder. Al final, hicimos lo que creíamos mejor y acabé aquí. Derick se aisló en las montañas nórdicas y Ragnar viaja por el mundo... No sé nada de él desde que nos separamos, cuando solo quedábamos cuatro.

—Intuyo que Esben murió.

—Sí, hace veinticuatro años. El recuerdo de su muerte aún me duele.

—Entonces, Esben estaba equivocado, porque si no, seguiría con vida, ¿no?

La miro, sabiendo que tiene razón, porque si dieron con él, con alguien tan precavido que seguro que no usó la magia para no delatarse, su teoría era equivocada.

—Te ha cambiado la cara...

—No, es solo que, desde que murió, no era capaz de hablar de él o de pensar en él. Ahora, al hablar de esto, he visto que tienes razón. Ellos pueden encontrarnos. Tal vez, en este tiempo, hayan descubierto la forma de dar con nosotros.

—La tecnología ha avanzado mucho. Si la han usado en sus ataques, puede que el que lleve una diana en la espalda seas tú y no yo.

—Sabes cómo joderme la noche y no como me gustaría: con sexo guarro y pervertido.

—Darren...

Me paso la mano por el pelo.

—En realidad, hemos estado solos algún tiempo y no dieron con nosotros. Casi siempre que han acabado con uno de nosotros ha sido cuando estábamos juntos. De ahí que Esben creyera que separados estábamos más seguros.

—¿Te han atacado durante este tiempo?

—No, y en parte eso me ha provocado aburrimiento —admito—. Tras tantos años de lucha, estar sin hacer nada de aquello para lo que he sido creado me causa inquietud. No es que quiera ir por ahí matando a nadie...

—Viendo las medidas que tomaste conmigo, te creo. —Sonríe.

—Sí, pero por eso invertí mi tiempo en hacerme con esta ciudad. Conseguir mucho dinero... y mucho sexo.

—¿Y así sientes que lo tienes todo? ¿Te sientes satisfecho?

—No. A veces me pregunto si no es mejor vivir plenamente que una eternidad vacía.

Entrelazamos las miradas y noto como la fuerza de sus ojos verdes me atrapa.

Soy incapaz de resistirme a tocarla. Alzo la mano y acaricio su mejilla. Su suave piel me vuelve loco. Veo como entreabre los labios, momento en el que observo que es incapaz de ocultar el deseo que siente por mí.

—Cuando solo tienes una vida, la vives al máximo. Cuando tienes mil, llega un momento en que... solo estás, pero sin estar ahí de verdad.

Acaricio sus labios y es demasiado para mi autocontrol. Sus labios con este tinte rojo, que tientan demasiado. La quiero gimiendo en mi cama...

—Si solo tienes una vida, ¿por qué no vivirla al máximo? —le pregunto.

—Si lo preguntas para descubrir por qué no cedo a lo que siento cuando me tocas, es porque

siento que pierdo el control. No sé si estoy preparada para hacerlo y luego ver como te alejas hasta algo o alguien que te divierta más. —Espera que lo niegue, pero no quiere mentiras—. Para ti solo soy lo que te saca del aburrimiento esta temporada.

—No quiero lazos ni amor. El sexo es lo único que sé controlar. El resto solo me aterra, porque, si sale mal, será un error que me pesará toda la eternidad.

—¿Y si sale bien?

—Desearé estar muerto cada día por haberlo perdido.

—Entonces, prefieres vivir a medias.

—No soy yo ahora mismo el que se conforma con un sexo mediocre solo porque tiene miedo de lo increíbles que podemos ser juntos. Tú y yo.

No dice nada, porque tengo razón.

Aparta la mirada y la centra en las bailarinas.

—Señor —miramos a quien se acaba de acercar—, ¿le preparo uno de los cuartos?

Mi primer impulso es responder que no. No deseo a nadie más que a esta cabezota mujer, pero luego lo pienso mejor.

—Luego. Más tarde. Ya te diré cuántas mujeres quiero esta vez.

Asiente y se marcha.

Noto la tensión en Imogen.

—Si quieres, me voy, para dejarte con tu orgía...

—No, disfrutemos de la copa. Ya disfrutaré luego de una buena noche de sexo.

—Pensé que no deseabas a nadie más que a mí —me dice enfadada, celosa y a punto de estallar.

—Bueno, que no desee a nadie no significa que no pueda fingir que sí. —Doy un trago a mi copa con tranquilidad—. Es lo que pasa cuando rechazas algo, Imogen, que lo pierdes.

Imogen da un trago a su copa.

—Entiendo, es lo normal. —Mira el escenario donde una pareja baila muy junta—. Yo tendré sexo con otros y tú con otras... La vida es así.

«Cabrona...»

Doy un trago a mi copa y pienso en que la idea de quedarme quieto mientras tiene sexo con otro me consume.

No puedo contenerme y la toco entre los muslos mentalmente.

Cuando hago esto, siento un cosquilleo, pero nada como tocarla de verdad. Si me gusta hacerlo es por las caras de placer que pone y por el disfrute de verla acalorada.

—¿Y esperas que sepa cómo tocarte para que te corras? —Subo un poco entre sus cremosos muslos.

Su respiración se agita y abre un poco las piernas.

Con seguridad, negará esta invitación y por eso no pregunto. Solo sigo subiendo hasta rozar levemente su sexo.

Muerde su boca y me cuesta mucho no besarla y devorarla por completo.

—Te ofrezco la posibilidad de saber lo que es follar con un inmortal con mucha experiencia... ¿Y vas a renunciar por un polvo triste de tres minutos?

—No te des tanta importancia. Hay dos inmortales más, lo mismo me gustan más que tú —me reta y arruga la tela de su tanga, lo que la hace dar un respingo.

—Antes los mato que dejar que te toquen.

Las luces oscilan. No sé a cuál de los dos sorprende más mi estallido de furia.

La miro mientras rompo su tanga.

—No serás capaz...

—Ponme a prueba, porque te juro que no matar a tu humano me cuesta mucho. No sé qué haré si sé que te ha follado... —Las sombras salen de mi cuerpo—. No soporto la idea de que te toquen, pero no soy un asesino. Solo eso evita que despelleje a un ser vivo.

—Eres un bruto.

—Es lo que hay. —Me aparto de ella—. Puedes irte. Un coche te esperará en la puerta y te llevará a casa.

Me quito la chaqueta y luego la corbata.

Observo como me mira atentamente. Sobre todo, cuando me quito la corbata y desabrocho un par de botones de la camisa negra.

—¿Aún sigues aquí? —le digo enfadado, por lo mucho que la deseo—. Tengo una cita, a la cual no estás invitada porque no quieres.

El enfado es patente en ella. Los celos hacen que sus ojos verdes parezcan más brillantes. Siento que va a estallar, pero solo sonrío y se marcha con paso firme.

Pido que la lleven y que me traigan otra copa.

Ni pienso molestarme en intentar tener sexo con otra mujer. Solo deseo a Imogen. Solo a ella... y eso me consume. Por eso necesitaba joderla, para que sienta un poco de lo que yo estoy padeciendo.

Capítulo 34

Imogen

Suena mi móvil. Creo que es un sueño hasta que me doy cuenta de que está vibrando sobre la mesita como un loco.

Lo cojo y veo que es Becky. El corazón me da un vuelco y me despierto del todo.

—¿Hola? —digo, no muy segura de que sea ella.

—¡Imogen! ¡Ya estoy de vuelta! —Tomo aire feliz—. Siento que sea tan temprano, pero en cuanto me he repuesto del dolor de cabeza he necesitado llamarte. Bueno, de eso y del cabreo. Me enfrenté a Darren, pero el jodido es inmortal y no puedo matarlo.

Sonrío. La había echado mucho de menos.

—No importa la hora, solo que has vuelto.

—No me hubiera ido nunca..., pero borrar la mente y olvidar a personas, o decisiones que hemos tomado, trae consecuencias. Ahora no puedo dejar este máster a medias...

—Seguiré aquí cuando regreses.

—Eso si no te matas antes, con la mala suerte que tienes. —Sonrío—. Me tienes que poner al día de todo.

—Vale, pero mientras lo hago voy a prepararme una taza de café doble. Aquí son las cinco de la mañana y hasta las seis no me tenía que levantar. —Se ríe.

—Te jodes.

Le digo que ahora cojo el móvil y voy al aseo.

Cuando regreso la escucho cantar.

—Ya estoy aquí. —Me pongo los cascos para poder prepararme el café.

—Pues ya estás tardando. Ponme al día de tu vida sin tu increíble mejor amiga, que soy yo. A ver si no la has cagado mucho.

Le cuento todo. No dice nada, pero bufar varias veces y sé lo que me va a decir antes de que abra su boca.

—Ull es buen tipo...

—No me gusta. Lo siento, pero no me gusta. Y menos que rechaces lo que sientes por Darren solo porque te da miedo qué quedará de ti luego... ¿Tienes la oportunidad de vivir algo real y no lo haces por miedo a quedarte hecha una mierda? Siento decirte que tu vida no ha sido de color de rosa y no he visto que dejes de vivir por eso. Pero lo de conformarte con alguien que hará de tu vida un aburrimiento, chica, para eso un vibrador. —Pongo los ojos en blanco—. A ver, seguro que yo, en tu lugar, me cagaría de miedo, porque cuando alguien te atrae tanto es como que sientes que, si te entregas a él, te pierdes..., pero tienes suerte de sentir eso por alguien. Dure el tiempo que dure, es real.

—Mi sueño siempre fue tener una familia, hijos... Quería niños a los que amar y un marido con el que formar el hogar que yo nunca tuve. Siento que, si me entrego a Darren, cuando lo nuestro termine no seré capaz de conformarme con menos que eso y me pasaré toda la vida viviendo de un recuerdo.

—Hombre, cuando pruebas lo bueno, es cierto que luego cuesta conformarse. Pero ¿serías feliz con alguien como Ull? La vida es muy larga para pasártela con alguien que solo te proporciona la ilusión de que eres feliz. Con él tienes que pasar por momentos malos, no solo buenos, y si no es tu compañero de vida, lo acabarás odiando.

—Solo hemos tenido citas y tampoco quiere decir que lo quiera como padre de mis hijos...

—Ya, como que no te conozco y sé que te estás conformando, por si nadie fuera a quererte en tu vida. ¡¿Te has mirado al espejo?!

—Lo hago cada día, pero los hombres me tienen miedo —admito—. Ull es el primero al que no le asusta como soy.

—Y Darren. A él no le asusta y es la primera vez en su vida que quiere tener algo solo con alguien. Y eso que su vida ha sido jodidamente larga. Tal vez le importas más de lo que está dispuesto a admitir.

Tomo aire, porque no sé qué camino tomar, pero estoy segura de que, si acepto a Darren, no habrá nada tras él cuando se marche a seguir con su vida; cuando busque otros caminos lejos de mí.

—Lo que siento cuando Darren me toca me asusta mucho —admito—. Es como si hubiera nacido destinada a encontrarlo, y da mucho miedo.

—No he sentido eso nunca. He salido con algunos chicos, pero siempre me ha faltado algo. Tienes suerte de sentir algo tan intenso.

—No lo sé. A su lado, a veces siento que podría ofrecerle mi vida y poner mi cuerpo en sus manos...

—Bueno, Darren sabría qué hacer con tu cuerpo, y muy bien. —Se ríe—. La respuesta llegará sola, Imogen. Antes de eso, no hagas nada de lo que no estés realmente segura. Los errores se pagan caros.

—Lo sé.

Le pregunto por su vida en Francia y me habla de lo que está haciendo en París.

Hablo con ella sin parar. Me he cambiado sin colgarle y, cuando salgo a la calle, seguimos conversando hasta que siento que alguien me observa.

—¿Imogen?

Miro entre las sombras, pero no hay nadie. Han debido de ser paranoias mías, porque Darren tiene esta zona controlada. No dejarían que nadie se me acercara para lastimarme.

—Nada, todo bien.

Camino hasta el trabajo y cuelgo ya en la puerta.

Al entrar, Ull se me acerca con un café en la mano, en mi taza.

—Buenos días. Esta noche nos han invitado a una fiesta... ¿Te molesta que haya dicho que iremos? —Parece nervioso por haber aceptado sin mi permiso.

—No, iremos.

Asiente más relajado y va hacia su puesto de trabajo.

Yo voy al mío y dejo el móvil en el cajón. Antes de cerrarlo, pienso en Darren y en si pasaría la noche con otras. La idea de que tuviera sexo con alguien que no fuera yo me provoca ganas de destrozarlo todo.

Por eso, ayer me costó dormir. Por eso, me fui enfadada y, por eso, sé que, aunque no quiera, si seguimos siendo amigos no podré ignorar eternamente que lo deseo.

Ayer deseé que me tocara, que recorriera cada centímetro de mi piel con la lengua, que la bestia me follara con fuerza...

Joder... No sé cuánto tiempo podré ignorar que la respuesta está tomada desde el mismo instante en que lo vi.

Capítulo 35

Imogen

Salgo para ir a donde he quedado con Ull. Le dije que nos viéramos allí, porque necesitaba un tiempo para pensar.

Vamos como pareja y, la verdad, no hemos hablado de que lo seamos.

Su madre me informó de que era un evento con sus amigos, que lo hacen todos los años, y su hijo estaba muy contento de ir con novia.

¿No se supone que antes de ser mi novio debería haberlo aceptado?

No me ha gustado nada esto. Le comenté a Ull que teníamos que hablar y me dijo que se iba. Así que no me queda más remedio que acudir y ya veremos si no me toca dejarle las cosas claras en su evento especial.

Todo se me ha ido de las manos por ser una cobarde. Desde que Darren regresó a mi vida, sé que Ull nunca sería suficiente para mí.

Cierro la puerta y siento la presencia de Darren.

Alzo la mirada y lo veo guardando el móvil.

—¿Tienes roto el teléfono?

—En silencio. —Voy hacia él y recuerdo lo que pasó ayer, lo que me llena de rabia y dolor—. ¿Qué haces aquí?

—Quería llevarte a cenar al State Grill, para enterrar el hacha de guerra... —Parece relajado y me pregunto si es por su noche de sexo intensivo.

Los celos me matan, aunque sé que es mi culpa verme en esta situación y que soy idiota por sentirme así.

—Lo siento, pero voy a una fiesta con Ull, como su pareja.

Se tensa. No dice nada. Solo se queda rígido y luego asiente.

—Como quieras, pero si te acuestas con él, no busques luego...

—¿Tú sí puedes, pero yo no?

No responde. Solo se mete en su coche y se marcha enfadado por mi rechazo y mis palabras.

Que lo jodan, porque yo llevo rabiando de celos desde ayer.

Celos, joder. Siento celos porque lo deseo como a nadie y ahora mismo quiero sacarle los ojos por haber tocado a otras.

No puedo seguir con Ull.

Miro el móvil y pienso en escribirle un mensaje para rechazar la cena.

No, tengo que hacer las cosas bien. Ull es buen tío y no se merece que lo rechace por mensaje. Yo solita me he metido en este lío por no aceptar la verdad: que deseo, con cada poro de mi piel, a mi inmortal de ojos aguamarina.

* * *

Llego al restaurante con la sensación de que alguien me sigue. Quiero creer que son los hombres de Darren, que me siguen sin que los vea, porque otra explicación no tiene sentido. ¿Quién querría perseguirme?

Ull sale al verme desde la ventana del establecimiento. Parece contento de tenerme aquí y yo me siento fatal por lo que tengo que decirle.

Al final, la vida te recuerda que forzar lo que no está destinado a ser no solo te hace daño a ti.

—Hola, ¿entramos?

—Yo... ¿Por qué estamos aquí como pareja?

Se pone rojo.

—Bueno, pareja de dos personas. —Se ríe—. Solo es una cena con mis amigos.

—Ull, yo no he dicho que quiera algo más contigo. Nos estamos conociendo fuera del trabajo.

Su semblante cambia. Luego lo oculta y sonrío.

—Claro, esto es parte de eso. Aunque yo creía que era evidente que éramos algo más. Es lo que pasa cuando aceptas tener varias citas con la misma persona. —Se toca la nariz y luego sonrío como si nada.

—La gente tiene citas y queda, pero de ahí a ser novios hay una diferencia.

—Vamos a cenar y luego hablamos, ¿vale?

Asiento, porque parece muy nervioso.

Entro con él y me presenta como su novia. Siento deseos de matarlo.

De verdad, en este momento, mientras sonrío a todos para no dejarlo en evidencia, me imagino sacándole los ojos. ¿Cómo puede decir eso tras lo que le acabo de explicar? ¿Acaso no me escucha?

No digo nada ni me marcho, porque trabajamos juntos, pero ahora mismo estoy muy enfadada y molesta. Está pasándose mi opinión por el forro. Es como si lo viera por primera vez, porque con sus amigos es gracioso y va de sobrado.

Nos sirven vino y me bebo la copa de un trago.

Ull me mira y le pido otra, a poder ser de mejor categoría que la anterior, porque el vino estaba picado.

S sonrío y me mira enfadado. Vaya, pues sí que tiene carácter.

¿No quiere una novia? Pues va a tener una..., pero imbécil. Yo también sé jugar a este juego.

Por eso no hago caso a nadie en la cena y solo bebo. Él también bebe bastante y, cada vez más, las bromas con sus amigos me parecen más ridículas e infantiles.

¡Qué ciega he estado! Cuando crees que una persona no ha roto un plato en su vida, le entregas tu confianza, pero siempre es cierto lo que dicen: las mosquitas muertas son las peores, porque no las ves venir.

Al acabar la cena, estoy algo contentilla.

Me levanto y les digo que me voy.

Entonces, Ull me agarra con fuerza la mano.

—Tú no te vas. La noche no ha acabado —me susurra mientras me aprieta con tanta fuerza la mano que siento miedo.

Lo miro y sé que he tenido suficiente.

Alzo la rodilla y lo golpeo en sus partes nobles. Luego, me alejo hacia la puerta mientras me llama cabrona y algo más.

—Gracias por la cena, y no somos novios, pero además, desde este instante, tampoco compañeros de trabajo. ¡Que te jodan, Ull! —Le saco un dedo corazón y sus amigos miran la escena alucinados.

—¡A ti sí que te van a joder! ¡Sí que vas a sufrir! ¡Si ya lo decía mi hermana, las mujeres como tú solo sirven para follar!

Sus palabras me duelen, pero no dejo que lo vea.

—Pero contigo ni eso, porque no me has atraído ni para tres minutos de mierda haciendo el misionero.

Me marcho sabiendo que no estoy bien para andar, pero pensando que los hombres de Darren, si me ven mal, me cuidarán.

Camino por las calles mientras una vez más siento que me siguen.

—Volvemos a encontrarnos —me dice una voz que me es familiar. Me giro y alguien me golpea con fuerza la cabeza—. Ahora sí haré contigo lo que me dé la gana...

Una risa horrible me penetra y un grito se forma en mi garganta. La oscuridad me lleva antes de que pueda pedir ayuda. Solo espero que los hombres de Darren me ayuden, porque tengo miedo.

Pienso que, si este fuera mi último instante, me arrepentiría de no haberme dejado llevar con Darren, solo porque me aterraba sentir demasiado...

¿Quién huye de una emoción tan intensa? Alguien que en su vida nunca ha tenido amor.

Darren

Termino la copa en mi pub y siento que algo no va bien.

Me llevo la mano al pecho, porque siento como si me acabaran de clavar una espada en el corazón. Tardo solo un segundo en saber qué es lo que pasa: Imogen está en peligro.

La llamo mientras salgo del pub, pero no lo coge. Su móvil está apagado. ¡Mierda!

Llamo a los hombres que puse para vigilar su calle y me dicen que no ha regresado. Justo en ese momento escuchamos una explosión.

—¡¿Qué pasa?!

El ruido de gritos y sirenas se cuele por mi teléfono.

—La casa... Ha explotado la casa de Imogen... ¡Joder!

¿Mala suerte? No, empiezo a pensar que todo esto tiene una explicación, pero, antes de encontrarla, tengo que dar con Imogen, y no sé dónde cojones está.

Me remuevo el pelo agitado, nervioso, y noto como la bestia está furiosa.

Miro mi reflejo en un charco de agua. Las sombras ya están apareciendo. Solo hay una forma de dar con ella.

—Somos uno —le digo a mi bestia—. No me dejes fuera de esto.

Tomo aire y dejo salir al berserker. A ese ser destructivo que tanto temo. Espero perder la conciencia, pero, al contrario que otras veces, esta vez soy yo. Su oscuridad me abraza y sus recuerdos me queman.

Me quedo sin aliento por el peso de tanto dolor y, entre las sombras, veo como se arrepiente de no haber podido ser más que un monstruo.

Esos pensamientos son humanos, porque él es yo, aunque no haya querido aceptar la culpa.

Tomo aire. Me siento más fuerte que nunca y me invaden deseos de reducir esta ciudad a cenizas para encontrarla.

Como no lo consiga, lo haré.

Ahora mismo solo me importa hallar a Imogen con vida, el resto del mundo se puede ir a la mierda.

Quien sea que la retenga ha despertado a la bestia, y más fuerte que nunca.

Que empiece la caza.

Capítulo 36

Imogen

Siento que alguien me arrastra y me tira sobre un colchón en el suelo.

—Vamos al lío —dice uno de ellos—. Me muero por darle a esta zorra lo que se merece.

—Cuando esté despierta... Te aseguro que follar con alguien que pelea es mucho más emocionante.

—Te sientes un dominador, ¿verdad? —Se ríen y siento asco, y ganas de vomitar.

No me muevo. Mi única forma de ganar tiempo para pensar en cómo salir de esta es que crean que estoy dormida. Mientras tanto, escucho cómo cuentan cada violación que han realizado, para ponerse medallas.

Evité que Darren los matara y ahora están libres, porque uno de la policía que participó en una de esas violaciones les debía un favor y no quería que lo delatasen.

Al final, en todos lados hay corrupción.

Siento ganas de vomitar, de retorcerme de dolor por cada una de esas víctimas... ¡Siento deseos de matarlos! ¡Quiero matarlos! Tengo sed de sangre. Deseos de aniquilarlos.

Esos pensamientos oscuros se cuelan en mi cabeza. Tiemblo por lo que siento y al final no puedo ocultar que estoy despierta y se dan cuenta.

—Ya está consciente. —Se tocan el paquete y siento deseos de arrancarles esa zona con mis manos. De tirar su polla a los peces para que coman.

Quiero matarlos...

Quiero sangre...

Noto como la sangre corre muy rápido por mis venas, por donde la rabia se pasea. No siento humanidad o piedad.

El primero de ellos me toca y grito con fuerza.

—Grita todo lo que quieras, bonita, que ningún humano podrá escucharte aquí abajo. —Se ríen, hasta que la puerta se rompe en pedazos.

—Por suerte, yo no soy ningún humano.

Darren habla con una voz que da escalofríos.

Cuando lo miro, no es él. Es el berserker en toda su belleza y oscuridad. Se deslizan por el suelo sus sombras negras como las alas de un cuervo. No hay nada bello en lo que muestra y, sin embargo, su fuerza me fascina.

Veo a su lado las sombras de una pantera negra y grande y una leona lista para cazar.

Los identifico con facilidad por los rasgos, y porque soy capaz de ver más allá de las sombras.

Huelo el miedo de mis atacantes, que son los mismos que me asaltaron la otra vez.

Me acerco a Darren, que me mira como si me pidiera permiso para matarlos.

—No puedo pedirte que los salves, ellos no lo hicieron cuando destrozaron a otras mujeres indefensas. Acaba con ellos... No se merecen menos.

—Espera fuera —me pide y me marcho, porque no entiendo cómo puedo ser así: sentir esta crueldad y el deseo de muerte y destrucción.

Salgo del sitio y me doblo de dolor cuando escucho los gritos. Vomito en una esquina y tiemblo, pero, a pesar de todo, sé que esto ha librado a muchas mujeres de ser violadas por esos cerdos.

Cuando la justicia está corrompida, a veces no queda otro remedio.

Darren sale con las manos llenas de sangre. Las contempla y veo dolor en sus ojos.

Cuando me mira, sé que piensa que solo veo al monstruo. Por eso, corro a sus brazos y lo estrecho con fuerza.

Duda, pero me devuelve el gesto.

—Gracias por salvarme.

—Gracias por salvarme tú —me responde, y sé que lo dice porque matar, te mata.

—Eran unos violadores... Han matado a mujeres... Querían violarme.

Seca mis lágrimas con sus sombras.

—Nunca pensé que matar fuera algo positivo —su voz sigue siendo dura—, pero necesito tiempo... Te llevo a mi casa. No estás segura en otro lugar. Espero que no te importe que quiera protegerte con mi vida.

Me pierdo en sus ojos inhumanos y me alzo para besarlos. Para besar a Darren siendo mi bestia.

Duda, pero al final me besa, un segundo antes de apartarme.

—No la puedo controlar así. Te deseamos demasiado... Te deseo demasiado —me indica, dejando claro que empieza a aceptar que no hay dos seres. Solo uno.

—No quiero que te controles más, Darren.

Ruge y luego va hacia las sombras para llevarme a su casa, protegida entre sus brazos.

Lo abrazo con fuerza mientras saltamos de un edificio a otro hasta su casa.

Cuando abre la puerta de la azotea de su casa, me mira triste.

—No salgas de aquí... Volveré pronto.

Asiento y lo veo irse, sabiendo que necesita espacio para arreglar lo que ha hecho y perdonarse.

Yo también lo necesito, para asimilar todo y comprender por qué la oscuridad se apoderó de mí.

Capítulo 37

Imogen

—Despierta, Imogen. Llevas tres días durmiendo y, como te mueras, Darren me mata —me dice Benjamin.

Recuerdo que entré en casa de Darren y que me sentía muy cansada.

Busqué una cama y me metí en ella. Pero ¿tres días?

—No es posible que haya dormido tanto.

—No, pero estás viva y bien. Bebe agua.

—¿Y Darren?

—Ha salido de viaje, sin mí. Quería que cuidara de ti y evitara que salieras de la casa.

Salgo de la cama y veo que mi ropa está manchada de sangre. Noto los ojos llenos de lágrimas.

—Dejé que los matara. Eran unos asesinos y violadores. Solo quería su muerte... ¿Soy mala persona por desear algo así?

Benjamin duda y me abraza.

Lloro entre sus brazos.

—No lo eres, Imogen. Si mi hermana hubiera estado en peligro, habría deseado lo mismo que tú. El mundo es menos peligroso sin esa escoria.

—Sí, pero yo no soy así.

—Todos somos luz y oscuridad. Nadie es bueno al cien por cien y no sabes cómo reaccionarás en según qué situaciones.

—Sí.

—Ahora date una ducha, que te he comprado ropa. La explosión de tu casa ha destruido la tuya...

—¿Cómo? —Me recorre un escalofrío.

—Ah, vale, que no sabías... Soy un bocazas. ¿Te duchas y te preparo algo para comer mientras te cuento todo? —Asiento—. Ese armario de ahí tiene ropa para ti. Espero que te guste. La ha elegido online Becky y yo solo le di a pagar.

Se marcha y voy a buscar algo de ropa tras coger una botella de agua de la mesita y bebérmela de un trago.

Entro al baño para darme una larga ducha.

Me lavo varias veces, como si el hedor a muerte no se fuera nunca.

Al salir, me visto con un chándal y compruebo que las sábanas han sido retiradas.

Alguien está limpiando el dormitorio.

Saludo al hombre que se hace cargo de todo y me da los buenos días antes de proseguir con su tarea.

Salgo hacia la cocina y veo que hay varios trabajadores por toda la casa.

Encuentro a Benjamin en la cocina, junto a una mujer que está preparando infinidad de platos y dejándolos en la mesa.

—Siéntate y come —me indica Benjamin.

—¿No hay mucha gente?

—Vienen una vez a la semana —me informa, y luego me dice, sin articular palabra—: No saben nada de nada.

Asiento, dejando que vea que lo he entendido, y me pongo a comer, devorando cada plato como si llevara días sin comer... Joder, es justo lo que ha pasado.

—Cuando termines, te espero en mi casa. Es la segunda planta. Tómate tu tiempo, Imogen. Come sin prisas.

Le hago caso mientras observo a la gente que limpia, que va de un lado a otro y que me pone algo nerviosa. Sobre todo, porque necesito estar sola para procesar todo lo que pasó y, en especial, lo que sentí.

Como bastante y luego guardo lo que sobra en la nevera, en un túper, antes de ir a buscar el móvil.

Entro en el cuarto y veo el teléfono en la mesita de noche.

La cama ya está hecha, el cuarto huele a limpio y la mullida cama me tienta.

Quiero refugiarme entre sus mantas y huir de todo.

Enciendo el móvil, que tiene carga completa, y pienso que ha sido cosa de Benjamin.

Cuando se enciende, veo un mensaje de Becky, que me dice que la llame cuando despierte.

De Ull no hay nada y del trabajo, tampoco.

Espero que Ull les informara de que dejaba el trabajo, pero, aun así, tengo que firmar el finiquito.

Solo espero que Benjamin me pueda ayudar en eso, porque no quiero volver a ver a Ull en mi vida.

Escribo a Becky y le digo que la llamo luego, que hay mucha gente en la casa de Darren, limpiando.

Salgo del dormitorio para buscar a Benjamin.

Voy hasta su casa y me abre nada más llamar a la puerta.

Entro y, por suerte, este lugar está tranquilo.

—No entiendo como Darren deja que tanta gente husmee por su casa.

—Solo una vez a la semana, pero lo importante está en la primera planta y ahí solo entro yo... Bueno, la familia. Menos mi mujer —me aclara.

—¿Y eso?

—Darren no se fía de ella.

—Bueno, tú no te fías de mí y estás haciendo de niñera —bromeo.

—No es que no me fíe de ti... Es que mi padre sirvió a Darren de forma tranquila, mi abuelo también, y, de golpe, llegas tú y la vida de Darren es un caos. —Aparto la mirada, porque tiene razón—. No quiero esta vida para mi hijo. Solo de pensar en que se enfrentará a tantos peligros, me angustio.

—Tu hijo es pequeño. Tal vez, en unos meses, Darren se haya cansado de mí y yo me haya llevado mi mala suerte a otra parte.

—Me niego a creer que todo lo que te ha pasado es por mala suerte, Imogen —dice y me recorre un escalofrío—. Creo que alguien está detrás de todo esto.

—¿Y por qué? No soy nadie.

Busco un lugar donde sentarme y me acomodo en el sofá.

Benjamin se sienta frente a mí.

—No es normal tantas desgracias, Imogen.

—¿Qué le pasó a mi casa?

—Una explosión de gas. Te dejaste el gas encendido.

—No, ni de coña. Siempre lo miro mil veces, por miedo a que explote la casa. —Saco el móvil del bolsillo y le enseño las fotos—. Hago fotos a la puerta cerrada, al gas cerrado, y a que todo esté apagado. Es una manía que tengo, tras tantas desgracias, desde lo de la casa que se incendió.

—Pues alguien entró, abrió el gas e hizo explotar la casa, porque no puede hacerse solo.

—¿Y quién querría algo así? Yo no soy nadie.

—No lo sé, Imogen, pero alguien desea que sufras. ¿Por qué? Ni idea, pero tal vez la clave esté en quiénes fueron tus padres.

—¿Crees que esto es una venganza contra ellos?

—No lo descarto.

Lo miro agitada.

—¿Y qué hago ahora?

—De momento, nada. Descansar...

—¿Y mi trabajo? Bueno, la otra noche me despedí.

—Mejor, porque Darren no quiere que vuelvas a ese sitio. Que te hayas despedido lo complica todo menos. Te pagaré el finiquito. —Asiento—. Todo se arreglará. Puedes quedarte aquí viendo la tele mientras trabajo en el despacho.

Me tiende el mando y lo acepto.

Se marcha y el silencio de la casa me hace temblar. Estoy nerviosa, agitada, y sé que necesito a Darren. Que no esté aquí ni me haya mandado mensajes me inquieta. Necesito verlo y saber que está bien, que lo que hizo no lo ha destrozado.

Pienso en llamarlo, pero no quiero ir detrás de él.

Llamo a Becky sin mirar qué hora será allí.

Cuando lo coge, no parece dormida.

—Espero no haberte despertado.

—Son las seis de la tarde, puedes hablar con tranquilidad. ¿Cómo estás?

—No lo sé... Sentí cosas muy oscuras esa noche, y lo que hizo Darren por mi culpa... Me da miedo ser responsable de que pase algo peor.

—Benjamin dice que está bien. De no ser así, no se habría ido de viaje de trabajo. Lo habría cancelado.

—Los mató por mi culpa... No pude detenerlo. No quería detenerlo. Quería su muerte... Nunca he deseado la muerte de nadie, pero esa noche, esa noche la quise. Me cegaba la oscuridad.

—Yo, en tu situación, habría deseado lo mismo. Te atacaron y estaban libres por culpa de un policía corrupto. Esto ha salvado a muchas mujeres y niñas.

—Tu hermano cree que todo lo que me pasa es por algo relacionado con mi familia.

—Sí, eso me ha dicho, y tal vez sea así. No es normal que te pasen tantas cosas por mala suerte. Lo tuyo ya no es normal.

—Ya... Bueno, solo necesito asimilar todo esto y despejarme.

—Te puedo recomendar mis series favoritas y luego las comentamos. En mi habitación hay muchos libros. Puedes coger los que quieras. No estás sola, Imogen.

—Gracias.

—De nada.

Seguimos hablando mientras miro los libros que tiene en su cuarto y me recomienda series para ver.

Al final, hablar de un tema tan trivial me relaja. Hace que deje de pensar en todo lo malo que hay fuera de estas paredes.

Aunque sé que, hasta que no vea a Darren, no sentiré paz.

Capítulo 38

Imogen

Siento a Darren antes de verlo. Sé que está en el edificio.

Estoy en su salón viendo una película, sola, tras haber comido.

Han pasado dos días desde que desperté y Benjamin ha pasado todo el tiempo que ha podido conmigo. Por suerte, nadie más ha venido a limpiar la casa de Darren, porque necesitaba tranquilidad.

Aunque no sé si estoy lista para enfrentarme al mundo. Por eso mismo, sé que debo hacerlo, salir de aquí y hacer como si nada.

La puerta de la casa se abre y entra Darren.

Va con un traje gris y camisa negra.

Lo miro con el corazón acelerado y ando hacia él sintiendo que tiene miedo a mirarme. Tal vez por lo que pueda ver en mis ojos. Tal vez por miedo a que lo vea como un monstruo por lo que hizo.

Lo siento así, como si algo en el ambiente me avisara de que lo que lo rodea es culpa y miedo.

Llego a su lado y pongo mi cara en su mejilla, donde la barba está incipiente.

—Darren, mírame —le ordeno.

—Las órdenes me gusta más darlas yo —bromea.

—Pues deja de hacer el tonto y mírame.

Duda, pero al final su mirada se centra en la mía.

Veo dolor en sus ojos aguamarina; un dolor que no estaba ahí antes.

—Lo siento mucho por haberte pedido algo así...

—Eres tonta si crees que me arrepiento de lo que hice. —Sube sus manos por mi costado y me

atrae hacia él.

Yo pongo las mías sobre su torso.

Las ganas de besarlo son enormes. Lo necesito. Quiero olvidarme de todo en sus brazos.

—Buscar olvidarse del mundo con el sexo es peligroso.

Me sonrojo porque lea tan claro en mí.

—Odio que hagas eso.

—¿Leer cada uno de tus pensamientos en tu mirada? Llevo años rodeado de gente, y al final aprendes a leer las señales.

—¿Tan malo es olvidar? Tú también parece necesitarlo.

—Sí, lo necesito...

—¿Tan malo es olvidarse del mundo un instante?

—Si crees que lo que tengo en mente hacerte durará un instante, es que no tienes ni idea de cómo es el sexo de verdad... —Se aparta—. No estás lista. Voy a darme un baño.

—Darren, deja de tratarme como a una niña...

—Para mí lo eres. Te saco muchos años de ventaja, pequeña.

—Entonces, ¿tanto insistir para que, ahora que te deseo, me rechaces? ¿Es por lo que tuviste que hacer por mi culpa? ¿Es porque ahora que te he aceptado no me deseas? Mira, mejor, porque en la calle hay miles como tú. —Me marchó a mi dormitorio y me sigue.

Se apoya en la puerta mientras busco dónde guardar la ropa. Al mismo tiempo que pienso adónde irme y noto el dolor de su rechazo apoderarse de mí.

Cuando lo miro de reojo, se ha quitado la chaqueta y me observa tranquilo, apoyado en la pared con los brazos cruzados.

—¿Se puede saber qué miras?

—Tu estallido de ira. He pasado por eso muchas veces. De hecho, el otro día tuve uno... —Anda hacia mí—. Lo que sientes no se irá tras una sesión del mejor sexo de tu vida. —Pongo los ojos en blanco y aparta el pelo de mi cara con ternura—. No he dejado de desearte. No te culpo de lo que pasó y si tenía miedo solo era de que me miraras con temor. Pero veo que no es así y eso me relaja.

—¿Entonces, Darren?

—No quiero que solo me desees para olvidarte del mundo. No quiero forzarte a nada y menos

tras una experiencia traumática en la que casi te violan, porque de golpe te diste cuenta de que tu primera vez iba a ser tan horrible.

No digo nada, porque es cierto.

—Voy a cuidar de ti. Voy a protegerte y, sí, voy a follarte bien duro, como deseo desde hace tiempo. —Me recorre un escalofrío—. Pero no en este instante. No cuando sientes tanto dolor, Imogen. Se me ocurre otra forma mejor de dejarlo salir. ¿Confías en mí? —Asiento—. Ponte ropa de deporte. Te doy diez minutos para que estés lista y te espero en la puerta.

Se marcha y me quedo fría. Mucho hablar de todo lo que quiere hacerme, pero ahora que puede, busca excusas. A saber la razón, porque con Darren nunca se sabe, aunque sí es cierto que ahora mismo siento demasiado dolor en mi pecho y lo buscaba para sentir calma. Para dejar de sentir.

¿Tan malo es eso?

Darren

Estos días han sido un infierno.

Primero, por estar lejos de ella cuando sabía que estaba sufriendo. Segundo, porque, desde que acepté mi lado berserker y que solo éramos uno, he visto los horrores que hice. También que no tenía fuerza para negarme, ya que era solo un arma creada para matar.

Saberlo no me tranquiliza, y menos tras lo del otro día.

Lo peor es que los hubiera matado mil veces solo por atreverse a tocar un pelo de Imogen.

Cuando llegué y la vi aterrada y devastada, supe que solo su petición podría evitar que los matara con mis propias manos.

Ella deseaba sangre y yo se la di, pero sé que ahora se siente culpable, a pesar de que esos desgraciados merecían la muerte. Eran escoria para el sistema y nadie ha contado nada de su muerte. Seguro que es porque el policía corrupto los prefiere muertos y silenciados. Los muertos no hablan.

A partir de ahora, si algo tengo claro es que, si quiero hacer justicia, será a mi modo. Ya no me fío de ellos. Ni todo mi poder hizo que esos desgraciados se quedaran en la cárcel.

Cuando supe lo que pasó tras el primer asalto que sufrió Imogen, fui a la comisaría y pagué mucho dinero para que no vieran la luz del sol. Aun así, ahí estaban, campando a sus anchas por culpa de policías corruptos.

Irme de viaje tras lo sucedido fue lo mejor. Estaba demasiado enfadado y necesitaba calmarme. Utilicé la excusa de que tenía unas reuniones importantes y, por suerte, Benjamin ya estaba de

regreso y pudo quedarse con Imogen.

Lo que vivió la dejó devastada. He visto en sus ojos el arrepentimiento y sé que ahora mismo necesita dejar salir todo ese dolor.

Aunque no besarla y arrancarle la ropa me ha costado la vida.

Solo lo mucho que la deseo ha evitado que me volviera loco estos días. Solo saber que ella estaba aquí, esperándome, me hacía sentir que no podía ser tan malo.

El problema fue cuando la tuve delante y me asaltaron dudas de que de verdad ella aceptara esta vida. Aceptara lo que soy y lo que hice.

Me abrazó con las manos llenas de sangre..., pero estaba aterrada. Entre dos males, yo era el menos malo.

Pero no, aquí sigue, decidida y sin miedo.

Tras ponerme ropa cómoda, la espero en la puerta de mi casa.

Al poco, escucho pasos y, cuando la veo aparecer, creo que quiere matarme.

Recorro con mi mirada sus torneadas y desnudas piernas hasta ese pantalón ridículo, que seguro deja entrever los cachetes de su culo. Paso por su estómago, que es plano, y por sus pechos grandes, que solo van cubiertos por un top de deporte negro, como el pantalón.

Me cuesta mucho no arrancarle la escasa ropa con mi mente y dejar expuestos sus pezones.

Debe de sentir mi deseo, porque estos se ponen duros y puedo ver cómo se erizan bajo la tela.

Mierda, mierda, mierda...

—¿Dije yo algo de entrenar en ropa interior?

—Es ropa de deporte, Darren. ¿Acaso un ser inmortal como tú no conoce la moda de este siglo? Me sorprendes...

—No te hagas la tonta. Seguro que tenías otra ropa menos...

—¿Ajustada? Lo que yo decía, no sabes nada de este siglo. —Sonríe descarada—. Pero si prefieres dejarlo...

—No, vamos. Podré soportar verte medio en pelotas mientras intentas partirme la cara.

—La cosa se pone interesante. Partirte la cara me parece muy atractivo.

—Pues inténtalo, pero dudo que lo logres.

La guío hasta el ascensor y entramos juntos.

Imogen se apoya en la barra y me mira con descaro. Está decidida a seducirme, a que la folle con fuerza para poder aliviar su dolor.

Sonríe y se muerde los labios.

Tiene la boca más apetecible que he visto en toda mi vida. Grande, jugosa y con un tono rojizo... La he imaginado más de una vez en mi polla, rodeándola, chupándola... Joder.

Salgo del ascensor en la planta baja, pensando que sí la han enviado para matarme, mientras me obligo a pensar en lo que ella necesita en vez de dejarme llevar sin más.

Avanzamos hasta una puerta, que nos llevará hasta la zona de entrenamiento. Solo podemos cruzarla usando mi huella digital.

Se abre y pasamos.

—¡No me jodas! —Imogen va hacia las espadas que hay expuestas en una pared—. Son increíbles, pero esto ya no se usa...

—Los que quieren acabar con nosotros usan espadas. Por eso luchamos así cuando estamos en guerra con ellos.

—Hace años que no peleas contra ellos. ¿Cómo sabes que no han usado un método de lucha menos honrado? —Mira las pistolas que tengo en la pared.

—No lo sé y por eso siempre llevo conmigo una pistola cargada y varios cuchillos. —Toco la espada que tengo como guerrero vikingo—. Solo su sangre, manchando la hoja, puede provocarnos una puñalada letal y matarnos.

—Y un disparo al corazón con una bala manchada de sangre, supongo que también. —Lo recorre un escalofrío.

—Eso no va a pasar. Se me da bien esquivar las balas. ¿Acaso crees que no he practicado aquí?

—¿En serio? —Asiento, divertido por su cara de horror—. Estás loco.

—Quería estar preparado por si habían decidido usar ese método. Solo pueden herirme si estoy distraído. Es así como han acabado con los otros. Una distracción y una trampa... no son legales. Nosotros éramos monstruos, pero ellos son asesinos, Imogen. Les da igual lo que tengan que hacer para acabar con nosotros. Yo nunca he hecho daño a nadie fuera de la batalla, o que no se lo mereciera... Ahora lo sé. Pero ellos... Ellos han utilizado a personas inocentes para hacernos salir a la luz. Su meta es matarnos y el fin siempre ha justificado sus medios. Cuando quieren algo, son capaces de llevar a su lado a personas que nunca habrían entrado en esta guerra. Luego, los dejan tirados cuando en ellos ya no queda nada de humanidad.

—Es horrible.

—No tienen honor. Y nosotros, a pesar de todo, siempre luchamos con honor. Por eso, para mí,

la espada es el arma perfecta para una batalla justa.

—Yo también lo creo —me indica.

—Ahora, vayamos a la sala de entrenamiento.

Ando hasta una habitación donde los suelos y las paredes son más blandos. No está hecha así para mí, sino porque aquí es donde he entrenado a los que estaban destinados a servirme desde hace más de doscientos años.

Algo que no sé si pasará con el hijo de Benjamin, porque su mujer se niega a que siga los pasos de su marido y este tiene las manos atadas.

De momento, es pequeño y abrigo la esperanza de que Becky tenga un hijo o una hija que quiera seguir su legado, aunque tenga que acostumbrarme a otro nombre.

Nunca he obligado a nadie a quedarse a mi lado y no pienso hacerlo ahora.

Los tiempos cambian y, aunque me joda, tengo que adaptarme a ellos.

—Bien, puedes intentar golpearme y sacar toda la rabia que tienes dentro.

—Así, sin más.

—Sin más. A ver qué tal peleas.

Me mira desafiante y se hace una coleta alta. Esto hace que sus pechos suban y sus pezones me miren tentadores. Su respiración se agita por mi mirada y, cuando está lista para golpearme, cruzo las manos sobre mi pecho.

Mientras espero, hace unos estiramientos que ajustan más su minúscula ropa y solo incrementan mi deseo de trocear la escasa tela.

¿En qué momento pensé que esto era buena idea?

Termina los estiramientos y, por suerte, he aguantado sin mandar mi poco autocontrol a la mierda.

Levanta la pierna y me golpea... ¡Y, joder! Tiene fuerza. Más de la que parece.

A la tercera patada la detengo en el aire y la lanzo hacia atrás.

Cae al suelo y se levanta lista para golpearme de nuevo.

Noto que he despertado la furia que lleva dentro. Ahora está cegada por la rabia, por el dolor. Por la impotencia de no haber podido ayudar a todas esas mujeres.

Detengo su puñetazo cerca de mi cara.

Se aparta y trata de darme de nuevo.

Cuando me voy hacia atrás, la miro sorprendido. Tiene mucha más fuerza de la que esperaba de un humano corriente.

Detengo sus patadas y sus puñetazos.

Hacía tiempo que no peleaba con alguien tan fuerte.

Entonces, me golpea el estómago y luego me da en la cara.

—¿Has entrenado?

—Sí, mucho. Pero la otra vez esos desgraciados me sedaron. Y eran dos... No sabía si podría con ellos.

—No podías, pero eres buena. Joder, muy buena.

Sonríe por mi halago y hago que me pegue de nuevo. Esta vez no me confío. Lo peor en una pelea es creer que lo tienes todo controlado.

Aumento mi nivel y ya no tiene nada que hacer contra mí.

Detengo cada uno de sus golpes hasta que se aparta sudorosa y jadeante.

Me mira agitada y alza la mano pidiendo un segundo.

Le señalo dónde hay una nevera con agua.

Va hacia ella y veo como su culo se contonea ante mis ojos. Lo peor es cuando abre la botella y la bebe, dejando que parte del agua caiga de su boca a su escote y moje sus pezones.

«¡A la mierda! Ya he aguantado suficiente.»

Capítulo 39

Imogen

Siento a Darren acercarse y, cuando me giro, sus manos cogen mi cara antes de estampar su boca contra la mía en un beso demoledor y ardiente.

«¡Al fin!»

Creo que si llega a tardar un segundo más en besarme, me muero de deseo. Tal vez nunca nadie haya muerto de eso, pero yo iba a ser la primera. No puedo mirarlo sin desearlo con fuerza. No puedo tenerlo cerca sin ansiar su boca, sus manos, su cuerpo... Es algo primitivo. Algo explosivo que no tiene ni pies ni cabeza.

Sus manos suben y bajan por mi cuerpo mientras su boca devora la mía. Noto su lengua recorrerla entera y como sus perfectos dientes blancos me muerden el labio. El dolor me excita y gimo, al tiempo que subo las manos por su cabeza y tiro de su pelo negro.

Mi cuerpo se funde con el de él y siento como me derrito. El placer es inmenso, nada comparable a algo que haya vivido o experimentado antes. Ahora mismo mis piernas son gelatina y mi sexo tiembla y se contrae.

Lo deseo dentro. Quiero que me llene...

Mete su lengua en mi boca y entonces pierdo el norte. Su sabor me embriaga mientras bebe de mí con un hambre voraz. Creo que ahora mismo el edificio puede venirse abajo y ninguno de los dos sería consciente de como temblaban los cimientos.

Tiemblo, me retuerzo...

Una de sus manos se posa en mi trasero y lo aprieta con fuerza.

—Más fuerte... —le digo y gruño.

Su beso se hace más severo y su agarre más duro.

Caemos al suelo sin dejar de besarnos.

Sus rodillas se hacen un hueco entre mis piernas. No me aplasta, pero siento su cuerpo duro en cada parte del mío.

Me remuevo hasta que su erección golpea mi sexo.

—No tan rápido, pequeña...

—Te quiero dentro de mí...

—Cuando yo diga —dice, mordiendo levemente mi barbilla. Luego la chupa y va hasta mi cuello —. Quiero morderte... Quiero tu sangre en mi boca.

Su petición debería hacerme salir corriendo, pero sé que ahora habla su lado bestia y lo quiero todo. Todo de él.

—Muérdeme...

Darren ruge y clava superficialmente sus colmillos. El dolor me hace arder y noto que, cuando mi sangre se cuela entre sus labios, mi sexo da una sacudida y casi me corro, solo de sentir como mi sangre ahora es parte de él. Luego me chupa y noto como el escozor se pasa.

—Joder... —Cuando me mira, sus ojos brillan, porque ha liberado a la bestia—. No deberías dejarme ser así...

—Hazlo otra vez —le pido agitada y ansiosa de sentirlo.

Mira mi cuello y pasa sus dedos por mi piel.

—Ya se ha cerrado... Joder, pareces haber nacido para una bestia como yo. —Echa hacia atrás mi cabeza, y lame y chupa mi piel antes de morderla levemente.

De nuevo, la succión me hace gemir de placer. Es como un pequeño orgasmo. Notar como me chupa hace que me sienta al borde del precipicio.

Me besa y mi sabor se mezcla con el suyo. Todo es muy primitivo y salvaje, pero siento que es jodidamente perfecto y que por esta razón nadie me había atraído hasta este punto. Es como si supiera que nadie podría estar a mi altura salvo mi inmortal de ojos aguamarina.

—He soñado muchas veces con dejarte sin ropa delante de mí sin usar mis manos, pero hoy quiero hacerlo yo... Como si fueras un jodido regalo que me ha brindado la vida.

Lleva su mano a la unión de mis pechos y tira de la ropa rompiéndola con facilidad. Noto que mis pechos quedan liberados y expuestos a su vista. Su mirada se hace más intensa y salvaje.

—Eres preciosa, pequeña... Eres increíblemente perfecta.

Veo como toca levemente con sus manos mis duros pezones. Es solo una caricia y casi hace que me vaya, sin poder controlar el orgasmo. Lo peor llega cuando coge los pechos con sus manos y los aprieta con la presión justa.

Muerdo mi labio. Me contoneo...

Noto su dura polla chocar con mi sexo. Quiero más. La quiero dentro.

Darren se aparta un poco para que no pueda correrme solo con la fricción.

—Te odio.

—Ya se te pasará cuando te corras con mi lengua dentro de tu sexo... —Solo de imaginarlo, entro en combustión espontánea—. Pienso devorarte entera. —Su aliento acaricia mis pezones antes de llevar uno de ellos a su boca caliente y chuparlo.

Siento sus dientes en mi pezón, lo muerde levemente con la presión justa.

Gimo con fuerza y tiro de su pelo negro.

—Más... Quiero más...

Se separa y hace lo mismo con el otro pezón mientras sus dedos juegan con el que acaba de dejar dolorido y satisfecho.

—Darren... —le suplico tirando de su pelo.

Se aparta y lleva sus manos a mis pantalones ridículos, que me puse aposta sin ropa interior, para joderlo.

Él no quería sexo, pero yo sí, y no pensaba ponérselo tan fácil.

Necesitaba estar así con él.

Se aparta lo justo para mirarme desnuda para él. Nunca nadie me ha observado con tanto fuego en la mirada. No hace falta que me diga cuánto me desea, porque lo siento en cada poro de mi piel.

—Joder, eres una puta fantasía para la vista, y toda mía. —Sonríe de medio lado—. No te imaginas todo lo que quiero hacerte. —Pasa sus manos por mis muslos y me los abre, para dejarme expuesta a su hambrienta mirada—. Estás tan mojada... —Pasa sus dedos levemente por mi sexo y doy un respingo—. Hace tiempo que no he estado con alguien que me deseara de verdad a mí...

Parece distraído por mis reacciones y me sorprende que alguien que ha tenido cientos de años de sexo y que es tan jodidamente sexi sienta eso. Aunque en realidad, lo entiendo, porque el sexo puede ser muy egoísta. A veces no buscamos desear a alguien al máximo, sino que solo queremos un encuentro rápido, con quien sea, con tal de sentir placer.

Yo nunca pude conformarme con eso.

Ahora, mientras Darren me toca, entiendo la razón. Sé que necesitaba que mi alma y mi cuerpo fueran parte de este momento.

Deseo a Darren más que a nada en este mundo y sé que es lo que él está viendo.

Pasa sus dedos por mi resbaladizo sexo. Abre mis pliegues para poder disfrutar del espectáculo y luego los mete en el interior de mi vagina con fuerza.

—¡Joder! Estás muy apretada... Me muero por meter mi polla aquí, hasta el fondo...

Solo de imaginar tener su miembro en ese punto, llenándome, creo que me voy a correr.

Lo nota y, por eso, aparta los dedos y los lleva hasta mi boca.

Los chupo mientras mira como devoro mi esencia.

—Tu boca me pierde... Quiero pervertirla de todas las formas posibles, pequeña. ¿Me dejarás?

Asiento, mientras lo lamo y ruge.

Entonces, siento que me toca los pechos mentalmente. El contacto es ardiente, endurece mis pezones, mientras su mano está en mi boca.

Luego la separa y la lleva a mis doloridos pezones. Juega con ellos hasta que no puedo más.

—No te corras hasta que te dé la orden. —Asiento.

Se coloca entre mis piernas y veo como saca la lengua para hundirla en mi sexo.

Nunca nadie me ha besado ahí y la sensación me deja noqueada. Su lengua me lame entera, sin dejar de explorar un solo rincón de mi sexo. Veo como abre mis pliegues para luego hacer círculos cerca de mi clítoris.

Tiro de su pelo mientras noto que con su magia toca mis pechos. Es como si otra persona estuviera con nosotros dándome placer.

Son demasiadas sensaciones juntas, que me van a hacer explotar como esto siga así.

Mete un par de dedos en mi sexo y los mueve adelante y atrás, mientras su lengua succiona mi clítoris.

Noto mis pezones duros por sus atenciones.

Lo miro entre mis piernas y como eleva mi cuerpo con su magia para que pueda verlo mejor. Para que vea como devora mi parte más íntima con tanta gula.

Entonces, su magia va hacia mi trasero y lo siento tocarme, como antes, cuando puso sus manos sobre mí.

Echo la cabeza hacia atrás, presa de este mar de sensaciones.

Cuando vuelvo a mirar, ha sacado los dedos de mi sexo y es su lengua la que entra y sale de mi interior con fuerza, mientras sus dedos acarician mi sensible clítoris.

No puedo más...

Me voy a correr...

Tiro de su pelo con fuerza.

Muevo mis caderas, notando su lengua en mi interior y su magia en todas las partes de mi cuerpo.

—Darren...

—¿Quieres correrte en mi boca? —me pregunta como si no lo supiera, pero asiento—.
Respóndeme.

—¡Sí!

Sonríe de medio lado y lleva su lengua al interior de mi cuerpo mientras sus dedos tocan mi sexo y su magia está en mi trasero y en mis pechos. Me toca con una sincronía perfecta entre sus manos, su lengua y su magia.

Retengo el orgasmo hasta que me dé permiso.

Mi respiración se agita...

No sé si podré aguantar más...

—Córrete para mí, pequeña.

Entonces, aumenta las embestidas de su boca y sus caricias y me dejo ir.

El fuerte orgasmo que ansiaba me atraviesa de pies a cabeza. Nunca he experimentado nada ni remotamente parecido y dudo que pueda lograrlo sin él.

Intento reponerme, pero me quedo exhausta en el suelo, sin poder moverme.

Esto ha sido demasiado intenso.

Capítulo 40

Darren

Preparo algo para cenar, porque sé que Imogen tiene que reponer fuerzas y yo también.

Lo que ha pasado esta tarde ha sido increíble y nada que haya experimentado antes. Ha sido el sexo más intenso de mi vida, y eso que solo se corrió ella. Verla tan excitada por mí, sin miedo, confiando en que le daría placer y que no le haría daño, a pesar de saber y sentir que puedo matarla si quiero, fue increíble.

Nunca he hecho esto con nadie.

Lo he deseado, lo he ansiado y he buscado..., pero nunca he encontrado a nadie con quien dejarme llevar de esta manera, sin miedo a que lo que soy le espantara.

No sé cómo podré sobrevivir una eternidad sin Imogen. Solo de pensarlo se me ocurren mil maneras de matarme, sabiendo que ninguna funcionará. Mi guerrero interior fue creado para morir en el honor de la batalla y nunca se dejará matar de otra forma. Aparte de que lo he intentado y es casi imposible.

Mi única esperanza es creer que, si solo estamos así por un tiempo, podré olvidarla con mayor facilidad.

Escucho pasos y me giro para ver cómo se acerca. Se ha duchado y me llega el olor a jabón en su piel antes de verla.

Cuando entra, sonrío colmada y preciosa, como siempre.

Solo lleva una camiseta y va descalza.

Miro su cuello y se da cuenta.

—Ya se ha cerrado y no queda marca.

—No debí hacer eso.

—No seas idiota, Darren. Lo quiero todo o nada. Para que el sexo contigo solo sea a medias, me busco a otro.

—Ni de broma —bramo, a pesar de que eso pasará cuando la deje ir.

—Entonces, deja de sentirte culpable. Soy virgen aún, por tu culpa...

—No por mucho tiempo —le indico y noto como se excita por mi afirmación.

—A lo que iba. —Se sienta a la mesa y coge algo de comer—. He leído mucho sobre sexo. Sé de qué va el tema y sé que, si digo que no, pararás. No hago nada que no quiera y, si hasta este momento no me ha atraído nadie, creo que ha sido porque me habría acabado aburriendo.

—Seguro que sí, como con ese Ull.

—Anda, has dicho bien su nombre. ¡Qué detalle! —Sonríe, pero algo oscuro pasa por su mirada. Ya no piensa en él como antes.

Termino de dejar la cena en la mesa y me siento frente a ella.

—La madre de Ull presentó tu despido. Dijo que no querías seguir allí y me gustaría saber la razón.

—Porque sabía que te ponías celoso y quise ser buena. —Sonríe.

—Te gusta joderme, por lo que dudo que sea por eso. —Por su mirada sé que es cierto. Le gusta sentir mis celos y llevarme al límite.

—¿No es mejor cenar antes de que se enfríe todo?

—¿Tengo que encargarme de él? —La recorre un escalofrío—. No voy a matarlo..., aunque si te ha hecho daño, te juro que no me importaría.

—Ya me he encargado yo de todo. No sé cómo esperas que te cuente algo, si ya lo estás amenazando. Puedo resolver mis propios asuntos, aunque te cueste creerlo.

—Me cuesta, sí, porque, desde que llegaste a mi vida, se ha quemado una casa y una librería, otra casa ha saltado por los aires, mi fábrica ardió y te han atacado dos veces...

—Vale, puede que tenga un poco de mala suerte.

—No creo que se trate de mala suerte, Imogen. Hay algo en ti, algo que hace que la gente desee hacerte daño o destruir tus cosas. No hay otra explicación.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé. Tal vez la respuesta esté en quiénes eran tus padres. Puede que fueran unos mafiosos de Nueva York y tuvieran muchas cuentas pendientes, que estás pagando ahora tú. —La recorre un escalofrío, aunque siento que ya sospechaba esto; quizás por Benjamin, o ella llegó a esta misma conclusión—. Lo voy a descubrir. Conmigo estás a salvo.

—Hasta que te canses de mí.

—Bueno, eso aún no ha pasado. —Aparta la mirada para que no vea el dolor que le causa que un día todo esto se acabe—. Come y, mientras tanto, cuéntame qué pasó con ese sin sangre.

Le sirvo un poco de vino y lo acepta.

Da un trago y luego picotea algo de comida mientras piensa qué decirme.

Yo como, disfrutando de las vistas; de como su boca devora la comida y su lengua se lame la salsa de sus labios. La deseo demasiado y dejar que cene sin arrancarle la ropa y penetrarla con fuerza me está costando mucho, pero sé que está cansada y que necesita comer. Su cuerpo no es inmortal, como el mío, y tiene más necesidades.

Degusta la carne y luego come algo de verdura mientras mi poca paciencia se termina.

—Habla, Imogen.

—La cena está deliciosa. Gracias. —Sonríe y coge algo de pan.

Uso mi mente para sujetar su mano.

—Habla o no te suelto.

Acerca la cabeza a su mano y disfruta del pan sin dejar de mirarme.

Come con la mano izquierda, como si no tuviera la otra retenida.

Sujeto su otra mano, pero el problema es que veo en sus ojos como le excita mi fuerza y que la retenga.

—Si no quiero no hablaré —me reta—. Puedes seguir usando la fuerza.

La descarada me mira, dejando claro que tiene razón y que no puedo obligarla a hablar, por mucho que use la fuerza, pero tengo otros métodos.

Uso la magia para abrir sus piernas en la silla. La camiseta se le sube y puedo verla, gracias a que la mesa es de cristal. Huelo su excitación...

La acaricio donde más le gusta con mi mente y se le escapa un gemido.

Aumento la fricción al tiempo que le toco los pezones sobre la camiseta, con la mente. No lo siento igual, pero sí percibo el placer de tocar su cuerpo y es cierto que tocarla mentalmente es cada vez más placentero y verla gozar es una puta pasada.

Se remueve en la silla, muerde su boca, sintiendo como el placer la recorre, y entonces paro. Me centro en comer, como si no estuviera más cachondo que nunca.

—¿Darren?

—Tú puedes elegir no contármelo y yo no darte el orgasmo que ansías. ¿Cenamos?

—Cabrón.

—Solo tienes que hablar y te lo daré todo... y mucho más.

—Puedo vivir sin un orgasmo por tu parte. Lo he hecho durante veinticuatro años.

—Me alegro mucho. —Abro de nuevo sus piernas y acaricio sus muslos con mi mente, hasta llegar a su sexo—. Puedo pasarme toda la eternidad así... Llevándote al borde del orgasmo, para luego retroceder...

—Puedo tocarme cuando quiera, pero gracias por creer que por un orgasmo sería capaz de contarte lo que no me da la gana.

Sigue comiendo como si nada mientras yo acaricio su sexo con mi mente. Intenta no dejarse llevar, resistirse al placer..., pero no puede. Su respiración se agita, sus pezones se tornan duros. Más cuando hago que el vino se derrame en su camiseta y se pegue a su piel. Veo la mancha roja en el tejido blanco y recuerdo el sabor de su sangre.

Fue algo primitivo y animal... Fue increíble. La marqué como mía.

Imogen gime y echa la cabeza hacia atrás, aunque trata de resistirse. Se remueve en la silla. Muerde su boca hasta hacerse sangre.

Me cuesta mucho no levantarme y lamer la sangre de sus labios. Eso desata a mis sombras y veo como nos rodean, como acarician su cuerpo y le hacen sentir que miles de manos están por todo su cuerpo.

—Darren... —suplica, y entonces me detengo y sigo comiendo—. Te odio.

—Solo tienes que contarme qué hizo y seré bueno contigo.

—No quiero que lo mates. —Eso me pone alerta. Lo está defendiendo.

—Si te ha atacado, juro que lo mataré...

—¡No me ha forzado ni nada! Solo ha sido un capullo..., ¿vale?

—Especifica, porque, para mí, fue un capullo desde que se atrevió a creer que podía tenerte.

—Te recuerdo que me dejaste sola y te borraste la mente.

—Lo recuerdo perfectamente. Habla.

—Eres un mandón.

—Y a ti te encanta. —No lo niega. Bebe agua y luego come otro poco—. Imogen...

—Ah, que quieres que te cuente todo. —La fulmino con la mirada y se ríe—. No es gran cosa, Darren. Solo que daba por hecho que era su novia, sin haberme preguntado siquiera, y me

presentó así a sus amigos, a pesar de que le dije que no antes de entrar. Dijo que era evidente que sí, porque acepté tener citas con él. Yo no lo veo así.

—Cuando tienes citas con una persona es para saber si podéis ser algo más o no.

—Eso pienso yo. Luego, en la cena, era otro. Fue un idiota de manual. Al final, lo amenacé y le dije un par de cosas. Entre ellas, que me despedía. Lo puse en su sitio.

—No esperaba menos de ti y yo ya sabía que no era de fiar. Huyo siempre de la gente que parece perfecta y que no ha roto un plato en su vida.

—Ya, bueno, era agradable imaginar que podía tener algo más que una vida sola.

—Conformándote con el primer gilipollas que se te ha acercado... ¡Qué gran vida!

—Bueno, el resto me tienen miedo. Era el primero que, a pesar de cómo soy, no huía o se borraba la mente.

Me duele su zasca.

—Vale, lo pillo. Eres preciosa y, sí, tienes un aura de mujer que sabe lo que quiere, y salvaje, que a más de uno lo acojona, pero siempre habrá alguien que no salga huyendo o se borre la mente, porque todo eso que te hace destacar es lo que más le gusta de ti. —Asiente—. Solo tienes una vida. Disfrútala.

—Tú solo tienes una vida inmortal. Podrías dejar de huir de lo que te hace feliz, porque lo perderás igual.

—No me gustan los consejos.

—A mí tampoco de gente que va de lista pero en realidad solo es un cobarde. —Sonríe y me exaspera que tenga razón.

Da un trago a su vaso de vino, cuando se sirve más, y veo como una gota se escapa de su boca. Luego saca la lengua para recogerla y chuparla, y sé que he tenido suficiente.

Tiro de ella con mi mente para que se ponga de pie.

Grita, pero no se asusta.

Voy hacia ella mientras rompo con mi mente su camiseta y la dejo desnuda ante mí.

Joder, es una puta diosa. Su cuerpo es lo más perfecto que he visto en años...

Tiro de mi camiseta y, cuando llego a ella, solo llevo puestos los pantalones.

—Me gustaba esa camiseta...

—Te compraré toda la tienda.

Se ríe. Acaricia mi colgante y aparta la mano, porque le quema.

Me lo quito para no lastimarla mientras lleva la mano a mis tatuajes. Son nórdicos y siguen en mi piel porque los hice con una tinta especial que no se nos borra a los inmortales. Lo descubrió Ragnar y, desde entonces, la usamos para marcar nuestra piel. Todos ellos están como el primer día. En todos estos cientos de años no han perdido su esplendor.

—Son todos nórdicos...

—Hablan del vikingo que soy.

—Me encantan. —Toca los tatuajes y noto como mi piel se pone de gallina por su contacto.

Cojo su cara entre mis manos y la beso, bebiendo de ella mientras la tomo en brazos para llevarla a mi cama. Necesito follar con ella ya o me volveré loco.

Capítulo 41

Imogen

Caigo sobre la cama de Darren. Sus sábanas de seda negra acarician mi cuerpo. Estoy ardiendo por él. Me llevó al límite en la cena. Hizo que no pudiera pensar en otra cosa que en estar así con él y tener mi ansiado orgasmo.

Dudo que, si me toco yo, sea lo mismo, y lo sabe. Sabe que no me conformaré con menos que esto.

Sube mis manos encima de mi cabeza y abre mis piernas sin tocarme. Me observa mientras mi cuerpo queda expuesto a su ardiente mirada.

—Antes de seguir, quiero avisarte de que no tengo condones. Los uso solo en el pub, porque lo hacen todos, pero ni puedo tener hijos, ni enfermar ni transmitir enfermedades sexuales...

—Tomo la píldora, Darren, y puesto que ni te puedo contagiar, ni tú a mí..., deja de hablar y haz otras cosas mejores con la lengua.

Aprieta el agarre y eso me hace gemir.

—Eres una mandona muy descarada, pero, aclarado ese punto, si tienes alguna duda de lo que va a pasar ahora, sal corriendo mientras puedas. —Libera el agarre.

—Fóllame, Darren.

Ruge y luego se acerca para besarme mientras sujeta mis manos y mis piernas con su mente. Siento su torso desnudo acariciar mis duros pezones mientras me besa y la dura tela de su vaquero acariciar mi sexo. Se mueve para que la fricción sea mayor y noto como mi coño resbala por la tela, notando su abultado miembro golpearla.

Lo necesito dentro de mí y por eso me contoneo para tentarlo con mi cuerpo. Lo que es una mala idea, porque la fricción aumenta y casi me corro sin hacer nada más.

—No te corras o no me tendrás dentro de ti.

—Pues no me tortures más.

—Te encanta que te torture.

Es cierto. Me gusta más de lo que creía. Me gusta que juegue conmigo, que me lleve al límite, para luego negármelo. Me gusta que no sea suave, que sea duro, que sea salvaje...

Besa mi cuello y noto la sangre bombear bajo su boca.

—Muérdeme... Muerde, por favor...

Darren duda, pero luego siento el roce de sus colmillos. El dolor me excita, y más cuando succiona y bebe de mí.

Darren ruge y, cuando me mira, sus ojos brillan de nuevo.

Nos besamos mientras aumenta el agarre. Abre más mis piernas y noto como me toca entre ellas, usando la magia, hasta llegar a mi sexo.

Lo hace mientras nos besamos y es como si una tercera persona estuviera aquí.

Luego baja la cabeza hasta mis pechos y los devora, mientras toca mi sexo con su magia antes de posar una mano en él.

Me toca con sus dedos mientras su contacto mental se esparce por todo mi cuerpo. Lo siento en la boca, en mi trasero, entre mis piernas... Es como si miles de manos me acariciaran.

La sensación es demasiado intensa, demasiado placentera.

Aprieto las manos y sé que estoy a punto de correrme.

Suelta mi mano y llevo una a su pelo. Tiro de él mientras se mete todo el pezón en la boca y lo succiona. El otro lo toca con la magia y veo como ambos se endurecen.

—Darren...

Tiro de su pelo y arañé su espalda cuando noto que me voy a correr.

—¿Te gusta sentirme en todas partes?

—Sí...

—¿Te gusta sentirte como en una orgía?

—Sí..., pero no puedo más...

Lleva su boca a la mía mientras su mano me acaricia el sexo y, con su mente, hace que sienta como me toca los pechos y como acaricia todo mi cuerpo. Noto como se cuela en mi trasero y como frota esa parte tan sensible.

—Darren..., no puedo más —le digo, cuando ejerce la presión justa en mi sexo y en mi trasero para que me sienta llena.

—Córrete —me ordena y me corro con fuerza, sin dejar de notar como toca mi cuerpo de todas las formas posibles.

Escucho el desgarrar de la tela y luego siento su glande en mi vagina. Duda un instante antes de entrar con fuerza en mi cuerpo, rompiendo la barrera de mi virginidad.

—Te prometo que mejora...

—Lo sé.

Me besa mientras me acostumbro a su invasión. Mientras noto como mi cuerpo se adapta a su dura polla y mi sexo se contrae en torno a esta, como si quisiera succionarlo. Hago fuerza con mi zona íntima y noto como el dolor pasa.

Darren gime.

—Joder, es demasiado bueno... —dice fuera de sí.

—Y eso que odias a las vírgenes.

Me mira.

—Nunca fue así. Nunca nadie ha tenido al hombre y a la bestia.

Lo beso sintiéndome única por su confesión.

Nos movemos juntos y noto que su mente provoca que sienta su contacto en todas partes, mientras entra y sale de mí. Lo siento llenar con su polla mi sexo, mientras endurece mis pezones con su mente y frota mi sexo con ella. Sus manos me tocan la cara, la espalda, los costados... Las lleva a mi trasero y lo coge mientras entra más fuerte.

—Más duro, Darren... —le digo cuando siento que se frena.

—No quiero hacerte daño...

—Por suerte, me curo pronto. —Apoya su frente en la mía.

Duda un momento antes de entrar con más intensidad, hasta el fondo.

Grito por la impresión. Gimo por el placer de sentirlo así.

Lo repite sin dejarse nada para sí mismo.

Cuando lo miro, sus ojos brillan y las sombras nos rodean. Estas son blancas y brillantes. Son muy bonitas.

Beso a mi bestia mientras entra y sale de mí con fuerza.

Lleva su boca a mi cuello y me muerde mientras toca mi sexo con sus manos y mis pechos con

su mente.

Grito por el pacer de sentirme tan llena, tan colmada de atenciones.

—Joder..., eres perfecta. —Su voz parece de otro mundo.

Cuando lo miro, es el berserker el que tengo ante mí. Su mirada es más ardiente, más brillante, y sus sombras son más oscuras, brillan de otra forma. Es más fiero, más tenebroso...

Lo beso sin miedo.

Las caricias aumentan y ahora las siento aún más placenteras, por el aumento de su magia. Su contacto se siente como si de verdad tuviera manos reales por todo el cuerpo, porque he despertado a la bestia del todo y siento su poder rodearme.

Lleva su mano a mi trasero y lo acaricia, mientras toca mi sexo con su mente y entra y sale de mí con fuerza.

La cama cruje bajo nuestros cuerpos.

—No pares —le ruego.

Ruge y se introduce con más fuerza.

Besa mi boca mientras siento a la vez que besa mis pezones y los lame con su lengua... Joder...

—Córrete para mí —me dice con su voz dura.

Aumenta las embestidas y me dejo llevar por este mar de sensaciones mientras entra y sale con más fuerza.

Me corro, al mismo tiempo que la cama se rompe y los dos caemos.

Darren se corre en mi interior llenándome con su esencia.

Me quedo quieta. No puedo moverme.

Darren intenta no hacerme daño con su peso.

—No puedo moverme...

—Dudo que yo pueda hacerlo en un rato —dice, aún con su voz de berserker—. ¿Te he hecho daño? —La preocupación hace que su lado bestia se aleje de sus ojos.

—No, estoy mejor que nunca... Tu cama, no.

—Compraré otra... O muchas más. —Besa mi boca—. Duerme, pequeña —me dice cuando bostezo—. Yo cuidaré de ti.

Acepto la oferta y me acurruco entre sus brazos, sintiéndome más protegida y amada que en toda mi vida. Sé que no es amor. Sé que solo me desea, pero yo sé que esto que siento por este hombre está más cerca de ser amor que del deseo.

A veces siento que llevo toda la vida buscándolo.

Capítulo 42

Darren

Imogen se está dando una ducha tras despertarnos juntos en la cama rota.

Yo llevo un rato despierto, asimilando lo que pasó. Nunca he dejado salir en la cama a la bestia que llevo dentro y mucho menos al berserker. Claro que antes no lo controlaba hasta este punto y, con ella, era como si no pudiera tener sexo sin hacerlo.

No sé qué tiene Imogen que hace que esto sea posible.

Mientras la veía alejarse hasta su habitación para ducharse, buscando espacio, yo me di otra ducha, pensando qué hacer para tener solo una puta vida a su lado.

No puedo cegarme con eso, porque solo tenemos el ahora, y luego... Luego la veré irse.

Pero prefiero eso a verla morir.

Sé que, si la veo morir, desearé la muerte cada segundo de mi existencia.

Prefiero verla marchar y creer que ella es eterna, como yo.

Aparto ese pensamiento de mi mente mientras saco los trozos rotos de la cama al salón.

Lo hago justo cuando Benjamin entra y, al verlo, pone mala cara.

—No sé si preguntar o no.

—Solo fue sexo...

—Ah..., claro. Yo, con mi mujer, destrozo camas a todas horas... ¿Ella está bien o tengo que limpiar su cadáver?

—Eso ni en broma.

—Vale, ella sigue viva y de una pieza. —Mira la cama y pone cara de horror—. De verdad, ¿era necesario romper una cama tan cara?

—No seas tan jodidamente tacaño.

—No, claro, porque romper una cama de miles de dólares es lo más normal del mundo. ¿Y tener sexo como siempre?

—No soy como el resto, Benjamin.

—Pues menos mal que en el pub no te dio por ir rompiendo todas las camas... Menudo desperdicio de dinero.

—Compra otra cama más resistente...

—¿Y usar el suelo para follar?

—Compra cinco, mejor. —Pone los ojos en blanco—. Tengo más dinero del que gastaré en toda mi vida.

—A este paso, en unos cien años estarás sin un dólar.

Me recorre un escalofrío al pensar en esos años sin él, sin Becky y sin Imogen.

—Tú sí sabes cómo joderme una buena mañana.

—Lo siento, y te la voy a joder más. Tienes reuniones importantes a las que ya llegas tarde.

—¿Vas a trabajar? —pregunta Imogen, saliendo solo con una camiseta.

Se sonroja al ver la cama y a Benjamin al lado.

—Sí, pero puedes quedarte aquí.

—¿Puedo ir con vosotros? Necesito sentirme útil.

Dudo, pero asiento. Sé que le gusta trabajar y también sé que donde yo me encuentre estará segura.

Se marcha para prepararse y hago lo mismo mientras Benjamin me recuerda de nuevo que, si sigo gastando el dinero así, me quedaré sin nada.

No sé cómo puedo querer tanto a este tacaño. Tal vez porque él y su hermana nunca me dijeron lo que quería escuchar, lo que los hizo diferentes.

* * *

Entro en el cuarto de Imogen y la veo subiéndose la cremallera de una falda tubo por su trasero. Este me llama y su cuerpo me tienta, pero no puedo ahora.

Al final, llevo una de mis manos a su cuello mientras otra rodea su cintura y aparto el pelo para besarla donde mi boca la marcó. No hay nada. Ni cicatrices ni nada.

La beso y tiembla entre mis brazos.

—Dime que estás bien... Dime que no te he lastimado.

—Estoy mejor que nunca. —Se gira y toca mi cara con sus manos—. Estoy bien y muy feliz. Lo que hacemos es único.

Lo es, y saberlo me mata.

—¡Como estéis follando, pienso entrar y separaros! ¡Llegamos tarde!

—Me gustaría ver cómo intenta separarnos —le digo a Imogen y se sonroja.

La beso en los labios levemente antes de apartarme de ella.

Voy hacia la puerta y veo a Benjamin con una sartén en alto.

—En serio, ¿pensabas apartarme de ella a sartenazos?

Asiente.

—Lo que haga falta. Llegamos tarde y con los puños no soy muy bueno. No hay tiempo para romper más camas hoy.

Imogen se sonroja y pasa por su lado hasta la puerta.

—Eres muy tonto, Ben, si piensas que una sartén podría valer —lo pico para enfadarlo.

—No te soporto. Servir a un inmortal es el peor trabajo del mundo.

—Eso díselo a tu culo enfundado en un Armani.

Gruñe y se marcha hacia el ascensor.

Entramos tras él.

—Eres un borde —me recrimina Imogen.

—Y él un quejica. En mi época, sería el primero en morir en la guerra.

—¡Qué suerte la mía, vivir en una época en que no necesito luchar! —Me mira serio.

—Quién sabe, porque lo mismo pronto los lidelse vienen a por mí y tienes que luchar con tu espada —bromeo.

—O coger una de sus espadas y matarte, porque así me quedaría con todo y a vivir del cuento.

—Siempre dice lo mismo —le digo a Imogen—, pero en el fondo me quiere.

—En tus mejores sueños. —Me río.

Salimos y vamos al coche.

Sostengo la puerta a Imogen, mientras Benjamin se pone al volante.

Entra y se acomoda en el asiento.

Benjamin me pasa la tableta y no para de decirme cosas del trabajo durante el trayecto.

Imogen mira por la ventana y, aunque no me lo dirá, está preocupada. Lo de que su familia pudo pertenecer a la mafia y tenga que saldar su deuda la inquieta. Sé que por eso quiere estar aquí, para no tener miedo.

Aun así, lo huelo en ella. El miedo, la incertidumbre y la sensación de pérdida por un pasado que no recuerda, pero que parece no querer dejarla avanzar.

—¡Darren! ¿Me estás escuchando?

—No, pero da igual. Soy el mejor en los negocios.

Benjamin bufa.

Cojo la mano de Imogen y la acaricio.

Se gira y me mira con una dulce sonrisa.

—Todo irá bien —afirmo, porque no necesito que me confirme lo que ya sé: que está mal.

—Eso espero.

Llegamos a las oficinas y salimos los tres del coche.

La gente no me mira a mí, pero la observan a ella mientras se preguntan por qué va a mi lado, por qué está tan cerca de mí. Algunos la reconocen y hablan de ella mal. La acusan de ser una trepa, una cualquiera o una zorra.

Es horrible que entre mujeres sean tan sumamente crueles. No entiendo como luego luchan por la igualdad mientras se clavan puñales por la espalda por el camino.

La igualdad empieza por uno mismo, mientras el resto va llegando, y lo sé porque he visto a hombres y mujeres luchar por un mundo mejor.

—Siempre supe que era una zorra —dice una tal Hester, lo bastante alto para que Imogen lo escuche.

—Y yo soy un puto cabrón sin emociones —le suelto sin control—. Estás despedida y a ver

ahora quién te da trabajo.

—No —me dice Imogen—. No quiero eso. —La miro y está agobiada—. No soy una zorra ni una puta. No soy nada de eso y esta gente no me conoce. Que piensen lo que quieran, porque, mientras tanto, yo soy feliz sin joder a nadie.

La observo enfurecido y fuera de mí por esta injusticia.

No sé cómo puede mirarme con esa dulzura. No le duele, no le afecta todo esto, y sé que es porque en su vida lo ha vivido tantas veces que tuvo que hacerse la fuerte.

—No la despidas, pero la quiero lejos de aquí, ya. —Noto que estoy perdiendo el control.

Entro en el ascensor solo con Imogen.

La bestia ruge, porque quiere destrozar cosas.

Quiero destrozar este mundo que es capaz de marchitar algo tan bello como Imogen. Odio la envidia y odio a la gente que es capaz de todo por sentirse mejor.

—Darren... —Imogen detiene el ascensor y coge mi cara entre sus manos—. Mírame, por favor.

—Odio que te hagan daño —hablo sabiendo que el berserker quiere quemar este puto mundo.

—Mírame, Darren. —Lo hago y me pierdo en sus ojos verdes. Sonríe, es feliz—. Este mundo se puede ir a la mierda mientras yo sea feliz contigo.

Sus palabras me calan hondo y me hacen perderme en ella.

Las atesoro en mi alma sabiendo que es lo más bonito que nadie me ha dicho en mi puta vida.

No la merezco. No quiero necesitarla. No quiero amarla...

Pero soy tan suyo como ella es mía, desde la primera vez que nos miramos.

¿Cómo puede llamarse vida a una donde tengo que perderla? Debería llamarse muerte o infierno, porque el paraíso solo lo puedo encontrar entre sus brazos.

Entonces, la beso y que se joda el mundo. Ahora la necesito y lo demás no importa, mientras la tenga a ella un segundo más.

Capítulo 43

Darren

—Quítate la ropa o súbetela si no quieres que la haga jirones y salir de aquí desnuda.

—Eres un bruto.

—No he visto que eso te importara anoche. —Beso su cuello y meto las manos bajo su falda. Toco su sexo y veo que la humedad traspasa la ropa interior—. La rompo.

—Tira de la cremallera, Darren.

Gruño y llevo mi mano hasta el cierre de su trasero. Tiro con cuidado, lo que es complicado ahora mismo, que soy más bestia que hombre.

La falda cae a sus pies y rompo su ropa interior.

Da un grito por la impresión, y más cuando uso la magia mental para alzarla y ponerla contra la pared, con las piernas abiertas. Es como si estuviera apoyada en una mesa.

—Dime que si este trasto se rompe, podemos sobrevivir.

—No dejaré que nada malo te pase a mi lado. Te lo juro —le prometo, antes de bajarme el pantalón y entrar en ella.

Apoyo mi frente sobre la de Imogen mientras siento cómo las paredes de su vagina me succionan.

Tomo aire y solo soy consciente de ella. La furia es sustituida por el deseo que siento por esta mujer y no existe dolor u odio. Solo placer.

Salgo de ella para entrar con fuerza.

El ascensor se mueve, pero eso no me detiene.

Busco su boca y la beso mientras mis manos van a su camisa y desabrochan uno a uno los botones, hasta que el sujetador de encaje queda a mi vista, y las cuelo para acariciar sus pechos.

—Darren... —dice, cuando tiro de uno de ellos y muerdo su boca.

Salgo de ella y entro hasta el fondo. Empujo mi pelvis hacia delante y atrás, notando como el roce de esta con su sexo la excita.

Quiero que esto dure más, pero sé que el tiempo corre en nuestra contra.

Por eso llevo mi mano hasta su sexo y lo froto mientras entro y salgo de ella con intensidad.

—Córrete... —Aumento las embestidas y el roce de mis dedos, hasta que se deja ir sobre mi polla.

Noto sus contracciones y como su sexo me exprime y no puedo no seguirla. Me corro con fuerza en su interior, llenándola con mi esencia, como hace años que no hago con nadie.

La beso con lentitud, mientras nuestras respiraciones se normalizan, y noto como mi lado bestia se aleja de mí más rápido que nunca.

Cuando abro los ojos, me sonrío, y eso hace que quiera poner el mundo a sus pies.

—No hemos roto el ascensor. Vamos mejorando.

—Eso es porque es uno de los más seguros de esta ciudad. Yo mismo hice que crearan un sistema anticaída y que reforzaran los cables.

—Y eso que sabes que tú no morirás...

—A uno de mis hermanos le da miedo todo esto. Era por si alguna vez venía.

—¿Un inmortal con miedo?

—Vive en una cueva. Odia la evolución; ya la odiaba antes de ver todo el cambio de este siglo, por lo que imagínate ahora. —Sonríe entendiendo mi explicación.

Nos arreglamos la ropa y doy al botón del ascensor para que suba.

Cuando se abre la puerta, Benjamin nos mira y niega con la cabeza.

—Era follar o matarlos a todos. ¿Preferías lo segundo?

—No, por favor. —Mira a Imogen—. Ve por allí, te están esperando, y tú... Mueve tu culo y ven de una puñetera vez a hacer tu trabajo.

—Cómo no.

Guiño un ojo a Imogen y la veo irse, sabiendo que lo que más me gustaría hacer ahora mismo es irme con ella a cualquier parte donde estemos solos.

Aparto esos pensamientos de mi mente, ante el miedo que me da lo que puedan significar, y sigo a Benjamin a la sala de juntas. Les ha dicho que tuve que resolver un problema urgente.

Hago mi trabajo, sabiendo que no paro de pensar si Imogen está bien o si la mala suerte que la persigue, o quien vaya tras ella, la ha lastimado.

Nunca he vivido con esta angustia en el pecho; con la sensación de que, cuando Imogen no esté conmigo, no estaré completo y no podré volver a respirar con normalidad.

—Relájate —me dice Benjamin en un descanso, de vuelta al despacho.

—Estoy muy relajado. Gracias —miento y lo sabe.

—Mejor, porque han mandado esto de Imogen. El detective no ha descubierto nada de su pasado y tampoco hay nada en las cámaras de seguridad de donde sufrió el ataque. O alguien ha borrado las pruebas o es gafe solamente.

—No creo que sea eso. Hay algo más...

—¿Algo que explique lo de las runas? Porque eso sí que no lo entiendo, por mucho que su padre fuera un puto mafioso.

—Yo tampoco. Pensaba que el detective encontraría algo en su pasado que lo explicaría.

—Solo hay una explicación posible. Una en la que tú no quieres pensar.

—No quiero que lo digas...

—Ya, pero esa realidad está sobre la mesa. Ellos no pueden llevar vuestras runas, porque les afectan.

—Te puedo jurar que su sangre no me mata.

—No me des detalles, por favor —me pide—. Pero sabes que puede descender de una de las personas que enviaron para encargarse de vosotros y que fueron manipulados genéticamente con la magia. Solo eso explicaría todo.

—No a todos les pasa lo de las runas.

—No, cierto, pero esa posibilidad está sobre la mesa y tal vez pueda ser un peón en este juego para matarte. Sabes que, si han matado a otros, ha sido por sus elaborados planes; algunos preparados con cientos de años por delante, gracias a los que tienen visiones del futuro.

No digo nada, porque es una posibilidad. Con Imogen bajo la guardia hasta el punto de que no me importe nada salvo ella.

—Tal vez deberías alejarte de ella, para pensar con algo más que no sea la polla.

—Vete a la mierda, Benjamin.

—Sí, a eso voy. Tenemos otra reunión ya. Tú solo piénsalo, ¿vale?

No le digo nada y lo sigo a la reunión, odiándolo ahora mismo por ser tan puñeteramente aguafiestas.

Aunque ya pensé en esa posibilidad, la dejé de lado por todo lo que ella me hace sentir, pero es cierto que a Imogen la han podido enviar los lidelse, sin que ella sepa qué papel tiene en este juego.

Capítulo 44

Imogen

Llego a la casa de Darren tras un día agotador. No lo he visto desde esta mañana.

Me ha mandado un mensaje para decirme que estaría liado y que llegaría tarde, porque tenía una reunión de negocios a la que debía acudir en su avión privado.

Un chófer me esperaba en la puerta para traerme a casa y subí mientras sentía la afilada mirada de todas las envidiosas que sé que desearían estar en mi lugar.

Al final, esta gente no me aporta nada en la vida y aprendí hace tiempo a que me resbalara todo. Claro que fue por las malas.

Tras ponerme cómoda, me preparo algo para cenar y, mientras lo hago, llamo a Becky. Me dijo que contactara con ella en cuanto pudiera hablar sin nadie cerca.

Me lo coge a la primera.

—Hola, ¿qué tal todo por allí?

—Ha habido cambios... Digamos que he dejado de huir de Darren.

—¡Joder! ¿Y cómo es el sexo con un inmortal? Tiene que ser increíble.

—Rompimos la cama... —Se ríe—. ¡Qué vergüenza! Tu hermano luego nos miraba como si fuera nuestro padre. —Se ríe más fuerte.

—Mi hermano es un aguafiestas. No sabe divertirse ni bajar la guardia, pero, joder, ahora me das mucha envidia. El sexo con simples humanos me aburre... Tal vez me dedique a buscar a los otros dos inmortales, solo para probarlo.

—Estás loca. —Se carcajea y me apoyo en la encimera—. Esto solo es pasajero. Un día, Darren se cansará de mí.

—¿Y tú de él?

Pienso en su pregunta, sabiendo que la respuesta me aterra, pero no por eso no existe.

—Dudo que lo olvide en toda mi vida.

—Pues tienes un problema gordo, porque eso indica que estás enamorada de él.

—Lo sé. —Noto como me falta el aire—. Nunca he estado enamorada de nadie. No he tenido tiempo y es aterrador. Si a eso le sumas que Darren es un ser inmortal con poderes y que no desea querer a nadie... Pues es más acojonante.

—Sí, pero ya has tratado de olvidarlo y no has podido. Has intentado hacer tu vida ignorando tus deseos y solo te has hecho daño a ti misma. Disfruta, folla como una loca con tu inmortal, y luego yo estaré aquí para ser tu paño de lágrimas en París. Que, oye, no está tan mal ese final.

—No, no lo está.

—Lo que me tienes que prometer es que si Darren me borra la mente, me buscarás y me harás que te recuerde.

—No creo que lo haga de nuevo...

—Mira, mejor dejo un vídeo en mi móvil diciendo que te conozco, o te lo envío para que me lo pongas. Sí, es lo mejor.

—¿Crees que sería capaz?

—Vi a Darren cuando murió mi abuelo. Yo estaba mal, pero él estaba devastado. El dolor de su mirada era palpable. Mi abuelo murió con noventa y nueve años. Para él fue toda una vida, pero para Darren fue un suspiro. Lleva pasando por esto cada vez que un Benjamin se ha marchado. Sí, creo que me borrará la mente.

Noto dolor en el pecho por Darren y sí, creo que sería capaz de borrarle la mente.

—Vale, te lo prometo.

Seguimos conversando mientras ceno y en un momento graba un vídeo que me envía antes de continuar hablando.

Cuando cuelgo, la casa se me antoja demasiado grande y silenciosa.

Salgo hacia mi dormitorio, tras recoger todo, y miro la habitación de Darren, donde ya hay una nueva cama que parece mucho más fuerte.

Solo de pensar lo que pasó me sonrojo y me excito a la vez.

Joder, nunca dejaré de desearlo, de ansiar su boca, su cuerpo... De ansiar su corazón.

Ese pensamiento es peligroso y aterrador.

* * *

Llego al trabajo con el chófer y entro en el edificio seguida de uno de los de seguridad.

La gente, al verme, sigue asombrándose de que yo esté aquí. Claro que esta empresa es donde trabajé hace meses, antes de conocer a Darren; donde lo desafié mirándolo, y he regresado.

Lo que me inquieta es que la gente piense que puede mirar a Darren y eso haga que huya a otra ciudad para empezar de cero.

Tal vez ese sea su plan.

O no, porque creo que nadie más tendrá mi osadía.

No me ha llamado en todo el día. No sé nada de él y tampoco ha pasado por casa. El viaje se ha alargado más de lo que esperaba.

Eso, o es solo una excusa barata para huir de mí.

Con él nunca se sabe.

Hago mi trabajo lo mejor que sé.

A media mañana siento a Darren cerca. Espero que me llame o se me acerque, sin éxito.

No sé nada de él en todo el día.

Va listo si piensa que voy a ir detrás de don ocupado, que no tiene ni un segundo para ver si sigo viva.

Pienso lo que le dije el otro día en el ascensor, que estuvo muy cerca de ser una confesión romántica.

No debí decir nada.

El sexo es solo eso: un intercambio de placer hasta que cada uno siga con su vida, como si nunca hubiera sido parte de otro cuerpo, de otro ser.

Por eso, me sorprendo cuando salgo del trabajo, porque me encuentro en el coche a una mujer que me va a acompañar para ir de compras.

—¿Y para qué necesito ir de compras?

—El señor Douglas dice que tenéis una cena importante esta noche y estoy aquí para ayudarte con todo. Para comprar en su nombre todo lo que necesites.

Miro hacia arriba, hacia donde está su despacho, y me pregunto si me está viendo.

No le doy más vueltas y entro al automóvil preparada para gastar su dinero y nerviosa por lo que tenga preparado.

Espero que no sea una encerrona... No, Darren no me haría algo así. Él cuida los detalles y no es un cerdo como Ull.

Toca disfrutar de cada instante a su lado. Luego ya me esperará una vida lejos, con Becky.

Pero, hasta ese momento, me gusta ser parte del mundo de mi querido inmortal de ojos aguamarina.

Capítulo 45

Darren

Espero a Imogen en la puerta del Empire State. He organizado una cena en uno de sus miradores más famosos, arriba del todo.

No ha sido fácil, pero por algo media ciudad es mía. Al final, los he convencido por un módico precio.

Llega el coche y abro a Imogen la puerta.

Luce un precioso vestido de seda blanco, con el pelo muy a los años veinte y el maquillaje similar. Sonríe de forma descarada cuando la miro, adivinando por qué está así.

—No eres un gorila, pero, cuando me dijeron dónde sería la cena con mi bestia particular..., me pareció acertado.

—Pues ya sabes lo que dicen: que no fueron los aviones los que mataron a la bestia. —Le tiendo el brazo y ella pasa su mano por este—. Fue la mujer.

—Esa frase no es justa para la mujer —me dice mientras entramos—. Pero sí, si él hubiera seguido en su isla, nadie lo habría matado, pero se enamoró de ella y eso le hizo bajar la guardia. Al final, no fue la mujer quien lo mató. Fue el amor.

—Me estoy arrepintiendo de haber elegido este sitio...

—Bueno, para arrepentirte, deberías estar enamorado de mí. —Sonríe, mientras entramos en el ascensor.

Benjamin no estaba de acuerdo con el plan. Le gustaba más la idea de que todo acabe, pero, cuando pensé en esa posibilidad, supe que no sería tan malo morir por ella. No me aterra la idea de morir en sus brazos. Me angustia la idea de vivir sin ella.

Pero, para eso, queda mucho.

Subimos hasta la azotea, donde nos esperan para servirnos la cena, e Imogen se acerca para ver la ciudad bajo nuestros pies mientras el atardecer se abre paso entre las nubes.

Pone los brazos abiertos para que el aire la acaricie.

Y pensar que hace unos meses tenía vértigo...

¿Y si era mentira?

Se gira y me sonrío. Hay tanta belleza en su mirada que sé que, si esto es una trampa bien urdida, ya he caído preso de ella.

Me pongo tras ella y la abrazo por la cintura mientras la alzo con mi magia y abre los brazos para sentir el aire.

Nadie mira. Nadie se atreve. Este momento es nuestro. De los dos.

Se gira feliz, llena de dicha, y, por cómo me mira, bien merece mi muerte.

Entiendo que King Kong muriera por amor, porque, de golpe, morir por quien más amas no me parece un plan tan aterrador.

Beso su cuello y tiembla entre mis brazos.

—¿Llevas todo el día de reuniones o huyendo de mí?

—Las dos cosas —admito—, pero sigo aquí.

—Sí, de momento sigues aquí. —Acaricia mis manos—. No me importa el tiempo, Darren, pero, cuando esto acabe, sé claro, ¿vale?

¿Y si durara toda una vida? ¿La mía o la suya? La mía... No quiero pensar en la suya. Yo ya he vivido suficiente.

—Lo seré. —Beso su boca y me pierdo en ella—. ¿Les digo que se vayan? Follar en este lugar se me antoja interesante de golpe. —Se ríe.

—No, tengo hambre y me gusta la comida caliente. Ya habrá tiempo para el postre —me dice descarada.

Gruño y la dejo ir a la mesa.

Aparto su silla y me siento frente a ella en una pequeña mesa con velas y con unas rosas rojas.

—Estás preciosa —la halago y sonrío, agrandando sus labios rojos.

—Gracias. Tú tampoco estás mal... Aunque siempre llevas traje. —Me levanto y me quito la chaqueta ante su atenta mirada, y luego el chaleco y la corbata. Desabrocho varios botones de mi camisa blanca y, por su mirada, sé que le gusta lo que ve—. Mucho mejor.

—Se me da muy bien complacerte.

Empiezan a servir la cena y les doy las gracias tras pedirles que se vayan cuando terminen. Mentalmente, les indico que nunca hemos estado aquí y que mañana ya recogerán todo.

Imogen los ve irse sin decir nada.

—¿Trastocando las mentes humanas, Darren?

—Se me da bien. —Sonríe. Como y mira mi boca. Se fija en mis dientes—. ¿Quieres preguntar algo?

—¿Tus dientes son afilados? —Su respiración se agita cuando recuerda mis dientes en su piel. Puedo oler su excitación.

—Solo cuando soy una bestia. Se afilan un poco.

—Ah... ¿Alguna vez has tenido sexo así? Supongo que sí... Qué pregunta más tonta...

—No. —Agrandando los ojos—. En todos estos cientos de años, mi lado más primitivo solo te ha deseado a ti. Nunca ha formado parte de mis encuentros sexuales...

—¿Y qué tengo yo de diferente?

—Créeme, eso me lo he preguntado yo más de una vez. —Su mirada se entristece—. No te ofendas, Imogen, pero he conocido a muchas mujeres. He estado con ellas —aparta la mirada, celosa— y, sin embargo, solo he repetido contigo. Solo a ti te ha deseado todo mi ser.

Su mirada se centra en la mía.

—¿Tienes miedo de lo que pueda significar eso?

—Si lo dices por si es amor, no. Sé que no es amor. No he nacido para amar a nadie. —Huelo el dolor sin necesidad de mirarla—. No quiero mentirte, Imogen. Creo que te deseo como a nadie. Que tienes algo que no he encontrado en mi vida, pero, si fuera amor, lo sabría.

—O no, porque si nunca lo has sentido, tal vez no sepas identificarlo.

—Parece que tú quieres que te ame.

—No seas tonto. Sé que tengo solo un instante de ti y luego me iré a París con Becky. —Mira las luces de la ciudad. Saber que se irá me duele mucho—. Pero no tengo que irme ya. No quiero irme ya —indica con un hilo de voz.

—Yo ahora mismo no puedo imaginarme dejándote ir.

Se gira y me sonrío.

—Entonces, disfrutemos de esta cena.

Asiento y degustamos la cena mientras veo como su pelo rubio se mueve por el viento y con cada bocado emite un pequeño gemido.

Se da cuenta de que no dejo de mirarla y se hace la coqueta. Luego se ríe y me pierdo en ella.

Si fuera amor, lo sabría.

Si fuera amor, estaría jodido.

Muy jodido.

Imogen tira de mí y me levanto.

—Quiero sentirme como King Kong. Vamos a lo más alto. —Señala la punta del edificio. Es peligroso, pero ella está segura conmigo. A mi lado, nada malo le pasará nunca.

—Estás loca.

—Vamos, que quiero estar con mi bestia en las alturas.

Coge mi mano mientras disfruto de cómo suena eso.

«Su bestia.»

—Y pensar que antes te daban miedo las alturas.

—Es increíble, ¿verdad?

O una trampa, me dice mi voz interior, como si fuera Benjamin. Odio que se cuele aquí.

La cojo en brazos mientras dejo salir al berserker.

Grita por la impresión y luego se coge a mi cuello sin dejar de admirar la transformación. De mi espalda sale la sombra de un gorila, que hago que sea grande y fiero, como el de la película.

—No me lo puedo creer.

—Qué puedo decir, soy increíble.

—Eres un creído.

Me río y uso mis manos y las manos de la sombra para trepar hasta lo más alto, con ella en brazos.

Imogen lo mira todo sorprendida.

Mi poder no deja de crecer. Desde que he dejado de huir de esa parte de mí, puedo controlar las sombras mejor que nunca. Puedo hacer que se sientan corpóreas por un instante.

Llegamos a lo más alto y miramos la ciudad desde arriba.

—Es precioso, Darren... Gracias por regalarme un recuerdo así.

Me pierdo en la emoción de sus ojos, en ese brillo de las lágrimas, por la belleza que está

viviendo conmigo. A su lado he dejado de sentir que soy una bestia. He aprendido a amar mi lado más oscuro.

¿Tan malo sería quedarse con ella para siempre?

«Lo mismo ella es tu sentencia de muerte.»

Esto me lo dijo Benjamin hace unas horas y saber que por una vez sería yo el que desapareciera, sin ver morir a nadie más que me importe, me parece increíble.

Salto y grito de la impresión antes de que las alas aparezcan en mi espalda, más impresionantes que nunca.

Planeo con ella entre mis brazos y la pego a mí con fuerza.

Grita cuando caigo en un edificio y se acerca a mi cuello con miedo.

—Cuidaré de ti —susurro en su oído—. A mi lado no dejaré que nada malo te pase.

—Lo sé..., pero, joder, es impresionante.

—Pues no has visto nada.

Corro hasta el bordillo y nos tiramos al vacío.

Grita y se aferra a mí hasta que me sujeto, usando las sombras, en el saliente del edificio más próximo. Noto como la sangre corre con fuerza por mis venas y mi lado salvaje se siente más vivo que nunca.

Esta noche la ciudad es nuestra.

Capítulo 46

Darren

Llegamos a mi casa y entramos en mi dormitorio. No oculto al berserker. La deseo con cada parte de mi alma y de mi ser.

Cojo su cara entre mis manos para besarla mientras rompo su vestido en cientos de trozos con mi mente, y también su ropa interior.

Muerde mi labio y tira de él mientras toco su cuerpo con mis manos y con mi mente.

No dejo parte de ella sin acariciar. No dejo centímetro de su piel sin memorizar.

Ando hacia la cama y hago que las sombras la cojan y la lleven hasta el centro del colchón mientras abren sus piernas y sus brazos.

—Me gusta tenerte expuesta a mis deseos —le digo, observando su aterciopelado sexo húmedo por el deseo.

—Te gusta someterme.

—Me encanta.

Uso las sombras para que acaricien su cuerpo. Son de un color más claro, casi incorpóreas, pero sé que las sentirá, como mis manos.

Y así es.

Cuando toco sus pechos y su sexo desnudo, da un respingo.

Sus ojos se encuentran con los míos. Hay sorpresa en ellos cuando pellizco sus pezones al tiempo que abro su sexo para acariciarlo.

Verla retorcerse en mi cama mientras le doy placer es increíble.

Siento las caricias como si las hicieran mis manos. Esto nunca ha pasado, pero con mi lado berserker todo es más intenso y a su lado mi poder no deja de crecer. Es como si mis manos estuvieran por todo su cuerpo.

Ando hacia ella mientras me quito toda la ropa y la muevo para que se arrodille en la cama.

—Necesito tu boca en mi polla. No sabes la de veces que he imaginado tus labios rojos rodeándola.

Tiro de su pelo y muerde sus labios.

Asiente decidida.

Ve el hambre en su mirada antes de poner sus manos en mi miembro, y luego acerca su boca. Gira su cabeza hasta que su lengua chupa mi glande y gime por su sabor.

¡Joder!

Noto como la bestia ruge, y más cuando se mete casi toda en su caliente y mojada boca.

Hago que las sombras la toquen y le den placer mientras mis manos se enredan en su pelo.

Gime y el sonido vibra en mi polla.

Cuanto más excitada está, más fuerte me come.

Succiona mi miembro, mientras veo como sus pezones son retorcidos por mi sombra. Están duros y me invitan a tenerlos en mi boca.

Llevo una mano hasta su sexo y noto lo húmedo que está.

Paso los dedos por este mientras las sombras tocan su culo y le dan una palmada que le hace temblar.

Le gusta sentir una pizca de dolor. Por eso, lo repito mientras hago que sienta presión sobre su ano.

Muerde mi miembro levemente y casi me corro por eso.

¡Joder!

Lo saca de su boca y lo lame de abajo arriba.

Golpeo su trasero con mi mente al tiempo que pellizco sus pezones con mi mente y su clítoris con mis dedos.

Gime de placer y se mete mi polla en la boca hasta el fondo.

Llevo mis manos a su cabeza y la guío, sabiendo que me voy a correr en su boca.

No paro hasta que lo hago dentro de ella.

Noto como su placer aumenta y como desea el orgasmo prometido.

La dejo sobre la cama y abro sus piernas con mis sombras, que no dejan de acariciar su cuerpo. Me dirijo a sus pechos y me los llevo a la boca, ansioso de sentirlos duros en mi lengua.

Lo hago mientras la toco por todas partes.

—Darren... —Sé que no puede más y que está al límite.

—Puedes aguantar un poco más —le pido, mientras bajo los besos por su plano estómago hasta su sexo. Lo lamo desde la vagina hasta su clítoris.

Sus caderas se contonean.

Lo repito varias veces, bebiendo de ella mientras toco y acaricio sus pezones con mis sombras.

Alzo su cuerpo con mis sombras para que vea cómo me pierdo entre sus piernas.

Lamo desde su ano hasta el clítoris y luego hago que sienta presión en su vagina y su culo mientras lamo ese punto sensible entre sus pliegues.

—Darren...

—Aguanta —le pido y gruño.

Doy un azote en su trasero y gime. Repito la acción mientras mi boca lame su sexo con gula, hasta meter mi lengua dentro de ella.

Noto como las paredes de su vagina palpitan a punto del orgasmo.

Meto mi polla, ya lista, notando cómo su sexo me acoge y me oprime.

Me tumbo sobre ella y beso su boca, mientras su sexo se amolda al mío.

Salgo de ella y entro con fuerza.

La bestia ruge y la cama cruje bajo nosotros.

—Más duro, Darren —me suplica y eso hago.

Salgo de ella y entro con más ímpetu, empotrando su pequeño cuerpo contra la cama.

Joder..., esta mujer va a acabar conmigo.

Salgo de ella una y otra vez mientras nos besamos.

Llevo mi cabeza a su cuello y muerdo su piel levemente, sintiendo su sangre correr por mi boca. Mi lado más primitivo gruñe mientras ella se retuerce de placer.

Lamo la zona y la beso, sin dejar de mover nuestras caderas, buscando el orgasmo prometido.

—Darren... —me suplica cuando no puede más.

Salgo de ella y entro con más fuerza.

—Córrete para mí.

Me muevo con más rapidez mientras hago que sienta por todo su cuerpo cómo la toco. No dejo ni una sola parte de su piel sin acariciar, sin venerar...

Se corre con fuerza, haciendo que su sexo palpite en torno a mí, y me dejo ir con ella, llenando su vagina con mi esencia.

La cojo entre mis brazos sabiendo que no puede moverse, porque está demasiado cansada para hacerlo.

Se acuna en mi pecho y sonrío, feliz y plena.

Acaricio su pelo rubio sabiendo que, de momento, soy incapaz de renunciar a esto. A lo que siento con ella cerca.

Capítulo 47

Darren

Intento centrarme en lo que tengo delante en mi despacho, pero el problema es que solo quiero estar con Imogen y, a poder ser, desnudos y solos en mi casa.

Pero aquí estoy, con mis obligaciones mortales, porque llevo un sinfín de empresas y mucha gente depende de mí.

Ahora mismo no me atrae tener tanto dinero.

Solo quiero estar con ella, teniendo el sexo más guarro y loco de mi vida.

Pero aquí estoy, con un montón de papeles que revisar.

Benjamin está en una reunión a la que no he tenido que ir, e Imogen trabajando en esta misma planta, ordenando archivos antiguos.

Estoy a punto de ir a buscarla cuando siento la presencia de Derick cerca.

No puede ser.

¿Ha volado hasta aquí?

Si ha volado es porque la cosa no pinta bien.

Cuando me llaman para informarme de que alguien pregunta por mí les digo que lo dejen pasar hasta mi despacho.

Espero paciente hasta que la puerta se abre y pasa Derick, vestido con unos vaqueros y una camisa negra. Lleva una mochila colgada al hombro.

Nada en él hace pensar que es un guerrero, salvo sus duros músculos y su mirada fiera.

Clava sus ojos plateados en mí y camina con esa elegancia que ha tenido siempre por ser alguien de la realeza.

—Espero que no te importe mi visita y que tengas un puto sitio donde poder entrenar, para dejar que la bestia se desate... Me está matando desde que subí al avión.

—Y yo que creía que el que odiaba esos trastos eras tú.

—Es la bestia.

—Sois la misma persona.

—Y una mierda soy esa cosa. —Noto la furia en su voz. A mí también me costó aceptarlo, por lo que dejo el tema de momento—. Tengo que devolverte tus recuerdos. Estoy aquí por ellos.

Eso hace que me ponga alerta.

—¿Qué pasa con Imogen?

—Vaya, veo que la recuerdas. ¿Os habéis vuelto a ver? —Alza una ceja—. ¿Es a ella a quien huelo en tu piel? —Se ríe—. Claro que sí, joder. Y tú que creías que con todo ese paripé la olvidarías.

—Deja de reírte de mí y dime qué cojones has venido a hacer aquí.

—Sé de qué nos sonaban sus ojos. Me he acordado de a quién nos recordaban. Lo que me sorprende es que no lo veas.

—¿Y cómo lo has recordado?

—Decidí no dormirme de nuevo y eso hizo que los recuerdos me asolaran. Todos esos que me gusta tener a raya para que no me jodan la vida... Entonces, recordé a alguien y até cabos.

—¿Vas a decirme de una puta vez a quién cojones recordaste?

—Interesante. Esa joven te importa, y mucho.

—No me hagas perder la paciencia, Derick, y habla.

Asiente y abre su mochila. De esta saca una caja y una foto. La deja sobre la mesa.

Es una foto no muy antigua de Esben.

No sé qué narices quiere decirme hasta que me pierdo en los ojos verdes de quien fue mi mejor amigo.

—No puede ser... Nosotros no podemos tener hijos.

—No, porque si no habría cientos por medio mundo, ¿verdad? Follar es uno de nuestros placeres.

—De alguna forma hay que desfogarse. —Se ríe—. Es una coincidencia que se parezcan...

—¿En serio? Yo creo más bien que es una descendiente de la hermana de Esben y eso explicaría el parecido. No puede haber otra explicación.

—No, está claro que no.

—Quiero verla. Sé que está cerca. Siento su aura más fuerte que la del resto y está entrelazada con la tuya.

—Es solo sexo...

—Ya, y yo solo soy un simple mortal, pero tú mismo.

Llamo a Imogen y la puerta se abre.

Entra con paso firme y mira a Derick.

Por su mirada, sé que sabe lo que es.

Derick se queda mudo, sin palabras, mientras la observa.

Yo la miro a la luz de este nuevo descubrimiento, tratando de averiguar si es cierto que se parece a Esben.

Tiene esos ojos verdes que parecen de otro mundo y esa mirada fiera y decidida. También esa sonrisa que hacía que todos lo viéramos como un referente, porque siempre nos daba aliento para no decaer.

—¡Joder! ¡¿Cómo no has podido verlo antes?! ¡Si hasta tiene su hoyuelo y esa mirada descarada de sabelotodo!

—¿De quién estáis hablando? —pregunta Imogen.

—¡Si hasta tiene su descarado! Joder, cómo son los putos genes y cómo persisten durante años. O lo mismo se ha reencarnado en ella. ¿Te imaginas estar follando con la reencarnación de tu mejor amigo?

—¡No me jodas! —espeto.

Derick se ríe por mis palabras.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si no estuviera?

Imogen nos mira enfadada y Derick le hace una reverencia.

—Mi nombre es Derick Erikson. Encantado de conocerte.

—Imogen Edivane, y si es un placer conocerte, ya lo dirá el tiempo. —Esta se pone a mi lado y Derick sonrío.

—Y yo que creía que estar en una cueva era más divertido que esto.

—¿Podéis decirme qué está pasando? —pregunta Imogen.

Le tiendo la foto de Esben. La mira y se da cuenta del parecido.

—Creemos que descienes de la hermana que tenían él y Ragnar, porque es evidente el parecido que tienes con Esben.

Imogen se pierde en la foto sin decir nada. Parece ida. Lejos de aquí.

Siento su dolor desgarrador, que no sé de dónde viene.

—¿Creéis que mi familia descende de uno de los vuestros?

—Bueno, de nosotros, no, porque no podemos tener descendencia, pero sí del linaje de su hermana —apunta Derick—. Lo mejor es hacer una prueba de paternidad con las cosas de Esben y ver si nos aclara algo.

—Pero su hermana murió hace años... Desde entonces, hasta llegar a mí, han pasado muchas mezclas genéticas.

—Es lo único que tenemos, Imogen —le indica Derick, usando su tono de príncipe que hace lo que le sale de las narices.

—Vale, por mí está bien. Mejor eso que ser hija de unos mafiosos.

—Bueno, tus padres lo mismo eran unos mafiosos —le dice Derick.

—Lo tuyo no es el tacto, ¿verdad? —le replica Imogen.

—Soy encantador.

—De cocodrilos —le replica ella y Derick se ríe.

—Entiendo por qué te gusta tanto esta simple mortal.

—Yo lo que no entiendo es cómo te soporto a ti —le contesto y Derick me guiña un ojo.

—¿Sabes dónde hacer las pruebas? —pregunta Imogen, y asiento—. Vamos, que no quiero perder tiempo.

—Y de paso me dejas en tu casa para que pueda desfogarme.

—Si necesitas sexo, tengo un pub que abre a las nueve —le digo y asiento.

Imogen pone los ojos en blanco.

—No todo es sexo en la vida —nos indica.

—No veo que te quejes cuando tenemos sexo juntos, Imogen —le susurro a su oído y se sonroja. Derick se ríe.

Salimos y vamos hasta mi coche.

No aviso a Benjamin porque si le digo algo pondrá el grito en el cielo o saldrá corriendo.

Vamos a dejar a Derick en mi casa y le informo de que la segunda planta puede ser toda suya, tras darle las llaves.

Asiente y se marcha con esos andares de chulo que parece desear que todo el mundo se arrodille a su paso.

—¿Cómo estás? —le pregunto a Imogen cuando nos quedamos solos.

Busco su mano y la acaricio.

—No lo sé, pero cuando miré esa foto... Algo se rompió dentro de mí. Sentí mucho dolor. ¿Por qué?

—No lo sé, pequeña, pero lo descubriremos.

—Sí, pero no necesito esperar a lo que digan esas pruebas para saber que ese hombre era parte de mi familia. Lo he sentido cuando lo vi.

—Bueno, de todos modos las haremos. Derick no se quedará tranquilo sin ellas.

Asiente.

Yo, ahora que he visto la verdad, también sé que es familia de Esben. He estado cegado, porque ni en un millón de años creí posible que la vida diera tantas vueltas para encontrarme con alguien que desciende de un familiar de los doce.

Pero ahora veo a Esben en muchos gestos de Imogen y eso es raro. Es como si no solo compartieran una parte pequeña de su ser.

Llegamos a la clínica y saco la caja con las pruebas que trajo Derick.

Hay cepillos de dientes y de pelo; unas camisetas y una bufanda.

Toman muestras a Imogen y nos dicen que en unos días tendrán los resultados.

Regresamos a casa e Imogen me pide ir a su dormitorio. Sé que necesita descansar o procesar todo esto.

Se lleva la foto de Esben en el bolso y sé que tal vez quiera llorarle, porque no pudo conocerlo, sabiendo que era alguien de su familia.

Le queda Ragnar, pero ni sé dónde está ni si es bueno como familiar. Es un capullo y dudo que le importe una mierda que Imogen sea descendiente de su hermana. A ese ser solo le preocupa él mismo.

—Me gusta la casa que me has regalado —me dice Derick por la noche, entrando en mi salón.

—No es un regalo.

—Ya, claro, y por eso hay cosas que me gustan. La casa de Ragnar también es increíble, y la que preparaste para Esben, también.

—Eres un puto cotilla.

—Y tú un ingenuo por creer que un día podríamos vivir juntos. Estamos en peligro cuando nos reunimos.

—Bueno, Esben murió estando separados.

—Sí.

—¡Vamos, no me jodas! ¡Otro inmortal! —Miramos a Benjamin, que acaba de entrar—. ¡Esto no está pagado ni con todo el oro del mundo! ¡Un trabajo sencillo, dijo mi padre! ¡Y una mierda! Me vais a acabar matando.

—¿Y este quién cojones es?

—Mi ayuda de cámara, como tú lo entenderías.

—Ah..., genial. Puedes traerme algo de comer. Gracias.

—¡No, no, no! Me niego.

Benjamin se marcha y lo miro divertido.

—Bueno, ha ido mejor de lo que esperaba.

Derick sonrío y pienso en lo que se nos viene encima.

Saber que Imogen es pariente de Esben no me tranquiliza tanto como debería, porque eso no explica todo lo que hay raro en ella. Todo el misterio que encierra su persona. Ni esa sensación cada vez más fuerte de que estar a su lado me matará.

Capítulo 48

Imogen

Llevo dos días evitando a Darren al máximo y también a Derick. A este último mucho más. Me pone nerviosa su chulería. Todo lo que tiene de atractivo lo tiene de chulo. Se cree que el mundo es suyo. No hace falta que jure que es un príncipe, porque tiene ese aire prepotente del que se cree que todos están destinados a besar sus pies. Me pone de los nervios y lo peor es que dicen que el que podría ser un familiar lejano mío es peor.

No me imagino a alguien peor que Derick.

He tenido que procesar todo. Sobre todo, el dolor al ver la foto de Esben. Él sí que parecía alguien bueno y cariñoso. Alguien familiar. Me hubiera gustado conocerlo.

Darren me llama a su despacho y voy hacia él.

Entro y lo miro. Está detrás de su mesa.

Noto como se me aceleran los latidos. Este hombre me vuelve loca. Lo deseo con cada fibra de mi ser y lo amo con cada parte de mi alma. No puedo negarlo. No puedo negarme más lo que siento.

La otra noche, mientras era mi bestia privada, saltando de un edificio a otro, supe, al mirarlo, que lo que siento por él solo se puede llamar amor.

Nunca he amado a nadie así. Nunca he sentido esto y no sé si alegrarme o darme el pésame, porque lo amaré toda la vida. Lo sé con una certeza que me asusta.

—Has estado evitándome. —Escucho como echa el pestillo de la puerta con su mente—. Has sido una chica mala.

—¿Algún problema? —le digo alta, sentándome ante él.

—No, pero las chicas malas merecen un castigo.

—¿Para eso me has llamado? ¿Para castigarme?

—Para que dejes de evitarme. Ya te he dado mucho espacio. El suficiente.

—Doy por sentado que cuando fuiste al pub con Derick no conseguiste desear a nadie. —Lo miro descarada.

—Sabes que solo te deseo a ti y llevo dos días jodido por tu culpa, pero ahora serás tú la que pague el precio. —Sonríe y apoya los codos en la mesa y luego la cabeza en sus manos, para mirarme con fijeza.

Me está dando tiempo para huir, negarme o decirle que no quiero jugar.

No hago nada. Solo dejo que el deseo me invada.

La idea de que me castigue me excita. Hace que me olvide de todo lo demás y que solo me centre en mi placer y en el suyo.

Necesito olvidar y por eso le digo, retadora:

—No me dan miedo tus castigos.

Su mirada se vuelve más hambrienta y sé que ha empezado el juego, porque yo he aceptado.

Abre mis piernas, usando la mente, y veo cómo las sombras me rodean, al mismo tiempo que sus ojos relucen.

Pone mis manos a mi espalda y me las sujeta con un trozo de tela que corta de mi falda. Luego hace lo mismo con las piernas y me ata cada una a una pata de la silla.

La falda rota se abre y sé que puede ver mi tanga blanco.

—Llevas demasiada ropa.

Mi ropa se hace jirones en un segundo y me quedo desnuda, con retales de ropa por todos los lados. Veo mis pezones sonrosados, duros como piedras, y como mi sexo palpita por esto.

Nunca creí que el sexo así me gustara tanto.

Entonces, noto como la sombra, hoy algo más gris, aprieta mis pezones y los toca como si fueran sus manos.

Gimo por el placer de sentirlo en esa parte de mi cuerpo, mientras su mirada no deja de observar cada uno de mis movimientos.

Me muevo en la silla dejando que el placer me recorra de los pies a la cabeza.

Entonces, lleva su sombra a mi sexo y me acaricia de arriba abajo.

Lo siento duro sobre mi clítoris y hace círculos sobre este mientras otra sombra no deja de dar placer a mis pezones.

Tomo aire y el lugar huele a mi deseo.

—Darren...

—Me encanta ver como se sonroja tu piel y como deseas que te penetre hasta el fondo.

—Sí, te quiero dentro. —Tira de mis pezones hasta hacerme daño—. Más...

Lo hace de nuevo y me abre más las piernas para ver como su sombra me da placer. Como toca cada rincón sensible de mi sexo.

Lo siento presionar mi clítoris y luego hacer círculos sobre él.

Creo que va a dejar que me corra, pero entonces se levanta para acercarse a mí.

Coge mi cara entre sus manos y me besa mientras me lleva al límite del orgasmo una y otra vez.

Se aparta, siempre que estoy a punto de correrme, hasta que gimo en su boca.

—Darren...

—No te mereces el orgasmo... y tengo una reunión.

Lo veo alejarse.

—¿Vas a dejarme así?

—Sí, y cuidado con hacer ruido o alguien podría entrar. Nos vemos... o no.

Lo veo marcharse notando el cuerpo caliente y desnudo. La sensación de poder ser pillada me gusta.

Cierro los ojos sin poder moverme, notando como mi sexo sigue palpitando de deseo por él.

Entonces lo siento tocarme desde la distancia y me muevo queriendo correrme, pero se aparta, dejándome jadeante e insatisfecha.

Lo hace varias veces hasta que creo que no puedo más.

Contengo los gemidos para que nadie entre.

Escucho pasos tras la puerta. Voces y risas, mientras yo me retuerzo de placer, y noto como el frío se posa en mi cuerpo ardiente.

Entonces noto a Darren tocarme de nuevo mentalmente y muerdo mi boca para contener un gemido mientras noto caricias sobre mi clítoris.

Nunca he estado tan mojada. Tan caliente.

Cuando la puerta se abre, temo que no sea Darren, pero lo es. Lo siento antes de que me quite el agarre y use su magia para ponerme sobre la mesa, abierta para él.

—Estás tan mojada... Tan caliente... —Se baja el pantalón y me penetra con fuerza—. Creo que ya has tenido suficiente castigo —me dice buscando mi boca.

Entra hasta el fondo y, mientras me besa, toca mis pechos, al mismo tiempo que una de sus sombras acaricia mi clítoris, mientras él entra y sale de mí con ímpetu.

La mesa protesta bajo nuestro peso, pero eso no nos detiene a ninguno.

Muerde mi labio y yo el suyo.

—Grita fuerte... Nadie recordará nada de esto...

Grito con fuerza mientras se hunde hasta el fondo.

Tira de mi pelo y yo del suyo.

Nos movemos frenéticos, por conseguir corrernos en los brazos del otro.

Lo siento cada vez más cerca. Con cada roce, me siento más al borde del precipicio, pero quiero que me dé permiso.

—Tan apretada, joder... Tan caliente... —Muerde mi cuello y luego me alza para lamer y morder mis pezones.

Los succiona mientras entra y sale de mí.

Entonces lleva su sombra a mi trasero y entra en este, haciendo que me sienta llena por todos lados.

Acompasa las embestidas a las de su sombra.

Entra y sale de mí, cada vez más fuerte, mientras succiona mis pezones.

—Darren...

—¿Quieres correrte?

—¡Sí!

—Córrete para mí —me dice antes de entrar y salir de mí con más fuerza.

La mesa vibra y noto como se hace añicos por su fuerza, al tiempo que el orgasmo me recorre por completo.

No caigo al suelo con la mesa porque Darren me cubre con sus sombras mientras me corro entre sus brazos.

Se corre conmigo y me llena con su semen caliente.

Capítulo 49

Imogen

Trabajo con una camisa de Darren, que me he hecho vestido. Llevo uno de sus cinturones ciñéndola y nadie ha dicho una sola palabra de mi atuendo.

Claro que Darren les ha hecho creer que vine así de casa y que nadie ha escuchado mis gemidos, ni los suyos, en el despacho.

El sexo con él cada vez es otro nivel. Me vuelve loca.

Cuando me toca, es como si flotara.

Estoy perdidamente enamorada de él y, desde que nos despedimos con un beso, siento que estoy distraída. No consigo centrarme. Tal vez venir al almacén del edificio a buscar unas cajas, teniendo en cuenta mi mala suerte y que estoy como en una nube, no haya sido lo mejor, pero yo siempre voy al contrario de las señales.

Me pregunto qué pensaría Darren si supiera que lo amo... Se volvería loco y con seguridad se alejaría de mí. O intentaría borrarla la mente... Sonrío con el recuerdo de la primera vez que lo intentó, hasta que siento algo aterrador cerca.

—¿Hay alguien?

—Que empiece el final —dice una voz antes de que advierta como vibra una de las estanterías que hay cerca de mí.

Trato de correr, pero me cae encima todo antes de que pueda salir de aquí.

Un fuerte golpe me da de lleno en la cabeza y sé que nadie puede sobrevivir a algo así.

Grito, pero no llega a salir nada de mi boca, porque la negrura me atrapa.

Darren

Miro el ordenador, tras localizar otra mesa y ver qué se puede salvar de la anterior.

Benjamin lo mira todo enfadado.

—¿Y lo de tener sexo como las personas normales? En una camita, tres minutos y para casa.

Me río por cómo lo dice.

—Ni de coña. Mi lado salvaje necesita otras cosas.

—Tu lado salvaje te va a matar por idiota. Ya estoy viendo los periódicos: el gran Douglas murió de un polvo mortal.

Voy a decirle algo cuando siento que me falta el aliento, como si alguien me quitara la vida. Es como cuando estuvieron a punto de morir mis hermanos.

—Imogen... —digo preso del miedo—... corre peligro.

Salgo de la sala transformado en berserker mientras la gente grita y los silencio a todos con mi magia.

Recorro cada lugar con mi mente, buscándola.

La siento débil en el sótano. Vamos hacia allí y hago que todo el mundo se quede congelado en el tiempo mientras les borro la mente para que no recuerden nada cuando sigan con sus vidas.

Benjamin me sigue mientras pide una ambulancia.

Entro al sótano y huelo la muerte antes de llegar a ella.

Siento que sigue con vida, pero que no le queda mucho tiempo.

Llego hasta ella y levanto la estantería, y todo lo que la rodea, mandándolo lejos.

Entonces la veo. Está en el suelo, rodeada de sangre y pálida. Pálida como una dama de la muerte.

El dolor en mi pecho es tan intenso, tan fuerte, que creo que alguien me acaba de clavar una espada en el corazón.

Llego hasta ella y la toco.

Sigue viva, pero no por mucho tiempo, si no recibe sangre.

La aprieto contra mi pecho y salgo de este lugar con ella entre mis brazos, protegida por mí y por mis sombras, mientras corro entre los tejados de esta ciudad hasta el hospital.

Cuando llego, entro con ella en mis brazos sin importarme que me vean.

Voy al médico más cercano y la dejo en una camilla mientras manipulo las mentes de todos para que no vean nada raro. Para que no vean al berserker.

—Ha perdido mucha sangre.

Me mira y sé que dice que no sabe si la puede salvar.

—Como muera, te mato. —Lo recorre un escalofrío y corre con ella, sabiendo que su vida depende de que Imogen viva.

Como esta muera, reduciré la ciudad a cenizas.

Ella es la única que mantiene a raya a la bestia. Si muere, nadie podrá controlar al berserker.

Yo tampoco, porque, si ella no está, el mundo se puede ir a la mierda, que a mí me importa bien poco.

Capítulo 50

Darren

Imogen sigue viva. Lo noto, pero su corazón late muy débil.

Si está viva es porque hay algo en ella que la hace diferente. Un simple mortal estaría muerto, pero ella no. Ella ha sobrevivido tras un duro golpe en la cabeza.

—Sigue viva —le anuncio a Derick cuando se acerca—, pero aún está en peligro.

—Al menos se mantiene con vida.

—Sí —no digo nada más. No hace falta. Derick sabe que ahora mismo no estoy para bromas.

—Han llegado los resultados de las pruebas —me dice.

—¿Los has mirado?

—No, le corresponde a ella.

—Qué raro que no lo hayas hecho.

—Bueno, esa joven me cae bien, pero no me tiene en muy alta estima.

—Ni un poco. No le gustas.

Sonríe y yo siento como Imogen se debate entre la vida y la muerte. Con cada respiración, la siento morir. Es como si al siguiente segundo la fuera a perder.

Odio cómo me siento, odio lo que me abrasa el pecho. No puedo verla morir... No puedo... No estoy listo para ver apagarse su vida.

—Me voy a casa...

—¿Y crees que eso hará que no la sientas morir? —Derick clava sus ojos plateados en mí—. Está ligada a ti.

—No... no puedo verla morir.

No dice nada. Solo asiente y ve como me voy.

Cuando me alejo, siento como el corazón de Imogen se apaga.

No puedo... presenciar su muerte...

* * *

Estoy entrenando, porque necesito sacar el dolor que siento.

Ella sigue viva. Sé que no está muerta, pero no cuánto le queda.

Golpeo uno de los sacos y siento a Ragnar cerca.

No puede ser que esté aquí.

Pero sí.

Está en la puerta de mi casa.

Le abro y siento como se acerca.

Entra en la sala.

Va vestido todo de negro. Su pelo castaño lo lleva en una coleta alta, con trenzas a los lados. Su mirada es verde, pero un verde con dorado. No es como la de su hermano. Es un poco más alto que yo y más ancho. La gente suele odiarlo. Tiene pocos amigos y no me extraña, porque es un capullo de manual. Además, siempre parece no necesitar a nadie. Habla poco y si alguien no se rindió nunca con él, fue su hermano.

—¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Dónde está el puto principito?

—Vaya, veo que sigues tan simpático como siempre. —Sonríe de medio lado—. No tengo humor para aguantarte hoy. Derick está en el hospital.

—¿Está herido? La verdad es que ha durado mucho más de lo que esperaba. Creí que ese niño de sangre real moriría el primero de nosotros.

—Es mejor guerrero de lo que parece creer.

—Ya, en sus sueños. Contra mí no podéis ninguno.

—¿Hacemos la prueba? Porque partirte la cara, de golpe, se me antoja muy atractivo.

—No tengo tiempo. Tal vez en otro momento.

Se va a ir, pero siento que Imogen está perdiendo la batalla. Se me encoge el alma y la bestia sale.

—¡Joder! ¿Quién se está muriendo de nosotros? —Me mira desconcertado—. Llevo, desde que aterricé, con una sensación rara. Es como si alguien ligado a mí estuviera grave. Pero tú sigues vivo, por desgracia, y el principito también. ¿Qué coño está pasando, Darren?

—¿Te crees que yo lo entiendo?! Ella está ligada a mí. No a ti... O sí...

—¿Puedes ser más claro? Tengo que ir a ver por qué Derick ha registrado las cosas de mi hermano. Pensaba que no me daría cuenta, el muy cabrón.

—Supongo que sabría que sí. —Noto como Imogen se estabiliza—. Hay alguien en esta ciudad que desciende de tu hermana, o eso creemos.

—De esa zorra desciende mucha gente y cuanto más lejos estemos de ellos, mejor. —Su voz es dura y fiera.

—Era tu hermana.

—Créeme, Darren. Si desciende de ella, mejor lejos.

Lo dice su lado bestia. Es fiero y salvaje. Sus sombras oscuras están sobre su cabeza. Son más fuertes y más poderosas.

—Bueno, se parece a tu hermano. Solo eso explicaría el parecido. Es quien se debate entre la vida y la muerte.

—Si es descendiente de mi hermana, mejor que muera, Darren, o todos acabaremos muertos.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Darren! ¿Acaso nunca te has parado a pensar por qué mi hermano y yo somos diferentes a vosotros?

—No habláis demasiado. Además, Esben no quería contarlo. Nos dijo que ya llegaría el momento.

—El gilipollas y sus adivinanzas, que nunca servían para nada, porque no pudo prevenir su muerte.

—Pues habla, porque tal vez eso explique por fin muchas cosas de Imogen y todas las desgracias de su vida.

—¿Desgracias? Solo puede ser descendiente de ella... Solo puede ser eso. Dime una cosa, ¿tu amuleto le quema? Porque siento que ella es parte de ti. Porque la huelo en ti... Joder, es tu puta mujer...

—No es mi nada...

—Ya, lo que tú digas. ¿Tu amuleto le quema?

—Sí —admito y sonrío.

—Pues es mejor que muera, porque mi hermana fue la que creó a los seres que hoy esperan darnos muerte.

—No, eso no es posible... Fue un descendiente del sádico que nos creó, cuando se vio amenazado por nosotros...

—¡Sorpresa! Soy hijo de ese puto sádico y hermano de esa loca, y si esa mujer desciende de ella..., tú acabarás muerto como no te alejes de su lado.

Asimilo todo, sabiendo que todo encaja, que tiene razón... Imogen está aquí para matarme.

Siento la vida de Imogen débil y pienso en si es mejor que muera.

Es ella o yo.

Imogen

Vago entre la vida y la muerte. Algo me retiene con vida. Una fuerza sobrehumana que me mantiene en este mundo de vivos y que impide que muera. Hace que luche.

Pienso en Darren, en lo que hemos vivido, mientras el dolor se expande por mi cuerpo. Mientras lucho por seguir entre los vivos.

Darren

Voy hasta el sobre, sabiendo que ahí están las respuestas que buscamos.

Ragnar me sigue de cerca mientras lo abro y leo los resultados.

Los leo una y otra vez, porque no pueden ser ciertos. Deben de estar equivocados.

—¿Qué dicen? ¿Que desciende de la loca?

—No, lo que dice es aún más imposible. —Le paso los papeles y los lee sin dar crédito.

—No puede ser... No están bien...

—Son los mejores haciendo este tipo de pruebas. No hay error. Pero esto hace que entienda todo aún menos. ¿Cómo es posible?

—¡No lo sé! ¿Cuántos años tiene Imogen?

—Veinticuatro.

—Los años que hace que él murió...

—Y ella es adoptada. La encontraron dentro de un círculo de fuego de protección y tiene una marca en el hombro.

Voy hacia los papeles de la investigación y miro la fecha en que la encontraron. Es algo en lo que nunca había reparado, pero ahora todo coincide. Fue el día que sentí que moría Esben.

Ragnar lo lee todo y tiembla, porque todo empieza a encajar y siento que, si antes no lo hizo, a pesar de tenerlo todo delante, es porque el destino quería, por alguna razón, que fuera ahora, en este momento.

—Un puto círculo de protección, como hacía él siempre, pero esto no puede ser, Darren. Te juro que no hay un solo hijo mío en este mundo.

—Ni mío.

—No puede ser su hija, Darren. No puede ser mi sobrina.

—Las pruebas están claras. Cómo es posible, es lo que no sabemos, pero Imogen es hija de Esben y solo eso explica por qué sigue viva.

—Porque hay algo de inmortal en ella. —Asiento.

—*Y yo que estaba aburrido de mi vida, pues toma puto plot twist de los cojones.*

Capítulo 51

Imogen

—Es un milagro, pero se ha estabilizado. Nadie sobreviviría a un golpe así... y no hay hemorragia en su cabeza. ¿Qué está pasando?

Escucho a los médicos hablar.

—Hay que hacerle pruebas... Analizar su sangre.

—¡Y unos cojones! —dice una voz que no me suena de nada—. Ale, a dormir. Yo me la llevo a casa.

Alguien me coge y me saca de la cama.

Grito y me aferro a este ser que anda conmigo.

La gente grita hasta que los silencia.

Es uno de ellos. El tercero en discordia.

Siento su poder y algo más que no sé descifrar.

—Eres un puto bruto —lo increpa Derick.

—Ya está fuera de peligro. Mejor tenerla en casa.

—Está muy callada, para estar fuera de peligro. Despierta es un poco protestona y cabezota.

—Nos llevaremos bien, entonces.

—Tú no te llevas bien con nadie —le replica Derick.

—Bueno, ahora es mi responsabilidad y no pienso perderla como perdí a su padre. Así que cállate y déjame en paz.

Intento decir algo, pero, aunque no estoy en peligro, sigo muy débil, y noto como el sueño me atrapa de nuevo. Lo peor es que siento que en brazos de este desconocido estoy segura.

* * *

Despierto y noto que alguien me mira. Espero que sea Darren, pero no siento que sea él.

Abro los ojos y busco entre las sombras quién me observa.

Ve unos ojos verdes, con motas doradas, observarme desde una silla de cuero.

Es muy atractivo y su aura es muy oscura, como si cargara mucho dolor sobre sus hombros.

—Veo que ya te has despertado..., sobrina.

—¿Qué? ¿Cómo que sobrina?

—¡Sorpresa! Soy tu tío.

Noto como se aceleran los latidos de mi corazón y me siento morir.

—¡Joder, Ragnar, te dije que tuvieras tacto! —Esto lo dice Derick, que aparece con una bandeja. Se me acerca y me tiende agua—. Tranquila, es inofensivo.

—Solo con quien me cae bien o con quien es hija de mi hermano. El resto se pueden ir a la mierda.

Miro al que supongo que es Ragnar sin entender nada.

—¡Joder! —exclama Darren, entrando en la habitación muy enfadado—. Te pedí que tuvieras tacto.

—Y lo he tenido. Le he dicho «sobrinita». —Ragnar sonríe y Darren se acerca a mi cama.

—Tranquila, Imogen. Pronto lo entenderás todo. —Acaricia mi mano, pero no lo siento como otras veces. Su gesto es frío y me deja vacía. Algo ha cambiado entre los dos.

Por si tenía dudas, se aleja y les pide a los otros dos hombres hablar en el salón, a solas.

Benjamin entra con algo de comida y me observa preocupado.

—Explícame qué pasa.

—Sí, al parecer me toca a mí. Los otros son unos brutos...

—Y Darren no quiere.

—No, no sé qué ha cambiado, Imogen, pero está distante contigo.

Noto dolor en el pecho.

Benjamin se sienta en la cama y me coge la mano con cariño.

—Todo esto me asusta mucho, porque siento que algo va mal y porque pienso que tú lo matarás... y es como un hermano para mí. Pero no me caes mal ni te deseo mal alguno.

—No quiero su muerte. Yo nunca haría nada que le hiciera daño. —Me duele que Benjamin piense que sería capaz de algo así para Darren.

—Lo sé, pero no sé por qué siento esto. Soy un hombre normal y corriente.

Siento que, aunque no me desea mal, dice esto para que me aleje de la vida de Darren y todo vuelva a ser tranquilo. Como antes.

Lo entiendo, porque su vida es un caos desde que llegué, pero me duele que piense que sería capaz de hacerle daño al hombre que amo.

—Alguien normal y corriente no entendería todo esto sin huir —le replico—. Ahora lo sé.

—Tal vez, pero es complicado y cada vez se complica más.

—¿Por qué ha dicho que soy su sobrina?

—Porque lo eres. Eres hija de su hermano, de Esben, que murió hace veinticuatro años, protegiéndote, por lo que parece. Hizo un círculo de fuego y, además, tienes parte de su poder corriendo por tus venas, y de su lado inmortal. Solo eso explica que sigas viva y que haya gente que quiera matarte y hacerte daño desde pequeña. De los lidelse originales desciende mucha gente. No todos tienen activo el poder, pero, ante los inmortales, sienten deseos de destruirlos como sea, sin importar nada más. En esta ciudad los habrá, como en todas, y desde que eras niña han sentido tu lado inmortal y por eso mismo han tratado de hacerte de lado o crear caos a tu alrededor.

Todo encaja.

Tiemblo y siento que me falta el aire. Toda esta historia no tiene sentido, pero lo triste es que intuyo con cada poro de mi piel que es cierta. Aun así, me aferro a lo que sé de los inmortales.

—No pueden tener hijos...

—Y, a pesar de todo, existes. La excepción que confirma la regla. —Mira la foto del que dice que es mi padre, y que dejé en la mesita de noche—. Tú lo sabías. Algo dentro de ti te lo dijo cuando miraste esa foto.

Noto los ojos llenos de lágrimas, porque sé que es cierto.

—¿Lo mataron ellos?

—Sí, seguramente usándote a ti como cebo para debilitarlo. Si sigues con vida es porque él hizo

algo para protegerte.

—Y ellos me dejaron ir sin más.

—No lo sé. Derick cree que han estado cerca de ti todo este tiempo, para usarte. Son muy retorcidos y sus planes a veces abarcan siglos. A lo mejor su plan fue que te acercaras a Darren y todo lo que han hecho hasta ahora solo ha sido para propiciar este instante.

Pienso en todo lo que ha pasado desde que estoy con Darren, en como él me ha protegido, como ha cuidado de mí, aunque no era su responsabilidad.

Ahora está distante y tal vez ellos sabían que esto pasaría y por eso me atacaron...

Tengo el instante del golpe borroso, pero siento que no fue un accidente.

—Entonces, ¿hay alguien en sus filas que tiene premoniciones?

—Sí, pero las premoniciones no son claras. Solo muestran algo. No todo. Esben sabía que volvería a ver a Darren, pero lo que desconocía era que lo vería a través de su hija.

Tomo aire agobiada con toda esta nueva información.

—¿Me puedes dejar sola?

—Sí, pero antes come algo. —Me acerca una taza con caldo y le doy varios tragos—. Perfecto. Nos vemos cuando estés lista.

Le digo que vale y dejo la sopa en la mesita cuando se marcha.

Salgo de la cama. Me sigo sintiendo débil, pero mi cuerpo se recupera pronto. Claro que soy hija de un inmortal con poderes y algunos de esos poderes los tengo yo.

Abro la ventana y miro la noche.

Mi padre dijo que sus hermanos debían estar separados, pero vino a Nueva York..., porque yo fui encontrada aquí.

Me pregunto si no vendría a buscar a Darren, o me trajo aquí porque sabía que estaba destinada a encontrarme con él.

Tal vez era perseguido por esos horribles seres y quiso dejarme al cuidado de su mejor amigo. De Darren.

Todo es posible.

Lo que está claro es que no tengo dudas de que esta historia sea cierta y de que me habría encantado conocerlo.

El odio que siento por esos desgraciados aumenta en mi pecho y de nuevo siento el deseo de

matar a todo el mundo. Me pregunto si es porque por mis venas corre sangre berserker y lo que siento es su sed de sangre.

No lo creo, porque nunca he sentido la necesidad de transformarme en uno, pero claramente no soy una humana normal y corriente. Soy la que no debió existir. Esa excepción que surge a pesar de tener todo en contra.

Noto la angustia recorrerme, el dolor por todo lo perdido, y, sobre todo, siento el rechazo de Darren con cada fibra de mi ser.

Todo duele demasiado.

Capítulo 52

Darren

—Yo la protegeré —anuncia Ragnar en la cena.

Siento ganas de romperle la cara porque crea que Imogen es su responsabilidad. El problema es que sigo aterrado por lo que vi, por su cuerpo pálido, por la posibilidad de verla morir.

No soy capaz de avanzar. De ir más allá de ese momento. De volver a respirar con normalidad.

—Ella quería ir a París con mi hermana —apunta Benjamin, que parece estar deseando librarse de Imogen.

—Me encanta París y hay muchos tesoros allí.

Ragnar es cazatesoros. Le gusta ayudar a encontrar civilizaciones perdidas o tesoros escondidos. Como ha vivido tantos años y tiene tanta memoria, no es que le cueste mucho, aunque disimula un poco, para que la gente no piense que hay algo raro.

—Perfecto. Mi hermana estará encantada de tenerla allí.

—Vaya mierda de asistente que quiere alejarte de ella. ¿Cómo lo soportas? —me pregunta Derick.

—Benjamin es un cagado. Solo quiere que ella se vaya para que nuestra vida siga siendo aburrida —aclaro.

—El aburrimiento es lo mejor.

—¿No podías haberte buscado alguien con más garra? —se interesa Ragnar.

—Nació así —pico a mi amigo—. Hay que quererlo igual.

—Idiota —me replica Benjamin.

—Dejando a este a un lado —dice Ragnar—, todo lo que sabemos de Imogen no explica por qué las runas no funcionan cerca de ella y por qué nuestros amuletos le queman.

—Solo serviría si fuera una de ellos y, aun así, solo funciona si activan su poder —añado—.

Ellos sí pueden tener hijos y mucha gente nace sin sentir ese deseo de matarnos. Otros sí, pero las runas no les afectan y tampoco tienen poderes si no los activan. La sangre de Imogen no me mata.

—Puede que sea porque solo la protege la runa destinada a su padre —indica Ragnar—. Como nos ha pasado alguna vez a nosotros, no todas las runas nos protegen. Cada uno llevamos un amuleto creado para nosotros, que diseñó Esben.

—¿Y por qué no crear uno para su hija? —comento.

—Por falta de tiempo. Le llevó un tiempo saber cuál era perfecto para cada uno de nosotros y con qué magia protegerlo —recuerda Ragnar—. Investigaré cuando estemos instalados en París, para ver cómo protegerla y qué runa es la que ha nacido para ella.

Una vez más, siento deseos de partírla la cara por llevársela, por ser él quien la proteja. La fiera quiere luchar, pelear... Noto como las sombras me rodean.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunta Ragnar.

No digo nada, pero cuando lo miro, soy el berserker.

—¡Hostia puta! ¡Darren, tienes que volver a tu ser! —me indica el hermano de Esben.

—¡Joder! Dijo que ella desataba a la bestia —señala Derick.

—Callaos, idiotas —le ordeno y me levanto. Sus caras son de asombro—. Yo soy la bestia y puedo controlarla.

—Imposible —suelta Ragnar—. ¡Llevo toda la vida tratando de controlar a ese monstruo sin éxito! ¿Cómo lo has logrado?

—Ella me enseñó a ver que todo lo que había en él no era malo.

—Y una mierda no es malo —dice Ragnar—. Joder, quiero pelear. Quiero saber si puedo luchar contra ti así y tú quieres partirme la cara por llevarme a tu mujer.

Rujo.

—Si no quieres que se la lleve, dilo —apunta Derick, sin dejar de comer como si nada.

Benjamin está rezando todo lo que sabe a un lado de la mesa, y más cuando Ragnar se transforma sin llegar a ser el berserker.

—No se la va a quedar. Ella es mi responsabilidad y no quiero para mi sobrina un ser como nosotros —indica Ragnar para provocarme, y lo logra, porque voy contra él.

Caemos sobre una mesa de centro que hacemos pedazos.

Benjamin nos recuerda que tengo una zona de entrenamiento y vamos hasta ella... destrozando

media casa.

Al llegar, Ragnar ha convocado a una parte de sus sombras de animales y a su parte de sombras de los elementos. Tienen un tono rojizo.

Las de Derick son doradas. El cabrón que nos creó dijo que no podía dar menos a un príncipe y, cuando se transforma, hasta las sombras parecen una corona sobre su cabeza. Se reía así de él y de que nunca podría dominar su reino siendo un monstruo.

Derick tiene fuerza sobre los elementos. Por eso está tan conectado a la tierra.

Ragnar y Esben dominaban los elementos y los animales, pero el que ahora sé que era su padre vio que era peligroso dar tanto poder a un berserker y los alternaba según nos creaba.

Yo tengo la fuerza de los animales y Derick solo de los elementos, y así con todos.

Miro a Ragnar y lucho contra él como dos fieras; como dos personas que no temen a la muerte, porque saben que esta no les espera.

Golpeo su cara y su cuerpo y, por primera vez, consigo darle.

Esto hace que se enfade y que me cueste más las siguientes veces.

Usa sus sombras para crear un vendaval de aire y yo utilizo las mías para volar a contracorriente y llegar hasta él.

Derick entra y se apoya en una de las esquinas con una copa de vino, como si estuviera viendo un macabro espectáculo.

Ragnar disfruta de la batalla y yo también, porque me mata que ella se vaya con él.

El problema es que no sé qué hacer con este dolor. No sé cómo vivir con miedo. No sé cómo respirar sin ella.

—¿Se puede saber qué narices está pasando aquí?! —nos dice Imogen, que se pone en medio, y ambos nos detenemos.

Nos mira enfadada a uno y otro.

Está preciosa, a pesar de lo pálida que sigue.

—Tu novio, o lo que sea, no quiere que te vengas conmigo.

—Esa es mi decisión. No la de él. —Imogen no me mira—. Dejad de comportaros como animales.

—Somos bestias —indica Ragnar, volviendo a su ser.

Imogen va a decir algo, pero se queda sin aire.

La cojo antes de que su cuerpo le falle y la tomo entre mis brazos, olvidándome de lo que nos rodea.

—No debiste bajar.

—Sentí que estabas en peligro... No tenía opción.

Trata de no tocarme. Sabe que las cosas están mal entre los dos. Odio este distanciamiento. Odio este dolor. Odio que ella no sea inmortal y que solo sea una mortal con la capacidad de curarse rápido, como un inmortal.

La dejo sobre su cama y la miro.

Tiene los ojos cerrados.

—Puedes irte, Darren. Sé que no quieres estar aquí.

—No soy capaz de avanzar. En mi cabeza sigues medio muerta... No sé ir más allá de ese momento sin sentir que me muero.

Abre los ojos y me mira.

—Sigo viva, Darren, pero no puedo jurarte que para siempre.

—Lo sé. —Me siento en la cama con ella y toco su perfecto rostro. Lo memorizo con mis dedos—. Si pudiera elegir, elegiría una última vida mortal contigo. No quiero la eternidad si no te tengo, Imogen. —Sus ojos se llenan de lágrimas que capturo con mis dedos—. No sé vivir sin ti y por eso no sé cómo tenerte en mi vida sin amarte cada día más y odiarte porque cada día que pasa estoy más cerca de perderte.

—La vida no es lo que queremos, es lo que nos toca y yo, si fuera tú, valoraría el tiempo juntos en vez de pensar en cuando te echaré de menos.

—No sé cómo hacerlo... Estoy aterrado.

—No tienes que hacer nada. Yo te amo, Darren —sus palabras me hacen vibrar. Me hacen sentir algo que nunca he experimentado—, y por eso me iré con Ragnar, porque no quiero ser para ti una carga.

—No lo serías...

—Sí, porque no podrías mirarme sin sentir que me pierdes. Al final, eso haría que nunca valoraras el tiempo que tenemos juntos.

—No estoy listo para verte morir.

—Lo sé —coge mis manos y las acaricia—, pero me queda toda una vida, Darren, y esa vida me encantaría vivirla contigo. Como te dije antes, no siempre tenemos la vida que soñamos.

Siento que me voy a morir por el desgarró de dolor que siento en el pecho. No quiero perderla, pero tampoco sé cómo tenerla a mi lado sin mirarla y solo ver que un día la perderé.

No sé cómo ser feliz con eso. No sé cómo amarla, aunque sea efímera.

Nunca creí que fuera capaz de amar a nadie y a ella la amo con cada fibra de mi ser. El problema es que me han creado para sentir dolor, odio y venganza.

No sé cómo amar. No sé cómo hacerlo.

La acerco a mí y la abrazo, incapaz de dejarla ir.

Me abraza con fuerza y me meto en la cama con ella para que descanse.

Se acuna entre mis brazos y, al poco, se duerme segura entre mis brazos. ¿Cómo voy a vivir sin esto?

Siento que me muero con ella y, a la vez, me muero sin ella.

¡Joder! ¡Putá vida esta!

Capítulo 53

Imogen

He despertado más fuerte y sin Darren en la cama.

No puedo alargar más las cosas. Por eso le digo a Benjamin que llame a Ragnar.

Este entra al poco. Es tan grande y fuerte que da miedo, pero veo en él parecidos a mi padre.

—Me quiero ir ya... No quiero alargar la despedida.

—Podemos ir a un hotel hasta que podamos viajar a París. —Asiento—. No voy a dejarte sola nunca, Imogen. Eres mi familia, la única que tengo, y donde estés, estaré yo.

—No te preocupes tanto por mí...

—Mi hermano pensó que separados éramos más fuertes, pero yo nunca lo creí. Esos seres horribles nos hicieron creer eso, seguramente para matarlo a él.

—Es posible. —Se me acerca y toca mi frente.

—Tienes una pinta horrible.

—Gracias por ser tan directo. —Sonríe y, cuando lo hace, es mucho más atractivo—. Recojo mis cosas y nos vamos, ¿vale?

—Darren no está.

—Lo sé. Por eso quiero irme ya. Si me quisiera aquí, ya lo habría dicho.

—No nos han creado para amar... Supongo que no sabe cómo hacerlo, pero le importas mucho.

—Lo sé, pero no seré una carga para nadie.

Asiente y va a prepararlo todo.

Recojo mis cosas y las meto en una bolsa.

No tengo mucho y por eso, tras cambiarme, estoy lista para empezar de cero.

Salgo y veo a Derick en el salón. Al verme, se me acerca con ese paso tan elegante que tiene.

—No estás sola. Eres una de los nuestros —me dice y asiento—. Ragnar es el más fuerte de todos nosotros. Al menos, mientras Darren no se transforma en berserker...

—Soy el más fuerte, incluso así —indica mi tío—. Estarás segura conmigo. El avión sale mañana. Solo tenemos que pasar una noche aquí.

Asiento y miro a Derick.

—¿Le digo algo a Darren?

Lo pienso y niego con la cabeza.

—Estamos conectados. Lo sabe todo de mí. Lo siente todo de mí. Sabe lo que siento y por eso me deja ir.

—Yo lo entiendo —añade Derick—. Hace años me enamoré de alguien y mi padre la mató ante mis ojos. Ese momento... no se borra de mi mente. Está ahí clavado y cuesta vivir con ese dolor en el pecho. Por eso lo comprendo.

—Yo, por suerte, no he amado a nadie —comenta Ragnar—. Solo a mí mismo.

Derick pone los ojos en blanco.

—Si fuera al revés, yo sí me quedaría a su lado, pero porque nunca he tenido nada y he aprendido que algo siempre es mejor que nada.

—Eso lo diría Esben —indica Derick—. Hay mucho de él en ti.

Le doy las gracias y me marcho con mi tío sin querer mirar atrás.

—Llévame al lugar donde te encontraron antes de ir al hotel —me pide Ragnar, cuando entramos en un taxi, y doy indicaciones al taxista para ir a ese punto.

Al salir, le digo a Ragnar dónde fue.

Paga al taxista la mitad del viaje y le dice que si espera, le dará el doble.

Vamos hasta donde me encontraron y toca el suelo.

Toma aire y su gesto cambia.

—Te protegió con su alma... —Me mira—. Hay algo de él en ti.

—¿Cómo?

—No lo sé. La tierra tiene memoria y solo sé que él hizo eso para salvarte la vida. Algo de él entró en ti.

Me agacho y cojo su mano para sentir lo que ve, para ver lo que nota.

No veo nada, pero siento una fuerza increíble salir de este lugar.

Miro hacia los árboles abrazados y Ragnar sigue mi mirada.

Se levanta y va hacia ellos.

Pone las manos en sus troncos y estos se mueven. Cientos de hojas nos rodean.

—Su alma está aquí atrapada, y la de tu madre.

—¿Cómo es eso posible?

—No se quieren ir... —Toco el árbol y noto como las hojas me acarician. Una de ellas seca mis lágrimas—. Nunca he visto algo parecido, Imogen, pero mi hermano tenía los mismos poderes que yo, sobre los elementos. Creo que en su último aliento se quedó aferrado aquí por ti.

—¿Están atrapados aquí?

—Eso parece.

Acaricio los árboles y siento su amor y el amor que se tenían. Era fuerte, grande y poderoso.

—Él la amaba.

—¿Has sentido eso? —Asiento con la cabeza.

—La noche que vine noté algo oscuro entre las sombras y escuché una voz que me gritaba que huyera. ¿Crees que fue él?

—Sí, y que si está aquí es por algo, Imogen. Su alma se niega a dejar este mundo. Al final, Benjamin tiene razón y eres un imán para los problemas —me pica—. Por suerte, a mí no me dan miedo. —Revuelve mi pelo y le gruño—. Lo resolveremos.

—No me trates como a una cría.

—Para mí eres una mocosa...

—Pues no lo soy.

Sonríe y empieza a andar.

No tengo tan claro que pueda irme ahora que sé que mi padre está atrapado aquí. O tal vez lo mejor es que me vaya por un tiempo. Curarme y regresar fuerte.

Tal vez sea lo mejor, pero mi sitio está aquí. Así lo siento.

Ojalá no me sintiera tan débil, porque creo que no debería irme...

* * *

—Joder, Imogen, no sé qué decirte —me indica Becky por la noche, al teléfono, ya en mi habitación de hotel.

Estamos en una suite con dos habitaciones.

Ragnar ha salido a dar una vuelta. Sé que quiere volver al árbol para entender qué pasa antes de irnos.

—Lo positivo es que te veo en unas horas.

—Te mata dejarlo atrás —me dice.

—Sí, pero ¿qué hago? No quiero forzarlo a estar conmigo y tu hermano no para de decir que lo matarán por mi culpa...

—Mi hermano es un gilipollas la mayoría del tiempo. Tiene miedo de todo y mi padre le contó que su vida sería sencilla y llena de dinero. Claro que mi padre no tuvo ni un susto con Darren. Ni mi abuelo.

—Ya, ellos no me tenían a mí.

Se ríe.

Hablo con ella un rato mientras como algo para ponerme fuerte, hasta que Ragnar llega y me pregunta si estoy bien, llamando a mi puerta.

Le digo que sí, aunque sigo sintiéndome débil, y muy triste. Estar lejos de Darren me está matando. Me desgarran por dentro y no sé cómo seguir con mi vida sin él.

Por eso entiendo su miedo, su dolor y su angustia a no ser capaz de vivir sabiendo que nunca nos volveremos a encontrar.

Lo sé porque me voy con la esperanza de verlo de nuevo.

De pronto, escucho unos golpes y luego unos gritos.

Después, nuestra puerta se abre con fuerza.

Me asomo para ver qué pasa y veo a cinco hombres con espadas manchadas de sangre mirando a Ragnar.

—¿Pensabais que no os encontraríamos nunca? —pregunta uno de ellos con voz siniestra.

El iris de sus ojos brilla con un color negro antinatural, que es tan hermoso como siniestro.

—¿No decíais que parecían humanos normales? —le grito a mi tío.

—Solo lo son hasta que nos tienen delante y su sed de sangre los transforma en esta cosa con voz siniestra y ojos negros. Pero esto solo pasa si los activan con magia negra. Vienen a por mí. Cuando puedas, huye y ve a casa de Darren.

Asiento y se lanzan sobre Ragnar, que saca su espada de debajo del sofá cuando no lo esperan.

—¡Hay armas por todo el cuarto! —me grita mi tío y señala la cortina.

Miro tras ella y veo una daga sujeta con la cuerda de la cortina.

—¡¿Dime qué coño está pasando?! —me pide Becky al teléfono, que llevo en la mano.

—Nos han encontrado —le informo a mi amiga, antes de que uno de ellos venga hacia mí y me haga caer al suelo con un fuerte golpe en la cara.

Cuando me levanto, me limpio la sangre de la cara.

Se me acerca y le escupo y entonces grita y se aparta.

—¡Ahora! —me ordena Ragnar, que lucha contra los que quedan.

Salgo del cuarto con el móvil en la mano.

Cuento a Becky lo que ha pasado mientras salgo del hotel para buscar un taxi.

—Imogen... —me giro y veo a Bente, la madre de Ull—, ¿qué te pasa, cariño?

Se me acerca. Hay un taxi no lejos de ella.

—¿Puedo usar su taxi?

—Claro, vamos juntas. No tienes buena cara.

—Becky, voy a casa de Darren. Todo está bien —le digo y cuelgo.

Entro al taxi y les doy la dirección de unas calles antes de la casa de Darren. Luego iré andando.

—Todo irá bien, pequeña —me dice Bente. La miro y veo sus ojos negros antes de que saque una daga, que clava en mi costado—. Ahora duerme. Tu papel en este juego ha terminado.

La observo aterrada mientras el sueño me atrapa.

Sé que la daga estaba contaminada y sé que me dejaron viva por algo: para matar a Darren. No tengo duda alguna.

Capítulo 54

Darren

—Si la has dejado ir, asúmelo —me dice Benjamin.

—¿Y dices que este ama a su esposa?

—Eso dice —le contesto a Derick y Benjamin gruñe.

—Me voy a preparar algo de café.

La idea de que Imogen se vaya me mata. Me desgarrar y me hace desear quemar el mundo. No soporto perderla. No soporto estar lejos de ella. No soporto verla triste por esto y ayer vi su dolor cuando me confesaba que me amaba, sabiendo que debía irse.

—Yo me preguntaría si merece la pena una vida sin sus recuerdos, aunque ya te digo que, cuando muera, será una mierda —me dice Derick.

—No eres muy bueno dando consejos.

—Ya te he contado mi historia, y que la mató mi padre. Eso despertó a la bestia. Eso hizo que la oscuridad me cegara antes que a vosotros y que me costara más no ser solo eso.

Lo miro recordando su historia. Fue el último de nosotros en dominar a la bestia y luego siempre buscaba la forma de dejar de sentir. De estar dormido. De meditar.

—¿Y si ella se ha reencarnado?

—Dudo que la encuentre y dudo que ella ame lo que soy, pero no estamos hablando de mí, sino de ti.

Pienso en Imogen y en su sonrisa. En lo que soy a su lado. En cada segundo que no olvidaré, porque, aunque estemos separados, la unión es fuerte. Somos parte del otro y, aunque se aleje, dudo que pueda dejar de sentirla. De no sentir su muerte..., pero no estará conmigo para hacerla sonreír una última vez.

—¡Joder! Soy un puto idiota. No pienso dejarla ir y menos con ese gilipollas de Ragnar.

—Genial, por fin algo coherente.

Voy a decir algo cuando siento que algo no va bien. Luego noto el miedo de Imogen y después la nada.

—¡Está en peligro!

—¡Darren! —Benjamin sale de la cocina con el teléfono—. Mi hermana me ha llamado y dice que han ido al hotel a atacar a Ragnar. Imogen ha cogido un taxi de camino aquí.

—No, no está bien. Algo no va bien. Voy a ir.

Derick me pone la mano en el hombro.

—Es una trampa. Lo siento con cada poro de mi ser. Si vas..., acabarás muerto.

Me gustaría contradecirlo, pero no puedo, porque yo también siento que todo esto es una trampa, orquestada desde hace años.

—Voy a ir a buscarla. El resto no me importa, pero sí me importa lo que tengo aquí. —Miro a Benjamin—. Protégelos si me pasa algo.

—No voy a dejarte solo...

—Eres nuestro príncipe. Hay que protegerte —le indico antes de transformarme en berserker—. Volveré, pero esta es mi guerra.

—Te doy treinta minutos, Darren, e iré a buscarte, y me importa una mierda que no quieras.

Por honor, me deja librar esto solo, pero sé que no tardará mucho en venir.

Algo no va bien y lo sentimos los dos con cada poro de nuestra piel.

Salgo por los tejados hasta ella.

Me da igual lo que sintiera, lo que pensara o lo aterrado que estuviera, porque no pienso dejar que nadie me quite ni un segundo de estar a su lado.

Ella es mi mujer y el resto se puede ir a la mierda si no lo entienden.

Imogen

Me han atado al árbol de mis padres.

La madre de Ull y su propio hijo están cerca. Todo era una trampa para que confiara en ella en este momento. Le han dicho a Ull que menos mal que no la cagó con su fijación por mí.

Puedo ver y oír lo que pasa mientras estoy atada, pero no me puedo mover. El veneno corre por mis venas. Están esperando a Darren, porque quieren matarlo esta noche usándome para ello. Igual que hace años me utilizaron a mí para que mi padre bajara la guardia y asesinarlo.

Han contado que mataron primero a mi madre y que, cuando fueron a por mí, mi padre se volvió loco. Le clavaron la espada en este lugar, cerca de un par de fresnos. Se arrastró hasta el cuerpo de su amada y la abrazó antes de morir.

Luego, ambos desaparecieron y los árboles se enlazaron.

Oír como lo cuenta Bente, añadiendo que dejaron que yo creciera hasta que llegara este momento, porque sabían que Darren estaba destinado para mí y así podrían matarlo, me provoca ganas de vomitar. Ellos han sido los que han causado todos los males que me han rodeado a lo largo de estos años, y se siente orgullosa.

—Tener paciencia es lo único que nos da ventaja y Darren morirá esta noche. Así lo predijo el adivino hace años.

La madre de Ull se cambia la espada de mano.

—¿Y por qué no le metemos un tiro entre ceja y ceja? —pregunta Ull.

—Él muere con una espada en el pecho, idiota. Hay que hacer todo como está escrito o no morirá —responde uno de sus compañeros.

Intento moverme, gritar..., pero no puedo hacer nada.

Entonces, siento a Darren cerca.

El grito de que es una trampa muere en mi garganta y solo puedo llenar mis ojos de lágrimas ante la idea de que seré testigo de la muerte de mi amado inmortal.

Veo como Darren aparece ante algunos de los oscuros, a los que les cambian los ojos. Se les ponen negros y, además, les crecen las uñas y los dientes.

De golpe, parecen seres antinaturales. Por lo menos hay unos cincuenta y todos portan espadas afiladas, manchadas con su sangre.

Darren avanza hacia ellos luciendo su lado berserker, más fiero que nunca, mientras lo rodean las sombras, que dibujan varios animales fieros, listos para el ataque. Listos para matar.

Entonces, me mira y la furia crece en él. Las sombras se hacen más fieras. La rabia se siente más intensa.

Grito con toda mi alma que es una trampa, pero no emito sonido alguno.

En mi mejilla se posa una dulce mariposa que Darren me envía para decirme que está conmigo.

«Por favor..., huye...», le suplico mientras nos miramos.

Levanta la espada y observa a sus contrincantes.

—¿Solo estos? —pregunta con su voz vibrante de bestia.

—No es posible —dice la madre de Ull—. ¿Has dominado a la bestia?

—¿De qué te sorprendes, vieja? —escupe uno de ellos—. El padre de la joven ya lo hizo.

Saber que mi padre dominó a la bestia me gusta, pero en este momento estoy tan preocupada por Darren, que no puedo pensar en otra cosa.

Veo que salen muchos más enemigos de entre las sombras. Personas que conozco de mi vida. Incluso la anciana de la librería, que me mira y sonrío. Esa mujer fue quien me entregó, porque estaba ahí la noche que mataron a mis padres.

También veo a la mujer de la casa de acogida y a algunas personas que han estado en mi vida, como mi casero, que puso el enchufe en mi dormitorio. Contemplo a muchas otras que han estado cerca de mí en momentos en que ocurrieron desgracias y que me hicieron pensar que yo era la causante. En realidad, eran ellos jugando conmigo.

Cuando alguien se cree un desgraciado, se aísla y lo llevas por el camino que quieres sin problemas.

Tal vez buscaban que no llegara hasta Darren antes de este momento. Solo eso explicaría por qué mucha gente sabe de él en esta ciudad y sin embargo yo no lo conocí hasta el instante correcto. Han estado guiando mis pasos para llegar hasta aquí, para llegar al momento en que Darren pierde la vida.

Hasta este día en que yo estoy tan débil y Darren tan afectado por lo que me ha sucedido.

Uno de nuestros enemigos se lanza contra Darren y no dura ni un segundo en pie. Una sombra se cierne sobre él en forma de leopardo y acaba muerto en el suelo.

—Os habéis atrevido a tocar y amenazar a mi mujer. Esta noche la lucha será a muerte, pedazo de cabrones.

Noto como algo dentro de mí late con fuerza por su afirmación. Siento que Darren cree de verdad, con cada fibra de su ser, que soy suya. No lo dice por decir, sino que ha dejado de luchar contra el lazo que nos une igual que un día dejó de luchar contra la bestia.

Van hacia Darren y veo como sonrío. Le gusta pelear, porque es parte de él. De lo que fue: ese guerrero que se ha adaptado a un mundo diferente y aprendido a vivir en paz. Luchan todos contra él sin dejarlo respirar, pero Darren tiene su ejército personal de sombras. Estas se transforman en animales y lanzan a unos y a otros lejos. Caen mientras Darren avanza hacia donde me encuentro.

Siento su caricia en mi mejilla a pesar de que sigue luchando.

Sonrío para que vea que estoy bien, porque sé que si me viera mal, eso haría que se tensara.

Noto como trata de tirar de mi agarre y liberarme.

No lo consigue.

Han debido de atarme con algún truco de magia reservado solo para ellos.

Puedo ver la frustración en su cara por no poder desatarme. Sé que quiere hacerlo, para que pueda escapar lejos de la batalla, pero estos humanos de negro corazón no me dejarán huir sin más. Su meta es matarlo y usarme para ello.

Los fines no importan mientras logren su objetivo.

De nada sirve que ya no estemos en guerra; que ellos sean personas pacíficas y que la guerra terminara hace años.

Darren no deja de intentar soltarme mientras le suplico con la mirada que pare, porque, si no, esta distracción acabará con él.

Se acerca uno de los hombres que aparecieron de pronto en el hotel. Veo que es al que escupí y me doy cuenta de que su cara está medio quemada.

—Cuidado con su sangre... —Me miran con miedo—. Los otros dos están también ocupados luchando. El highlander está solo.

Me sorprende que lo llamen por su mote, pero, claro, para ellos los inmortales solo son aberraciones de la naturaleza que hay que eliminar sin preguntarse nada más.

Darren no cesa de tratar de liberarme.

Noto como parte de sus sombras me rodean mientras disminuye la gente que va hacia él para luchar.

Uno de sus contrincantes se me acerca y él lo lanza lejos.

Está demasiado pendiente de mí. Lo van a eliminar por eso.

«Por favor...», le suplico en mi mente, deseando que lo entienda. «Sálvate y no pienses en mí.»

Aparecen nuevas personas, listas para luchar, cuando Darren empieza a agotarse.

Observo que la sombra que me protege es cada vez más tenue y está cada vez más lejos.

Tiro de las ataduras y compruebo que estoy recuperando las fuerzas, porque puedo mover mejor las manos.

Las muevo sin cesar, buscando cómo librarme. Están más flojas gracias a la ayuda de Darren.

Si salgo corriendo, si me pongo a salvo... Él no estará pendiente de mí y se salvará.

—Es casi la hora —indica Ull, y me mira con una sonrisa que me da escalofríos.

Tira de mi pelo y Darren le grita:

—¡Si la tocas, te mato!

—Ya no tienes fuerzas... Te han herido tanto, que tu cuerpo no puede con más veneno. —Miro a Darren y observo que tiene pequeñas heridas. Hay varios desgraciados que le lanzan dardos con veneno.

—¡Sois unos cabrones! —Me sorprende de que me haya vuelto la voz.

—Y tú demasiado tonta de creer que te quería en mi familia. Solo buscaba follarte —me escupe Ull y tira de nuevo de mi pelo, echando mi cabeza hacia atrás.

Consigo liberarme las manos.

Veo una sombra formarse sobre Ull, pero, antes de que pueda llegar hasta él, este saca una daga y la clava en mi estómago.

—¡No! —grita Darren y, como un loco, usa todas sus fuerzas para atacarlo.

Lo lanza por los aires y Ull cae al suelo como si fuera un muñeco de trapo.

Darren me mira mientras caigo hacia delante y noto la sangre correr por mis manos.

Estoy tan débil por el otro accidente, que noto como la vida se me escapa de los dedos.

Darren viene hacia mí sin importarle su vida. Sin importarle nada más que llegar a mi lado. Sin importarle haber caído en la trampa.

Escucho un grito:

—¡Ahora!

Y veo como le clavan una espada a Darren por la espalda, que lo atraviesa.

Darren se mira herido de muerte a pocos metros de mí.

No, no puede ser.

Es mi inmortal... Él no debía morir esta noche.

Grito sintiendo odio, rabia y una sed de sangre enorme.

Noto como algo entra en mi interior y me llena de fuerza.

—Hola, hija —me dice mi padre a mi lado. Es un fantasma de sombra blanca—. ¿Acabamos con estos cabrones?

Miro a los desgraciados que han tendido esta trampa al hombre que amo y sé que ahora mismo he dejado de pensar en lo que está bien o mal. Solo quiero vengar a Darren en los últimos minutos de vida que me queden.

—Vamos. Acabemos con esta escoria. —Mi voz es la de un berserker y sé que mi padre me está dando su poder para una última batalla.

Capítulo 55

Darren

Veo a Imogen levantarse mientras yo estoy de rodillas y trato de llegar hasta ella.

Entonces, pasa algo inesperado. Observo que algo entra en ella y le da una fuerza increíble. Al poco, a su lado aparece la sombra de Esben, de mi amigo. De su padre.

Ahora ya sé por qué su alma seguía aferrada a este lugar.

Él vio este momento y supo que la única forma de salvar a su hija era hacer esto mismo.

Imogen me mira y sus ojos verdes brillan con la fuerza de un berserker.

Por la cara de asombro de los oscuros, puedo deducir que esto no lo esperaban.

Imogen camina y coge una espada caída del suelo, que llena de su propia sangre.

Su padre anda a su lado, orgulloso de su hija; de la niña que creó, aunque era imposible.

Imogen me mira y le sonrío, sabiendo que la vida se me escapa entre los dedos. La herida no ha sido mortal, pero la infección hará el resto.

Me observa con lágrimas en los ojos, pero eso no la detiene.

Van hacia ella y su padre guía cada uno de sus movimientos. Imogen solo tiene una sombra, pero no le hacen falta más, porque su padre fue el mejor de todos nosotros y hoy está librando su última batalla.

Tal vez la más importante, porque la vida de su hija depende de ella.

Veo como van hacia Imogen dándome a mí por muerto.

Me levanto para seguir luchando, porque no puedo dejar que la maten. No puedo dejar que la destruyan.

—¡Darren! —Imogen grita y me giro para detener un golpe de otro sucio cobarde.

Lucho con las fuerzas que me quedan mientras Imogen grita y elimina uno a uno a nuestros

enemigos.

Me voy hacia delante y caigo de nuevo al suelo.

—¡No! —grita Imogen de nuevo y una fuerte sombra aparece sobre su cabeza. Tiene forma de aire y parece que posee parte de la sangre de Imogen.

Su padre asiente y ella deja salir el aire de su cuerpo, con su sangre. Sopla y cae sobre sus contrincantes, haciéndolos arder.

Veo como la sangre les quema la piel y los corrompe. Parece que es un veneno que les afecta.

Imogen cae de rodillas agotada, cuando termina con todos, y su padre la ayuda a levantarse.

Juntos vienen hacia mí, mientras siento que las fuerzas me fallan.

Cuando Imogen llega, ya no puedo mantenerme en pie y caigo de rodillas.

—Mi padre me dice que prometió que volvería a verte y que debes cuidar de mí.

Imogen se arrodilla ante mí y coge mi cara entre sus manos.

Su padre la acaricia y se miran.

Al poco, aparece a su lado la sombra de una mujer que se parece a Imogen y que la mira con cariño.

—Os quiero. Descansad en paz —les dice, y Esben mira tras de mí. Se despide de alguien, que deduzco serán su hermano y Derick, que acaban de llegar.

Vemos como los padres de Imogen desaparecen y los fresnos recuperan su posición normal, sin estar entrelazados. La magia de Esben ya no está en ellos.

Mis amigos se acercan, cansados de la batalla. De esta trampa letal que habían urdido para matarme esta noche, como seguro que alguien predijo hace años.

Derick solo me dio tres minutos antes de venir tras de mí, pero le salieron al paso para que la batalla la librara solo yo.

Lo que está claro es que saben que juntos somos más fuertes.

—Vamos al hospital —me pide Imogen, acariciando mi cara—. No puedes morir. Eres inmortal.

Observo su cara, sus mejillas... Sus labios.

—Tardé en darme cuenta de que tenerte en mi vida era un regalo y que debía agradecer el tiempo que durase, en vez de quejarme de la mala suerte de encontrarte.

—Darren...

—Iba a buscarte. No iba a dejar que te fueras... Eres mi mujer, Imogen. Mi alma gemela, y allá donde vaya, lo seguirás siendo. Al final, te amaré eternamente, pero no en esta vida...

—No puedes morirte. —Me golpea en el pecho—. Lucha. Así no era como debíamos acabar... Tú eras quien me tenía que sostener a mí, en mi lecho de muerte... ¡Lucha!

La beso, sabiendo que se me escapa la vida, y noto el sabor de sus lágrimas en mi boca.

—Te amo, mi pequeña berserker.

Lo último que escucho, antes de que se torne todo negro, es el grito desgarrador de Imogen, y odio ese dolor. Lo odio porque me he dado cuenta de que lo que más deseaba en esta vida era llenar la suya de felicidad.

Y he fracasado...

Capítulo 56

Imogen

Llegamos con Darren al hospital.

Ragnar carga a Darren y Derick, a mí.

Entramos y sé que la gente no recordará nada de esto.

Tampoco de lo que ha pasado en el parque. La policía ha acudido creyendo que era una explosión de gas. No harán preguntas, porque les han manipulado la mente para que todos piensen lo mismo.

Meten a Darren para operarlo mientras esperamos.

Creen que estábamos en la explosión de gas y que le ha afectado uno de los proyectiles metálicos.

Yo miro mi herida sabiendo que se ha cerrado. Cuando mi padre entró en mí, me curé mucho más rápido.

Mi padre... me amaba y mi madre también.

Mientras luchábamos, me contó su historia.

Él se enamoró de mi madre y ella se quedó embarazada. Desde ese momento, los persiguieron.

Sabían que tenía que llegar hasta Darren, porque yo estaba destinada a ser su mujer. Él me protegería..., pero no llegaron a tiempo.

Los mataron antes y su alma se quedó en el punto donde se iba a desarrollar la pelea final para ayudarme.

Mi padre usó su poder para aferrar sus almas a esos fresnos y luchar conmigo una última vez antes de descansar en paz.

—El amor los debilita —me dijo—. En cambio, a nosotros nos hace más fuertes, a pesar de nuestra inmortalidad.

Se marchó con un «te amo» y me dijo que mi runa era el Gebo, que significa regalo.

Benjamin entra y nos mira a los tres, que estamos hechos un desastre.

—Si se muere, me haré rico —comenta, y me tiende ropa limpia. Ve como tiemblo y me abraza—. Vale, no queremos que se muera. Si pudiera, renunciaría a todo por que viva.

—Tenías razón: yo iba a hacer que lo mataran.

—No está muerto —señala Ragnar—. Por alguna razón, el veneno no le afecta.

—Algo ha cambiado. Eran más débiles —comenta Derick.

—Mi padre me dijo que el amor nos hacía fuertes y a ellos, débiles. Mi sangre... los ha matado.

Les explico que mi sangre los quemaba.

—Creo que algo cambió cuando naciste. Algo inesperado. Tú no debías nacer, pero aquí estás —indica Derick—. Tal vez, como tu sangre corre por las venas de Darren, él sigue con vida. Gracias a ese poder, el veneno no lo está matando.

—Y juntos sois más fuertes... Por eso os separaron —apunto.

—Sí, al parecer tendremos que quedarnos por aquí —comenta Derick.

—Yo, seguro, porque dudo que, si él sobrevive, quieras ir a ningún otro lado, y he jurado a mi hermano protegerte. —Ragnar me guiña un ojo y dice que se va a por un café.

Camina hacia la cafetería y me doy cuenta de que se le ve medio culo.

Pego un grito, y no soy la única.

—¿Acaso no le importa ir medio desnudo?

—A Ragnar le encanta ir en pelotas —dice Derick.

Voy a decir algo, cuando se me para el corazón. Algo no va bien.

—¡Darren! —grito, sintiendo que la vida se le escapa de las manos.

Darren

Lucho entre tinieblas y veo a cada uno de mis enemigos mientras mi cuerpo se retuerce por seguir con vida. Me aferro a Imogen, a su sonrisa, a que no quiero que nada la haga sufrir... Me queda una vida. Me queda una vida mortal... y quiero vivirla con ella.

No pienso dejar que nadie me quite esta última vida a su lado.

Imogen

La sala de espera me parece un lugar horrible. No soy capaz de dejar de sentir miedo. De ver este lugar como una burbuja horrible, lejos de un mundo que gira y gira, mientras me siento morir por dentro.

Entiendo qué sintió Darren hace poco. Esa impotencia de no poder hacer más que esperar, mientras yo estaba convaleciente.

No lo soporto. He perdido la noción del tiempo y solo tengo fuerzas para comer por inercia mientras espero.

«Lucha, Darren... Lucha, por favor.»

Se lo ruego una y otra vez para ver si, con suerte, mi mensaje le llega alto y claro y no se deja vencer.

Sus amigos dicen que el que siga vivo, con esa herida, ya es un logro. No entienden por qué no está muerto y la única explicación a la que llegamos es lo de mi sangre.

No están a mi lado porque se han ido a limpiar la ciudad, por si quedaran más seres horribles.

Yo ni me he parado a pensar en lo que hice.

Estábamos en guerra y era nuestra vida o la de ellos.

Es triste, pero así es.

No me siento culpable, porque en ese momento supe que era la única forma de vivir en paz y de vengar a mis padres.

Los sentía cerca a los dos, aunque solo pude ver a mi madre un segundo, antes de que dejara este mundo.

Al fin están en paz y sé que, desde donde estén, seguirán a mi lado, cuidándome.

—¡No puede salir así...! Buenos días, señor. Espero que su estancia haya sido grata.

Salgo de la sala de espera y veo a Darren aparecer solo con los pantalones puestos y con cara de pocos amigos. Lleva el pecho vendado y ganas de matar al mundo.

Entonces, me ve y se relaja.

Yo lo miro con el corazón acelerado y el amor brillando en mis ojos.

—Vámonos a casa, por favor...

Su súplica hace que me calle todas las razones por las que es mejor que siga aquí. Es inmortal y su cuerpo está sanando con rapidez.

—A casa. Eso suena muy bien. —Voy hasta él y enredo mis dedos con los suyos.

Me acerca a su pecho y me alza.

Luego, va hasta una ventana y la rompe para salir conmigo a la calle usando su poder.

Saltamos de un edificio a otro mientras siento su debilidad, pero también su determinación de querer llevarme a casa.

Llegamos al tejado de su casa y bajamos.

Sus amigos se ponen alerta cuando lo ven entrar.

—Estás hecho un asco —le dice Ragnar.

—Y mal vestido. Has roto todos los protocolos —lo pica Derick.

Darren va hacia ellos y los tres se miran.

Sé que se alegran de que su amigo siga con vida. De que hayan ganado esta batalla y de que, a pesar de todo, el final no estuviera escrito.

Darren busca mi mano y tira de mí hasta su dormitorio. Cierra la puerta y coge mi cara entre sus manos.

—Me siento fatal, pero odiaba las pesadillas en que te perdía una y otra vez. Te necesito cerca... Solo así podré sanar pronto.

—Sabes que deberías estar muerto... ¿Qué ha pasado?

—¿Acaso no te alegras, pequeña descarada?

—¡Claro que sí! —Caminamos hasta la cama y se sienta. Hago lo mismo—. ¿Sabes qué ha cambiado?

—Sí. —Me mira y parece muy feliz—. No sé cómo, pero ahora soy mortal, aunque, como tú, tengo capacidad para curarme con rapidez y mis poderes siguen conmigo. —Lo miro asombrada. Coge mi cara entre sus manos—. El veneno solo mata a los inmortales. Al ser mortal, el veneno no acabó conmigo y la herida sanó sola.

—¿Entonces?

—Entonces, tengo la suerte de tener una vida para vivirla contigo, hasta que seamos viejos. No se me ocurre nada mejor que eso. —Seca mis lágrimas y luego lo abrazo con fuerza—. No sé qué ha cambiado o por qué ha ocurrido... Tal vez el veneno. Tal vez mi sangre...

—Mi sangre —le digo, y alza las cejas sin comprender—. A ellos los mataba y creo que a ti te quitó la inmortalidad, cuando, bueno... Ya sabes cuándo.

—¡Joder! Pues qué suerte la mía, entonces.

—¿No te enfada?

—No recuerdo haber sido más feliz en toda mi vida. —Pone cara de dolor.

—Vamos a descansar y ya hablaremos más adelante. Tenemos toda una vida para hacerlo.

—La tenemos. —Entra en la cama y me arrastra con él.

Me acurruco entre sus brazos y pongo mi mano sobre su torso lastimado.

Sigue aquí, conmigo, toda la vida.

Debería sentirme mal por quitarle la inmortalidad, pero no me siento así, porque he visto a Darren sufrir por ser inmortal. Por tener que decir adiós a quienes quería, una y otra vez, y por la soledad de su inmortalidad.

Me sentiría mal si el estuviera triste, pero nunca, en todo el tiempo que lo conozco, lo he visto tan feliz.

Lo abrazo con fuerza y protesta.

Luego, me abraza él y se duerme.

Hago lo mismo, porque estoy agotada. Nos ha costado mucho llegar a este punto. A este instante en el que dormimos con la tranquilidad de que, cuando abramos los ojos, el otro seguirá aquí.

Mi existencia no debió ser y ahora tengo claro que, cuando nací, estaba destinada a Darren. No solo para amarlo con fuerza, sino para salvarlo con mi sangre. A los lidelse los mata, pero a Darren le ha quitado su inmortalidad. Lo que lo hace feliz.

Y, gracias a eso, está vivo.

Nos queda una larga vida juntos.

Lo acaricio sintiendo a su bestia interior. La mía desapareció cuando mi padre se fue, pero siempre seré parte de ellos. Soy su legado, su regalo... Soy lo que el amor creó, aunque no estaba destinado a existir.

Soy ese imposible que, a pesar de todo, aquí está.

Capítulo 57

Darren

—Lo que está claro es que nos querían separados. Pues se van a joder, porque no pienso irme a ningún sitio —añade Ragnar.

Me he pasado tres días durmiendo y, al despertar, Imogen estaba en un sillón leyendo. En cuanto vio que abría los ojos, se tiró a mis brazos y me besó.

Nos hemos duchado juntos, viendo como mi herida y la suya habían desaparecido.

Ahora ya sé por qué su cuerpo tiene esta peculiaridad y no puedo dejar de pensar en si, ahora que soy mortal, yo también podré tener una familia.

El ser que nos creó nos quitó esa posibilidad, pero ahora me gustaría tener un hijo. Un hogar lleno de niños.

Pero hay tiempo, Imogen es muy joven para pensar en eso ahora y yo no tengo prisa. Llevo toda la inmortalidad viviendo deprisa y ahora me quiero tomar el tiempo necesario para disfrutar de cada segundo de la vida.

—Bueno, para algo cada uno tiene su piso y no tenéis que gorronear en el mío.

—El tuyo tiene mejores cosas, porque Benjamin te cuida a ti mejor —indica Derick.

—Es que yo solo trabajo para Darren —responde Benjamin, que entra con el iPad—. Hay trabajo y, ya que estos dos se van a quedar, podrían ayudar.

—¡Me quedo el pub!

—¡Me quedo con el pub!

Sueltan los dos a la vez, y se miran retadores.

—Es todo vuestro, pero hay más cosas —les digo—. Necesito ayuda aquí.

—Vale, para los dos, y dinos dónde nos necesitas —dice Derick—. Me tengo que poner al día de todo esto. —Mira el iPad como si quemara.

—Yo te enseñaré —señala Benjamin—. Por un módico precio, claro.

—¿No tienes bastante con lo que te paga este?

Benjamin sonrío.

—Nunca es suficiente. —Se marcha y nos da órdenes para ponernos a trabajar.

—No sé como lo soportas —comenta Ragnar dando un trago a su café.

—Es el mejor amigo que he tenido, después de vosotros.

Benjamin se gira y me guiña un ojo. Saber que no tendré que verlo envejecer y morir me hace disfrutar más de su amistad; y de la de Becky, que ya está deseando acabar el máster y volver, para conocer a los otros inmortales.

Por la risita que emitió cuando lo dijo, sé que está pensando en algo altamente ardiente.

Está claro que Imogen la ha puesto al corriente de nuestros encuentros sexuales y Becky es demasiado intensa para no querer probar algo así.

No pienso decir ni hacer nada, porque Becky es mayorcita para tomar sus propias decisiones.

Casi me dan más pena ellos, porque Becky es dura de pelar.

Va a ser divertido tenerla por aquí, aunque espero que su hermano no la pille, porque la dejará para siempre en París.

—¿Qué piensas? —me pregunta Derick.

—Que la vida es maravillosa, pero ahora, a trabajar.

Se levantan con malas caras y me siguen al despacho para organizar el trabajo que llevaremos entre los tres.

Pienso en Imogen, que ha salido a hacer unas compras.

La he dejado ir sola... Bueno, tras ella van un par de escoltas, por si hay problemas. Sé que necesita hacer vida normal, pero tampoco hay que pasarse.

Mi misión ahora es mantenerla con vida y amarla cada día un poco más.

* * *

Espero a Imogen en la azotea de mi casa, que he mandado transformar estos días.

Ahora está llena de flores y tiene un cenador en medio. Hay miles de flores y árboles, dándole aspecto de bosque. Son como los de mi tierra; donde la gente se prometía amor eterno.

La siento cerca y, cuando aparece, lleva un precioso vestido blanco, con un ramillete de flores en la cabeza.

Anda por el lugar y sé lo mucho que le gusta, aunque no diga nada.

Está preciosa y lo que siento cuando me mira es indescriptible.

—¿Por qué Benjamin ha insistido en que vistiera así? Tú solo vas de negro.

Me río y, cuando se me acerca, cojo su mano y la llevo hasta un arco de flores.

Saco de mi bolsillo un par de anillos dorados y sencillos.

Los mira con el corazón latiendo con fuerza.

—Para mí, eres mi mujer. No necesito que un papel lo diga y, si me aceptas, quiero amarte todos los días de mi vida.

—Darren, yo... sí. —Toma el anillo con dedos temblorosos y me lo pone. Yo le coloco el suyo —. Sabes que te amo, pero... ¿podrás ser feliz con todo lo que has perdido por mi culpa? No tenemos dudas de que ha sido mi sangre la causante de todo esto.

Cojo su cara entre mis manos y acaricio sus mejillas.

—Con todo lo que he ganado, dirás. Nunca en toda mi vida he amado a nadie como te amo a ti. Pensaba que nadie sería capaz de amar a una bestia como yo, pero tú amas cada parte de mí. Hasta las que yo odiaba. Me has enseñado a mirar el mundo desde otro punto de vista. Me has enseñado a vivir, en lugar de sobrevivir un día más. Te amo y envejecer a tu lado me parece el mejor regalo que ha podido darme la vida.

Se alza para besarme y nos perdemos el uno en el otro.

—Tengo algo más. —Saco del bolsillo un collar con la runa de Gebo—. Ragnar me dijo que le comentaste cuál era tu runa. —La pongo en su cuello. Hemos protegido el amuleto con magia y es más poderosa que una runa normal—. Significa regalo y eso es lo que siempre has sido para mí y lo que fuiste para tus padres.

Toca la runa y esta no le quema la piel. Es una X y en ella se ve preciosa.

—Esta no quema —dice con una sonrisa—. Ya soy una de los vuestros.

—Sí, pero ahora toca luchar porque nadie destruya esta familia tan peculiar.

—Juntos.

—Juntos siempre.

La beso de nuevo, perdido en ella y en lo que siento cuando me toca. En este amor que me desborda y esta dicha de haberla encontrado entre la oscuridad de mi mundo.

Estaba muerto hasta que ella me miró y me dio la vida.

Hacemos el amor entre las flores, como las dos bestias que somos, destrozando la mitad de las macetas.

La abrazo contra mi pecho mientras se va durmiendo, cuando hemos alcanzado el clímax, y miro al cielo sintiendo que lo tengo todo en este momento.

La vida puede ser eterna, pero, si no vives de verdad, solo será un camino vacío. Ella me ha enseñado que nunca se vive de verdad hasta que no se ama con el alma.

Epílogo

Imogen

Llego a casa tras un largo día de trabajo y voy a buscar a Darren al despacho.

Al verme, deja la llamada que estaba haciendo y se levanta para darme un beso.

Hace seis meses que estamos juntos. Las cosas van bien por aquí y Ragnar y Derick se han hecho con la otra mitad de la ciudad.

Derick le ha encontrado atractivo a eso de ser jefe. Lo de mandar y creerse superior lo lleva en la sangre.

Y Ragnar... Bueno, es un capullo al que quiero, porque, a su manera, me da mucho cariño.

Donde menos dan follón es en el pub. Ahí pueden desfogarse y joder..., pero de otra forma.

Darren está muy feliz y tiene más tiempo libre.

Trabaja desde casa muchas veces y yo voy de un lado a otro. Como jefa, puedo hacerlo. Ahora nadie se atreve a decir nada, porque se ha corrido la voz de que soy la esposa del jefe y saben que pueden ser despedidos.

—Está acabada.

—¿El qué? —pregunta Darren, poniendo un mechón de pelo tras mi oreja.

—La fábrica de coches. Becky dice que, en cuanto vuelva, se hará cargo de ella.

—Pues Derick pensaba lo mismo.

—Que se apañen esos dos. ¿Vamos a verla?

Tiene en mente otros planes.

Mi ropa se hace jirones y, aunque protesto, me besa y me olvido de todo.

Sus manos y sus sombras están por todo mi cuerpo y, cuando me penetra, estoy más que lista para él.

Entra y sale de mí con fuerza, como si fuera la primera vez que nos amamos.

El sexo con él no deja de mejorar y mi amor por él tampoco deja de crecer.

—Córrete para mí —me ordena, con esa voz dura de berserker, y me corro entre sus brazos sintiendo como me llena.

Tal vez un día le diga que ya no tomo la píldora.

Sé que desea tener un bebé y tal vez la vida nos dé ese regalo. Si no, seremos una familia de dos. La palabra familia no habla de números y él es la mía para mí desde que nos encontramos.

Es mi hogar. Mi puerto seguro, donde descansar tras un largo día.

Es mi todo.

* * *

Entramos en la fábrica y Darren la observa emocionado.

Este lugar fue el primero donde trabajó al llegar a este país y ver cómo ha cobrado vida de nuevo, y que será un éxito, sé que le emociona.

Habla de su historia y de todo lo que ha logrado para ser quien es.

Los desgraciados que quisieron acabar con nosotros nunca se pararon a pensar en que el tiempo ha pasado y no somos seres despreciables.

Derick y Ragnar dicen que están debilitados.

Tal vez esta guerra haya terminado para siempre.

—Es increíble —dice Darren, tocando la carrocería de un automóvil antiguo; de uno de sus coches.

Hemos traído varios modelos para que la gente los vea en el escaparate, como reclamo.

—Este sitio me recuerda a ti. Fue la primera vez que trabajamos juntos.

—Este lugar tiene una magia especial y al fin ha vuelto a la vida. Como yo.

Me besa en la mejilla y se va a hablar con uno de los trabajadores.

Lo veo trabajar enamorada, sintiendo que el amor se me desborda del pecho.

Darren no deja de estar pendiente de mí; de mirarme de reojo. A veces me mira como si temiera que fuera a desaparecer.

Lo entiendo. Nos ha costado mucho llegar a este punto. A este momento en el que no sentimos que corramos peligro.

El miedo a ser destruidos se ha ido.

Ahora solo queda el miedo a la vida, pero eso nos recuerda que tenemos que dar gracias por cada día vivido.

Viene hacia mí y escucho una canción por los altavoces.

Tiro de él y lo hago bailar.

—Nos están mirando.

Es cierto. Ahora, la gente no teme mirar a Darren y él tampoco hace nada si lo miran.

Derick y Ragnar... ya es otro cantar.

—Que vean cuánto te amo.

Giro entre sus brazos mientras no deja de mirarme y de beber de mí. De decirme sin palabras cuánto me ama.

—Te amo —le digo perdida en sus ojos aguamarina.

—Yo cada día un poco más.

Y es cierto, porque el amor crece sin límites y es inmortal si amas con cada parte de tu ser.

Al fin y al cabo, tenemos una vida para encontrar ese amor que será eterno en tu alma.

Biografía



Moruena Estríngana nació el 5 de febrero de 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación, pero debido a su problema de dislexia no podía escribir bien a mano. Por eso solo escribía pequeñas poesías o frases en sus libretas mientras su mente no dejaba de viajar a otros mundos. Dio vida a esos mundos con dieciocho años, cuando su padre le dejó usar un ordenador por primera vez, y encontró en él un aliado para dar vida a todas esas novelas que estaban deseando ser tecleadas.

Empezó a escribir su primera novela antes de haber acabado de leer un solo libro, ya que hasta los diecisiete años no supo que si antes le daba ansiedad leer era porque tenía un problema: la dislexia. De hecho, escribía porque cuando leía sus letras no sentía esa angustia y disfrutaba por primera vez de la lectura. Sus primeros libros salieron de su mente sin comprender siquiera cómo debían ser las novelas, ya que no fue hasta los veinte años cuando cogió un libro que deseaba leer y empezó a amar la lectura sin que su problema la apartara de ese mundo. Desde los dieciocho años no ha dejado de escribir.

El 3 de abril de 2009 se publicó su primer libro en papel, El círculo perfecto, y desde entonces no ha dejado de luchar por sus sueños sin que sus inseguridades la detuvieran y demostrando que las personas imperfectas pueden llegar tan lejos como sueñen.

Actualmente tiene más de cien textos publicados, ha sido número uno de iTunes, Amazon y Play Store en más de una ocasión y no deja de escribir libros que poco a poco verán la luz.

Su libro Me enamoré mientras mentías fue nominado a Mejor Novela Romántica Juvenil en los premios DAMA 2014, y Por siempre tú a Mejor Novela Contemporánea en los premios DAMA 2015. Con esta obra obtuvo los premios Avenida 2015 a la Mejor Novela Romántica y a la Mejor Autora de Romántica.

Su web personal, moruenaestringana.com, donde cuenta sus novedades y curiosidades, ya cuenta con más de un millón de visitas.

 [MoruenaEstringana-Escritora](#)

 [@MoruenaE](#)

 [@moruenae](#)

Destinados a encontrarse

Amando a la bestia 1

Moruena Estríngana

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.

Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.planetadelibros

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2024

ISBN: 978-84-08-27523-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Tú, yo... y tu ex](#)

Moruena Estríngana

[Un amor de infarto](#)

Moruena Estríngana

[Ardiendo por ti. Los Bianchi 1](#)

Moruena Estríngana

[Tu piel es mi refugio](#)

Moruena Estríngana

[Pack El círculo perfecto](#)

Moruena Estríngana

[Pack Las damas del club Narciso](#)

Moruena Estríngana

▪

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

